

Colección Clásicos del Pensamiento Social



DIMITRI RIAZANOV

MARX Y
ENGELS



Quintessence

© 39418.

EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.

Av. Santa María 076. Casilla 10155. Santiago de Chile.

Primera Edición, 1971.

Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez M.

Jefe Depto. Ediciones Especiales: Alejandro Chelén R.

Jefe Depto. Editorial: Luciano Rodrigo C.

Proyectó la Edición: María Angélica Pizarro.

En una de esas fórmulas lapidarias con las cuales a veces complaciase su genio, ha dicho Lenin que "no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria". El más ilustre de los constructores sociales saludaba así la supremacía de la inteligencia aun en el momento de la rebelión y del gesto ejecutivo. Las revoluciones se hacen en efecto con doctrinas de pensadores, y está condenada de antemano la insurrección que confíe a la inspiración del momento la suerte de su aventura. Sin la Enciclopedia que estaba a sus espaldas, Robespierre sería incomprensible y en igual forma también casi no hay detalle de la vida de Lenin que no encuentre en Marx su comentario anticipado, su explicación luminosa.

El triunfo de la revolución, sin embargo, fija a veces a sus jefes una actitud que no siempre es la verdadera. Para el esquema simplista de la leyenda, la rica complejidad de la persona se subordina al rasgo saliente o a la postura expresiva. Lenin aparece así como un estratega incomparable que aguarda largos años la hora del destino; pero se deja de buenas ganas en las sombras al oyente asiduo de las clases de Durkheim en la Sorbona o al estudioso infatigable que escribe sobre la filosofía de Mach un panfleto vigoroso.

La revolución que traerá la destrucción del régimen de clases será, pues, algo más que el resultado de un arrebato generoso. Gestada en la meditación y en el estudio, no podrá adquirir sino en la teoría su significado trascendente. Para destruir puede bastar el impulso; para edificar es necesario el método. La más absurda de todas las ilusiones redentoras fue la confianza en el vagabundo y el bandido: el lumpenproletariat de Bakunin. La revolución no se impone en la imprecisión o en la incertidumbre

aunque pueda comenzar en el desasosiego o la inquietud. Pero para triunfar y convertirse en hechos es necesario que cristalice en las formas definidas de la idea directriz.

Para dar a los jóvenes de Rusia la clara conciencia de esa idea directriz, la Academia comunista de Moscú ha organizado desde hace años algunos rápidos cursos de marxismo. El marxismo es, en efecto, la teoría de la revolución y ha llegado a identificarse con ella de tal modo que aunque pudiera reducirse su alcance como sistema sociológico, no quedaría comprometida en lo más mínimo su fecunda virtud animadora. El presente libro que dos jóvenes argentinos entregan hoy a los lectores de lengua castellana, es el resumen del curso de Riazanov sobre la vida y la acción de Marx y Engels. Nadie en el momento actual con más autoridad que la suya. Conocedor profundo de Marx y del marxismo, ha sabido resumir en nueve conferencias una riqueza de hechos y de documentos verdaderamente excepcional. Refiriéndose a Riazanov, Mehring le ha reprochado alguna vez su excesiva admiración por Marx. El lector verá en seguida si esa admiración que Riazanov no niega ha llegado a empañar en algún momento su juicio siempre sereno y su crítica siempre vivaz. A través de dos vidas ejemplares, Riazanov nos introduce hasta el corazón mismo del marxismo. Con no ser la exposición de la doctrina, su libro indica las fuentes vivas que la alimentaron, las fuerzas ciegas que la combatieron, la contagiosa esperanza que la anima. Surge así de cada página una saludable lección de firmeza en la lucha, de seguridad en el triunfo, de serena confianza en el futuro. Que ojalá esa lección llegue hasta los jóvenes de América y sea para ellos como las palabras con las cuales el conde de Saint-Simon quería ser despertado cada día: "Arriba, señor conde, que os esperan grandes cosas por hacer".

ANÍBAL PONCE

PRIMERA CONFERENCIA

INTRODUCCION. — LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN INGLATERRA. — LA GRAN REVOLUCION FRANCESA Y SU INFLUENCIA EN ALEMANIA.

Voy a tratar un tema puramente histórico, pero al mismo tiempo me asigno una tarea teórica: ya que de Marx y Engels, los maestros cuya historia referiré, interesan como autores de la concepción materialista de la Historia y creadores del socialismo científico, quisiera hacerlo empleando su propio método, aplicando esa misma concepción.

Por más que nuestro programa destaca la importancia de la colectividad, de las masas, se la atribuimos a veces excesiva al papel de los individuos en la Historia, y, en los últimos tiempos particularmente, subordinamos un poco el de las masas, relegando a veces al último término las condiciones económicas e históricas generales que determinan la acción individual.

La personalidad de Engels se desvanece algo ante la de Marx. Es casi imposible encontrar en la historia del siglo XIX un hombre que por su actividad y su obra científica haya orientado de tal modo el pensamiento y la acción de varias generaciones en distintos países.

Han transcurrido cuarenta años¹ desde la muerte de Marx y, sin embargo, su pensamiento no ha dejado de influir, de encauzar el desarrollo intelectual hasta en los países más lejanos, en los que jamás se oyó hablar de él mientras vivía.

El nombre de Marx es muy conocido en Rusia. Hace ya más de medio siglo que apareció la traducción rusa de *El Capital*, pero la influencia del marxismo, lejos de cesar, aumenta cada año. Ningún historiador del porvenir podrá estudiar la historia rusa a partir de 1880 sin estudiar previamente las obras de Marx y Engels: tan profundo han penetrado esos dos hombres en la historia del pensa-

¹En 1923.

miento social y socialista y del movimiento obrero revolucionario ruso.

Henos, pues, ante dos figuras eminentes que determinaron la dirección del pensamiento humano. Veamos en qué condiciones y en qué ambiente se desarrollaron.

El hombre es producto de un medio histórico determinado. Un genio que aporte una novedad lo hará sobre la base de lo existente. No puede surgir de la nada. En consecuencia, si se quiere precisar el genio, el grado de originalidad de un hombre, ha de tenerse por lo menos una idea aproximada de lo que ya existía, del desarrollo alcanzado por el pensamiento humano y la sociedad en el momento en que aquél comenzó a formarse, es decir, a sufrir la influencia del medio ambiente. Así, para comprender a Marx —y aplicaremos aquí prácticamente su propio método— será necesario considerar la influencia del medio histórico sobre él y Engels.

Marx nació en Tréveris el 5 de mayo de 1818; Engels, el 28 de noviembre de 1820, en Barmen, ciudades ambas de Alemania, situadas en la misma provincia —Renania—, bañada por el Rin, que marca la frontera entre Francia y Alemania. Nacieron, pues, con dos años de intervalo, en una misma provincia alemana, en la primera mitad del siglo XIX.

Como sabemos, en los primeros años de su existencia el niño se encuentra sometido sobre todo a la influencia del medio familiar. A partir de los diez o doce años sufre la influencia, más compleja, de la escuela. Comienza a entrar en contacto con una cantidad de fenómenos y de hechos desconocidos en el círculo estrecho de la familia.

Tenemos ya situados a Marx y Engels en un medio geográfico determinado: Alemania. Veremos luego a qué clase pertenecen por su origen. Antes nos referiremos a la situación histórica general por el año 1830, cuando, niños conscientes, Marx y Engels empiezan a padecer la influencia del medio

histórico social. 1830 y 1831 son para Europa años revolucionarios. En el primero, estalla en Francia la revolución de julio, que se extiende por toda Europa, de occidente a oriente, alcanzando a Rusia, donde provoca la insurrección de 1831 en el reinado de Polonia. Desde que Marx y Engels han entrado en la vida más o menos consciente se encuentran, pues, en el torbellino de la revolución y reciben las impresiones de ese período convulsivo. Pero la revolución de julio de 1830 venía a ser la conclusión de otra revolución más considerable, cuyas consecuencias e influencias es necesario conocer para valorar el medio histórico en que crecieron Marx y Engels.

La historia del siglo XIX hasta 1830 está determinada por dos factores esenciales: la revolución industrial en Inglaterra y la gran Revolución Francesa. Comienza la primera hacia 1760 y dura un largo período; llega a su apogeo en las postrimerías del siglo XVIII, pero se termina más o menos en 1830.

¿Qué es la revolución industrial, así denominada por Engels?

En la segunda mitad del siglo XVIII Inglaterra era ya un país capitalista. Tenía una clase de obreros, de proletarios, es decir, una clase de hombres privados de toda propiedad, sin instrumentos de producción, por consiguiente obligados, para vivir, a vender como una mercancía su mano de obra, y una clase capitalista que explotaba a esa clase obrera. Existía asimismo una de grandes terratenientes.

No obstante, a mediados del siglo XVIII el capitalismo en Inglaterra todavía se apoyaba técnicamente sobre la antigua producción manual. No era la producción artesana, en que cada taller contaba sólo con un patrón, dos o tres compañeros y algunos aprendices; ya había cedido aquella su lugar al modo de producción capitalista, y hacia la segunda mitad del siglo XVIII se desarrollaron justa-

mente en Inglaterra tales formas de ese estadio de la producción capitalista que se llama manufacturera. En el estadio manufacturero del desarrollo de la producción, los capitalistas siguen explotando al obrero, pero en una escala más vasta, en un taller considerablemente ampliado, que no es el del artesano.

En lo que respecta a la organización del trabajo, la producción manufacturera se distingue de la artesana en que reúne a centenares de obreros en un gran local. Cualquiera sea el oficio de que se ocupen, se establece entre esos centenares de hombres una perfeccionada división del trabajo, con todas sus consecuencias. Es la empresa capitalista sin máquinas, sin mecanismos automáticos, pero en la que la división del trabajo y la del modo mismo de producir en diferentes operaciones parciales han llegado a un alto grado. Y precisamente a mediados del mismo siglo este período manufacturero se generaliza en Inglaterra.

Más o menos en 1760 comienzan a modificarse las propias bases técnicas de la producción. Las antiguas herramientas de los artesanos se reemplazan por máquinas. Esta innovación se efectúa ante todo en la principal rama de la industria inglesa, la textil. La aplicación sucesiva de una serie de inventos transforma la técnica del tejido y la hilandería. No enumeraré todas esas invenciones; bastará con saber que hacia 1780 los telares para tejer e hilar figuraban entre ellas. En 1785, Watt inventa su máquina de vapor perfeccionada, que permite instalar las fábricas en las ciudades, hasta entonces establecidas exclusivamente a orilla de las corrientes de agua que proveían la energía necesaria. De ahí las condiciones favorables para la concentración de la producción. A partir de 1785 comienzan las tentativas para aplicar el vapor como fuerza motriz en diversas ramas de la industria. Pero el progreso de la técnica no fue tan rápido como se pretende, a

veces en los textos corrientes; el período de esta gran revolución industrial abarca desde 1760 hasta 1830. La máquina de hilar automática, hoy muy difundida en nuestras fábricas, no estuvo bastante perfeccionada hasta 1825; la de tejer adquirió su forma actual en 1813, si bien los primeros telares habían sido inventados antes de 1760 (la de Cartwright en 1785), es decir, muy anteriormente a esa fecha.

Estamos considerando, pues, un país en el que desde setenta años atrás las invenciones se suceden sin interrupción, la producción se concentra cada vez más y los pequeños talleres de tejido e hilado desaparecen progresivamente. Los artesanos son sustituidos por proletarios cada día en mayor número. En lugar de la antigua clase de obreros que había comenzado a desarrollarse en los siglos XVI y XVII y que en la segunda mitad del XVIII representaba todavía una pequeña parte de la población, al finalizar este siglo, y particularmente a mediados del XIX, se encuentra en Inglaterra una clase considerable que impone sus características en todas las relaciones sociales.

Simultáneamente con esta revolución industrial se produce cierta concentración en el seno de la propia clase obrera y también una modificación en todos los órdenes económicos. Los tejedores y los hiladores quedan desplazados de sus habituales condiciones de existencia. Al principio el obrero manufacturero apenas se distinguía del artesano o del campesino, tenía confianza en el mañana, sabía que estaba en las mismas condiciones de su padre o de su abuelo; pero ahora había cambiado todo y desaparecido las seculares relaciones familiares entre patrones y obreros: aquéllos arrojaban a la calle sin piedad a decenas y centenas de trabajadores. Reaccionan éstos, a su vez, contra la modificación tan radical, contra este trastorno en sus condiciones de vida. Se indignan, y su indignación, su odio, se

dirigen en seguida, naturalmente, contra el signo exterior de esta nueva revolución que daña sus intereses, contra las máquinas, que representan para ellos todo el mal. Y se producen, al comienzo del siglo XIX, sublevaciones de los trabajadores contra el empleo de las máquinas y los perfeccionamientos técnicos de la producción, que adquieren grandes proporciones en Inglaterra precisamente hacia 1815, poco después de la adopción de la máquina de tejer perfeccionada. Por esta época el movimiento afecta a todos los centros industriales, deja de ser espontáneo, se organiza, responde a jefes y consignas. Se lo conoce en la historia como el movimiento de los "luddistas", según unos por el nombre de un obrero y según otros por el del fabuloso general Ludda, cuyas proclamas suscribían los obreros. Para repelerlo, las clases dirigentes, la oligarquía dominante, recurren a las medidas más rigurosas. Cualquier tentativa de destrucción de máquinas es castigada con la pena de muerte. Numerosos obreros fueron, por eso, ahorcados.

Era necesaria una propaganda apropiada para hacerles comprender que la causa de su situación no estaba en las máquinas sino en las condiciones en que éstas eran empleadas. El movimiento revolucionario que se propone hacer de los obreros una masa consciente capaz de luchar contra determinadas condiciones políticas y sociales, comienza a desarrollarse vigorosamente en Inglaterra a partir de 1815. No entraré a examinarlo en detalles, pero quisiera señalar que, a pesar de haber empezado en ese tiempo, había tenido precursores a fines del siglo XVIII. Para comprender el papel que tuvieron hace falta estudiar la situación de Francia, porque es difícil apreciar bien los primeros pasos del movimiento inglés sin conocer las consecuencias de la Revolución Francesa. Estalló ésta en 1789 y llegó a su fase culminante en 1793. Desde 1794 empieza a declinar y acaba algunos años más tarde con la

instauración de la dictadura militar de Napoleón. En 1799 Napoleón realiza su golpe de Estado y luego de ser cónsul durante cinco años se proclama emperador y reina hasta 1815.

Hasta fines del siglo XVIII Francia estuvo gobernada por una monarquía absoluta. En realidad, el poder pertenecía a la nobleza y al clero, que cedían por ventajas materiales una parte de su influencia a la burguesía financiera comercial que principiaba a constituirse. La efervescencia de las masas populares, de los pequeños productores, de los campesinos, de los pequeños y medianos industriales que no poseían privilegio alguno suscita un fuerte movimiento revolucionario que obliga al poder real a hacer concesiones. Luis XVI convoca a los Estados Generales. Mientras luchan los dos grupos sociales representados por la clase pobre de las ciudades y las órdenes privilegiadas, el poder cae en manos de la pequeña burguesía revolucionaria y los obreros parisienses el 10 de agosto de 1792. Dominan entonces los jacobinos con Robespierre y Marat. Añadimos el nombre de Danton. Durante dos años es dueño de Francia el pueblo sublevado, cuya vanguardia está en el París revolucionario. Los jacobinos representaban a la burguesía, pero llevaron sus reivindicaciones hasta su límite lógico. No eran ni comunistas ni socialistas. Robespierre, Marat, Danton, demócratas pequeñoburgueses, asumían el papel y la tarea que había de cumplir toda la burguesía: despojar a Francia de las supervivencias del régimen feudal; crear condiciones políticas que permitiesen a todos los poseedores desarrollar libremente sus actividades y a los pequeños propietarios procurarse una renta mediana con un oficio honrado o con una honesta explotación del trabajo ajeno. Pero en su lucha por la creación de esas condiciones políticas y contra el feudalismo, contra la aristocracia, y principalmente contra toda Europa, que se arrojaba sobre Francia, los jacobinos

Robespierre y Marat procedieron como jefes revolucionarios, poniendo en práctica métodos de propaganda también revolucionarios. Para oponer la fuerza de las masas populares a la de los señores y reyes, lanzaron la consigna: "¡Guerra a los palacios; paz en las chozas!" e inscribieron en su bandera la divisa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Las primeras conquistas de la Revolución Francesa tuvieron repercusión inmediata en Renania, donde se organizaron sociedades de jacobinos. Muchos alemanes fueron incorporados como voluntarios en el ejército francés, y algunos en París participaron en todas las sociedades revolucionarias. Grande y duradera fue esa influencia en Renania y también en el Palatinado; al comenzar el siglo XIX las tradiciones heroicas de la revolución conservaban aún todo su prestigio sobre la joven generación. El propio Napoleón, el usurpador, en su lucha contra la Europa monárquica y feudal debió apoyarse en las conquistas fundamentales de la Revolución Francesa. Había iniciado su carrera militar en el ejército revolucionario. Los soldados franceses, descalzos, desarrapados, casi sin armas, pelearon contra las tropas regulares prusianas y vencieron por su entusiasmo, su superioridad numérica y su arte de desmoralizar y disgregar al ejército enemigo bombardeándolo con proclamas antes de dirigirle las balas. También Napoleón en sus guerras recurrió a esa propaganda revolucionaria. Sabía perfectamente que los cañones son un poderoso medio de acción, pero jamás desdeñó aquel otro instrumento de propaganda que desorganiza tan bien a las tropas adversarias.

La influencia de la Revolución Francesa se extendió igualmente hacia el este y llegó hasta San Petersburgo, donde, según cuentan nuestros viejos libros, la gente se abrazaba y felicitaba en las calles al conocer la noticia de la toma de la Bastilla. Ya

había en Rusia un pequeño grupo de hombres, el principal de los cuales era Radischev, que comprendía bien el sentido de la Revolución Francesa.

En Inglaterra, país que encabezaba entonces las coaliciones dirigidas contra Francia, la misma influencia se hizo sentir no sólo en los elementos pequeño-burgueses, sino también en la numerosa población obrera formada por la revolución industrial. La primera organización obrera revolucionaria surgió en Inglaterra precisamente entre los años 1791 y 1792. Se la denominó Sociedad de Correspondencia para eludir la ley inglesa que prohibía a sociedades de distintas localidades ligarse orgánicamente. Al finalizar el siglo XVIII, Inglaterra, que había pasado ya por dos revoluciones, una a mitad y la otra a fines del siglo XVII, se regía constitucionalmente. Considerábasele como el país más libre; permitíase allí el funcionamiento de clubes y sociedades, pero sin derecho a que se vincularan entre sí. Burlando esta prohibición, los obreros organizaron donde pudieron aquellas sociedades de correspondencia, que se relacionaban epistolarmente. La de Londres estaba dirigida por Tomás Hardy, un zapatero escocés de origen galo. Atrajo y organizó a un gran número de obreros, los cuales pagaban una reducida cuota de ingreso. La sociedad organizaba mítines y asambleas. La mayoría eran artesanos, zapateros y sastres, lo que se explica por el efecto disgregador que sobre la antigua producción manufacturera había comenzado a ejercer la revolución industrial a que antes hice referencia.

Voy a dar otro nombre ligado a la historia ulterior del movimiento trade-unionista inglés: Francisco Place, sastre de oficio. Citaré también, de entre los otros artesanos miembros de esas Sociedades de Correspondencia, al zapatero Holcruft, poeta, publicista y orador talentoso, que tuvo una destacada actuación en las postrimerías del siglo XVIII.

Dos o tres semanas después de la proclamación de la República en Francia (10 de agosto de 1792), la sociedad de Hardy, por intermedio del embajador francés en Londres, envió secretamente a la Convención un mensaje de simpatía. Este saludo, una de las primeras manifestaciones de solidaridad internacional, produjo gran impresión por proceder del pueblo inglés, cuyas clases dominantes mostraban a Francia, por aquella época, la más viva hostilidad, y la Convención lo retribuyó por resolución especial.

Tomando como pretexto las relaciones que sostenían con los jacobinos franceses, la oligarquía inglesa emprendió persecuciones contra las referidas sociedades. A Hardy y muchos de sus compañeros les fue iniciada una serie de procesos. Leyendo los discursos de los procuradores que en ellos intervinieron, se ve cómo los grupos capitalistas ingleses aprovecharon la revolución para quitarle a la Francia revolucionaria sus colonias en Asia y América.

El temor de ver destruida su dominación hizo que la oligarquía inglesa adoptara medidas contra el naciente movimiento obrero. Las sociedades, las uniones que los elementos burgueses, las gentes acomodadas habían hasta entonces autorizado a fundar, y por lo cual era imposible negar la autorización a los artesanos, fueron prohibidas hacia 1800.

En 1799 una ley especial prohibió toda asociación de obreros en Inglaterra y desde entonces hasta 1824 la clase obrera del país estuvo privada del derecho de reunión y de coalición.

Volvamos ahora a 1815. El movimiento de los "luddistas", cuyo fin exclusivo era el de destruir las máquinas, fue transformándose en una lucha más consciente. Nuevas organizaciones revolucionarias se propusieron obtener la modificación de las condiciones políticas de la clase obrera, exigiendo en

primer término el derecho de reunión y asociación y la libertad de prensa. El año 1817 comenzó con una lucha encarnizada que en 1819 provocó en Manchester, centro de la industria algodonera, el célebre combate de Peterlow. Fuertes escuadrones de caballería arrollaron a los obreros y a consecuencia de la lucha murieron varias decenas de hombres. El rey de Inglaterra felicitó a los valientes cosacos que habían vencido a los trabajadores desarmados, como en otro tiempo Nicolás III aclamó a los bravos *fanagoritsy* que habían hecho fuego sobre los obreros de Iaroslav.

Se tomaron luego nuevas medidas rigurosas contra la clase obrera, conocidas con el nombre de "Seis Puntos". Empero estas persecuciones no hicieron más que robustecer la lucha revolucionaria, hasta que en 1824, gracias principalmente a Place, que no por ser ya un rico industrial había dejado de relacionarse con los radicales de la Cámara de los Comunes, los obreros ingleses consiguieron la famosa Ley de Coalición. Desde entonces tuvo una base legal el movimiento para la creación de organizaciones gremiales destinadas a la defensa contra la opresión de los industriales, a la conquista de mejores condiciones de trabajo y salarios más elevados. El trade-unionismo comienza a desarrollarse y en su seno se forman sociedades políticas con el fin de lograr el sufragio universal.

En Francia, mientras tanto, con la caída de Napoleón en 1815 y el restablecimiento de la antigua monarquía borbónica con Luis XVIII, sobreviene la época de la Restauración, que dura quince años. Recuperado el trono con la ayuda extranjera, de Alejandro I en particular, Luis XVIII hizo una serie de concesiones a los grandes terratenientes que habían sufrido las consecuencias de la revolución. Era imposible restituirles sus tierras, puesto que habría sido necesario quitárselas a los campesinos, pero se les pagó una fabulosa suma de francos.

El poder real se esforzaba por contener el desarrollo del nuevo régimen social y político y dejar sin efecto en todo lo posible las concesiones que se había visto obligado a hacer. La lucha entre liberales y conservadores prosigue sin interrupción y conduce finalmente a una nueva revolución, que estalla en julio de 1830.

Inglaterra, que al fin del siglo XVIII había visto fortalecerse el movimiento obrero a raíz de la Revolución Francesa, bajo la influencia de esta otra vuelve a contemplar un nuevo empuje revolucionario; que comienza con una campaña en favor de la extensión del sufragio, al cual solamente tenía derecho una parte ínfima de la población. Los señores terratenientes ejercían el dominio en las elecciones y, por consiguiente, en la Cámara de los Comunes. Los partidos dirigentes, los *whigs* y los *tories*, que representaban en suma las diferentes fracciones de la aristocracia terrateniente, se vieron forzados a hacer ciertas concesiones. El más liberal de ambos, el de los *whigs*, que consideraba necesaria la reforma electoral, ganó terreno. Pero la burguesía industrial consiguió para sí sola el derecho al voto. Ante la traición de esa burguesía liberal, a la que se había aliado el antiguo miembro de la Sociedad de Correspondencia Place, los trabajadores, después de varias tentativas infructuosas, organizaron en 1836 su sociedad en Londres, dirigida por talentosos obreros, entre los cuales Guillermo Lowett y Enrique Haseington. En 1837, Lowett y sus camaradas formulan por vez primera las reivindicaciones políticas fundamentales de la clase obrera. Se proponen organizar a los trabajadores en un partido especial con su programa político, no en un partido de clase, adversario de todos los otros partidos burgueses, sino en un partido que, junto a los otros, aspira a tener su influencia y a participar en la lucha política como partido político de la clase obrera bajo el

régimen burgués. Partidos obreros de esta naturaleza existen actualmente en Australia y Nueva Zelandia. No tienen por objeto la transformación radical de las condiciones sociales, y con frecuencia hasta se unen estrechamente con la burguesía para asegurar a los obreros determinada influencia en la máquina gubernamental.

El documento en el que Lowett y sus compañeros declararon las pretensiones de los obreros recibió el nombre de "Carta" y su movimiento el de "cartista". Con estas seis reivindicaciones se inició el cartismo: sufragio universal, parlamento anual, voto secreto, inmunidad parlamentaria, división del país en circunscripciones electorales iguales, supresión de la tasa electoral para los diputados.

Comenzó, como hemos visto, en 1837. Marx tenía diecinueve años y Engels diecisiete. Fue la más alta expresión alcanzada por el movimiento obrero en el momento en que Marx y Engels tornábanse conscientes.

La revolución de julio de 1830 no había instaurado en Francia la República sino una monarquía constitucional a cuya cabeza figuraba el jefe de la rama de los Orleans, que, durante la gran Revolución Francesa y más tarde cuando la Restauración, había combatido a los Borbones. Luis Felipe fue el representante típico de la burguesía: su preocupación por la economía provocaba la admiración de los pequeños comerciantes de París.

La monarquía de julio otorga la libertad a la burguesía industrial, comercial y financiera para permitirle enriquecerse más rápidamente, y dirige sus golpes, en cambio, contra la clase obrera, en la que se manifiesta ya, aunque débilmente, una tendencia a la organización. En los primeros años subsiguientes a la revolución, las sociedades revolucionarias están principalmente compuestas por estudiantes e intelectuales: los obreros son una excepción en ellas. Pero respondiendo a la traición de la burguesía, una insurrección obrera estalla en 1831

en las sederías de Lyon. Durante varios días los obreros tienen la ciudad en su poder. No propician reivindicación política alguna. Enarbolan solamente la divisa: "Vivir trabajando o morir combatiendo". Finalmente son vencidos y sometidos a terribles represalias. En 1834, otra vez en Lyon, surgió la revuelta. Su importancia fue más considerable que la de la revolución de julio. Mientras ésta se basaba principalmente sobre los elementos pequeño-burgueses democráticos, la doble insurrección lionesa reveló por primera vez la importancia revolucionaria del elemento obrero que, aún en una sola ciudad, es cierto, levantaba el estandarte de la rebelión contra toda la burguesía, planteando claramente los problemas de su clase. Todavía no atacaba el proletariado de Lyon las bases reales del régimen burgués, pero sus reivindicaciones estaban dirigidas contra los capitalistas y la explotación.

Aparecido en escena como nueva clase revolucionaria, el proletariado intenta por esta época organizarse en Inglaterra, y en Francia, después de los sucesos de Lyon, empiezan las primeras tentativas de su organización revolucionaria.

La figura sobresaliente de ese movimiento es Augusto Blanqui, uno de los más grandes revolucionarios franceses. Había tomado parte en la revolución de julio. Bajo la influencia de las insurrecciones lionesas, que mostraron que el elemento más revolucionario estaba representado por los obreros, Blanqui comienza con sus compañeros a constituir sociedades revolucionarias entre los obreros de París, en las cuales participan, como en los tiempos de la gran Revolución Francesa, hombres de otras nacionalidades: alemanes, belgas y suizos.

Decididos a tomar el poder político con un golpe de mano y disponer en seguida una serie de medidas en favor de la clase obrera, realizan en mayo de 1839, en París, una audaz tentativa de insurrección que, desde luego, aborta, pero cuesta a Blanqui una condena a muerte, conmutada por prisión perpetua,

y un serio disgusto a sus compañeros alemanes. Entre éstos mencionaré a Schapper, nombre que volveremos a encontrar más tarde. Obligado a salir de Francia con algunos camaradas, llega en febrero de 1840 a Londres, donde organiza una sociedad obrera de educación.

En esta época, cuando el movimiento obrero revolucionario llegaba a su apogeo, Marx y Engels tenían veintidós y veinte años, respectivamente.

SEGUNDA CONFERENCIA

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN
ALEMANIA HACIA 1830. — RENANIA. — LA
ADOLESCENCIA DE MARX Y DE ENGELS.
— LOS TRABAJOS LITERARIOS DE ENGELS.
— MARX, REDACTOR DE LA GACETA
RENANA.

Veamos la situación de Alemania después de 1815, terminadas las guerras napoleónicas, guerras en las que tomaron parte, además de Inglaterra, alma de la coalición, Rusia, aliada con los alemanes, y los austríacos. En el Congreso de Viena, que decidió la suerte de Europa, Alejandro I desempeñó el papel principal. La paz de Viena no fue mejor para Europa de lo que lo ha sido la de Versalles, final de la última guerra imperialista. Por ella se despojó a Francia de todas sus conquistas territoriales del período revolucionario. Las colonias francesas fueron entregadas a Inglaterra. Alemania, que esperaba su unidad de esta guerra de liberación, se escindió definitivamente en dos partes: Alemania del norte y Austria.

Inmediatamente después de 1815 surgió entre los intelectuales y estudiantes de Alemania un movimiento tendiente esencialmente a restaurar la unidad del país. El enemigo principal era entonces Rusia, que, en seguida del Congreso de Viena, concertó con Alemania y Austria la Santa Alianza, destinada sobre todo a sofocar las aspiraciones revolucionarias. Alejandro I y el emperador de Austria fueron los fundadores oficiales de esa institución; en realidad su creador fue Metternich, director de la política austríaca. Mas, como se consideraba que Rusia era el principal foco de la reacción, el movimiento ilegal de los intelectuales y estudiantes alemanes, cuyo propósito era propagar la cultura y la instrucción entre el pueblo para prepararlo en el sentido de la unificación del país, tuvo desde el principio una orientación netamente anti-rusa. Fueron fundadas numerosas sociedades de tal carácter, entre las cuales se distinguieron especialmente los círculos universitarios de Jena, de Hesse, etc.

En 1819 un estudiante, Carlos Sand, mató al escritor alemán Kotzebue, considerado, no sin razón, un espía ruso. Este acto terrorista, que produjo grande impresión en Rusia, donde Carlos Sand se

hizo el ideal de la mayor parte de los futuros decembristas, suministró a Metternich y a los gobiernos alemanes el pretexto para las represiones contra los intelectuales, pero las sociedades de estudiantes, lejos de desaparecer, se fortalecieron y poco a poco constituyeron organizaciones revolucionarias.

Nuestro movimiento decembrista, que llevó a cabo una tentativa infructuosa de insurrección armada el 14 de diciembre de 1825, no es un movimiento aislado de intelectuales rusos, sino que se desarrolla bajo la influencia del movimiento revolucionario de los intelectuales de Polonia, Austria, Francia y España. Corresponde a una corriente literaria especial, cuyo representante más importante y más típico fue, de 1818 a 1830, el publicista alemán Luis Boerne, judío de origen, que tuvo igualmente una grande influencia sobre el desenvolvimiento del pensamiento político alemán. Verdadero demócrata político, se interesó poco por la cuestión propiamente social, convencido de que se puede reparar todo y mejorarlo todo concediendo al pueblo la completa libertad política.

La revolución de julio de 1830 tuvo una repercusión considerable en toda Europa, y particularmente en ciertas regiones de Alemania fue el origen de convulsiones e insurrecciones, pero como el movimiento carecía de raíces profundas entre las masas, bastaron algunas concesiones para el triunfo del gobierno.

La derrota de la insurrección polaca de 1831, consecuencia directa de la revolución de julio, obligó a muchos revolucionarios polacos a buscar refugio en Alemania, a fin de escapar de las persecuciones del gobierno zarista. Este hecho aumentó el odio de los intelectuales alemanes hacia Rusia, de igual modo que las simpatías por la Polonia esclavizada.

La revolución de julio y la insurrección polaca provocaron una serie de movimientos revolucionarios, en los cuales conviene que nos detengamos. Recordaremos los hechos que de una u otra manera

puieron influir sobre Marx y Engels. En 1832 el movimiento revolucionario de la parte sur de Alemania está concentrado en el Palatinado, región, que, al igual que Renania, estuvo largo tiempo en manos de Francia, siendo restituida a Alemania sólo en 1815. Renania pasó entonces a poder de Prusia y el Palatinado fue incorporado a Baviera, donde la reacción no era menos violenta que en Prusia. Habitados a una libertad relativa bajo el régimen francés, los habitantes de Renania y del Palatinado debían naturalmente oponer resistencia al régimen al que ahora se hallaban sujetos. Cada empuje del movimiento revolucionario francés fortificaba sus tentativas de lucha de oposición. En 1831 este movimiento se difunde grandemente, en el Palatinado, entre los intelectuales liberales. Los abogados Wirth y Siebenpfeifer organizan en Hambach, en 1832, una gran fiesta, en la que una serie de varios oradores, y entre ellos Boerne, hablan para proclamar la necesidad de una Alemania libre y unificada. Entre ellos se encuentra un joven obrero, Juan Becker, de veintitrés años, cuyo nombre encontraremos a menudo en la historia del movimiento revolucionario europeo. Becker, que estuvo en relaciones estrechas con varias generaciones de revolucionarios rusos, desde Bakunin hasta Plejanov, demostraba a los intelectuales que no hay que limitarse a la agitación, sino que es preciso preparar la insurrección armada. Revolucionario típico de grandes condiciones, llega a hacerse escritor, mas nunca teórico eminente representó ante todo el tipo de revolucionario pragmático. Después de la reunión de Hambach permaneció algunos años en Alemania ocupado en trabajos de agitación y propaganda y organizando la evasión de algunos prisioneros revolucionarios. En 1833, estando él mismo en prisión, su grupo efectuó un ataque armado contra la guarnición de Francfort, ciudad en que se reunía entonces la Dieta de la Confederación Germánica. Los estudiantes y los obreros afiliados

a ese grupo estaban persuadidos de que una insurrección victoriosa en esa ciudad causaría fuerte impresión en Alemania, pero fracasaron. Carlos Schapper, que trabajaba entonces en Alemania, participó enérgicamente en la insurrección; después de la derrota logró refugiarse en Francia. Todo el movimiento revolucionario se concentró precisamente en las regiones que durante largo tiempo se habían hallado bajo la dominación francesa.

Un movimiento revolucionario se produjo también en el principado de Hesse, encabezado por el pastor Weidig, partidario convencido de la libertad política y de la unificación de Alemania. Weidig organizó una imprenta clandestina, donde imprimía sus proclamas, y esforzabase por agrupar a los intelectuales a su alrededor. Entre estos últimos, uno de los que participaron más activamente en el movimiento fue Jorge Büchner, autor del drama *La muerte de Danton*. Persuadido de la necesidad de conquistar las simpatías de la masa rural, fundó para los campesinos de Hesse un periódico especial de propaganda, que fue el primer ensayo de este género. El periódico, que se imprimía en la imprenta clandestina de Weidig, tuvo una existencia efímera: dejó de aparecer en 1835. Sus organizadores fueron arrestados, y Büchner, que pudo huir de las persecuciones, se refugió en Suiza, donde murió poco tiempo después. En cuanto a Weidig (pariente cercano de Guillermo Liebknecht, quien, aun cuando niño, debió ser profundamente impresionado por estos acontecimientos), fue encarcelado y sometido a castigos corporales.

Una parte de los revolucionarios que Becker logró se evadieran, entre ellos Schapper, que se fugó antes de la insurrección de Francfort, luego Schuster, se establecieron en París, donde fundaron una sociedad secreta: la Federación de los Desterrados. Bajo la influencia de Schuster y de numerosos obreros alemanes que estaban en París, la corriente socialista se reforzó notablemente dentro de la

sociedad y finalmente se produjo una escisión. Una parte de sus miembros, dirigidos por Schuster, funda la Federación de los Justos, que subsistió tres años, cuyos adherentes participaron en la insurrección de Blanqui y, como los blanquistas, fueron arrestados y encarcelados. Al recobrar la libertad, Schapper y sus camaradas se dirigieron a Londres, donde crearon una sociedad de educación obrera que se transformó muy pronto en sociedad comunista.

En esa época los intelectuales alemanes sufrían, además de la de Boerne, la influencia de diversos escritores, entre los cuales el más eminente era Enrique Heine, poeta y publicista. Sus correspondencias de París, lo mismo que las de Boerne, influyeron en la formación de la juventud alemana.

Nativos Heine y Boerne, el uno del Palatinado y el otro de Renania, ambos eran judíos. Marx también era originario de Renania y judío. ¿En qué medida el origen judío influye en su desenvolvimiento?

En la historia del socialismo alemán cuatro judíos, Marx, Lassalle, Heine y Boerne, desempeñan un papel muy importante. Hubiera podido citar otros, pero tomo los más importantes. Es incontestable que el origen judío de Marx y de Heine tiene cierta influencia en la dirección de su desarrollo político. Los estudiantes se levantaban entonces contra la opresión política y social que reinaba en Alemania, pero los intelectuales judíos sentían más fuertemente su yugo. Basta leer los artículos en que Boerne describe las vejaciones de la censura y fustiga a los filisteos de la Alemania de aquel tiempo para comprender que cualquiera, por poco esclarecido que fuera, debía protestar forzosamente contra tales condiciones de vida, particularmente insostenibles para los judíos. Boerne pasó toda su juventud en el barrio judío de Francfort y el régimen medieval que allí se vivía le impresionó, como a Heine, profundamente.

Marx no se hallaba en iguales condiciones; de ahí que algunos de sus biógrafos hayan negado casi enteramente la influencia del medio judío sobre él.

Su padre, Enrique Marx, de profesión abogado, hombre culto y libre de prejuicios religiosos, era gran admirador de la literatura filosófica del siglo XVIII e indujo a su hijo a leer las obras de escritores como Locke, Voltaire y Diderot. Locke, uno de los ideólogos de la segunda revolución inglesa, era en filosofía adversario de lo innato; sostenía que el hombre no posee ideas innatas; que toda idea, todo pensamiento, es el producto de la experiencia y de la educación. Los materialistas franceses seguían su camino y demostraban que nada existe en la inteligencia del hombre que no sea ante todo sensación, que no pase por sus sentidos. De igual modo, no reconocían la existencia de ninguna idea innata.

A pesar de que el padre de Marx no practicaba su religión, sólo en 1824 adopta el cristianismo. En su biografía de Marx, Mehring procura demostrar que ese acto de Enrique Marx fue la forma de tentar su entrada en la elevada sociedad cristiana. Hay en ello una parte de verdad, pero Enrique Marx realizó su conversión, sobre todo, para escapar a las nuevas vejaciones a que los judíos estaban expuestos desde la incorporación de Renania a Prusia. Marx mismo, aunque no estuviera espiritualmente ligado a tal medio, se interesó mucho en su juventud por la cuestión judía y mantuvo relaciones con la comunidad judía de Tréveris. En tal tiempo los judíos elevaban frecuentes peticiones para solicitar la abrogación de distintas medidas vejatorias. A pedido de sus parientes próximos y de la comunidad de Tréveris, Marx, entonces de veinticuatro años, escribió una de esas peticiones.

Así, pues, de ningún modo desdeñaba Marx a sus antiguos correligionarios; le interesaba la cuestión judía y participaba en la lucha por su eman-

cipación. Esto no le impedía hacer una clara distinción entre los judíos pobres y los adinerados, aunque, a decir verdad, había pocos judíos ricos en la región donde vivía Marx: la aristocracia judía estaba entonces reconcentrada en Hamburgo y en Francfort.

Tréveris, lugar de nacimiento de Marx y donde muchos de sus antepasados fueron rabinos, se encuentra en Renania, provincia de una intensa vida industrial y política. Hoy todavía es una de las regiones más industriales de Alemania. En ella están comprendidas las ciudades de Solingen y de Remscheid, conocidas por sus artículos de acero, así como las de Barmen y de Elberfeld, centro de la industria textil. Tréveris, donde Marx vivía, era una ciudad medieval que había, en el siglo X, desempeñado un papel considerable y sido, con Roma, uno de los centros del cristianismo. Era igualmente industrial y durante la Revolución Francesa se suscitó en ella un fuerte movimiento revolucionario. Poseía curtidurías y fábricas de tejidos, pero la industria manufacturera estaba escasamente desarrollada en comparación con las partes septentrionales de la Renania, donde se hallaban los centros metalúrgicos y de la industria algodonera. Situada en una región vinícola, con supervivencias de la antigua comunidad rural, y siendo sus campesinos pequeños propietarios, viñeros amantes de la alegría y del buen vino, Tréveris conservó hasta cierto punto las costumbres de una ciudad medieval. Interesado entonces Marx por la situación de los campesinos, realizaba excursiones a las ciudades de los alrededores y se documentaba prolijamente sobre su vida. Los artículos que publicó algunos años más tarde muestran un conocimiento perfecto de los detalles de la vida rural, del régimen de la propiedad de la tierra y de los procedimientos de cultivo de los campesinos de Mosela.

En el colegio, como lo prueba particularmente una atestación de sus maestros en una de sus com-

posiciones, Marx era uno de los más brillantes alumnos. Por encargo de su profesor escribió una composición sobre la elección de profesión por los jóvenes, en la que demuestra que no pueden escogerla libremente, porque las condiciones de nacimiento del hombre predeterminan su profesión, así como, en sentido general, su concepción del mundo. Aquí puede verse el embrión de la concepción materialista de la Historia. Pero hay que considerarlo únicamente como la prueba de que Marx, ya en su juventud y bajo la influencia de su padre, estaba imbuido de las ideas fundamentales del materialismo francés, sólo que estas ideas las exponía en una forma especial.

A la edad de dieciséis años, Marx salió del colegio y en 1836 entró en la universidad, es decir, en una época en que las revueltas revolucionarias habían cesado y reinaba relativa calma en la vida universitaria.

Para ser mejor comprendido, me referiré al movimiento revolucionario ruso. El empuje revolucionario de la octava década persiste hasta 1883-84, en cuyo momento se ve con toda claridad que la antigua *Narodnaia Volia* ha sido aplastada. Los años de 1886-89, especialmente después del atentado del 1º de marzo contra Alejandro III, son, en las universidades, años de intensa reacción, en los cuales el movimiento revolucionario cesa por completo. Las personas de mi edad —las que no han perdido, se entiende, el sentimiento revolucionario— se ocupan temporariamente en una labor científica, dedicadas a estudiar las causas en cuya virtud el movimiento político revolucionario fue derrotado.

Un período semejante transcurría en Alemania cuando Marx entra en la universidad. En ella se dedica a estudios concienzudos. Poseemos sobre esa época de su vida un documento interesante: una carta en la que habla a su padre como a un amigo íntimo y al que expone sin rodeos sus ideas. Enri-

que Marx apreció y comprendió muy bien a su hijo, siendo suficiente leer su respuesta para juzgar de su elevada cultura.

En el espíritu de su tiempo Marx buscaba las concepciones y las doctrinas que le permitiesen fundamentar teóricamente el odio que ya tenía hacia el régimen político y social dominante. Más tarde estudiaré esta cuestión en detalle; diré entretanto que, en su búsqueda, Marx adopta la filosofía hegeliana bajo la forma que le dieron los "jóvenes hegelianos", que habían roto radicalmente con todos los prejuicios y sacado de esta filosofía las deducciones más radicales en el aspecto político y en el de las relaciones civiles y religiosas. En 1841, Marx termina sus estudios universitarios y obtiene el diploma de doctor, época precisamente en que Engels nac bajo la influencia de los "jóvenes hegelianos".

Engels nació en Barmen, ciudad situada en el norte de Renania, centro de la industria algodonera y de lanas, cerca de Essen, que más tarde llega a ser el centro de la industria metalúrgica. Engels era de origen alemán y pertenecía a una familia acomodada. Si examinamos los antecedentes de la familia Engels, vemos que ocupa lugar honorable entre las familias de comerciantes y de industriales de Renania. Hasta tiene su escudo. Y como para señalar el desenvolvimiento pacífico de la vida de Engels, sus tendencias pacíficas, ese escudo está ornado por un ángel con un ramo de olivo, blasón con el que Engels entra en la vida. Probablemente sus antepasados escogieron ese blasón porque Engels significa en alemán "ángel". La familia de Engels se remonta al siglo XVI, lo cual quiere decir que es una familia arraigada. En lo que concierne a la de Marx, nadie se ha ocupado en establecer sus antecedentes y hasta es difícil saber de su abuelo con exactitud. Se sabe solamente que Marx provenía de una familia de rabinos. Sobre el origen de la de Engels existen dos versiones. Según ciertos

datos, Engels sería lejano descendiente del francés Ange, hugonote refugiado en Alemania. Pero sus parientes actuales niegan tal antecedente y procuran probar su origen puramente alemán. En cualquier caso, en el siglo XVII la familia de Engels era ya una antigua familia de fabricantes de paño, cuyos descendientes se hicieron fabricantes de telas de algodón, gente muy adinerada y con fuertes tendencias internacionales. Con su amigo Ermen, el padre de Engels fundó una fábrica de tejidos en su patria y otra en Manchester, con lo que resulta un fabricante anglo-alemán. Profesaba la religión protestante y pertenecía a la confesión evangélica. Recuerda patentemente a los antiguos calvinistas, que unían a una fe profunda la convicción no menos profunda de que la vocación del hombre consiste en ganar dinero y en acumular capital para la producción y el comercio. En su vida privada era un hombre religioso, fanático, que empleaba todas las horas que le dejaban libres sus negocios en reflexiones piadosas. De tal modo, se establecen entre Engels y su padre relaciones diametralmente opuestas a las de Marx con el suyo. Muy pronto las ideas de Engels provocan un conflicto con su padre. Con la intención de hacer de su hijo un comerciante, lo educó en tal sentido; a los diecisiete años lo envió a Bremen, una de las ciudades de más comercio de Alemania, donde el joven Engels está durante tres años empleado en un escritorio de comercio. Las cartas a sus amigos del colegio muestran cómo se esfuerza para sustraerse a la influencia de tal medio. Religioso al llegar a Bremen, se halla bien pronto bajo la influencia de Boerne y de Heine. Comienza a escribir a los diecinueve años, y con sus primeros trabajos se coloca entre los demócratas librepensadores de Alemania. Sus primeros artículos, firmados con el seudónimo de Oswald, con los cuales atrae la atención pública, flagelan el medio ambiente en que había pasado su infancia. Sus cartas de Wupperthal

(del nombre del valle de Wupper, en el que están situadas las ciudades de Barmen y de Elberfeld) causan fuerte impresión. Se notaba que el autor había sido educado en esa región y que conocía a todos sus hombres notables. En Bremen se libró Engels de todos los prejuicios religiosos y llegó a ser una especie de viejo jacobino francés.

Hacia 1841, cuando tenía alrededor de veinte años, Engels, en calidad de hijo de rico fabricante, entra como voluntario en artillería de la guardia de Berlín. Allí es donde se vincula con el círculo de "jóvenes hegelianos", que Marx también frecuentaba. Con ellos participa en la lucha contra los viejos prejuicios y, de igual modo que Marx, se adhiere a la tendencia más radical de la filosofía hegeliana. Pero cuando Marx se halla todavía, por así decir, en su gabinete de trabajo y se prepara para la carrera universitaria, Engels, que comenzó a escribir en 1839, en 1842 ocupa ya, bajo su seudónimo, un lugar destacado en el periodismo y participa activamente en la lucha ideológica que se desarrolla entre los adeptos de los viejos y de los nuevos sistemas filosóficos.

Quiero llamar particularmente la atención sobre los años 1841-42, que son los años en que varios rusos moscovitas viven en Alemania. Están allí, entre otros, Bakunin, Ogarev, Frolov, que viven poco más o menos en parecidas condiciones de entusiasmo que Marx y Engels por la misma filosofía. Ello puede juzgarse por el episodio siguiente: en 1842 Engels escribió una crítica violenta de la filosofía del adversario de Hegel, Schelling, que había sido invitado por el gobierno de Prusia a trasladarse a Berlín para oponer a la del primero su filosofía, en la cual se esforzaba por conciliar el Evangelio con la ciencia. Las opiniones que Engels tenía entonces se asemejaban hasta tal punto a las expuestas por Bielinsky y Bakunin en sus artículos de esa época, que hasta los últimos tiempos su folleto en el que critica la *Filosofía de la revelación* de Schelling ha

sido atribuido a Bakunin. Ahora sabemos que no fue escrito por Bakunin, pero la argumentación, las expresiones, las pruebas empleadas para demostrar la superioridad de la teoría hegeliana, se parecen de tal modo a las de Bakunin que no es sorprendente que numerosos rusos la hayan considerado obra suya.

En 1842 Engels tenía veintidós años, de suerte que tempranamente es un escritor democrático, radical, completamente formado. Como él mismo lo dice, describiéndose en un poema festivo, era un ardiente jacobino, y bajo este aspecto recuerda fuertemente a algunos alemanes que se adhirieron a la Revolución Francesa. Según sus propias palabras, *La Marsellesa* está constantemente en sus labios y reclama, por último, la guillotina. Tal era Engels en 1842. Marx había llegado más o menos al mismo grado de desarrollo intelectual. En esa misma fecha se descubren trabajando con un propósito común.

Terminados sus estudios universitarios y doctorado en abril de 1842, Marx se propuso desde el primer instante ocuparse de filosofía y de ciencia, pero renunció a este propósito cuando su maestro y amigo, Bruno Bauer, que era uno de los jefes de los "jóvenes hegelianos" y criticaba rudamente la teología oficial, fue privado del derecho de enseñar en la universidad. Justamente en tal momento Marx fue invitado a colaborar en una nueva publicación. Los representantes de la burguesía comercial e industrial más radical de Renania, Kamphausen y otros, habían resuelto fundar su órgano político. El periódico de más influencia en Renania era la *Koelnische Zeitung*, y Colonia era en tonces el mayor centro industrial de la región, publicación que adulaba al gobierno. La burguesía radical quería oponer a ella su órgano propio, a fin de defender sus intereses económicos frente al feudalismo. Además de Kamphausen, el constructor

de ferrocarriles Mevisson desempeñaba un papel considerable en la región. Ambos disponían del dinero, pero les faltaban colaboradores. Acontecía lo que se produjo más tarde en Rusia: buen número de periódicos fundados por capitalistas cayeron en manos de un grupo determinado de literatos. Así ocurrió antes y después de 1905 e igualmente durante la guerra; industriales independientes suministraban fondos a un grupo de literatos. Así, en Renania, algunos jóvenes filósofos y literatos tomaron la dirección del periódico fundado por los fabricantes. De estos literatos fue Moisés Hess, de mayor edad que Marx y Engels, el que desempeñó el papel principal. Era, como Marx, judío, pero desde temprano se había distanciado de su padre, hombre bastante rico. Adherido al movimiento liberador en seguida de 1830, comenzó a demostrar la necesidad de la unión de las naciones más adelantadas, a fin de asegurar la conquista de la libertad política y cultural. Ya en 1842, antes que Marx y Engels, Moisés Hess, bajo la influencia del movimiento comunista francés, se hizo comunista. Con algunos de sus camaradas es luego el redactor más eminente de la *Gaceta Renana*.

Marx vivía entonces en Bonn, y durante largo tiempo no fue sino un colaborador que enviaba periódicamente sus artículos. Sólo poco a poco conquista el primer puesto en el periódico, dirigido por Hess, con sus dos camaradas Oppenheim y Rutenberg (este último era amigo de Marx y lo había recomendado a la redacción). Así, pues, aunque la *Gaceta Renana* fuera editada a costa de la burguesía industrial de la región, era al mismo tiempo el órgano del grupo más radical de escritores de Berlín, al que pertenecían Marx y Engels.

En el otoño de 1842 Marx fija su residencia en Colonia e inmediatamente da al periódico una nueva orientación. Contrariamente a sus amigos de Berlín y a Engels, insistía Marx en llevar la lucha más radical, pero no bajo una forma demasiado rui-

dosa, contra las condiciones políticas y sociales existentes. Así se manifiesta la influencia de las condiciones distintas en que se formaron Marx y Engels, y en particular el hecho de que Marx no hubiera conocido la opresión religiosa, yugo intelectual al que en su juventud estuvo sometido Engels. Por eso Marx se apasionaba menos por una lucha religiosa y no consideraba necesario dedicar todas sus fuerzas a una crítica violenta anti-religiosa. Prefería una polémica a fondo a una demasiado exterior, lo que consideraba necesario para conservar el periódico y disponer así de un órgano. Engels —y eso es una característica de toda su producción juvenil— estaba más cerca del grupo que quería una lucha exterior más vigorosa contra la religión. Esta diferencia entre Marx y Engels, sea dicho de paso, recuerda a la que existió a fines de 1917 y comienzos de 1918 en nuestro medio, cuando algunos camaradas reclamaban la lucha inmediata y a fondo con la Iglesia. Otros, por el contrario, estimaban que no era eso lo más urgente y teníamos tareas de mayor importancia. Parecidas divergencias existían entre Marx y Engels y los otros jóvenes publicistas, compañeros suyos. Esta polémica tiene su expresión en las cartas que Marx escribió como redactor a sus viejos camaradas de Berlín.

Los biógrafos de Marx consignan que su encuentro con Engels en la redacción de la *Gaceta Renana* fue bastante frío. Engels, que había sido uno de sus corresponsales en Berlín, estuvo en Colonia antes de su partida para Inglaterra. Es posible que entonces tuviera una explicación con Marx, que defendía su táctica y había abordado claramente la cuestión de los trabajadores. Criticaba duramente las leyes que prohibían el aprovechamiento comunal de la leña y abrogaban el derecho de procurársela en los bosques, demostrando que tales leyes eran obra de los propietarios del suelo que ponían todo su poder en la explotación de los

pequeños campesinos y en elaborar decretos que los transformaran en criminales. Insertó entonces en la *Gaceta Renana* varios artículos sobre la situación, por él bien conocida, de los campesinos de Mosela, los que suscitaron una violenta polémica entre él y el prefecto de Renania.

Las autoridades locales presionan entonces por intermedio de Berlín y el periódico es sometido a una doble censura. Como Marx es el alma de la redacción, se pide que sea depuesto. El nuevo censor admira grandemente a este brillante e inteligente publicista que elude con habilidad la censura, pero sigue denunciándole, y ahora no a la redacción sino al grupo de accionistas que subvencionan el periódico. Comienzan estos últimos a inquietarse y piden a Marx que sea más prudente, a fin de evitar cuestiones desagradables. Marx se niega. Prueba que toda tentativa de moderación no conducirá a nada, que el gobierno no reducirá su intemperancia. Al fin entrega su dimisión de redactor y abandona el periódico, pero su retiro no lo salva, pues muy pronto fue prohibido en forma definitiva.

Marx salió del periódico completamente cambiado. Cuando ingresó era un demócrata liberal, aunque un demócrata que se interesaba por todos los asuntos económicos fundamentales ligados con la situación social y económica de los campesinos. En consecuencia, Marx, que hasta entonces estuvo casi exclusivamente dedicado a la filosofía y a la jurisprudencia, debe ocuparse cada vez en grado mayor de problemas económicos y de diversas cuestiones concretas.

Marx sostuvo en ese tiempo una polémica con un periódico conservador a propósito de un artículo de Hess, que fue quien en 1842 convirtió a Engels al comunismo. Respondió, en resumen, a ese periódico: Ustedes no tienen derecho de atacar al comunismo. No conozco el comunismo, pero siendo que el comunismo ha asumido la defensa de los

oprimidos, no puede ser combatido con tanta ligereza. Antes de condenarlo es preciso tener conocimiento completo y exacto de esa corriente.

Cuando abandonó la *Gaceta Renana*, Marx no era aún comunista, pero sí hombre a quien interesaba el comunismo como tendencia, como filosofía concreta. Con su amigo A. Ruge llegan a convenir en que es absolutamente imposible realizar en Alemania la propaganda política y social que les interesa y resuelven trasladarse a París para editar los *Anales francoalemanes*. Con este nombre, de oposición a los nacionalistas franceses y alemanes, quieren significar que una de las condiciones de éxito de la lucha contra la reacción está en la estrecha alianza política de Alemania y Francia. En los *Anales francoalemanes* Marx formula por primera vez los puntos fundamentales de su futura filosofía, en los cuales de demócrata liberal se transforma en comunista.

TERCERA CONFERENCIA

LA VINCULACION DEL SOCIALISMO CIENTIFICO Y LA FILOSOFIA. — EL MATERIALISMO. — KANT. — FICHTE. — HEGEL. — FEUERBACH. — EL MATERIALISMO DIALECTICO DE MARX. — LA MISION HISTORICA DEL PROLETARIADO.

Nos hemos detenido en el momento en que Marx abandonó su carrera de publicista en Alemania para dirigirse al extranjero. Resumiremos ahora lo dicho últimamente. Se recordará que nos propusimos la tarea de estudiar la vida de Marx y Engels valiéndonos del método de investigación que ellos mismos crearon.

Hemos visto que, a pesar de todo su genio, Marx y Engels han sido hombres de una sola época determinada. Ha de recordarse cómo llegaron a la vida consciente, es decir, cómo salieron del período infantil, durante el cual las impresiones principales provienen de la familia; cómo cayeron bajo la influencia de una época histórica, cuyo carácter fue determinado principalmente por la revolución de julio en Alemania, por el desenvolvimiento de la ciencia y de la filosofía, por el desarrollo del movimiento obrero y por el avance del revolucionario. Hemos indicado igualmente que Marx y Engels no son sólo el producto de esa época histórica, sino que por su origen fueron hombres de un lugar determinado, Renania, que era entonces la provincia más industrial y más internacional de Alemania y la que más fuertemente había recibido la influencia de la Revolución Francesa. Hemos mostrado que en los primeros años de su vida, Marx estuvo sujeto a otras influencias que las que rodearon a Engels y que fue grande en su familia el influjo de la filosofía francesa. Contrariamente, Engels estuvo sometido a la influencia de la religión en una familia casi santurrona. Así las cuestiones relacionadas con la religión fueron siempre más angustiosas para Engels que para Marx. Finalmente, Marx y Engels, por diferentes caminos, con más facilidad el uno, con mayores dificultades el otro, llegaron a conclusiones idénticas.

Los hemos dejado en el momento en que han llegado a ser los representantes más radicales del pensamiento político y de la filosofía de su tiempo;

en el momento en que Marx se traslada a París para formular su nuevo punto de vista. Para saber lo que Marx expone a los veinticinco años de edad de verdaderamente nuevo, nos detendremos a señalar en forma breve lo que encontró en el dominio de la filosofía.

Deborin ha expuesto¹ la cuestión de la conciencia, de la inteligencia, de la materia, del ser, etc., y ha citado probablemente el nombre de algunos filósofos. Por referirnos a ellas citaré las palabras de Engels que están en el prefacio de su folleto *El desarrollo del socialismo científico*. "Nosotros, los socialistas alemanes —escribe Engels—, nos enorgullecemos de descender no sólo de Saint-Simon, Fourier y Owen, sino también de Kant, Fichte y Hegel." Engels no menciona a un cuarto filósofo alemán, Feuerbach, al que dedica más tarde una obra especial. Expondremos ahora el origen filosófico del socialismo científico. No somos, como Deborin, especialistas en filosofía; solamente nos hemos ocupado en adquirir una idea de las cuestiones filosóficas fundamentales, como lo han hecho todos aquellos que se interesan por el motivo de la evolución humana.

La cuestión fundamental, tal como la plantea Engels, es la de saber si ha existido un principio creador que ha precedido al mundo; dicho de otra manera, si hay, como lo hemos aprendido en nuestra infancia, un dios. Este creador, este todopoderoso, puede revestir diferentes formas según las religiones. Puede manifestarse en la forma de un monarca celestial de poder infinito, con innumerables legiones de ángeles a sus órdenes. Puede transmitir sus poderes a un Papa, a obispos, a sacerdotes; puede, en fin, monarca bueno y esclarecido, establecer de una vez y para siempre una Constitución, leyes fundamentales que gobiernen

¹Se refiere a sus conferencias sobre el materialismo dialéctico. (N. de los T.)

a la humanidad entera y, en su infinita sabiduría, satisfacerse con el amor y el respeto a sus hijos sin inmiscuirse jamás en la administración de sus asuntos. Puede, en una palabra, manifestarse en las formas más variadas, pero en el momento que se ha reconocido la existencia de este dios, se admite que hay un ser que ha existido en todos los tiempos y que un buen día ha dicho: ¡Que el mundo sea!, y cuya palabra se ha transformado inmediatamente en realidad.

Así, pues, el pensamiento, el deseo, la intención de crear este mundo, existía en alguna parte, fuera del mundo mismo; dónde, no se sabe exactamente. Este suceso no ha sido descubierto todavía por ningún filósofo, ni aun por nuestros nuevos filósofos de Petrogrado.

Este ser eterno crea todo lo existente. Así, la conciencia, el pensamiento, determinan todo lo que existe. La idea crea a la materia, la conciencia determina al ser. En el fondo, a pesar de todos los ropajes filosóficos, esta nueva forma de manifestarse el "primer principio" no es otra cosa que la vieja concepción teológica del mundo.

Se trata, en definitiva, de saber si, en el universo donde nos movemos, en lo existente, puede acaecer algo sin la intervención de un ser desconocido, situado más allá de los límites del universo, de un ser fuera de nuestra percepción, que se llama Jehová, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, y aun la Razón. Se le puede también designar, como en el Evangelio de San Juan, el Verbo: "En el principio era el Verbo". Este Verbo ha creado la existencia; ha creado el mundo.

Esta idea del Verbo principio de todas las cosas fue ya combatida en el siglo XVIII por los materialistas, por los representantes de la nueva filosofía y de la nueva clase, la burguesía revolucionaria, en la medida en que atacaron al antiguo orden social, el feudalismo. La antigua concepción del mundo resultaba insuficiente para explicar el origen de los

nuevos acontecimientos, de lo que distinguía su época de las precedentes.

La conciencia, la idea, la razón, consideradas como *unas e inmutables*, tenían, a sus ojos, un defecto capital. Efectivamente, la observación les indicaba que todo lo terrenal cambia, que el ser reviste las formas más variadas. La experiencia les enseñaba (sin hablar de los viajes y de los descubrimientos que suministraban cada día nuevos materiales) que existen gentes diferentes, diferentes Estados y diferentes ideas.

Se trataba de conocer la proveniencia de toda esa diversidad, de saber cómo surgen las diferencias que existen entre los hombres y las cosas.

Cuanto más penetraban los filósofos en el estudio del pasado, mayor era el número de pueblos diferentes que encontraban, algunos desaparecidos, otros vivientes. Los ingleses habían atravesado distintas épocas, y lo mismo los franceses. ¿De dónde provenía esta diferencia en el tiempo y en el espacio si la causa de todo residía en un principio único, en un dios, por ejemplo? Sólo hace falta suponer que ese dios, sin que uno pueda comprender por qué, decidía hoy que hubiera una Inglaterra, mañana una Alemania, una Francia pasado mañana. Que tuviera el capricho de hacer reina: un día en Inglaterra a los Estuardos, al siguiente cortar la cabeza a Carlos I y entregar el poder a Cromwell.

A partir del siglo XVIII, y aun del XVII, a medida que la existencia, la humanidad y las relaciones entre los hombres se modifican notablemente bajo la influencia de los hombres mismos, la existencia de la Divinidad, origen de todo, suscita mayores dudas. En efecto, lo que explica todo en su diversidad, en el tiempo y en el espacio, no explica nada desde el momento que la *diferencia* de los acontecimientos, y no lo que tienen de común, se explica por el hecho de que han surgido en condiciones *diferentes*, bajo la influencia de

causas distintas. Cada una de esas diferencias debe ser explicada por las causas particulares, por las influencias especiales que la han producido.

Los filósofos ingleses, que vivían bajo un capitalismo en rápida transformación y que poseían la experiencia de dos revoluciones, se habían preguntado si existía de veras una fuerza que independientemente de la voluntad de los hombres proveía todo y lo hacía todo. Suscitaba en ellos no menos dudas el problema de saber si todas esas diferentes ideas, que se habían manifestado y combatido entre sí en la época de la revolución inglesa, eran ideas innatas. A pesar de todos los esfuerzos para conciliarlas con las enseñanzas de la Biblia, era evidente que esas ideas llevaban el sello de la *novedad*.

Los materialistas franceses, de los cuales ya hemos hablado, planteaban la cuestión con más claridad. Para ellos esa supuesta fuerza que se encuentra fuera de nuestro mundo, esa fuerza divina que se ocupa sin cesar de la nueva Europa, que piensa en todo y contribuye a todo, no existe. Todo fenómeno, todo hecho histórico es el resultado de la acción de los hombres mismos.

Los materialistas franceses no conocían lo que determina los actos de los hombres, mas sabían que no es Dios, que no es ninguna fuerza exterior lo que hace la Historia, sino que son los hombres mismos los que dirigen los acontecimientos. Pero caían en una contradicción. Sabían que los hombres proceden diferentemente porque tienen opiniones e intereses diferentes, pero no conocían lo que suscita esas divergencias de intereses, como tampoco conocían la influencia que sobre el hombre ejercen las condiciones materiales en que se forma. Al contrario, creían que la formación misma de los hombres está determinada por tal o cual legislador que, a la manera de un dios, dispone de ellos y fija sus actos.

Algunos materialistas franceses habían planteado

claramente otra cuestión. Cierto —replicábanles sus adversarios—, Dios no es un ser idéntico al terrible Jehová de los judíos, ni al Padre, Hijo y Espíritu Santo de la religión cristiana, pero existe un principio espiritual que ha introducido en la materia la posibilidad del pensamiento, que precede a la naturaleza. Respondían los materialistas que para eso no hay necesidad alguna de una fuerza exterior cualquiera, porque el estímulo procede de la materia misma.

A pesar de que en la época que los materialistas franceses elaboraban su filosofía, la ciencia en general y las ciencias naturales en particular habían alcanzado escaso desarrollo, ellos establecieron esa idea fundamental.

Todos los que se titulan materialistas niegan que la conciencia, el pensamiento, en el sentido que nosotros damos a estas palabras, hayan precedido a la materia, a la naturaleza. Durante millones de años no existió en la Tierra ningún ser viviente, organizado; en consecuencia, no existía lo que se llama pensamiento, ni lo que se denomina conciencia. El ser, la naturaleza, la materia, han precedido a la conciencia, al pensamiento, al espíritu.

No hay que imaginar que la materia sea necesariamente algo grosero, pesado, sucio, y la idea, delicada, ligera, pura. Materialistas vulgares, a veces jóvenes materialistas, en el ardor de la discusión o para mofarse de los fariseos del idealismo que no cesan de hablar de lo grande y de lo bello al tiempo que se acomodan perfectamente con la villanía e infamia de la sociedad burguesa, subrayan, a veces intencionalmente, que la materia es una cosa pesada y grosera. Por el contrario, cuando se sigue el desarrollo de las ciencias físicas se comprueba que durante los últimos ciento cincuenta años la materia se ha transformado en algo increíblemente etéreo y extremadamente móvil. Desde que la revolución industrial cambió las bases de la

vieja economía natural, todo se puso en movimiento. Cuanto dormía despertóse y todo lo que estaba inmóvil se puso en movimiento. En la materia compacta, fija al parecer, se han descubierto fuerzas nuevas y nuevas formas de movimiento.

El hecho siguiente nos mostrará cuán insuficientes eran los conocimientos de los materialistas franceses. Cuando Holbach, uno de los más lógicos, escribió su libro sobre *El sistema de la naturaleza*, ignoraba lo que ahora sabe todo buen escolar de doce años. Para él el aire era indivisible y uno de los elementos principales que constituyen la naturaleza; por otra parte, no sabía sobre el aire más de lo que sabían los griegos dos mil años atrás. Algunos años después de la publicación del libro de Holbach, la química, desarrollada sobre todo por Lavoisier, mostró que el aire se compone de ázoe y oxígeno, a los cuales están mezclados en cantidad ínfima cierto número de elementos. Y cien años más tarde, a fines del siglo XIX, la química misma descubre, en el ázoe y en el oxígeno, gases como el argón y el helio, que son materia, pero extremadamente sutil.

Otro ejemplo aún. En la Rusia soviética es muy usada la radiotelegrafía, pues nos ha prestado servicios inmensos durante el bloqueo y la guerra civil. Sin ella hubiéramos vagado, por así decir, en las tinieblas. La radiotelegrafía sólo existe desde hace treinta años, pues es en 1897 ó 1898 cuando se descubren, en la materia grosera e inanimada, sustancias tan inmateriales que, para designarlas, es preciso buscar denominaciones en la antigua teología de la India. La radiotelegrafía trasmite los sonidos. Se puede aquí, en Moscú, oír un concierto ejecutado a varios cientos de kilómetros de distancia. Y no sólo esto; últimamente hemos sabido que se puede enviar un telegrama que a más de la caligrafía del remitente reproduce su retrato, para lo que basta la adaptación de un aparato inventado por el técnico francés Belin. Y todo eso se efectúa

no con la ayuda del "espíritu", sino con la de una materia extremadamente sutil y delicada, medida y dirigida por nosotros.

Si he citado lo precedente, ha sido para mostrar cuán atrasadas son las concepciones habituales sobre la materialidad y la inmaterialidad; lo eran aún más en el siglo XVIII. Si los materialistas de esa época hubieran dispuesto de todos los nuevos hechos, habrían sido menos "grosceros" y las gentes "delicadas" no se habrían separado de ellos.

Los filósofos alemanes contemporáneos de Kant adoptaron el punto de vista ortodoxo. Rechazaron la doctrina materialista como impía e inmoral; mas Kant no se satisfizo con una conclusión tan simple. Comprendió perfectamente toda la inconsistencia de las viejas ideas religiosas, pero no poseía ni la audacia mental ni la lógica necesarias para romper de manera categórica con esas ideas.

En 1781 Kant publicó su obra principal, *Crítica de la razón pura*, en la que sostiene que no hay prueba alguna de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, de las ideas eternas, y que nuestra ciencia se basa en la experiencia. Según él, no podemos conocer las cosas mismas, su esencia, sino solamente las formas bajo las cuales se manifiestan e impresionan nuestros sentidos. La esencia de las cosas, disimulada en el fenómeno, nunca nos será accesible. Así, Kant establece una especie de puente entre el materialismo y el idealismo, entre la ciencia y la religión. No niega los progresos de la ciencia ni que ella ayude a comprender las cosas, pero al propio tiempo deja una puerta abierta a la teología, permitiendo bautizar con el nombre de Dios la esencia de las cosas.

—En su contabilidad por partida doble, en su deseo de quedar bien con la ciencia y con la fe, Kant va todavía más lejos. Escribe otra obra, la *Crítica de la razón práctica*, en la cual demuestra que si en la teoría puede prescindirse de Dios, de la inmortalidad del alma, etc., en la práctica hay que reconocer

todos esos principios, ya que en ellos la actividad misma carecería de base moral.

El ya citado poeta alemán Heine, que fue un gran amigo de Marx, y sobre el cual éste tuvo algún tiempo una influencia considerable, ha narrado de una manera muy interesante los motivos de esa actitud de Kant. Kant tenía un viejo criado, Lampe, que estaba con él desde hacía cuarenta años y que lo rodeaba de la más afectuosa solicitud. Para Kant, Lampe personificaba el hombre común que no puede vivir sin fe. Y Heine, después de exponer brillantemente el alcance revolucionario de la *Crítica de la razón pura* en la lucha contra la teología, y aun contra la fe como principio puramente divino, explica por qué Kant tuvo necesidad de la *Crítica de la razón práctica*, en la cual reconstruye todo lo que acababa de destruir. He aquí lo que dice Heine:

A la tragedia sucede la farsa. Manuel Kant ha hecho hasta aquí el papel de filósofo intransigente. Se lanzó al asalto del cielo, venció a la guarnición y abatió sus armas; quedó rendido y bañado en sangre el amo del mundo; no hay misericordia, no hay providencia paternal, no hay recompensa en el otro mundo para las virtudes de éste; la inmortalidad agoniza; aquí estertores, allá gemidos. Mas el viejo Lampe está allá, el paraguas bajo el brazo, espectador afligido, cubierto el rostro de un frío sudor y bañado en lágrimas. La piedad penetra entonces en el corazón de Kant y demuestra que no es sólo un gran filósofo, sino también un hombre bueno. Después de reflexionar un instante, dice, entre benévolo e irónico: "El viejo Lampe tiene necesidad de un dios, si no no será feliz". Ahora bien, el hombre debe ser feliz en la Tierra. Así habla la razón práctica. Y bien, ¡que sea así!; la razón práctica es responsable de la existencia de Dios.

Kant ha desempeñado igualmente un gran papel en la historia de la ciencia. Ha demostrado, a igual que el astrónomo francés Laplace, que la Tierra no ha sido creada por Dios en un día, como se nos cuenta en la Santa Escritura, sino que es el resultado de una larga evolución y que, con todos los astros celestes, se ha formado por la condensación de una materia informe, extremadamente rarificada.

En el fondo, Kant fue un conciliador de la antigua y de la nueva filosofía, y así procedió en todos los aspectos de la vida práctica. Mas, aunque no supo romper resueltamente con el pasado, avanzó, no obstante, de un modo considerable, y sus discípulos más consecuentes, como Heine, comprendieron la verdadera razón de su contabilidad por partida doble, rechazaron la *Crítica de la razón práctica* y extrajeron de la *Crítica de la razón pura* las extremas deducciones que ella comporta.

No me detendré mayormente en Fichte, que Engels menciona. Fichte tuvo una influencia mucho mayor sobre Lassalle que sobre Marx. Su filosofía encierra un elemento que no fue del todo desenvuelto en el sistema de Kant y que influyó considerablemente sobre los intelectuales revolucionarios de Alemania. Si Kant fue un filósofo apacible que durante decenas de años no salió de su amado Koenigsberg, Fichte no sólo fue un filósofo, sino un hombre de acción, elemento activo que introduce en su filosofía. Al antiguo concepto de una fuerza especial que dispone de los hombres, opone uno nuevo que hace de la personalidad humana y de su actividad la fuente principal de toda la teoría y de toda la práctica.

La filosofía que más influencia tuvo sobre Marx y Engels fue la de Hegel, cuyo sistema total se basa en principios divergentes de los de Kant y Fichte. Entusiasmado en su juventud por la Revolución Francesa, en 1831, fecha de su muerte, Hegel

era un profesor y un funcionario prusiano cuya filosofía contaba con la aprobación del Estado.

¿Cómo la filosofía de Hegel llegó a ser la fuente en la que Marx, Engels y Lassalle apagaron su sed de conocimientos? ¿Qué había en su filosofía que atrajera irresistiblemente a lo más escogido del pensamiento revolucionario y social?

La filosofía de Kant, en sus lineamientos fundamentales, fue elaborada antes de la gran Revolución Francesa. Al estallar ésta, Kant tenía setenta y cinco años, y aunque es verdad que sintió su influencia, no sacó de ella conclusiones radicales. Por tanto, en lo concerniente a la naturaleza, a la historia de nuestro planeta, se asimila la idea de evolución, pero todo su sistema se reduce a la explicación del mundo *tal cual es*.

Lo contrario sucedía con respecto a Hegel. Había atravesado la época de los trastornos económicos de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX y se empeñó en explicar el mundo tal cual deviene. Nada permanece inmóvil. Su idea absoluta, su razón, sólo vive y se manifiesta en un proceso continuo. Todo fluye, todo cambia, todo desaparece. El continuo movimiento, el desarrollo continuo de la idea absoluta, determina la evolución de nuestro mundo en todos sus dominios. Para comprender los fenómenos que nos rodean no basta estudiarlos tales cuales existen, sino comprender cómo se han producido o desarrollado, pues todo lo que nos rodea es el resultado de un proceso anterior. Además, si bien de inmediato tal o cual cosa se nos aparece inmóvil, examinándola atentamente se comprueba que se produce en ella una lucha, que existen en ella influencias, fuerzas que la mantienen en el estado que la conocemos, y otras fuerzas, y otras influencias que tienden a modificarla. En cada fenómeno, en cada causa, se produce una lucha de esos dos principios, la tesis y la antítesis. De esos dos principios, el uno conserva, el otro destru-

ve. La lucha de ambos, que existe en cada fenómeno, conduce a algo sintético, a su unión.

Para Hegel, la razón, el pensamiento, la idea, no permanecen inmóviles, inmutablemente fijos, no se estabilizan en una tesis. Al contrario, esta tesis, este pensamiento, oponiéndose a sí mismo, se divide en dos contrarios: la afirmación y la negación, el sí y el no. La lucha de esos dos elementos opuestos, encerrados en la antítesis, constituye el movimiento que Hegel llama dialéctico para hacer resaltar el elemento de lucha que existe en él. En esta lucha, en esta dialéctica, ambos contrarios se equilibran mutuamente y se fusionan. La fusión de los dos contrarios produce un nuevo pensamiento: su síntesis; nuevo pensamiento, nueva idea, que se divide a su vez en dos opuestas: la tesis se transforma en antítesis y ambas se concilian en una nueva síntesis.

Hegel considera todo fenómeno, toda cosa, como un proceso, como algo en estado de transformación constante, de constante desenvolvimiento. Todo fenómeno no sólo es el resultado de una modificación anterior, sino que lleva en sí el germen de una nueva modificación. Jamás se detiene en un punto determinado. Por el contrario, apenas ha llegado a un grado superior comienza la lucha de nuevas contradicciones. Como muy bien lo dice Hegel, la lucha de las contradicciones es el origen de todo desarrollo.

He aquí precisamente el aspecto revolucionario de la filosofía de Hegel. Aunque Hegel fuera idealista, aun cuando para él el principio fuera el espíritu y no la naturaleza, la idea en vez de la materia, ejerció una inmensa influencia en las ciencias históricas y sociales y aun en las naturales. Incitó al estudio de la realidad, a buscar todas las formas de desarrollo de la idea absoluta, manifestaciones de esta idea que, cuanto más variadas son, más lo es el fenómeno, el proceso donde es preciso estudiar el desenvolvimiento.

Para comprender mejor todavía lo que atraía a Marx, Engels y Lassalle, así como a los revolucionarios rusos Bielinsky, Herzen, Bakunin y Chernichevsky hacia esta filosofía exteriormente tan árida, con su nebuloso lenguaje, léase lo que de ella dice Chernichevsky:

Mudanza eterna de la forma, destrucción eterna de la forma engendrada por un cierto contenido o aspiración, a consecuencia del refuerzo de esta misma aspiración, del desenvolvimiento último del contenido; quien ha comprendido esta gran ley eterna y universal, quien ha aprendido a aplicarla a cada fenómeno, permanece tranquilo ante las contingencias que a los demás abaten. Repitiendo con el poeta: He apostado cuanto tengo sobre nada, y el mundo entero me pertenece", no deplora nada de lo que ha cumplido su tiempo y dice: "Suceda lo que suceda, al fin de cuentas el triunfo será nuestro".

No me detendré a explicar otros aspectos de la filosofía hegeliana que muestran por qué ella ha impulsado fuertemente el estudio de la realidad. Cuanto más los discípulos de Hegel han estudiado la realidad a la luz y bajo la dirección del método dialéctico creado por su maestro, más se ha revelado el defecto fundamental de esta filosofía: es una filosofía idealista, pues para ella el principal motor, el creador, es la idea absoluta, la conciencia determinando el ser.

El punto débil de la filosofía de Hegel incitaba a la crítica. Su idea absoluta no era, en suma, podemos decirlo, más que una reedición del antiguo Dios cristiano, o de un dios purificado, incorpóreo, o que habían creado para el pueblo filósofos como Voltaire.

Desde tal punto de vista aborda la filosofía de Hegel uno de sus discípulos más talentosos, Luis

Feuerbach. Había comprendido y asimilado muy bien el lado revolucionario de esta filosofía, pero, inquiría, ¿puede realmente esta idea absoluta, en su desenvolvimiento, determinar el ser? A esta pregunta Feuerbach responde negativamente. Invierte la tesis fundamental de Hegel y muestra, por el contrario, que el ser es quien determina la conciencia; que hubo un tiempo en que el ser existía sin conciencia; que el pensamiento, la idea, son el producto de este mismo ser. Según él, la filosofía hegeliana es sólo el último de los sistemas teológicos, pues reemplaza a Dios por un ser —la idea absoluta— del cual deriva todo. Feuerbach prueba que todas nuestras ideas sobre Dios y los diferentes sistemas religiosos, comprendido en ellos el cristianismo, son el producto del hombre mismo, que no es Dios el creador del hombre, sino el hombre quien crea a Dios a su imagen. Basta disipar todo este mundo de fantasmas, de ángeles, de hechicerías y de otras manifestaciones de la misma esencia divina, para obtener el mundo humano. De suerte que el hombre es el principio fundamental de toda la filosofía de Feuerbach. La ley suprema para el mundo humano no es la ley de Dios, sino la del hombre mismo. Por otra parte, Feuerbach oponía al antiguo principio teológico divino un nuevo principio, el principio antropológico.

Al leer a nuestros viejos críticos y publicistas Dobroliubov y Chernichevsky se advierte que su concepción del mundo se asienta sobre el principio antropológico, o sea, que el punto de partida es el hombre con sus necesidades. Para instaurar la verdadera comunidad humana no basta ocuparse del espíritu, sino también del cuerpo; es necesario satisfacer todas las necesidades del hombre, crear condiciones de vida en las cuales el hombre pueda desenvolver todas sus facultades. A estas conclusiones llegaron con el auxilio de Feuerbach, lo mismo Marx y Engels y todos los intelectuales avanzados de su época. Esto constituye un hecho del más alto

interés. Basta comparar las obras de Marx y Engels anteriores a 1845 con las de Herzen, Bielinsky, Dobroliubov, Chernichevsky, para comprobar la analogía de ideas y puntos de vista de la exposición, analogía mayor cuando más los escritores rusos se alejaban de Hegel para aproximarse a Feuerbach. Pero sabemos que ni Chernichevsky, ni Dobroliubov, ni, por razones más poderosas, Herzen, fueron marxistas o comunistas, aunque fuesen socialistas. Todos se detenían en un punto determinado, aun Chernichevsky, que iba más lejos que los demás por el camino en que lo había colocado el estudio de Feuerbach.

Sólo Marx introduce algo semejante nuevo en la filosofía de Feuerbach y extrae nuevas deducciones; pero para comprender lo que Marx ha innovado en la filosofía alemana nos será preciso retroceder un poco.

Al hablar de la juventud de Marx he señalado un pequeño hecho característico. En una de sus composiciones de colegial, Marx demostró que existe, aun antes del nacimiento del hombre, una serie de condiciones que determinan fatalmente su modalidad futura. Así, ya en el colegio Marx conocía la idea que se deduce lógicamente de la filosofía materialista del siglo XVIII. El hombre es el producto del medio, de las circunstancias, lo que le impide ser completamente libre para seguir sus convicciones; no puede ser el artífice de su dicha. En esta tesis, como he manifestado ya, no hay nada de nuevo, nada que pertenezca propiamente a Marx, sólo que formuló, es verdad, lo que había leído muchas veces en las obras de los filósofos favoritos de su padre de un modo bastante original. Al entrar en la universidad y hallarse en un medio intelectual nuevo, en el que dominaba la filosofía clásica alemana, Marx le opone de inmediato al idealismo una concepción acentuadamente materialista. Por eso extrajo con rapidez de la filosofía hegeliana todas las conclusiones radicales que comporta y

aclamó la *Esencia del cristianismo*, de Feuerbach. En su crítica del cristianismo este último llega a las mismas conclusiones que los materialistas radicales del siglo XVIII, con la diferencia de que donde éstos sólo vieron engaño y superstición, Feuerbach, discípulo de Hegel, ve una fase necesaria de la civilización humana; mas también para él el hombre es una figura tan abstracta como para los materialistas franceses del siglo XVIII.

Bastaba ahondar en el análisis del hombre y del medio para observar que el hombre mismo constituye una diversidad extrema, que existe bajo diversas apariencias y se recubre de los ropajes más distintos. El rey de Prusia y el superintendente de Renania son hombres a igual título que los campesinos de Mosela y que los obreros de las fábricas con quienes Marx mantenía relaciones. Todos poseen los mismos órganos, la misma cabeza, las mismas piernas y los mismos brazos. Fisiológica y anatómicamente no existen diferencias esenciales entre el campesino de Mosela y el *junker* prusiano y, sin embargo, existe entre ambos una diferencia inmensa desde el punto de vista de su situación social.

Pero los hombres se distinguen los unos de los otros no sólo en el espacio sino también en el tiempo; los hombres del siglo XVII se distinguen de los del XII. ¿De dónde provienen tales diferencias si el hombre mismo no cambia y es sólo producto de la naturaleza? En tal dirección trabaja el espíritu de Marx. No basta decir que el hombre es el producto del medio, que el medio forma al hombre. Para formar hombres tan diferentes, el medio mismo debe ser diferente y contener elementos contrarios. En efecto, el medio no es simplemente una aglomeración de seres, sino un medio social en el que las gentes están vinculadas por determinadas relaciones y pertenecen a diferentes grupos sociales.

Por eso Marx no se satisface con la crítica de la

religión de Feuerbach. Este explicaba la esencia de la religión por la esencia del hombre; pero la esencia del hombre no es algo abstracto, exclusivo del hombre como individuo. El hombre mismo representa una suma, un conjunto de relaciones sociales determinadas. No existe el hombre aislado. Pero las relaciones naturales existentes entre los hombres son de menor importancia que las sociales establecidas entre ellos en el curso del desenvolvimiento histórico. Por eso el sentimiento religioso no es una cosa natural, es un producto social.

De igual manera, no basta decir que el hombre es el punto de arranque de una nueva filosofía. Es preciso agregar que este hombre *social*, producto de una evolución histórica determinada, se forma y se desarrolla sobre el terreno de una determinada sociedad, que se diferencia de un modo determinado. Ahondando se comprueba que esta diferenciación del medio en clases diversas no es primordial, natural, sino el resultado de un largo desenvolvimiento histórico. Si se estudia la forma en que se efectúa tal desenvolvimiento, llégase a ver que es siempre el resultado de la lucha de contradicciones, de oposiciones que surgen en un estado dado del desarrollo social.

Marx no se limita a la crítica del aspecto religioso, sino que la emprende con otras tesis filosóficas de Feuerbach. En la filosofía puramente teórica, contemplativa, introduce un nuevo elemento: la acción práctica revolucionaria fundada sobre la crítica de la realidad.

Como los materialistas franceses, Feuerbach enseña que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, de la reacción del ser sobre la conciencia. Parecía así que, tal cual es, con cabeza, brazos, piernas, el hombre, distinto del resto del mundo animal, es sólo un mecanismo sensible de una especie particular que ha recibido la influencia de la naturaleza ambiente. Todos sus pensamientos, todas sus ideas, son el reflejo de esta

naturaleza. De manera, pues, según Feuerbach, que el hombre es un elemento pasivo que registra dócilmente todas las impulsiones que recibe de la naturaleza. A esta aserción Marx opone otra: todo lo que se realiza en el hombre, todas las modificaciones del hombre mismo, no son sólo el resultado de la acción de la naturaleza sobre él, sino también, en un sentido más extenso, de su acción sobre la naturaleza. Todo el desenvolvimiento de la humanidad consiste en que el antropomorfo primitivo no se limita, en su lucha continua por la existencia, a sufrir pasivamente la influencia de la naturaleza; obra él mismo sobre la naturaleza y, transformándola, transforma las condiciones de su existencia y, al propio tiempo se transforma él mismo.

Así, pues, Marx introduce en la filosofía pasiva de Feuerbach el elemento revolucionario, el elemento de acción. La obra de la filosofía —dice, contrariamente a Feuerbach— no consiste sólo en *explicar* el mundo, sino también en *modificarlo*. La teoría se completa con la práctica; la crítica de la realidad, del mundo que nos rodea, su *negación*, complétase por el trabajo *positivo*, por la acción práctica. De esta suerte Marx introduce en la filosofía materialista el principio *revolucionario*, de tal modo transforma la filosofía *contemplativa* de Feuerbach en una filosofía de la *acción*. Por la práctica, por toda su acción, el hombre debe probar la justeza de su pensamiento, de su programa. Cuanto más se aplica a la acción práctica, más rápidamente encarna la realidad y prueba mejor que esta misma realidad contiene ya todos los elementos necesarios para cumplir la tarea que él se ha asignado, para la realización del programa por él mismo elaborado. Muy pronto formula Marx en líneas generales esta crítica de Feuerbach. Si se sigue con atención el curso de su pensamiento, es fácil comprender de qué modo llega a

su idea fundamental, cuya elaboración lo lleva al socialismo científico.

Marx, por su origen, pertenecía al medio intelectual alemán, y es con los intelectuales con quienes entra en discusión para convencerlos de la inconsistencia de sus viejos principios. Desde luego, estamos de acuerdo, decía, en reconocer que la Alemania actual, que Prusia, donde la vida es tan difícil, sin libertad de prensa ni de enseñanza, que todo este mundo es bien poco atractivo. No cabe duda de que debe ser cambiado si no queremos que el pueblo alemán se hunda completamente en este horrible pantano. ¿Pero de qué manera puede ser cambiado?, pregunta Marx. Sólo puede serlo si en la sociedad alemana hay un grupo, una categoría de hombres interesados por todas las condiciones de su existencia en cambiarlo.

Marx examina sucesivamente los diferentes grupos existentes en la sociedad alemana: la nobleza, los funcionarios, la burguesía. Llega a la conclusión de que esta última, contrariamente a la burguesía francesa, que desempeñó un papel revolucionario considerable, no se halla en estado de asumir la función de clase emancipadora capaz de mudar todo el régimen social. Pero, entonces, ¿qué otra clase puede asumir esa función?; y Marx, que en esa época estudiaba atentamente la historia y la situación de Inglaterra y de Francia, concluye que esta clase no puede ser otra que el *proletariado*.

De modo que ya en 1844 Marx formula esta tesis fundamental: la clase que puede y debe asumir la misión de emancipar al pueblo alemán y efectuar la transformación del régimen social sólo puede ser el *proletariado*. ¿Por qué? Porque es la clase en cuyas condiciones de existencia se encarna todo el mal de la sociedad burguesa contemporánea, y no hay otra clase que esté situada más bajo en la escala social y sobre la que pese mayormente todo el resto de la sociedad. Mientras la existencia de las demás clases se basa sobre la propiedad in-

dividual, el proletariado está privado de esa propiedad y no tiene interés alguno en mantener la sociedad existente. Sólo le falta la conciencia de su misión, la ciencia, la filosofía y constituirá el eje de todo el movimiento emancipador si llega a penetrarse de esta conciencia, de esta filosofía, si comprende el gran papel que le corresponde.

He ahí el punto de vista propio y fundamental de Marx.

Los grandes utopistas, Saint-Simon, Fourier, Owen, en particular este último, habían fijado su atención sobre "la clase más numerosa y más desheredada", sobre los proletarios; mas todos ellos compartían el parecer de que el proletariado es la clase más miserable, la que más sufre, y que, por consecuencia, es preciso ocuparse de ella, tarea que corresponde a las clases superiores, cultas. En la condición miserable del proletariado sólo veían la miseria, y no señalaban el factor revolucionario que se oculta en la miseria, producto de la descomposición de la sociedad burguesa.

Marx es el primero en revelar que el proletariado no es sólo una clase doliente, sino también un elemento activo de lucha contra la sociedad burguesa; la clase que, por sus condiciones de existencia, llegará a ser fatalmente la única revolucionaria de la sociedad burguesa. Esta idea, que había expuesto a comienzos de 1844, la desenvuelve en una obra que escribió en colaboración con Engels. Esta obra, titulada *La sagrada familia*, está dedicada a sus antiguos compañeros de armas, a los hermanos Bauer. Hoy ha envejecido, apareció en 1845, pero no más que algunas obras de Plejanov y aun de Lenin. Tómese un libro cualquiera de Plejanov aparecido en 1883, o de Lenin de 1903, y el lector joven no comprende casi nada sin un buen comentario. Los de mi edad recuerdan perfectamente el período de 1890, conocen al dedillo a los representantes de las corrientes literarias y revolucionarias, aun de

las más ínfimas, de aquel tiempo. Pero quienes ignoran casi todos esos nombres y desconocen completamente la lucha que desarrollaron los primeros marxistas, leen con indiferencia, con fastidio a veces, las páginas que en nosotros despiertan el más vivo interés.

En este sentido *La sagrada familia*, escrita principalmente por Marx, ha envejecido, pero es de un interés palpitante para todos aquellos que tienen una idea clara de la Alemania de 1840 a 1850, con las luchas enconadas de las distintas corrientes intelectuales y sociales. Marx ridiculiza en ella todas las tentativas de los intelectuales alemanes por apartarse del proletariado o contentarse con las sociedades de beneficencia destinadas a lograr la felicidad de esta misma clase; explica a los intelectuales la importancia revolucionaria del proletariado, que algunos meses antes, representado por los tejedores de Silesia, demostró que para defender su interés debe llegar hasta la insurrección.

En esta obra Marx da los primeros pasos del desarrollo ulterior de su nueva filosofía. El proletariado es una clase aparte, porque la sociedad en que vive es una sociedad de clases. Al proletariado se opone la burguesía; el capitalismo explota al obrero. Y entonces surge una nueva cuestión. ¿De dónde provienen los capitalistas? ¿Cuáles son las causas que engendran la explotación del trabajo por el capital? Hay que estudiar la sociedad, las leyes fundamentales de su existencia y desarrollo. Igualmente en este aspecto Marx aventaja a Feuerbach, interesado poco en el desarrollo de las relaciones sociales, y en tal dominio por debajo de su maestro Hegel, el cual estudió cuidadosamente desde el punto de vista idealista las leyes del desenvolvimiento de la sociedad burguesa.

En *La sagrada familia* Marx advierte que es imposible comprender nada de la historia de su tiempo si no se conocen el estado de la industria, las condiciones directas de la producción, las

condiciones materiales de la vida del hombre y las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de satisfacción de sus necesidades materiales. Marx empieza entonces a trabajar con toda energía en este problema. Más adelante veremos las conclusiones a que llega en el transcurso de los dos años siguientes, antes de la revolución de 1848.

Se engolfa en el estudio de la economía política para comprender mejor el mecanismo de las relaciones económicas de la sociedad contemporánea. Pero Marx no era solamente un filósofo ansioso de explicar al mundo: era también un revolucionario que quería cambiarlo. En él el trabajo teórico se aparejaba al trabajo práctico.

En la próxima conferencia veremos cómo, en menos de tres años y en medio de la más implacable lucha de fracción, Marx crea, con Engels, la organización de la Liga de los Comunistas, para la cual se le encarga escribir el *Manifiesto Comunista*.

CUARTA CONFERENCIA

CRITICA DE LOS PUNTOS DE VISTA HABITUALES SOBRE LA HISTORIA DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. — MARX ORGANIZADOR. — LA LUCHA CONTRA WEITLING. — FUNDACION DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. — EL MANIFIESTO COMUNISTA. — LA POLEMICA CON PROUDHON.

Marx, que había sacado provecho de toda la ciencia y la filosofía de su tiempo, formuló, según hemos visto, un punto de vista enteramente nuevo en la historia del pensamiento social y político del siglo XIX.

Casi no he hablado todavía de la influencia que sobre él ejerció el pensamiento socialista, porque esa influencia comenzó a manifestarse más tarde. Hoy expondré, en cambio, la participación de Marx en la creación de la Liga de los Comunistas, tema que os había prometido desarrollar.

Y bien: después de haber examinado todos los antecedentes contenidos en las obras de Marx y Engels sobre la historia de aquella Liga, debo confesar que no resisten una crítica seria. Marx no aludió más que una vez en su vida a esa historia, en una obra muy poco leída, *El señor Vogt*, aparecida en 1860. Marx cometió en ella una serie de errores. Pero para informarse sobre la Liga de los Comunistas se recurre casi siempre a un relato escrito por Engels en 1885. He aquí, poco más o menos, cómo siguiendo a Engels se representa los hechos.

Hubo una vez dos filósofos y políticos alemanes —Marx y el propio Engels— que hubieron de abandonar Alemania por la fuerza. Vivieron en Francia, estuvieron en Bélgica y escribieron sabias obras que después de atraer la atención de los intelectuales se difundieron entre los obreros. Un buen día, éstos se presentaron ante los filósofos, que tranquilamente sentados en su gabinete, conservándose lejos de la acción vulgar, y como conviene formalmente a depositarios de la ciencia, esperaban orgullosos que los obreros fuesen a buscarlos. La deseada hora llegó cuando los obreros se dirigieron a Marx y Engels invitándolos a unírseles. Ambos declararon que no lo harían sino cuando se aceptara su programa. Los obreros consintieron, organizaron la Liga de los Comunistas e inmediatamente encargaron a Marx y Engels el *Manifiesto* del Partido Comunista.

Esos obreros pertenecían a la Federación de los Justos, de la cual hablé en mi primera conferencia sobre la historia del movimiento obrero en Francia e Inglaterra. Como he dicho, esta organización estaba constituida en París y había sido sometida a duras pruebas después de la infructuosa tentativa de insurrección de los blanquistas el 12 de mayo de 1839. Luego de esta derrota, sus miembros se radicaron en Londres. Encontrábase entre ellos Shapper, quien organizó en febrero de 1840 la Sociedad de Educación Obrera.

Para daros mejor idea acerca de la manera en que habitualmente se relata esta historia, voy a leer un fragmento del opúsculo de Steklov sobre Marx:

Residiendo en París, Marx mantenía relaciones personales con los dirigentes de la Federación de los Justos, formada por desterrados políticos y artesanos, pero no se afiliaba a ella porque el programa de la Federación, saturado de un espíritu idealista y temerario, no podía satisfacerlo.

Pero, poco a poco, se produjo en la Federación una evolución que la aproximó a Marx y Engels, quienes por conversaciones, por correspondencia y también por la prensa, influían sobre las opiniones políticas de sus miembros. En algunos casos excepcionales, los dos amigos hicieron conocer sus puntos de vista mediante circulares impresas. Después de la ruptura con el revoltoso Weitling y la "crítica severa de los teóricos inconsistentes", quedó preparado el ambiente para la entrada de Marx y Engels en la Liga. Al primer congreso, que aprobó el nombre de Liga de los Comunistas, asistieron Engels y Guillermo Wolf; en el segundo, convocado en noviembre de 1847, participó el propio Marx.

Después de haber escuchado el discurso en que Marx expuso su nueva filosofía socialista, el congre-

so le encargó que elaborara con Engels el programa de la Liga. Así apareció el célebre Manifiesto Comunista.

Steklov se limita a repetir lo que escribió Mehring, quien, a su vez, repite lo que nos cuenta Engels. ¿Y cómo no creer a este último? En efecto: ¿quién mejor que el que ha participado en la organización de una empresa puede contar su historia? No obstante, debemos someter a un examen crítico las palabras de Engels, como las de cualquier historiador, con mayor razón sabiendo que compuso esas páginas casi cuarenta años después de ocurridos los episodios que describe. En semejante lapso es fácil olvidar algo, sobre todo si se escribe en condiciones y estado espiritual completamente distintos.

Existen otras circunstancias que en nada concuerdan con aquella narración. Marx y Engels no eran teóricos puros como los presenta Steklov. Todo lo contrario. Apenas comprendió Marx que quienes juzguen necesario transformar radicalmente el actual régimen social no pueden apoyarse sino en el proletariado como clase que por sus condiciones de existencia encuentra todos los estimulantes para la lucha contra dicho régimen, acudió a los medios obreros, esforzándose por penetrar con su amigo en todos los sitios y organizaciones en que los trabajadores estaban sometidos a otras influencias. Siendo así, infiérese que existían entonces esas organizaciones. Examinémoslas.

Al historiar el movimiento obrero me detuve en las proximidades del año 1840. Después de la derrota de mayo de 1839, la Federación de los Justos dejó de funcionar como organización central y, en todo caso, a partir de 1840 no se encuentra más indicio de su existencia o actividad como tal. Quedaron solamente círculos aislados —de uno de los cuales, el de Londres, ya hablamos—, organizados por

algunos antiguos miembros de la Federación. Otros miembros, entre los cuales Guillermo Weitling ejercía gran influencia, se refugiaron en Suiza.

Sastre de profesión, Weitling, uno de los primeros artesanos alemanes revolucionarios, como muchos otros de aquella época, andaba de ciudad en ciudad hasta que en 1837 se estableció en París, donde ya había estado en 1835. Se afilió a la Federación de los Justos y estudio allí las teorías de Lamennais, representante del socialismo cristiano, de Saint-Simon y de Fourier. En París se vinculó también con Blanqui y sus adeptos. A fines de 1838 escribió, a pedido de sus camaradas, el folleto *Cómo es y cómo debiera ser la humanidad*, en el que defendía ya las ideas comunistas.

Después de una infructuosa tentativa para extender la propaganda en la Suiza francesa y luego en la Suiza alemana, comenzó con algunos compañeros a organizar círculos entre los obreros y los emigrados alemanes. En 1842 publicó su principal obra, *Las garantías de la armonía y de la libertad*, en la que desarrolló las ideas expuestas en 1838, que no es el caso de considerar ahora.

Weitling se distinguía de los demás utopistas de su tiempo en que —influenciado en parte por Blanqui— no creía en la posibilidad de llegar al comunismo por la persuasión. La nueva sociedad, cuyo plan había elaborado en todos sus detalles, sería realizada únicamente por la violencia. Cuanto más rápidamente se destruya la sociedad existente, más rápidamente se liberará el pueblo, y mejor medio para llegar a esa situación era en su concepto el de extremar el desorden social existente.

El elemento más seguro, el más revolucionario, capaz de derribar la sociedad, era, según Weitling, el proletariado vagabundo, el *lumpenproletariat*, y hasta los bandidos.

En Suiza, Bakunin, que abrigaba ya algunas de estas ideas, encontró a Weitling y conoció sus teorías. Cuando en la primavera de 1843 Weitling

fue arrestado en Zurich y procesado con sus adeptos, Bakunin apareció comprometido en la causa y se vio obligado a emigrar.

Cumplida la condena, Weitling fue repatriado en mayo de 1844. Después de un sinnúmero de vicisitudes, logró, saliendo de Hamburgo, llegar a Londres, donde se le acogió con gran pompa. En su honor fue organizada una gran asamblea, a la que asistieron, además de los socialistas y los cartistas ingleses, los emigrados franceses y alemanes. Era la primera gran asamblea internacional celebrada en aquella ciudad y brindó a Schapper la ocasión para organizar en octubre de 1844 una sociedad internacional que adoptó el nombre de Sociedad de los Amigos Democráticos de Todos los Pueblos. Dirigida por Schapper y sus amigos allegados, se proponía relacionar a los revolucionarios de todos los países, estrechar vínculos fraternales entre los distintos pueblos y conquistar los derechos políticos y sociales.

Weitling permaneció en Londres casi un año y medio. Al principio gozaba de mucho ascendiente en la sociedad obrera londinense, donde se discutían con apasionamiento todos los problemas de la época, pero no tardó en encontrar una fuerte oposición.

Sus viejos compañeros, como Schapper, Bauer, Moll, durante la separación se habían familiarizado con el movimiento obrero inglés y penetrado en las doctrinas de Owen.

Para Weitling, como hemos dicho, el proletariado no constituía una clase especial, con intereses propios: era sólo una parte de la población pobre, oprimida, y entre estos elementos pobres el más revolucionario era el *lumpenproletariat*. Sostenía que el bandidaje era uno de los elementos más seguros en la lucha contra la sociedad existente. No atribuía ninguna importancia a la propaganda. Imaginaba la futura sociedad como una sociedad comunista, dirigida por un pequeño grupo de

hombres sagaces. Para atraer las masas juzgaba necesario recurrir al sentimiento religioso; hacía de Cristo un precursor del comunismo, que representaba como un cristiano expurgado de todo lo heterogéneo que se le añadió en el curso de los siglos. Para comprender mejor las disensiones que surgieron bien pronto entre él y Marx y Engels, conviene recordar que Weitling era un obrero muy capacitado, autodidacto, dueño de considerable talento literario, pero que adolecía de todos los defectos de los autodidactos. En Rusia son muchos los que se educan como Weitling.

El autodidacto, en general, se empeña en extraer de su cerebro algo ultranovedoso, algún invento ingenioso en sumo grado, mas la experiencia le prueba luego que ha malgastado tiempo y fuerzas considerables para no hacer otra cosa que descubrir la América. Llega a buscar un *perpetum mobile* cualquiera o el medio susceptible de volver feliz y sabio al hombre en un abrir y cerrar de ojos.

Weitling pertenecía a esta categoría de autodidactos. Quería encontrar la manera de que los hombres asimilasen casi instantáneamente no importa cuál ciencia. Quería crear una lengua internacional. Característica notable: otro autodidacto, un obrero, Proudhon, también había emprendido esta tarea. Es difícil, a veces, saber qué prefería, qué adoraba más Weitling, si su comunismo o su idioma universal. Sintióse verdadero profeta, no soportaba crítica alguna y guardaba particular recelo para con los hombres instruidos que acogían con escepticismo su manía.

En 1844, Weitling era uno de los hombres más populares y conocidos no sólo entre los obreros sino también entre los intelectuales alemanes. Heine, el célebre poeta, ha dejado una página singular sobre su encuentro con el famoso sastre:

Lo que más hirió mi altivez fue la incivilidad del mozo para conmigo durante la conversación. No se

quitó el sombrero y mientras yo permanecía de pie, él estaba sentado en un banco, sosteniendo la rodilla derecha a la altura del mentón, en tanto que con la mano libre no cesaba de frotarla.

Supuse esa posición irrespetuosa un hábito contraído en la práctica de su oficio, pero pronto me desengañó. Como le preguntara por qué no dejaba de frotar la rodilla, me respondió en un tono indiferente, cual si se tratase de la cosa más habitual, que en las distintas prisiones alemanas donde había sido encerrado se le tenía con cadenas, y como el anillo de hierro que le rodeaba la rodilla solía ser demasiado estrecho, habíale producido una comezón que le obligaba a aquel ejercicio...

Lo confieso: retrocedí unos pasos cuando ese sastre, con su familiaridad repulsiva, me contó tal historia sobre las cadenas de las cárceles... ¡Extrañas contradicciones del corazón humano! Yo, que un día había besado respetuosamente, en Munster, las reliquias del sastre Juan de Leyde, los grillos que había llevado, las tenazas con que lo torturaron, yo, que me había entusiasmado por un sastre muerto, sentía invencible repugnancia por ese sastre vivo, por ese hombre que era, sin embargo, un apóstol y un mártir de la misma causa por la cual padeció el glorioso Juan de Leyde.

Aunque esta descripción no hace honor a Heine, muestra la profunda impresión que Weitling produjo en el poeta, adulado por innumerables adulaadores.

Heine aparece, en la circunstancia, como gran señor del arte y el pensamiento, que considera con curiosidad, y no sin repugnancia, ese tipo de luchador extraño todavía para él. Con esa misma ociosa curiosidad nuestros poetas de otra época examinaban a un bolchevique. Por el contrario, un intelectual como Marx adoptaba otra actitud hacia

Weitling, a quien juzgaba talentoso portavoz de las aspiraciones de ese proletariado cuya misión histórica él mismo acababa de formular. Ved cómo escribía sobre Weitling antes de conocerlo:

¿Qué obra sobre el problema de su emancipación política podría poner la burguesía (alemana), comprendidos sus filósofos y literatos, frente a la de Weitling: Las garantías de la armonía y de la libertad? Compárese la mediocridad escuálida y fanfarrona de la literatura política alemana con esa brillante iniciación de los obreros alemanes, compárense esas botas de siete leguas del proletariado en infancia con los estrechos zapatos de la burguesía y se verá en el proletariado sometido al atleta futuro de gigantesca estatura.

Naturalmente, Marx y Engels debían procurar relacionarse con Weitling. En el verano de 1845 ambos amigos, durante su corta estada en Inglaterra, se habían relacionado con los artistas y los emigrados alemanes, pero no se sabe con certeza si encontraron a Weitling, que entonces vivía en Londres. De cualquier modo, hasta 1846, cuando fue a Bruselas, donde Marx se había establecido el año anterior al ser expulsado de Francia, no se vincularon estrechamente.

Marx ya se había dedicado al trabajo de organización, para el cual Bruselas ofrecía grandes facilidades debido a la situación de estación intermedia de Bélgica entre Francia y Alemania. Desde Bruselas, donde los obreros e intelectuales alemanes que se dirigían a París paraban algunos días, se difundía por contrabando la literatura ilegal en toda Alemania. Entre los obreros temporariamente establecidos en Bruselas, varios eran hombres muy inteligentes.

No tardó Marx en concebir la idea de convocar

un congreso de todos los comunistas para crear la primera organización comunista general. Este congreso debía realizarse en Verviers, ciudad situada cerca de la frontera alemana, de suerte que a los alemanes resultara fácil el acceso. No he podido establecer exactamente si en realidad se llevó a cabo el congreso, pero todos los preparativos habían sido hechos por Marx mucho tiempo antes de que los delegados de la Federación de los Justos llegaran a Londres para invitarlo a ingresar en ella. En verdad, Marx y Engels atribuían también la mayor importancia a la conquista de los círculos influenciados por Weitling y no ahorraron esfuerzos para convenir con ellos una plataforma común. Sus tentativas concluyeron, sin embargo, en una ruptura, cuya historia nos ha sido contada por un compatriota nuestro que, en viaje a Francia, pasó entonces por Bruselas. Me refirió al crítico ruso P. Annenkov, que si en un tiempo fue admirador de Marx no tardó en dejar de ser revolucionario.

Nos ha legado Annenkov un curioso relato de su estada en Bruselas en la primavera de 1846, relato que contiene bastantes mentiras, pero también cierta parte de verdad. De allí el extracto de una sesión en la que discutieron violentamente Marx y Weitling.

Gritábale Marx, golpeando la mesa con el puño: "¡La ignorancia jamás ayudó a nadie ni ha sido útil para algo!" Estas palabras son muy verosímiles. En efecto, como Bakunin, Weitling se oponía al trabajo preparatorio de propaganda, so pretexto de que los pobres siempre estaban dispuestos a la revolución y, por consiguiente, podría ésta ser declarada en cualquier momento, siempre que hubiese jefes resueltos. Según una carta del propio Weitling, en esa asamblea Marx sostuvo que era necesario depurar las filas de los comunistas y hacer la crítica de todos los teóricos inconsistentes, declarando que debía renunciarse a todo socialismo apoyado únicamente en la buena voluntad; que

la realización del comunismo estaría precedida por una época durante la cual la burguesía detentaría el poder.

Vese así cómo las divergencias teóricas entre Marx y Engels y Weitling eran casi las mismas que se manifestaron entre los revolucionarios rusos cuarenta años después.

En mayo de 1846 la ruptura fue definitiva. Weitling partió en seguida para Londres, de donde se trasladó a América, para quedar allí hasta la revolución de 1848.

Con el concurso de otros compañeros, quienes se les habían aproximado por esa época, Marx y Engels prosiguieron su trabajo de organización. Crearon en Bruselas la Sociedad de Educación Obrera, en la que Marx dictó a los obreros conferencias sobre economía política. Aparte de cierto número de intelectuales, entre los que se distinguían G. Wolf (a quien Marx dedicó más tarde el primer tomo de *El Capital*) y Weidemeyer, permanecían en Bruselas obreros como Esteban Born, Vallan, Seiler y otros.

Sobre la base de esta organización y con la ayuda de los camaradas idos de Bruselas, Marx y Engels se esforzaron para concertar relaciones con los círculos de Alemania, Londres, París y Suiza. Es el trabajo que hacía el propio Marx en París. Poco a poco los adeptos de Marx y Engels aumentaron. Marx concibió entonces el plan de agrupar a todos los elementos comunistas, pensando en transformar aquella organización nacional puramente alemana en una organización internacional. Había de comenzarse por crear en Bruselas, Londres y París núcleos de comunistas que estuviesen de común acuerdo, los cuales designarían comités encargados de sostener las relaciones con las otras organizaciones comunistas. De este modo, se crearían relaciones más estrechas con los otros países y se prepararía el terreno para la unión internacional de los comités,

denominados "de correspondencia comunista" a proposición de Marx.

Como los que han escrito la historia del socialismo alemán y del movimiento obrero han sido literatos y periodistas miembros de agencias informativas o dedicados frecuentemente a las correspondencias, han creído que aquellos comités no eran otra cosa que simples oficinas de corresponsales.

En resumen, según ellos, Marx y Engels resolvieron fundar en Bruselas una oficina de corresponsales desde donde se despachaban circulares. O bien, como escribe Mehring en su último trabajo sobre Marx:

Careciendo de un órgano propio, Marx y sus amigos se empeñaron en llenar esa laguna, dentro de lo posible, con circulares impresas. Al mismo tiempo procuraban asegurarse la cooperación de corresponsales regulares en los grandes centros donde vivían comunistas. Semejantes oficinas de correspondencia existían en Bruselas y en Londres y había el propósito de establecer una en París. Marx escribió a Proudhon pidiéndole su colaboración.

Basta leer atentamente la respuesta de Proudhon para ver que se trataba de una organización muy distante de ser oficina de correspondencia. Y si se recuerda que este intercambio epistolar ocurría en el verano de 1846, resulta que mucho antes de que fueran a proponerle el ingreso a la Federación de los Justos existían en Londres, Bruselas y París organizaciones cuya iniciativa emanaba incontestablemente de Marx.

Recordemos lo que dije sobre la Sociedad de Correspondencia londinense organizada en 1792 por Tomás Hardy. Los comités de correspondencia organizados por el club de los jacobinos cuando se le prohibió crear sus secciones en las provincias,

representaban una institución análoga a la de Marx. Estudiando y comparando estos hechos llegué a la conclusión, hace ya largo tiempo, de que Marx al fundar esas sociedades tenía precisamente la intención de hacer de ellas comités de correspondencia. Y en el segundo semestre de 1846 existe efectivamente en Bruselas un comité muy bien organizado que actúa como organismo central, al que se envían informes. Reúne un gran número de miembros y entre ellos muchos obreros. En París funciona otro, organizado por Engels, que realiza intensa propaganda entre los artesanos alemanes; y el de Londres lo dirigen Schapper, Bauer y Moll (el mismo que según decires fue a Bruselas seis meses después para invitar a Marx a incorporarse a la Federación de los Justos). Y como lo prueba una carta del 20 de enero de 1847, que trasmití a Mehring, Moll fue a Bruselas no como delegado de la Federación de los Justos sino como del comité de corresponsales comunistas de Londres para llevarle un informe sobre la situación de la sociedad londinense.

Es así como he llegado a convencerme de que el relato de la fundación de la Liga de los Comunistas tal como ha sido hecho con arreglo a Engels y reproducido sucesivamente en diversas obras, no pasa de ser una leyenda que no soporta la crítica.

Al gran trabajo preparatorio efectuado principalmente por Marx se parece mucho el que cumplieron los primeros socialdemócratas rusos medio siglo después, al esforzarse por unir las organizaciones existentes, con la particularidad de que en este caso la organización de la *Iskra* reemplazaba a los comités de corresponsales, y las distintas sociedades obreras, en las cuales trabajaban los agentes comunistas, estaban sustituidas por las uniones y comités en los cuales los elementos del Comité Central procuraban entrar para ganarlos a su causa.

A los historiadores ha pasado inadvertido ese trabajo de organización de Marx, a quien presentan

como un pensador de gabinete, y no conociendo el papel de Marx como organizador no han conocido uno de los aspectos más interesantes de su personalidad. Si no se conoce el papel que Marx (hago notar; Marx y no Engels) tuvo por los años 1846-47 como dirigente e inspirador de todo ese trabajo de organización, es imposible comprender la importancia del que tuvo luego como organizador de 1848-49 y en la época de la I Internacional.

Después del viaje de Moll a Bruselas, cuando Marx tuvo la certeza de que la mayoría de los londinenses se había librado de la influencia de Weitling, se resolvió, probablemente a iniciativa del comité de Bruselas, convocar el congreso en Londres, la ciudad más indicada en esas circunstancias. Fue entonces cuando comenzaron a discutir y luchar las diversas tendencias. En París, sobre todo, donde trabajaba Engels, la disputa era muy viva. Al leer sus cartas, uno se cree transportado al ambiente ruso de estos últimos años. La lucha de fracciones que describe recuerda de un modo sorprendente nuestras discusiones sobre los diferentes programas.

Una corriente está representada por Grün, que defiende el comunismo alemán o comunismo "verdadero", del cual se encuentra una crítica mordaz en el *Manifiesto Comunista*. Engels sostiene otro programa. Naturalmente, cada uno de los adversarios se esfuerza para conquistar el mayor apoyo, pero Engels cree haber alcanzado la victoria no sólo por haber logrado convencer a los vacilantes, como lo hace saber al comité de Bruselas, sino porque ha sido también más astuto que sus adversarios y los ha colocado entre la espada y la pared.

Se reunió el congreso de Londres en el verano de 1847. Marx no asistió. G. Wolf representó a Bruselas, y Engels, a los comunistas parisienses. Los delegados eran pocos, pero ninguno permaneció callado. Tampoco en 1898, cuando se fundó el P.S.D.O. ruso, el congreso de Minsk reunía más

de ocho o nueve personas que representaban a tres o cuatro organizaciones.

Se resolvió agruparse a la Liga de los Comunistas. De ningún modo se trata de la Federación de los Justos reorganizada, como lo asegura Engels: olvida que era representante del comité de correspondencia de París fundado por él mismo. Se adoptó un estatuto cuyo primer párrafo declaraba paladinamente la idea esencial del comunismo revolucionario:

La Liga persigue el derrocamiento de la burguesía y el dominio del proletariado, la supresión de la vieja sociedad burguesa, basada en el antagonismo de las clases, y la instauración de una nueva sociedad sin clases ni propiedad privada.

El estatuto de organización fue adoptado a condición de que se lo sometiese al examen de los distintos comités para aprobarlo definitivamente en el siguiente congreso con las modificaciones que se juzgara necesario introducir.

El principio del "centralismo democrático" estaba en la base de la organización. Todos los miembros debían profesar el comunismo y ajustar su vida a los propósitos de la Liga. Un grupo determinado formaba el núcleo principal del organismo, designándolo con el nombre de "comunidad". Había comités regionales. Las diferentes regiones de un país se unían bajo la dirección de un centro cuyos poderes se extendían sobre todo el país y que, a su turno, debía informar al comité central.

Esta organización llegó a ser un modelo para todos los partidos comunistas de la clase obrera al comienzo de su desarrollo, pero tenía una particularidad que desapareció luego, aunque todavía antes de 1870 se la encuentra entre los alemanes. El Comité Central de la Liga de los Comunistas no era elegido en los congresos. Sus facultades de cen-

tro dirigente eran transmitidas al comité regional de la ciudad elegida por el congreso como lugar de residencia del Comité Central. Así, si el congreso escogía Londres, la organización de esta región elegía un comité central de cinco miembros por lo menos, de modo que estaba asegurada su estrecha vinculación con la gran organización nacional. Este sistema reaparece más tarde entre los alemanes de Suiza y en la propia Alemania. Su comité central estaba siempre ligado a determinada ciudad designada por el congreso, distinguida como ciudad de vanguardia.

En el mismo congreso se resolvió también elaborar el proyecto de una "profesión de fe" comunista, que sería el programa de la Liga; las distintas regiones debían presentar los suyos en el congreso siguiente.

Se decidió, además, editar una revista popular. Fue ése el primer órgano obrero de que tengamos conocimiento y, como lo veis,¹ ostentaba abiertamente el título de "comunista".

En la primera página de esta publicación, aparecida un año antes que el *Manifiesto Comunista*, figura la palabra de orden: "¡Proletarios de todos los países, úniós!" Es una rarísima curiosidad bibliográfica. No conozco de esta revista sino tres ejemplares: este que encontré en 1912 y describí en un artículo en 1914; otro encontrado más tarde por Mayer en los archivos de la policía berlinesa y descrito por él en 1919, y el tercero, que últimamente halló el profesor Grünberg y publicó en una edición especial.

Esta revista apareció una sola vez. Los artículos del primero y único número fueron escritos principalmente por los representantes de la Liga comunista establecida en Londres, quienes hicieron también la composición tipográfica. El editorial está redactado en forma muy popular. El lenguaje fácil expo-

¹Mostró el conferencista un ejemplar que pertenece ahora al Instituto Marx y Engels.

ne las particularidades que distinguen la nueva organización comunista de las francesas y de las de Weitling. No se dice en él una sola palabra de la Federación de los Justos. Un artículo está dedicado al comunista francés Cabet, autor de la famosa utopía *Viaje a Icaria*. En 1847, éste había hecho intensa propaganda para establecer en América gente dispuesta a crear en tierra virgen una colonia comunista conforme al modelo descrito en su libro. Se había trasladado especialmente a Londres para atraer a los comunistas de aquella capital. El artículo somete el plan de Cabet a una crítica minuciosa y recomienda a los obreros no abandonar el continente europeo, porque sólo en Europa será instaurado el comunismo. Hay además un gran artículo que, a mi juicio, ha debido ser escrito por Engels. La revista se cierra con un resumen político y social, del cual indudablemente fue autor el delegado del comité de Bruselas al congreso, Guillermo Wolf.

El segundo congreso se celebró en Londres a fines de noviembre de 1847 y esta vez Marx asistió. Antes de que se reuniera, Engels, desde París, le había escrito que tenía esbozado un proyecto de catecismo o profesión de fe, pero que juzgaba más conveniente intitularlo *Manifiesto Comunista*. Marx llevó probablemente al congreso las tesis por él elaboradas. Allí, lejos de ir todo tan bien como lo describe Steklov, hubo acaloradas discusiones. Los debates duraron varios días y mucho le costó a Marx convencer a la mayoría de la justeza del nuevo programa, que finalmente fue aceptado en sus aspectos fundamentales. El congreso le encargó, además, la redacción para la Liga de los Comunistas, no de una profesión de fe sino un manifiesto, como lo había propuesto Engels. Designado por el congreso, Marx, en la composición del documento, aprovechó, es verdad, el proyecto preparado por Engels, pero él solo cargó con la responsabilidad política del *Manifiesto* ante la Liga. Y si éste da

semejante impresión de unidad es porque, precisamente, ha sido escrito sólo por Marx. Contiene ciertamente ideas concebidas en común por Marx y Engels, pero su pensamiento fundamental, como lo ha destacado el propio Engels, pertenece exclusivamente a Marx:

La idea fundamental del Manifiesto, a saber: que la producción económica y la estructura social determinada fatalmente por ella, constituyen el fundamento de la historia política e intelectual de una época histórica dada; que, por consiguiente, toda la historia, desde la desagregación de la comunidad rural primitiva, ha sido la historia de la lucha de clases, es decir, de la lucha entre los explotados y los explotadores, entre las clases sometidas y las dominantes en las distintas etapas de la evolución social; que esta lucha ha llegado ahora a un grado en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede liberarse de la férula de la clase que lo oprime y explota (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases; esta idea fundamental, digo, pertenece única y exclusivamente a Marx.

Me he detenido en este punto para que se sepa, como lo sabían la Liga de los Comunistas y Engels, que la elaboración del nuevo programa fue en gran parte obra de Marx y que a él se confió la redacción del *Manifiesto*.

Poseemos una carta interesante que, además de probar mejor que nada lo que decimos, aclara las relaciones entre Marx y la organización esencialmente obrera, que tenía tendencia a considerar al "intelectual" únicamente como un hombre capaz de dar forma literaria a lo que piensa y quiere el obrero.

Para que se comprenda mejor esa carta, añadiré que de acuerdo con el estatuto el congreso había

señalado a Londres como lugar de residencia del comité central, elegido, a su vez, por la organización de esa ciudad. La carta fue enviada el 26 de enero por el comité central al comité regional de Bruselas, a fin de que se la trasmitiese a Marx. Contiene la resolución adoptada el 24 de enero por el comité central:

El Comité Central, por la presente, encarga al comité regional de Bruselas comunique al ciudadano Marx que si el manifiesto del partido comunista de cuya redacción se encargó en el último congreso no ha llegado a Londres antes del martes 1º de febrero del año en curso, se tomarán contra él las medidas consiguientes. En caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el Comité Central pedirá la devolución inmediata de los documentos puestos a disposición de Marx.

En nombre y por mandato del Comité central: Schapper, Bauer, Moll.

Por esta carta imperativa se ve que Marx, a fines de enero, no había cumplido aún la tarea que se le confiara al principio de diciembre. Es una característica de Marx: a pesar de todo su talento literario, no tenía facilidad para el trabajo. Elaboraba siempre largamente sus obras, sobre todo si se trataba de un documento importante. En este caso lo quería perfectamente redactado, de modo que pudiera resistir la acción del tiempo. Tenemos una página de uno de sus originales que prueba cuánto cuidado ponía en cada frase.

El Comité Central no tuvo que adoptar sanciones. Marx logró terminar su trabajo a principios de febrero. Es una fecha digna de ser recordada. El *Manifiesto* apareció en la segunda quincena del mismo mes, es decir, algunos días antes de la revolución de febrero, de manera que no pudo tener influencia alguna en la preparación de ese aconte-

cimiento, y como los primeros ejemplares no llegaron a Alemania sino en mayo-junio de 1848, se comprende que tampoco pudo tener gran influencia sobre la revolución alemana. En esa época sólo un reducido grupo de comunistas de Bruselas y Londres lo conocía y lo comprendía.

Permitásceme ahora que diga algunas palabras sobre el contenido del *Manifiesto*. Es el programa de la Liga Internacional de los Comunistas, de cuya composición tenemos algunas referencias. Comprendía a belgas y cartistas ingleses inclinados hacia el comunismo, pero sobre todo alemanes.

El *Manifiesto* debía considerar no un país cualquiera aisladamente, sino el mundo burgués en su conjunto, ante el cual por primera vez los comunistas declararían abiertamente sus propósitos.

El primer capítulo es una exposición brillante y precisa de la sociedad burguesa capitalista, de la lucha de clases que la ha creado y que continúa desarrollándose sobre la base de esa sociedad.

Se ve allí cómo la burguesía se formó fatalmente en el seno del antiguo régimen feudal, cómo se transformaron gradualmente sus condiciones de existencia a consecuencia del cambio en las relaciones económicas, qué papel revolucionario tuvo en su lucha contra el feudalismo, a qué grado sorprendente llegó a desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad y cómo creó, por primera vez en la historia, la posibilidad de la emancipación material de la humanidad. Sigue luego una síntesis histórica del desenvolvimiento del proletariado. Se ve en ella que el proletariado se desarrolla según leyes fatales, de igual modo que la burguesía, cuyo desenvolvimiento sigue, paso a paso, como la sombra al cuerpo.

De un modo progresivo se constituye en clase especial, y explica el *Manifiesto* cómo y en qué forma se desarrolla su lucha contra la burguesía hasta el momento en que crea su propia organización de clase.

A continuación expone y refuta el *Manifiesto* todas las objeciones formuladas por los ideólogos burgueses contra el comunismo. No me detendré en esto, porque estoy persuadido de que todos han leído el *Manifiesto*.

Apoyándose en Engels, aunque en menor medida de lo que se creía, Marx expone en seguida la táctica de los comunistas con respecto a todos los otros partidos obreros. Y conviene destacar aquí una interesante particularidad. El *Manifiesto* dice que los comunistas no son un partido especial opuesto a los otros partidos obreros, sino que se distingue únicamente en que representan la vanguardia obrera, que tiene sobre el resto del proletariado la ventaja de comprender las condiciones, la marcha y las consecuencias generales del movimiento obrero.

Ahora que conocéis la verdadera historia de la Liga de los Comunistas, será más fácil comprender que la razón de esa manera de formular la tarea de los comunistas obedecía a la situación del movimiento obrero de la época, particularmente en Inglaterra, pues los varios cartistas que había en la Liga consintieron en ingresar a condición de conservar sus vínculos con el partido y sin otro compromiso que el de organizar una especie de núcleo comunista en el cartismo para propagar allí el programa y los objetivos de los comunistas.

El *Manifiesto* analiza las innumerables corrientes que entonces luchaban por la supremacía entre los socialistas y los comunistas. Las critica con violencia y las rechaza categóricamente, exceptuando a los grandes utopistas Saint-Simon, Fourier y Owen, cuyas doctrinas, sobre todo las de los dos últimos, habían sido hasta cierto punto aceptadas y refundidas por Marx y Engels. Pero aun adoptando sus críticas del régimen burgués, el *Manifiesto* opone al socialismo pacífico, al utópico y al que desdeñaba la lucha política, el programa revolucionario del nuevo comunismo crítico proletario.

En su conclusión el *Manifiesto* examina la táctica de los comunistas durante la revolución, en particular respecto de los partidos burgueses. Para cada país, las reglas de esa táctica varían según las condiciones históricas. Donde la burguesía es la clase dominante, el ataque del proletariado se dirige completamente contra ella, mientras que donde todavía aspira al poder político, verbigracia Alemania, el Partido Comunista la apoya en su lucha revolucionaria contra la monarquía y la nobleza, sin que jamás cese de inculcar a los obreros la conciencia nítida de la oposición de los intereses de clase de la burguesía y los del proletariado.

Como cuestión fundamental de todo el movimiento, los comunistas colocan siempre en el primer plano la de la propiedad privada.

En la próxima conferencia veremos cómo fueron aplicadas prácticamente estas reglas de táctica elaboradas por Marx y Engels en vísperas de la revolución de febrero-marzo de 1848 y qué modificaciones les fueron introducidas por la experiencia de esa revolución.

El *Manifiesto* contiene todos los resultados del trabajo científico a que Marx y Engels —especialmente el primero— se habían dedicado de 1845 a 1847. Durante ese tiempo Engels había estudiado los materiales reunidos por él sobre la *Situación de la clase obrera en Inglaterra*; en tanto, Marx trabajaba sobre la historia de las doctrinas políticas y económicas. La *concepción materialista de la historia*, que les dio la posibilidad de analizar con tanta justeza las relaciones materiales, las condiciones de la producción y de la distribución, por las cuales se determinan todas las relaciones sociales, había sido madurada por ellos en esos dos años mientras luchaban contra las distintas doctrinas idealistas.

Antes del *Manifiesto*, Marx había expuesto la nueva doctrina en la forma más completa y brillante, polemizando contra Proudhon. Con todo, en su obra *La sagrada familia* mostraba toda-

vía una gran estima por Proudhon. ¿Qué fue lo que provocó la ruptura entre los aliados de otrora? Proudhon, de origen obrero y autodidacto como Weitling, pero más talentoso aún, fue uno de los publicistas franceses más eminentes. Tuvo en literatura una iniciación muy revolucionaria. En su obra *¿Qué es la propiedad?*, aparecida en 1841, critica violentamente la propiedad burguesa y afirma con audacia que en definitiva es un robo. Pero luego se probará que condenando la propiedad Proudhon tenía en vista sólo una de sus formas, la propiedad capitalista privada, basada en la explotación del pequeño productor por el gran capitalista. A la vez que reclamaba la supresión de la propiedad capitalista privada, Proudhon era adversario del comunismo, puesto que sólo en la conservación y consolidación de la propiedad privada del campesino o del artesano veía el medio de que éstos prosperaran, y la situación del obrero, según él, no podía mejorar por la lucha económica y las huelgas, sino por la transformación del obrero en propietario.

Proudhon adoptó definitivamente ese punto de vista en 1845-46, época en que imaginó el plan mediante el cual decía se preservaría a los artesanos de la ruina y se haría de los obreros productores independientes.

Ya he dicho qué hacía Engels en París en esos momentos. Su adversario principal en la discusión planteada alrededor de los distintos programas era Carlos Grün, representante del "verdadero socialismo". Grün estaba ligado a Proudhon, cuyas teorías divulgó entre los obreros alemanes residentes en París.

Antes de publicar Proudhon su nueva obra destinada a descubrir todos los "antagonismos económicos" de la sociedad contemporánea, explicar el origen de la miseria y dar la filosofía de ésta, había comunicado su ideas a Grün, quien se apresuró a

utilizarlas en su polémica contra los comunistas.

Engels comunicó entonces el plan, a través de las palabras de Grün, al comité de Bruselas:

¿Y qué vemos en él? —escribe—. Ni más ni menos que los almacenes de trabajo conocidos desde hace mucho en Inglaterra, las asociaciones de artesanos de distintas profesiones, que ya muchas veces han fracasado, un gran depósito; todos los productos proveídos a los miembros de las asociaciones son valuados según el costo de la materia prima y la suma de trabajo gastado en su confección y se pagan con otros productos justipreciados según el mismo método. Los productos que sobran en la sociedad se venden en la plaza y el ingreso que rinden va en provecho de los productores. Así cree el astuto Proudhon poder suprimir la ganancia realizada por el intermediario comercial.

En otra carta, Engels da nuevos detalles sobre el plan de Proudhon y se indigna porque fantasías como la de la transformación de los obreros en propietarios por la adquisición de talleres mediante el ahorro, atraen todavía a los trabajadores alemanes.

De ahí que, aparecido el libro de Proudhon, Marx se puso a trabajar y contestó la *Filosofía de la miseria*, con una obra intitulada *Miseria de la filosofía*, en la que refuta una a una todas las ideas de Proudhon y opone a sus puntos de vista sus bases del comunismo crítico.

Por el brillo y la precisión del pensamiento, esta obra es una digna introducción al *Manifiesto Comunista* y nada pierde en la comparación con el último artículo de Marx contra Proudhon, escrito unos treinta años más tarde, en 1874, para los obreros italianos. Este artículo, titulado *La indiferencia política* (lo publiqué en ruso en 1913 en la

revista *Proviestvhenie*), en nada difiere de *Miseria de la filosofía*, lo que demuestra que en 1847 el punto de vista de Marx estaba definitivamente elaborado.

Marx, insisto, ya lo había formulado en 1845, pero en forma menos clara. Necesitó dos años más de tenaz trabajo para escribir *Miseria de la filosofía*. Investigando las condiciones de la formación y el desarrollo del proletariado en la sociedad burguesa, se dedicó cada vez más al estudio de las leyes del régimen capitalista, que rigen la producción y la distribución. Examina las doctrinas de los economistas burgueses a la luz del método dialéctico y prueba que todas las categorías fundamentales, que todos los fenómenos de la sociedad burguesa: mercancía, valor, dinero, capital, son cosas pasajeras. En *Miseria de la filosofía* intenta por primera vez establecer las principales fases del proceso de la producción capitalista.

Sin ser más que un esbozo, muestra ya a Marx en la verdadera senda, dueño del método más seguro que lo orienta, a manera de brújula, en el laberinto de la economía burguesa. Pero a la vez esa obra demuestra que no basta tener un método justo y que, lejos de limitarse a deducciones generales, es necesario estudiar minuciosamente el capitalismo para conocer todos los rodajes de un mecanismo tan complicado. Tenía aún Marx por delante un inmenso trabajo para transformar en monumental sistema ese bosquejo genial que es en sustancia *Miseria de la filosofía* en lo que concierne al estudio de los principales problemas económicos.

Antes de que lograra tal posibilidad, que implicaba para él la imposibilidad de ocuparse del trabajo práctico, le tocó asistir a la revolución de 1848, predicha e impacientemente esperada por él y por Engels, para la cual se preparaban y habían elaborado las tesis fundamentales expuestas en el *Manifiesto Comunista*.

QUINTA CONFERENCIA

LA REVOLUCION ALEMANA DE 1848. — MARX Y ENGELS EN RENANIA. — FUNDACION DE LA NUEVA GACETA RENANA. — GOTTSCHALK Y WILLICH. — LA UNION OBRERA DE COLONIA. — POLITICA Y TACTICA DE LA NUEVA GACETA RENANA. — ESTEBAN BORN. — CAMBIO EN LA TACTICA DE MARX. — DERROTA DE LA REVOLUCION Y PUNTOS DE VISTA DIVERGENTES EN LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. — LA ESCISION.

Estamos en la revolución de febrero. Ya hemos establecido que el *Manifiesto Comunista* fue impreso algunos días antes de esa revolución. La organización de la *Liga de los Comunistas* sólo fue concluida en noviembre de 1847. Esta organización englobaba los círculos extranjeros de París Bruselas y Londres y estaba relacionada con algunos pequeños grupos alemanes. De manera que las fuerzas organizadas con las cuales podía contar la sección alemana de la Liga de los Comunistas eran pocas. La revolución estalla en París el 24 de febrero de 1848 y se extiende rápidamente a Alemania. El 3 de marzo se produce en Colonia, ciudad principal de Renania, una tentativa de levantamiento popular. Se obliga a los ediles a dirigir una petición al rey de Prusia para pedirle que tome en cuenta la efervescencia popular y haga algunas concesiones. Esta efervescencia o, si se quiere, levantamiento del 3 de marzo en Colonia, está dirigido por dos hombres: Gottschalk, médico muy popular entre los obreros y la población pobre de Colonia, y Willich, un ex oficial. Sólo diez días después de la revolución estalla en Viena, capital de Austria; el 18 de marzo se extiende a Berlín, capital de Prusia.

En ese momento Marx se halla en Bruselas. El gobierno belga, para evitar la suerte de la monarquía francesa, procede contra los emigrados residentes en Bruselas, detiene a Marx y lo expulsa de Bélgica. Marx se va a París, de donde acababan de invitarlo. Uno de los miembros del gobierno provisorio, Flocon, redactor de un periódico en el que colaboraba Engels, envió inmediatamente una carta a Marx, en la cual le declaraba que en la libre tierra francesa todos los decretos del viejo gobierno eran abrogados.

El comité regional de Bruselas, al cual el de Londres había transmitido plenos poderes desde que la revolución estalló en el continente, los envió, a su vez, a Marx. Entre los obreros alemanes, reunidos

entonces en gran número en París, surgen disenti-
mientos y se organizan distintos grupos. A uno de
esos grupos se adhiere nuestro compatriota
Bakunin, que, con el poeta alemán Herweg, pro-
yecta constituir una organización armada para irrum-
pir en Alemania. Marx se esfuerza en hacerlos
desistir de su plan y les propone trasladarse aislada-
mente a Alemania y participar en los sucesos revo-
lucionarios. Bakunin y Herweg mantienen su proyec-
to. Este organiza una legión revolucionaria, se pone
a su cabeza y se dirige a la frontera, donde es de-
rrotado. Marx y otros camaradas logran pasar a Ale-
mania y se radican en diferentes sitios. Marx y En-
gels se establecen en Renania.

El hecho de que la sección alemana de la Liga
de los Comunistas no poseía ninguna organización
debía ser tenido en cuenta por Marx y Engels. Exis-
tían sólo simpatizantes aislados. ¿Qué debían hacer
Marx, Engels y los camaradas más inmediatos?
Unos cuarenta años más tarde Engels se esfuerza
por explicar la táctica que Marx y él siguieron en
Alemania en 1848, y da una respuesta clara a una
pregunta que le hicieron algunos jóvenes camara-
das. Preguntaban por qué, en lugar de ir a Berlín,
Marx y él se quedaron en Colonia, ciudad de
Renania. Escogimos Renania, decía Engels, porque
era la provincia de mayor desarrollo industrial; por-
que el Código de Napoleón, herencia de la Revo-
lución Francesa, estaba allí aún en vigencia, lo que
nos permitía disponer de mayor libertad de acción
y de agitación. Además, en Renania había un
proletariado numeroso. Verdad es que Colonia no
era la ciudad más desarrollada desde el punto de
vista industrial, pero era la sede del poder adminis-
trativo y el centro de Renania. Por su población,
Colonia se contaba entre las ciudades más
importantes de Renania, aunque sólo tuviera en-
tonces 80.000 habitantes. Contenía una población
obrero bastante numerosa, si bien la proporción de
obreros empleados en la gran industria era ínfima.

Las refinerías eran las principales fábricas. En ese tiempo—Colonia era muy conocida por el agua de Colonia, pero no existían grandes industrias mecánicas. El desenvolvimiento de la industria textil era menos grande que en Elberfeld y Barmen. En todo caso, Marx y Engels tenían plausibles razones para escoger Colonia como lugar de residencia. Querían realizar una agitación en toda Alemania, fundar un gran número que fuera una tribuna de sus ideas en todos los países, y para ello Colonia era, a su juicio, el lugar más propicio. En efecto, en Renania se había editado en 1842 el primer gran órgano político de la burguesía alemana. En el momento de su llegada se preparaba la aparición de un periódico, del que lograron apoderarse.

Pero ese periódico era el órgano de la democracia. He aquí cómo Engels se esfuerza en explicar por qué escogieron el nombre "órgano de la democracia". Declara que no existía entonces ninguna organización proletaria y que sólo eran posibles dos acciones: o bien emprender desde el primer día la organización de un partido comunista, o utilizar las organizaciones democráticas existentes, agruparlas en un organismo único, realizar en éste la propaganda necesaria y atraer hacia él a las diferentes sociedades obreras. Marx y Engels escogieron el segundo camino: renunciaron a constituir en Renania organizaciones proletarias especiales y entraron en la unión democrática de Colonia. Por eso desde el comienzo se encontraron en una posición un tanto falsa con respecto a la unión obrera de Colonia, fundada inmediatamente después del 3 de marzo por Gottschalk y Willich.

Como ya hemos visto, Gottschalk era un médico muy popular entre las clases menesterosas de Colonia. Por sus teorías no era comunista. Antes de la fundación de la Liga de los Comunistas se acercaba más bien a Weitling y a sus partidarios. Era un buen revolucionario, pero dejábase influenciar con facilidad por corrientes contrarias. Personalmente

irreprochable, carecía de un programa firme, aunque comprendía bastante bien qué era la democracia, pues en su primera intervención en el consejo declara: "No es en nombre del pueblo que tomo la palabra, pues los demás concejales pertenecen también al pueblo, no; me dirijo a ustedes solamente en nombre de la clase obrera". De modo que distinguía a la clase obrera, a los trabajadores, de la nación en general. Abogaba por las acciones revolucionarias, pero, republicano, al mismo tiempo reclamaba una federación de repúblicas alemanas. Ese fue, como veremos, uno de los puntos esenciales de su divergencia con Marx. La sociedad por él fundada, Unión Obrera de Colonia, había reunido rápidamente a casi todos los elementos proletarios de la ciudad. Contaba con 7.000 miembros, lo que es mucho en una ciudad de 80.000 habitantes.

La Unión Obrera de Colonia entró en seguida en conflicto con la organización a que pertenecían Marx y Engels. En el seno de la Unión Obrera había elementos que no compartían el criterio de Gottschalk. Moll, que había sido enviado por el comité comunista de Londres ante el de Bruselas para preparar la organización del congreso, era uno de los principales miembros de la Unión Obrera y, es claro, estrechamente unido a Marx y Engels. A la misma unión pertenecía también Schapper, que participaba en el movimiento obrero desde 1830. De tal suerte, no tardaron en organizarse dos fracciones en la Unión Obrera, frente a la cual funcionaba la sociedad democrática, a la que pertenecían Marx y Engels.

Ello fue el resultado del plan que Engels exponía más tarde en un artículo de la *Nueva Gaceta Renana*. Marx y Engels esperaban hacer de su periódico, que comenzó a publicarse en Colonia el 1º de junio de 1848, el centro que agrupara, en el curso de la lucha revolucionaria, a todas las futuras organizaciones comunistas. Sería erróneo creer que Marx y Engels entraron en el órgano de la demo-

cracia en calidad de demócratas. Entraron en calidad de comunistas, considerándose la extrema izquierda de la democracia. Nunca cesaron de criticar de la manera más violenta, no sólo los errores del Partido Liberal alemán, sino los de la democracia, tanto que desde los primeros meses perdieron todos los accionistas. En el primer artículo publicado en la *Nueva Gaceta Renana*, Marx critica duramente a la democracia. Cuando se supo que el proletariado parisiense había sido aplastado durante las jornadas de julio; que Cavaignac, con el apoyo de todos los partidos burgueses, había provocado la masacre en la que perecieron millares de proletarios, la *Nueva Gaceta Renana*, órgano de la democracia, publicó un artículo apasionado, en el cual se injuria a los verdugos burgueses y a los satélites de la democracia. He aquí un corto pasaje de dicho artículo:

Los obreros parisienses han sido aplastados por un enemigo superior en fuerza, pero no aniquilados. Han sido derrotados, pero sus enemigos están vencidos. El triunfo efímero de la fuerza brutal ha desvanecido todas las ilusiones de la revolución de febrero; ha demostrado la desagregación del antiguo Partido Republicano, la división de la nación francesa en dos partes: la de los poseedores y la de los proletarios. En adelante la república tricolor tendrá sólo un color, el color de los vencidos, el color de la sangre. Se ha transformado en la república roja.

La revolución de febrero ha sido una revolución magnífica, la revolución que contó con la simpatía general, porque las contradicciones que surgieron más tarde en ella estaban sólo en estado latente, y la lucha social, que era la base, era únicamente verbal. La revolución de junio, por el contrario, ha sido una revolución repugnante, porque la acción ha reemplazado a la frase, porque la república

misma ha descubierto la cabeza del monstruo arrancándole la corona que lo enmascaraba.

El profundo abismo que se abre ante nuestros ojos, ¿ha de desalentarnos a nosotros, demócratas, y hacernos creer que las luchas por las formas de gobierno son ilusorias y no conducen a nada?

Solamente los espíritus débiles, apoltronados, pueden responderse así. Hay que luchar para vencer los conflictos que nacen de las condiciones mismas de la sociedad burguesa y que no pueden vencerse con quiméricos sueños. La mejor forma de Estado es aquella en la cual los antagonismos sociales no son apagados ni suprimidos por la fuerza, es decir, artificial y superficialmente. La mejor forma de gobierno es aquella en la cual tales antagonismos chocan libremente en la lucha y por la misma encuentran su solución.

Pero, se nos dirá, ¿no tendremos una lágrima, un suspiro, una palabra, para las víctimas del furor popular, para la guardia nacional, la guardia móvil, la guardia republicana, las tropas de línea?

El Estado se ocupará de las viudas y de los huérfanos, los decretos los elevarán a las nubes, tendrán solemnes funerales, inmortales los proclamará la prensa oficial, desde oriente a occidente la reacción europea glorificará sus nombres.

Pero los plebeyos torturados por el hambre, escarnecidos por la prensa, abandonados por los médicos; tratados de ladrones, de incendiarios y de presidiarios por los ciudadanos "honrados"; sus mujeres y sus hijos reducidos a la más negra miseria; sus representantes escapados de la masacre, desterrados más allá de los mares... es el privilegio y el derecho de la prensa democrática de tejer alrededor de su frente sombría una corona de laurel.

Este artículo fue escrito el 28 de junio de 1848. No puede pertenecer a la pluma de un demócrata; solamente un comunista puede ser su autor y, por

su táctica, Marx y Engels no podían engañar a nadie. El periódico dejó de recibir inmediatamente subsidio alguno de la burguesía democrática, y se transformó en el verdadero órgano de los obreros de Colonia, en órgano de los obreros alemanes.

Durante ese tiempo otros miembros de la Liga de los Comunistas esparcidos por toda Alemania proseguían su obra. Creemos necesario mencionar especialmente a uno: Esteban Born, tipógrafo. Engels lo juzga desfavorablemente en el prefacio a un libro de Marx.

Born siguió una táctica distinta. Desde su llegada a Alemania se radicó en Berlín, centro obrero de importancia, y se entregó a la tarea de crear una gran organización obrera. Con la ayuda de algunos camaradas fundó un pequeño órgano, *Fraternidad Obrera*, y realizó una metódica agitación entre las distintas categorías de trabajadores. No se limitó, como habían hecho antes en Colonia Gottschalk y Willich, a la organización de una sociedad obrera puramente política. Empezó la organización de diferentes sociedades destinadas a defender los intereses de los obreros, y se entregó con tanta energía a la obra, que bien pronto su organización se extendió hasta algunas ciudades vecinas y a otras regiones de Alemania. Pero esta organización adolecía de una laguna. Era puramente obrera y, como más tarde el "economismo" ruso, insistía demasiado sobre las tareas exclusivamente económicas de la clase trabajadora. Así, mientras algunos miembros de la Liga de los Comunistas, como Born, hombre de talento, creaban esas organizaciones puramente obreras, otros, en el Sur de Alemania, con Marx, empleaban toda su fuerza en la transformación del Partido Democrático a objeto de que en él la clase obrera fuera el núcleo fundamental, y hacerlo el más democrático posible. En tal dirección proseguía Marx su trabajo. La *Nueva Gaceta Renana* trataba todas las cuestiones de importancia de suerte que todavía puede considerarse un modelo

de periódico revolucionario. Ningún otro periódico ruso ni europeo llegó a la altura de la *Nueva Gaceta Renana*. Aunque escrita hará pronto setenta y cinco años, los artículos no han perdido nada de su frescura, de su ardor revolucionario, de su agudeza de análisis de los acontecimientos. Al leerlos, sobre todo los de Marx, se cree asistir a la historia de la revolución alemana, de la Revolución Francesa, contada por ellas mismas, tan vivo es el estilo como profundo el sentido.

¿Cuál era el punto central de la política interior y exterior de la *Nueva Gaceta Renana*? Antes de pasar a esta cuestión debemos señalar que Marx y Engels no tenían otra experiencia revolucionaria que la de la gran Revolución Francesa. Marx había estudiado atentamente su historia y procurado extraer de ella principios tácticos para emplearlos en la época de la futura revolución, que él, contrariamente a Proudhon, predecía con justeza. Luego, ¿qué nos enseña la Revolución Francesa? Esta revolución, estallada en 1789, representa un largo proceso que dura diez años, de 1789 a 1799, es decir, hasta el año en que Bonaparte da el golpe de Estado. La experiencia de la revolución inglesa del siglo XVII enseñaba igualmente que la revolución futura sería probablemente de larga duración. La revolución había comenzado en medio de la alegría y del entusiasmo generales; la burguesía se puso a la cabeza del pueblo oprimido, derribó al absolutismo, y sólo después de su triunfo se desarrolla la lucha, y en el curso de esta lucha, de esta revolución más radical, el poder pasa cada vez más a los partidos extremos. Se desarrolla esta lucha durante tres años para terminar con la toma del poder por los jacobinos. Parecía a Marx, que había estudiado atentamente la organización del partido político de los jacobinos, que en el curso del prolongado desarrollo de la revolución se puede organizar una fuerza que constituya progresivamente el fuerte mismo de la acción. Esta premisa teórica explica su

error. Conservó algún tiempo esa opinión, hasta que una serie de acontecimientos hicieron desecharla. El fracaso de junio del proletariado parisiense fue el primer golpe asestado a la revolución en Occidente y permitió inmediatamente a la reacción levantar cabeza en Prusia y en Austria. Además, detrás de Prusia y de Austria estaba Rusia con Nicolás I, que desde el comienzo había ofrecido su ayuda al rey de Prusia. Desde el primer instante se declinó la oferta en lo concerniente a la fuerza armada, pero se aceptó el dinero. Nicolás I poseía entonces las reservas de oro más importantes de Europa. El dinero se utilizó en provecho del gobierno prusiano. Nicolás I ofreció igualmente batallones rusos al gobierno austriaco, contra el cual se había sublevado Hungría, y la proposición fue aceptada.

Apoyándose nuevamente en la experiencia de la Revolución Francesa, la *Nueva Gaceta Renana* sentó la táctica siguiente. La guerra contra Rusia es el único medio favorable para la revolución de Europa Occidental, amordazada a causa de la derrota del proletariado parisiense. La historia de la Revolución Francesa enseña que la ofensiva de la coalición contra Francia dio un nuevo impulso al movimiento revolucionario. Los partidos moderados han sido arrojados por la borda. La dirección del movimiento la han tomado los partidos que más enérgicamente han rechazado la agresión exterior. El ataque de la coalición contra Francia condujo, el 10 de agosto de 1792, a la proclamación de la República. Marx y Engels descontaban que la guerra de la reacción contra la nueva revolución tendría las mismas consecuencias. Por esto la *Nueva Gaceta Renana* criticaba violentamente a Rusia. Se presentaba a ésta como una fuerza siempre pronta a sostener la reacción austriaca y alemana. En cada artículo se demostraba que la guerra contra Rusia era el único medio de salvar la revolución, y se esforzaba en preparar a la democracia

para esta guerra contra Rusia, como la única solución racional. Marx y Engels, repetimos, se dedicaban a probar que la guerra contra Rusia daría un nuevo impulso a la revolución y reforzaría las aspiraciones revolucionarias del pueblo alemán. Por esto defendían en su periódico todos los movimientos de oposición contra el régimen existente; fueron los defensores más ardientes de la revolución húngara y sostuvieron a los polacos, que poco antes habían realizado una tentativa de insurrección. Reclamaban la restauración de Polonia independiente y que Alemania y Austria le reintegraran las provincias que le habían tomado, y que igual cosa hiciera Rusia. Partidarios de la unión de Alemania en una república única, reclamaban de Dinamarca la restitución de algunas regiones alemanas, a excepción de las partes o regiones dominadas por el elemento danés. En una palabra, eran en todo fieles a la tesis fundamental del *Manifiesto Comunista* y sostenían todo el movimiento revolucionario dirigido contra el orden existente. Sin embargo, no se puede ocultar (y esto se advertirá cuando se tenga la posibilidad de leer los artículos publicados por Marx y Engels en la *Nueva Gaceta Renana*) que en estos brillantes artículos prepondera el aspecto político; siempre se critican en ellos los actos políticos de la burguesía y de la burocracia. La *Nueva Gaceta* dedica relativamente un lugar pequeño a la cuestión obrera. Bajo este aspecto es interesante comparar el periódico de Marx con el de Born. El de éste parecía un periódico especial de las cooperativas; acordaba a la cuestión obrera la mayor atención. No hacía lo mismo la *Nueva Gaceta Renana*, que casi no tocaba esta cuestión. Criticaba violentamente la declaración de los derechos fundamentales del pueblo alemán y arremetía contra la legislación impregnada del espíritu de liberalismo nacional. Tomaba vigorosamente la defensa de los campesinos, demostrando a la burguesía la necesidad de su emancipación. Pero hasta fines de 1848 son

escasos los artículos dedicados a las reivindicaciones de la clase obrera. Tales reivindicaciones no figuran en ninguna parte en la *Nueva Gaceta Renana*, casi enteramente absorbida por las tareas políticas fundamentales, consistentes en encender las pasiones políticas y en preconizar la creación de fuerzas revolucionarias democráticas capaces de barrer de Alemania de un solo golpe todas las supervivencias del régimen feudal.

Hacia fines de 1848 la situación cambia. La reacción, que comenzó a reforzarse después de la derrota del proletariado parisiense, asciende más aún en octubre de 1848. El aplastamiento del proletariado húngaro con la ayuda de los rusos contribuye al fracaso del movimiento de Berlín. El gobierno prusiano cobra coraje y en diciembre de 1848 disuelve la Asamblea Nacional e impone al país una Constitución elaborada por él mismo. En ese momento la burguesía prusiana, en lugar de oponer una resistencia vigorosa al poder real, procura concertar un acuerdo entre él y el pueblo.

Marx, por el contrario, demuestra que el poder real ha sufrido un fracaso en marzo de 1848 y que no es cuestión de proponerse un acuerdo con él. El pueblo mismo debe elaborar una Constitución sin preocuparse del poder real y proclamar en Alemania la república una e indivisible. Pero la Asamblea Nacional, donde predominaba la burguesía liberal demócrata, temía una ruptura definitiva con la monarquía. De modo que continuó su política de conciliación hasta el momento en que fue disuelta.

Entonces aparece bien claro para Marx la imposibilidad de contar aún con la parte más radical de la burguesía alemana. La parte democrática de la burguesía, de la cual podía esperarse que obtendría libertades políticas que permitieran el desarrollo de la clase obrera, se mostró incapaz de cumplir esa tarea. He aquí la característica que hace Marx de esta burguesía en diciembre de 1848, después de

la triste experiencia de las dos asambleas de Berlín y Francfort:

Mientras que las revoluciones de 1648 y de 1789 pueden enorgullecerse de haber realizado una obra de creación, las de Berlín de 1848 han puesto su honor en ser un anacronismo. Su luz se parece a la de las estrellas, que llega a los habitantes de la Tierra diez mil años después de extinguirse el astro que la emite. La revolución prusiana de marzo es para Europa un pequeño astro de ese género. Su luz es la de un cadáver social desde hace largo tiempo descompuesto.

La burguesía alemana se ha desenvuelto tan muellemente, tan perezosamente y tan lentamente, que en el momento en que se alzaba contra el feudalismo y el absolutismo, se hizo hostil al proletariado y a todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas se le asemejan. Vio que tenía un enemigo no sólo en una clase de detrás de ella, sino en toda la Europa de delante de ella. Contrariamente a la burguesía francesa de 1789, la burguesía alemana no ha sido la clase que defiende a toda la sociedad contemporánea contra los representantes de la vieja sociedad, de la monarquía y de la nobleza. Descendió al nivel de una categoría social opuesta a la monarquía y al pueblo, indecisa ante cada uno de sus adversarios, pues los tuvo siempre, tanto delante como detrás de ella. Desde el comienzo se inclinó a traicionar al pueblo y a concertar un compromiso con los "coronados" de la vieja sociedad, a la que ella misma pertenecía; no representaba los intereses de la nueva sociedad contra lo viejo, pero tenía intereses renovados en el seno de una sociedad envejecida; no ejerció la dirección de la revolución porque el pueblo estuviera detrás de ella, sino porque el pueblo la puso delante de él; no estuvo a la cabeza porque representara la iniciación de una nueva época social; fue

una capa del viejo Estado, capa social que no se había trazado su propia ruta, pero que por la fuerza del cataclismo fue puesta a la cabeza del nuevo Estado. Sin confianza en ella misma, sin fe en el pueblo, refunfuñando contra los grandes, temblando ante los pequeños, egoísta respecto de unos y otros y, teniendo conciencia de su egoísmo, revolucionaria tocante a los conservadores y conservadora respecto a los revolucionarios; sin confianza en sus propias palabras de orden, con frases en vez de ideas, asustada por la tempestad mundial y explotando esta tormenta; sin ninguna energía y recurriendo al plagio en todos los aspectos, original solamente en su bajeza; transigente con sus propios deseos, sin iniciativa, sin confianza en ella misma, sin fe en el pueblo, sin vocación histórica mundial; vieja decrepita, maldecida por todos y viéndose condenada en su caducidad a dirigir las aspiraciones juveniles de un pueblo fuerte y a desviarlas; vieja ciega, sorda y desdentada: tal era la burguesía prusiana cuando, después de la revolución de marzo, se encontró en la dirección del Estado.

Esto caracteriza de una manera extraordinariamente justa a la burguesía de 1848. Como se ve, se puede aplicar íntegramente a la burguesía rusa.

Marx había visto a la burguesía en la acción. Las esperanzas que concibió, aunque con muchas reservas, en el *Manifiesto Comunista*, sobre la burguesía progresista, no se realizaron. Por eso desde el otoño de 1848 Marx y Engels modificaron la táctica usada en Colonia y en la *Nueva Gaceta Renana*. Sin rehusarse a sostener a la democracia burguesa, sin romper orgánicamente con el Partido Demócrata, Marx traslada el centro de gravedad de su trabajo a los medios proletarios. Con Moll y Schapper refuerza la propaganda en el seno de la Sociedad Obrera de Colonia, que tenía también su representante en el *Comité regional de las socieda-*

des democráticas. Después del arresto de Gottschalk, Moll fue elegido presidente de la Sociedad Obrera, lo que evidencia el aumento de la fuerza comunista. La corriente federalista, a cuya cabeza estaba Gottschalk, se convierte gradualmente en minoría. Al tener Moll que huir por algún tiempo de Colonia, se elige a Marx, a pesar de sus reiteradas negativas, para ocupar su lugar. En febrero, fecha de las elecciones del nuevo parlamento, las divergencias estallaron. Marx y su grupo insistían en que allí donde no se pudieran elegir candidatos propios, los obreros votasen por los demócratas, contra lo cual protestaba la minoría.

Pero en marzo y en abril las divergencias entre los obreros y los demócratas reunidos en el *Comité regional de las sociedades democráticas* revistieron tal agudeza, que la escisión se hizo inevitable. Marx y sus camaradas salieron del Comité. La Sociedad Obrera retiró su representante y procuró relacionarse con las Sociedades Obreras organizadas por Born en la Alemania Oriental. La Sociedad Obrera fue reorganizada y transformada en club central con nueve secciones o clubes obreros. Marx y Schapper publicaron a fines de abril un llamamiento, en el cual invitaban a todas las sociedades obreras de Renania y de Westfalia a un congreso regional, a fin de organizarse y de elegir los delegados al congreso obrero general que debía efectuarse en el mes de junio en Leipzig.

Pero en el momento en que Marx y sus camaradas se dedicaban a la organización del partido de la clase obrera, se asestó un nuevo golpe a la revolución. El gobierno de Prusia, que acababa de disolver la Asamblea Nacional prusiana, resolvió hacer lo mismo con la Asamblea Nacional alemana. Entonces comenzó en el sur de Alemania lo que se llama la lucha por la constitución del imperio.

En razón de su situación, Marx debía obrar en Colonia con la mayor prudencia. Ciertamente es que no estaba reducido a la acción clandestina, pero podía

ser expulsado de Colonia mediante una simple orden del gobierno. En efecto, expuesto a las continuas persecuciones del gobierno prusiano, expulsado de París a instancias de este último y temiendo serlo de Bélgica, Marx decidió, a fin de cuentas, abandonar su nacionalidad prusiana, pero sin adoptar ninguna otra. De manera que cuando volvió a Colonia las autoridades lo reconocieron como ciudadano de Renania, pero exigieron la sanción de las autoridades prusianas de Berlín, las que decidieron que Marx había perdido los derechos inherentes a su condición de ciudadano de Prusia. Por eso Marx, que realizaba reiteradas gestiones para la reintegración de sus derechos de ciudadano prusiano, fue obligado, durante el segundo semestre de 1848, a renunciar a toda acción pública. Cuando la ola revolucionaria se elevaba y la situación se tornaba mejor, intervenía públicamente en la lucha, pero desde que la reacción ganó terreno y la represión se hizo en Colonia más rigurosa, redujo su acción al periodismo, es decir, a la dirección de la *Nueva Gaceta Renana*. Por esto aceptó contra sus deseos la presidencia de la Sociedad Obrera de Colonia.

La modificación de la táctica introduce cambios en la *Nueva Gaceta Renana*. Sólo después de tal modificación aparecen los primeros artículos sobre *El trabajo asalariado y el capital*. Marx precedió estos artículos de una larga introducción, en la cual explica por qué la *Nueva Gaceta Renana* no había aún tocado la cuestión del antagonismo entre el capital y el trabajo. Esta introducción tiene una grande importancia porque señala un cambio de táctica, pero este cambio se produjo demasiado tarde. Fue en febrero, y en mayo la revolución alemana ya estaba completamente aplastada. El Gobierno prusiano envió sus tropas al sureste de Alemania. La *Nueva Gaceta Renana* fue la primera, el 19 de mayo, en ser clausurada. Hemos tenido en nuestras manos el último número de este perió-

dico, el 301, el célebre número rojo, que comienza con una poesía de Freiligrath, seguida de un nuevo llamamiento de Marx para poner en guardia a los obreros y para advertirles que no deben dejarse arrastrar a provocaciones. Marx salió en seguida de Renania. Como extranjero, fue obligado a abandonar Alemania; en cuanto a los otros redactores, se dispersaron para establecerse en diferentes lugares. Engels, Moll y Willich se fueron con los sublevados del sur.

Después de algunas semanas de resistencia heroica pero mal organizada, las tropas prusianas obligaron a los rebeldes a refugiarse en Suiza. Los viejos miembros de la redacción de la *Nueva Gaceta Renana* y de la Sociedad Obrera de Colonia se instalaron en París, pero después de la abortada manifestación del 13 de junio de 1849 fueron perseguidos y obligados a salir de Francia. A principios de 1850 casi toda la vieja guardia de la Liga de los Comunistas se encontraba de nuevo reunida en Londres. Moll pereció en la Alemania del sur en el curso de la insurrección. Se hallaban en Londres, Marx, Engels, Schapper, Willich y Wolf.

Al comienzo, como puede verse por sus artículos, Marx y Engels no habían perdido las esperanzas; creían que a una detención temporaria del movimiento seguiría un nuevo empuje revolucionario. Para no ser cogidos de improviso trataron de reforzar su organización y de ponerla en estrecho contacto con Alemania. La vieja Liga de los Comunistas se reorganizó, agrupó a los miembros que ya habían pertenecido a ella y a nuevos elementos reclutados en Silesia, en Breslau y en Renania.

Sin embargo, después de algunos meses surgieron divergencias en la Liga entre los comunistas de izquierda y los de derecha. He aquí el motivo y la discusión.

A principios de 1850, Marx y Engels creían que no se haría esperar mucho tiempo un nuevo empuje

de la revolución. En esta época la Liga de los Comunistas lanza sus dos famosas circulares, escritas principalmente por Marx. Lenin las sabía, por así decirlo, de memoria y las cita con frecuencia.

Para orientarse bien, es preciso recordar los errores cometidos por Marx y Engels durante la revolución de 1848. Las circulares muestran que es necesario criticar implacablemente no sólo al liberalismo burgués sino también a la democracia; que hay que concentrar todos los esfuerzos para oponer a la organización democrática una organización obrera; que ante todo hay que crear un partido obrero. La lucha contra los demócratas no debe cesar; a cada una de sus reivindicaciones hay que responder con una más radical. Si los demócratas reclaman la jornada obrera de nueve horas, nosotros reclamamos la de ocho; si la expropiación de las grandes propiedades de tierra con indemnización, nosotros la confiscación pura y simple. Es necesario recurrir a todos los medios para hacer avanzar la revolución, para hacerla permanente, para ponerla constantemente a la orden del día. No hay que dormirse sobre los laureles, satisfechos con algún éxito conseguido. Cada conquista debe ser un escalafón para llegar a la conquista siguiente. Declarar la revolución terminada es traicionarla. Hay que obrar de tal modo que el régimen social y político, minado por todas partes, se desmorone gradualmente hasta que lo hayamos librado de todas las supervivencias del antiguo antagonismo de clases.

Sobre la apreciación de la "situación actual" comenzaron las divergencias. Contrariamente a sus adversarios, dirigidos por Schapper y Willich, Marx, fiel a su método, partía del hecho de que toda la revolución política es la consecuencia de ciertas condiciones económicas, de una cierta revolución económica. La revolución de 1848 fue precedida de la crisis de 1844, que alcanzó casi a toda Europa, salvo las regiones extremas del oriente. Luego, analizando desde Londres la nueva situa-

ción económica, el estado del mercado mundial, Marx se persuade de que la situación no es favorable para una explosión revolucionaria, y que la ausencia de esa pujanza revolucionaria que esperaba con sus camaradas, no se explica únicamente por la falta de iniciativa y de energía de parte de los revolucionarios. A fines de 1850, el análisis detallado de la situación del momento lo lleva a la conclusión de que, dado el estado de prosperidad económica, toda tentativa para provocar la revolución, para organizar una insurrección armada, terminaría por un fracaso tan inevitable como inútil. El capital europeo se encontraba en ese momento en condiciones de desarrollo extremadamente favorables. Acababan de descubrirse minas de oro de una riqueza inmensa en California y en Australia, adonde afluían en masa los obreros. La ola de la emigración europea, comenzada en el segundo semestre de 1848, se elevó notablemente en 1850.

De modo que el análisis de las condiciones hizo comprender a Marx que la revolución perdía terreno, que era preciso esperar una nueva crisis económica que creara condiciones favorables para una renovación del movimiento revolucionario. Pero este punto de vista no era compartido por todos los miembros de la Liga de los Comunistas. Era particularmente contradicho por los elementos que no poseían la formación científica, la ciencia económica de Marx, y que atribuían una importancia exagerada a la iniciativa de algunas personalidades resueltas. Willich, que con Gottschalk incitó a la revolución el 3 de marzo en Colonia y desempeñó un gran papel en la insurrección del sur de Alemania, lo mismo que Schapper y varios otros miembros de la Liga de los Comunistas afiliados a la Unión Obrera de Colonia y viejos partidarios de Weitling, se unieron y preconizaron la organización de una insurrección. Según ellos, bastaba conseguir la cantidad de dinero necesario y reunir a algunos hombres resueltos para provocar una insurrección

en Alemania. En busca de dinero, tentaron concertar un empréstito en América, a fin de levantar la revolución en Alemania. Marx, Engels y algunos de sus camaradas más allegados se negaron a participar en la campaña. A la postre se produjo una escisión; la Liga de los Comunistas se dividió en dos fracciones: la de Marx y Engels y la de Willich y Schapper.

En este momento la sección alemana de la Liga de los Comunistas sufre un descalabro. Ya en 1850 Marx y Engels, al mismo tiempo que se efectuaba la reorganización de la Liga de los Comunistas de Londres, habían tentado reorganizar y consolidar esta misma Liga en Alemania. Se enviaron a ese país muchos agentes para que se entrevistaran con los comunistas alemanes. Uno de ellos fue arrestado y sobre él se encontraron documentos que permitieron a la policía prusiana de seguridad, dirigida por el famoso Stieber, descubrir a sus camaradas. Se encarceló a numerosos comunistas. Para mostrar a la burguesía prusiana que no debía deplorar algunas de las libertades que le fueron arrebatadas en 1850, el gobierno prusiano resolvió organizar en Colonia un gran proceso contra los comunistas. Numerosos comunistas, entre ellos Lessner y Becker, fueron condenados a largos años de presidio. El proceso demostró la participación de un cierto número de agentes provocadores en el movimiento y permitió comprobar que Stieber, por medio de sus agentes, había recurrido a la falsificación de procesos verbales y a toda suerte de falsos testimonios.

Por resolución del grupo de comunistas que quedaron con él, Marx escribió un folleto a propósito del proceso a la Liga de los Comunistas, en el cual revela todas las maquinaciones de la policía prusiana. Pero los condenados no sacaron gran provecho de ello. Terminado el proceso, Marx y Engels y sus camaradas llegaron a la conclusión de que, visto que había cesado toda relación con Ale-

mania, la Liga de los Comunistas no podía hacer nada, que era preciso esperar un momento más favorable, y a fines de 1852 decretaron su disolución. Otra parte de la Liga de los Comunistas, la fracción de Willich y Schapper, vegetó alrededor de un año más. Partieron para América algunos de sus miembros; Schapper se quedó en Londres. Algunos años después Schapper comprendió que había cometido un error en 1852 y se reconcilió con Marx y Engels. En seguida veremos lo que hicieron Marx y Engels durante el tiempo que carecen de la posibilidad de realizar una acción revolucionaria directa.

SEXTA CONFERENCIA

LA REACCION DE 1852 A 1862. — LA TRIBUNA DE NUEVA YORK. — LA GUERRA DE CRIMEA. — LAS OPINIONES DE MARX Y ENGELS. — LA CUESTION ITALIANA. — DISCUSION DE MARX Y ENGELS CON LASSALLE. — POLEMICA CON VOGT. — LA ACTITUD DE MARX PARA CON LASSALLE.

Después de haber visto cómo la liquidación de la Liga de los Comunistas hizo que Marx y Engels cesaran durante largos años toda actividad política directa, estudiaremos el período que va de 1852 hasta la fundación de la I Internacional y procuraré explicar por qué en todo ese tiempo Marx y Engels permanecieron inactivos.

La reacción comenzada en 1849 continuó intensificándose hasta culminar en 1854. Son suprimidas todas las libertades políticas, prohibidas todas las uniones obreras. La prensa libre había desaparecido ya en el segundo semestre de 1849. Prusia había conservado una Cámara de Diputados, pero terriblemente reaccionaria.

Marx y Engels tuvieron que resolver por entonces tan ardua cuestión para la existencia material como es la del pan cotidiano, ya que un genio, como cualquier hombre, necesita comer.

Es difícil imaginar hasta qué extremo era penosa su situación en esos momentos, sobre todo debido a que Engels había tenido violentas discusiones con su padre, un rico industrial dueño de fábricas en Alemania e Inglaterra, y no quería humillarse ante él.

Ambos buscaron con empeño alguna tarea intelectual, pero Alemania les era hostil. En América tenían la probabilidad de trabajar en periódicos obreros, pero esa colaboración nada aportaba.

Marx escribió entonces para una revista americana su obra histórica más genial: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Es la historia de la revolución de febrero y en ella Marx demuestra cómo la lucha de clases determinó su suerte, cómo los distintos partidos de la burguesía, hasta la fracción más democrática, voluntaria y jubilosamente, o sin quererlo y vertiendo lágrimas, traicionaron al proletariado entregándolo a generales y verdugos, y cómo, en fin, fueron preparadas progresivamente las condiciones que permitieron a una nulidad como Napoleón III adueñarse del poder.

La situación material de Marx empeoraba. Durante los primeros años de su estada en Londres perdió a dos de sus hijos, un varón y una niña. Al morir ésta no tenía dinero siquiera para el entierro.

Engels decide entonces, de mala gana, volver a su "oficio de perro", como llamaba al comercio, ocupando un empleo en la sucursal inglesa de la fábrica de su padre. Se va a Manchester. Al principio no es más que un simple empleado y debe, por consiguiente, ganarse la confianza del padre y de la dirección de la sucursal, mostrándose capaz de ser un buen comerciante.

Marx permanece en Londres. De la Liga de los Comunistas sólo quedaba un pequeño número de obreros, sastres y tipógrafos, reunidos en torno de la Sociedad de Educación Comunista. Inesperadamente, hacia fines de 1851, Marx tuvo la posibilidad de trabajar en un diario americano de los más influyentes: *Tribuna de Nueva York*. Uno de sus redactores, Carlos Danna, que había conocido a Marx en Alemania durante la revolución de 1848, y apreciándolo como publicista, le pidió que escribiera una serie de artículos sobre aquel país, juzgando conveniente ampliar las páginas dedicadas a los asuntos de Europa Occidental, en vista del aumento de la inmigración alemana en América, a raíz de la revolución.

El ofrecimiento puso a Marx en un aprieto, pues entonces era incapaz de escribir en inglés. Se dirigió a Engels y establecióse así entre ellos una colaboración de las más curiosas. El *Manifiesto Comunista* había sido escrito casi únicamente por Marx; sin embargo, está firmado por ambos, aunque Engels casi no había participado en él más de lo que en *La sagrada familia*. Esta vez, al contrario, a Engels le correspondía un gran trabajo. Sus artículos, reunidos en seguida en volumen con el título *La revolución y la contrarrevolución en Alemania*, fueron atribuidos a Marx. Por la correspon-

dencia de Marx a Engels, hoy sabemos que son obra de este último. No conviene, sin embargo, exagerar. En el fondo es la obra común de Marx y Engels y éste la escribió utilizando numerosas indicaciones de Marx, así como los artículos que ambos habían publicado en la *Nueva Gaceta Renana*. De esta manera comienza la colaboración de Marx en la *Tribuna de Nueva York*. Al cabo de un año, Marx conoce tan bien el inglés que empieza a escribir directamente sus artículos en ese idioma. Así, en 1853 Marx dispone de una tribuna para expresar sus opiniones. Por desgracia, esta tribuna no estaba en Europa sino en América. Los lectores del diario buscaban en él una respuesta a sus problemas. Los acontecimientos occidentales interesaban mucho, pero solamente en la medida de su repercusión en la vida americana. Para los Estados Unidos la cuestión capital era entonces la de la supresión de la esclavitud, es decir, la liberación de los negros, aparte de un litigio sobre la libertad de comercio planteado entre los Estados del norte y los del sur.

En la primera cuestión la *Tribuna de Nueva York* estaba en la extrema izquierda: quería la supresión de la esclavitud. En la de la libertad de comercio, opinaba como los proteccionistas. Marx, evidentemente, estaba de acuerdo con el primer punto de vista, pero no con el segundo. Por ventura, Europa facilitaba bastante material para otros temas.

En la primavera de 1853 los sucesos europeos se precipitan, aunque, conviene hacer notar, no se trata de una presión de las capas populares. Varios grandes Estados, como Rusia, Francia e Inglaterra, interesados por igual en la conservación del orden, comenzaban repentinamente a disputar. Es ésta una característica de las clases y naciones dominantes: en cuanto se sienten libres del movimiento revolucionario, surgen entre ellas las desavenencias.

La rivalidad que existía entre Inglaterra, Francia y Rusia antes de 1848, circunstancialmente conver-

tida en alianza para combatir la revolución, volvía a manifestarse. Rusia considera llegado el momento de quitar a Turquía una parte de su dominio, con lo que pretende una recompensa por su ayuda en la restauración del "orden" en Europa Occidental. El partido de la guerra se refuerza en la corte de Nicolás I. Espera que Francia no estará en condiciones de oponer resistencia e Inglaterra, con su gobierno *tory*, no romperá el amistoso acuerdo existente con Rusia.

De pronto se suscita una cuestión a propósito de las llaves del Santo Sepulcro; en realidad, por la posesión de los Dardanelos.

Transcurridos algunos meses, la situación se agrava de tal modo que Francia e Inglaterra, a su pesar, pues presumían que la guerra a nada conduciría, entraron en conflagración con Rusia.

La guerra de Crimea vino a plantear el problema de Oriente en toda su amplitud. Marx y Engels tuvieron entonces la posibilidad de trabajar en América, ya que no en Europa, con el tema interesante que proveían los acontecimientos del día. Ambos se felicitaban de esta guerra, puesto que eran las tres principales potencias de la contrarrevolución las que se destruían mutuamente. Y cuando los ladrones se querellan entre sí, los honrados salen ganando. Desde este punto de vista consideraban la guerra Marx y Engels, pero debían determinar la posición a adoptar respecto de cada uno de los países beligerantes.

Juzgo necesario detenerme un poco en este punto, porque al decidir la táctica frente a las partes en conflicto, que tanta importancia ha tenido en nuestras dos revoluciones y sobre todo en la última, nos hemos referido constantemente a la que siguieron Marx y Engels en 1853. Entre nosotros se consideró por lo general que ante la guerra de Crimea, Marx y Engels tomaron partido de inmediato en favor de Turquía, contra Rusia. En efecto, atribuían enorme importancia al zarismo

ruso, sostén de la reacción europea, y, por consiguiente, se la atribuían a la guerra contra Rusia, considerándola como un factor susceptible de desarrollar la energía revolucionaria en la propia Alemania. Debían, pues, aclamar la guerra contra Rusia. En los artículos que escribían en común, dividiéndose el trabajo —Engels redactaba especialmente los temas militares y Marx los diplomáticos y económicos—, Rusia era criticada sin piedad. ¿Se infiere de ahí que Marx y Engels tomaron el partido de la civilización y del progreso contra Rusia, que se levantaron contra ésta para ponerse del lado de los ingleses y franceses cultos y civilizados? Creerlo sería un error craso. En sus artículos, los dos amigos criticaban tanto a Francia e Inglaterra como a Rusia, y descubrían todas las tentativas de Napoleón y Palmerston para presentar esa guerra como la de la civilización y el progreso contra la barbarie asiática. Otro error, en el que incurre la mayor parte de la gente, es creer que en lo que concierne a Turquía, pretexto de la guerra, Marx era su partidario. No olvidaban Marx y Engels que Turquía era un país más asiático y bárbaro que Rusia. Sus críticas, pues, no perdonaban a ninguno de los beligerantes. Inspirados en un solo criterio, examinaban cada suceso según la influencia que tuviera en el aceleramiento de la revolución. Desde este punto de vista criticaban la conducta de Inglaterra y Francia, que, como dije, emprendieron la guerra contra su propia voluntad, forzadas por la enérgica resistencia de Nicolás I a cualquier acuerdo. El temor de las clases dirigentes estaba justificado: la guerra se prolongó más de lo que se pensaba, pues, comenzada en 1853, no terminó hasta 1856, con la Paz de París. En Inglaterra y en Francia provocó viva efervescencia entre los obreros y campesinos, y Napoleón y los dirigentes ingleses se vieron obligados a hacer una serie de concesiones y promesas. La guerra terminó con la victoria de Francia, Inglaterra y Turquía. En Rusia la guerra

había probado la inferioridad de un país en el que existía la servidumbre feudal, para la lucha contra países capitalistas, y como consecuencia tuvo impulso la realización de las grandes reformas y se hizo necesario considerar la cuestión de la libertad de los campesinos.

Pero faltaba todavía otro choque para que la Europa adormecida después de la explosión revolucionaria de 1848-49 saliera definitivamente de su embotamiento. Al separarse Marx y Engels del grupo Willich y Schapper, declararon que una nueva revolución no podría ser sino la consecuencia de otro trastorno económico violento y que así como la revolución de 1848 había sido el resultado de la crisis de 1847, la nueva tendría que serlo de otra.

La expansión económica iniciada en 1849 había progresado con tal fuerza durante los años siguientes que ni la guerra de Crimea pudo restringirla. Parecía destinada a proseguir indefinidamente. En 1851, Marx y Engels estaban persuadidos de que la crisis se produciría, a más tardar, en 1853, pues sus anteriores investigaciones (en particular las de Engels) les habían convencido de que las crisis periódicas que interrumpen el desarrollo de la producción capitalista se repiten cada cinco a siete años.

Se equivocaron. El período de desarrollo ininterrumpido de la producción capitalista, con alternativas insignificantes, duró hasta 1857, año en que se produjo la crisis con un alcance extraordinario, tanto en su intensidad como en su extensión.

A Marx le entusiasmó, no obstante las consecuencias desagradables que tuvo para él. La entrada que le procuraba su colaboración en la *Tribuna de Nueva York* no era muy crecida: al principio recibía por cada artículo el equivalente de diez rublos oro, y luego la remuneración se elevó a quince. Con todo, en comparación con los primeros años de su vida de emigrado en Londres, este estipendio, gra-

cias a Engels, que realizaba la mayor parte del trabajo para los diarios americanos, le permitía bien o mal satisfacer sus necesidades.

Además trabajaba con asiduidad en su gran obra económica y encontraba todavía tiempo para escribir gratuitamente en el órgano cartista central, el *Diario Popular*.

Después de la crisis de 1857, la situación empeoró de nuevo. En Estados Unidos había perjudicado enormemente y la *Tribuna de Nueva York* se vio en la necesidad de reducir sus gastos, en detrimento para los corresponsales extranjeros.

Obligado a buscar toda suerte de trabajos ocasionales, volvió Marx a endeudarse considerablemente, hasta que en 1859 reanudó sus colaboraciones en la *Tribuna de Nueva York*, para no abandonarlas hasta 1862.

Pero si en su vida personal Marx tenía demasiados disgustos, después de 1857 se sentía feliz como revolucionario. Según lo había previsto, la nueva crisis fue la causa principal de una serie de movimientos revolucionarios en un gran número de países. En América la abolición de la esclavitud se planteaba como un problema imperioso; en Rusia la supresión de la servidumbre estaba en la orden del día. Inglaterra debía hacer grandes esfuerzos para sofocar una insurrección inmensa en la India oriental, y el Occidente europeo estaba en efervescencia. La revolución de 1848 dejó sin resolver una cantidad de problemas. Italia quedaba dividida, con la mayor parte de las provincias del norte en poder de Austria, que había conseguido, con la ayuda de las tropas rusas, dominar a Hungría. Alemania seguía siendo un conglomerado de principados y Estados muy desiguales, entre los que Prusia y Austria aspiraban por separado a establecer su hegemonía sobre la Confederación Germánica.

En 1858 se manifiesta, en los Estados de Europa Occidental, un movimiento de oposición revolucio-

na que coloca sobre el tapete todas las cuestiones pendientes. En Alemania se robustece la opinión en favor de la unificación, avivándose la lucha entre el Partido Pangermánico, que aspiraba a la unión completa de Alemania, comprendida Austria, y el Partido Moderado, que sostenía a Prusia en primer término, pretendiendo que todos los Estados se unieran a su alrededor, con exclusión de Austria.

En Italia se asiste igualmente al despertar de las aspiraciones nacionales. En Francia, donde la crisis de 1857 había arrastrado a la quiebra a numerosos establecimientos y tenido la más desastrosa repercusión en la industria textil, la oposición pequeño-burguesa se desarrolla y las organizaciones revolucionarias clandestinas, sobre todo los grupos blanquistas, entran nuevamente en actividad. El movimiento obrero, decaído por completo después de la derrota de junio, se reanimó, particularmente en las ramas de la construcción y del mueble. En Moscú, muchas casas de comercio se declaran en bancarota y el gobierno se encamina poco a poco hacia las reformas liberales. Para sustraerse a las dificultades internas, los gobiernos europeos, el francés en primer término, se esforzaban por desviar la atención popular hacia la política exterior. Napoleón, a quien el atentado revolucionario del italiano Orsini, en enero de 1858, hizo recordar que la policía no es todopoderosa, tuvo que preocuparse por la agitación creciente, y con aquel propósito lanzó la consigna de la liberación de Italia del yugo austríaco. Ese mismo año —1858— celebró un acuerdo secreto con Cavour, ministro del rey de Cerdeña. Así como en Alemania dividida, Prusia era el Estado más fuerte, en Italia era Cerdeña el reinado más poderoso y se convirtió en el centro en torno del cual se unificó el país. La prensa oficial clamaba ruidosamente por la unidad de Italia, pero el acuerdo que comprometía la ayuda de Napoleón a Cerdeña tenía en realidad otro alcance: no se

trataba de unificar Italia, sino de extender las posesiones de Cerdeña con la prometida anexión de Lombardía y Venecia. En compensación, Napoleón recibía, además, la promesa de no tocar las posesiones del Papa y el condado de Niza y la Saboya. Debatiéndose como estaba entre la oposición de la izquierda y el partido clerical, no quería malquistarse con el Papa y por eso estaba contra la verdadera unificación de Italia. Esperaba, por otra parte, satisfacer a los patriotas franceses con la incorporación de esas dos nuevas provincias. De esta suerte, vino a suscitarse una nueva cuestión política que agitó mucho a Europa y sobre todo a los revolucionarios de distintos países.

¿Qué posición debían adoptar los revolucionarios socialistas? ¿Apoyar a Napoleón, que desempeñaba casi un papel revolucionario sosteniendo el derecho de Italia a disponer de sí misma, o colocarse del lado de Austria, que representaba el despotismo oprimiendo a Italia y Hungría? El problema era muy importante y exigía una táctica determinada que nos recuerda ahora la situación de 1914. Veremos qué posición asumieron Marx y Engels y cuál adoptó Lassalle.

Hasta ahora no hablé de Lassalle, no obstante que fue uno de los primeros discípulos de Marx y tuvo participación en los acontecimientos de 1848. No me detendré en su biografía para no alejarme del tema.

Después de un corto encarcelamiento Lassalle permaneció en Alemania, donde se ocupaba en trabajos científicos y mantenía relaciones con Marx y Engels. La cuestión italiana provocó en él y los dos amigos una polémica de muchísimo interés, sobre todo porque creaba, puede decirse, dos fracciones dentro de un mismo partido. Vamos a ver en qué divergían. Napoleón III y sus aliados sabían preparar demasiado bien la opinión pública. Como durante la guerra de Crimea, la Francia de 1858-59 estaba inundada de publicaciones y panfletos

que loaban el liberalismo de Napoleón y la causa justiciera de Italia. Propagandistas sobornados y propagandistas de buena fe contribuyeron en esa campaña. Entre los últimos se contaban, sobre todo, emigrados húngaros y polacos, que así como años antes consideraban la guerra de Crimea como una empresa de civilización y progreso contra el despotismo asiático y alistaban legiones de voluntarios en las filas de Napoleón y Palmerston, creían ahora que Napoleón reanudaba la lucha por el progreso y el derecho de las naciones a disponer de sí mismas y que era necesario ayudarlo.

Estos emigrados, algunos de los cuales no desdeñaban el dinero de Napoleón, prestaron servicio en el ejército italo-francés.

Pero tampoco Austria permanecía inactiva. Subvencionaba, por su parte, a otros propagandistas para que demostraran que en esa guerra ella defendía los intereses de toda Alemania, mientras que si Napoleón vencía a los austríacos se apoderaría también del Rin; que no estaba en juego Italia, sino Alemania; que, por consiguiente, manteniendo Austria bajo su dominio a la Italia septentrional, defendía en realidad a Alemania. Para proteger el Rin, decían, hay que tener el Po. He aquí cuáles eran las dos principales corrientes de la prensa europea de entonces.

En Alemania la cuestión se complicaba más por el desacuerdo que dividía a los partidos pangermánico y alemán moderado; el primero quería la unidad de toda Alemania, comprendida Austria, y estaba, en consecuencia, de parte de ésta, mientras los moderados, inclinados hacia Prusia, declaraban que Austria debía desenvolverse por sí sola. Entre una y otra tendencia había diversos matices de opinión, pero no modificaban sensiblemente el cuadro general. ¿Qué posición adoptaron en esta cuestión, Marx y Engels de una parte, y Lassalle de otra? Marx, Engels y Lassalle sostenían la plataforma del *Manifiesto Comunista*. Los tres habían

batallado durante la revolución de 1848 por la formación de una república alemana que comprendiera las regiones alemanas de Austria. No podía sospecharse, pues, que existieran entre ellos divergencias de juicio. Y, sin embargo, lo cierto es que las había y no menos profundas que las que vinieron a dividir a los socialdemócratas unidos por el mismo programa marxista, al comenzar la guerra del imperialismo. En sus artículos y folletos, Marx y Engels demostraban que Alemania no necesitaba de la Italia septentrional para defender el Rin y que podía consentir sin riesgo que Austria restituyera a Italia unificada todas las provincias italianas. Sostenían que tomar partido por Austria en interés de Alemania no era otra cosa que un compromiso con el despotismo austríaco.

Pero, por otra parte —y es éste uno de los rasgos característicos de su posición—, Marx y Engels criticaban con igual violencia a Napoleón que a la reacción austríaca y prusiana. El peligro de una victoria completa de Napoleón les parecía menor que el de una victoria austríaca.

Engels demostraba que después de vencer a Austria, Napoleón atacaría a Alemania, y planteaba por eso esta tesis: Italia y Alemania deben unificarse por sus propias fuerzas; en la cuestión italiana los revolucionarios no deben favorecer ni a Napoleón ni a Austria y sí sólo tener en vista el interés de la revolución proletaria.

No hay que olvidar que existía en la ocasión un factor de considerable importancia. Señalaba Engels con justeza que Napoleón no habría osado declarar la guerra a Austria si no hubiera contado con el apoyo tácito de Rusia y la seguridad de que no intervendría en auxilio de aquella. Presumía como muy probable la existencia de un tratado al respecto entre Francia y Rusia.

En el momento de la guerra de Crimea, Austria, como lo gritaban nuestros patriotas, había pagado con la ingratitud la ayuda generosa y desinteresada

que Rusia le prestó para sofocar la revolución húngara. Y, aparentemente, Rusia no podía dejar de ver con buenos ojos el castigo de Austria por Napoleón. Si ese supuesto acuerdo existía y Rusia acudía en ayuda de Francia, toda Alemania debía entonces aliarse a Austria, pero esa Alemania sería revolucionaria. Asistiríase, así, a la situación con que contaban Marx y Engels al estallar la revolución de 1848; asistiríase a la guerra de la revolución contra la reacción, en el curso de la cual los partidos burgueses que no supieron captarse a las clases inferiores cederían su lugar a partidos cada vez más radicales y prepararían de ese modo el terreno para el triunfo del partido más extremista y revolucionario, el del proletariado.

Tal era el punto de vista de Marx y Engels. Otro era el de Lassalle, lo que se explica en parte por las diferentes condiciones objetivas en que se encontraban. Vivía Lassalle en Prusia, muy ligado a su medio. Marx y Engels residían en Inglaterra; libres de la influencia directa del ambiente alemán, juzgaban los sucesos europeos considerando los intereses de la revolución internacional y no la conveniencia de Alemania o de Prusia.

Para Lassalle, el enemigo más peligroso de Alemania no era la Francia liberal o la Rusia encaminada hacia las reformas, sino su enemigo interno: Austria, pues la consideraba causa principal de la dura reacción que pesaba sobre Alemania.

Aunque usurpador del poder, Napoleón representaba el liberalismo, el progreso y la civilización, lo cual imponía a la democracia prusiana el deber de abandonar Austria a su propia suerte, deseándole la derrota en la guerra.

Cuando se leen los trabajos de Lassalle en que cumplimenta a Napoleón y a Rusia y trata con benevolencia al gobierno prusiano, es necesario recordar, para comprender su actitud, que se esforzaba por hablar como un demócrata prusiano a efecto de demostrar a las clases dominantes —los

junkers— que no convenía acudir en ayuda de Austria.

Pero al sostener esa posición Lassalle emitía ideas fundamentalmente opuestas a las de Marx y Engels. Las disensiones que se manifestaron entonces tomaron luego una forma más aguda. Llevado por el deseo de obtener de inmediato un éxito positivo, no como doctrinario, sino como "político realista", Lassalle sostiene argumentos que lo comprometen ante el partido gobernante y juzga favorablemente a aquellos a quienes intenta persuadir para que no ayuden a Austria. Las injurias contra este Estado, la actitud conciliatoria hacia los gobiernos prusiano y ruso, podrían atribuírsele, así y todo, al publicista, sin compromiso para el partido. Pero la táctica preconizada para que éste interviniera prácticamente en la lucha, como se vio después por la acción de Lassalle, ofrecía múltiples peligros.

La guerra entre Francia y Austria terminó de un modo inesperado por ambas partes. Al principio Austria, sin otro enemigo que los italianos, tuvo victorias, pero luego fue derrotada por las tropas francesas e italianas coaligadas. Mas en cuanto la guerra comenzó a hacerse popular y Napoleón comprendió que toda Italia realizaría la unidad revolucionaria, y que con ella se reunirían los Estados Pontificios, dio máquina atrás y aprovechó la mediación de Rusia para terminar la lucha.

Cerdeña debió contentarse con la Lombardía; Venecia quedó en manos de Austria. Para compensar sus pérdidas de hombres y dinero, Napoleón se adueñó de toda Saboya, patria de los reyes de Cerdeña, y sin duda para mostrar a Garibaldi que en adelante debía desconfiar de promesas de los monarcas, se anexó también la ciudad natal del célebre revolucionario italiano, Niza, con el territorio de sus contornos. Es así como defendió Napoleón el derecho de Italia, respondiendo a las alabanzas de liberales imbéciles y revolucionarios

burlados, y el propio Lassalle debió convencerse de que en nada lo aventajaban los austriacos. Italia quedaba tan dividida como antes; sólo Cerdeña salió gananciosa. Prodúcese entonces un fenómeno "singular e incomprensible" —según las palabras de Dobroliubov—, incomprensible para quienes creen que la suerte del pueblo se decide en la mesa de los diplomáticos. La decepción y la indignación provocadas por la política de Napoleón en Italia suscitaron un fuerte movimiento revolucionario, dirigido por Garibaldi, insurrecto generoso pero mal político, y en 1861 toda Italia, a excepción de Venecia, estaba ya reunida bajo el cetro del rey de Cerdeña.

La realización definitiva de la unidad italiana fue asumida luego por aventureros burgueses y renegados del garibaldismo.

La guerra franco-austriaca obligó a Marx a sostener todavía otra polémica. Toda la democracia alemana —ya lo dije— había tomado posición en el litigio entre Napoleón y Austria. El más eminente e influyente de los demócratas alemanes era Carlos Vogt, viejo revolucionario forzado a emigrar a Suiza en 1849 y célebre en Europa por sus conocimientos. Era uno de los principales representantes del materialismo naturalista, que los intelectuales burgueses confunden tan frecuentemente con el materialismo de Marx y Engels. Muy popular en Rusia hacia 1860, tuvo notable influencia en la formación filosófica de varios pensadores rusos. Era el amigo íntimo de Herzen, que lo considera el más honesto, sincero y recto de los hombres. Gozaba de inmenso ascendiente no sólo entre los demócratas alemanes, sino también entre la emigración revolucionaria internacional y particularmente en las colonias polaca, italiana y húngara. Su casa en Ginebra era un verdadero centro político. Para Napoleón importaba muchísimo ganar a Vogt para su causa, lo que logró fácilmente gracias a la vanidad del viejo profesor. Vogt estaba muy vincu-

lado al hermano de Napoleón, conocido con el nombre de príncipe Plon-plon, quien coqueteaba con el liberalismo y aparecía como protector de la ciencia. De él recibió Vogt dinero para distribuir a los representantes de las diferentes colonias de emigrados.

Cuando Vogt intervino resueltamente en favor de Napoleón e Italia, su decisión produjo entre esos emigrados revolucionarios una profunda impresión, comparable a la que en la última guerra suscitó la intervención de Plejanov en favor de los Aliados.

Entre los desterrados más ligados a Marx y Engels, había algunos que, como suele ocurrir, mantenían relaciones con la emigración republicana. Uno de los representantes de ésta, Carlos Blind, declaró en presencia de algunos comunistas que Vogt había recibido dinero de Napoleón, y un diario de Londres no tardó en publicar esta aseveración. Cuando Guillermo Liebknecht transmitió el rumor de la *Gaceta de Augsburgo*, de la que era corresponsal, Vogt, pretendiéndose calumniado, llevó el asunto a los tribunales, donde ganó el proceso porque la parte adversaria no pudo aportar prueba alguna. Triunfante, Vogt publicó entonces un folleto especial dedicado al proceso, y seguro de que Liebknecht nada hacía ni escribía una línea sin consultar a Marx, le hizo a éste blanco de todos sus ataques, y en base de antecedentes precisos, según afirmaba, lo acusó de capitanear una banda de expropiadores y falsificadores de moneda, dispuesto a no retroceder ante nada. Monstruosas calumnias se hicieron circular contra los comunistas. Bien conocido él mismo por su amor a la comodidad, Vogt acusó a Marx de llevar una vida suntuosa a expensas de los obreros.

Merced al nombre del autor y al renombre del atacado (Marx acababa de publicar la primera edición de su *Crítica de la economía política*) el libelo de Vogt hizo mucho ruido, alcanzando gran difusión. Los publicistas burgueses y sobre todo los

renegados del socialismo que habían conocido personalmente a Marx, se regocijaron del suceso y arrojaron bastante lodo contra su adversario. En cuanto a Marx, consideraba que la prensa tiene derecho de atacar e injuriar a un político. Es privilegio —escribía— de todos aquellos que se entregan a la acción pública, políticos, parlamentarios, actores etc., escuchar el elogio o la desaprobación.

Marx no contestaba las injurias personales, abrumado como estaba de ellas. Pero cuando los intereses de la causa, del partido, estaban en juego, respondía, y era entonces implacable. Aparecido el panfleto de Vogt, Lassalle y algunos amigos suyos eran partidarios de guardar silencio, no porque creyeran una sola palabra de las escritas, sino porque veían el considerable prestigio que había dado a Vogt el proceso ganado. Según ellos, Liebknecht había tratado sin miramientos al gran demócrata, quien, a su turno, por defender su honor, había incurrido en el mismo exceso. Un nuevo proceso no haría más que confirmar su triunfo, debido a la ausencia de pruebas, de manera que lo más razonable era dejar apaciguar la opinión pública. Argumentos tan vulgares no habían de influir, por cierto, sobre Marx y sus amigos. Podían dejarse sin respuesta los ataques personales, pero no las calumnias dirigidas contra el partido. Mas, aunque convencidos de que Vogt estaba sobornado, para Marx y sus amigos más próximos la situación era embarazosa, pues Blind y otro desterrado retiraron sus palabras y Guillermo Liebknecht aparecía así como un vil calumniador. Por fin se decidió responder con una publicación, ya que la parcialidad de los tribunales prusianos había quedado evidenciada. Marx asumió la responsabilidad. Y aquí llegamos a un punto en la manera de considerar en el cual yo no estoy de acuerdo con el difunto Mehring. Según éste, Marx pudo fácilmente haberse librado de tantos trastornos e inquietudes y evitado la pérdida de un tiempo precioso sin utilidad para la

causa, con haberse negado simplemente a intervenir en la disputa sostenida por Liebknecht y Vogt. Pero esto habría sido exigirle que dejara de ser él mismo.

El error de Mehring se explica por la circunstancia de que nunca participó en el trabajo clandestino, hasta los últimos años en que tuvo un poco más de contacto directo con la lucha revolucionaria. Apreciaba sólo literariamente la incidencia con Vogt. ¿Valía la pena —decía— perder tanto tiempo en una polémica con Vogt, que ya —es decir, al iniciar Mehring su carrera literaria— no goza de influencia política alguna? Por otra parte, en definitiva se vio obligado a imprimir el libro contra Vogt en el extranjero y sólo una insignificante cantidad de ejemplares llegó a Alemania.

Advirtamos que el número de ejemplares no es lo más importante. De serlo, habría que juzgar inútil la obra de Plejanov *Nuestras divergencias*, porque una docena a lo sumo pudo penetrar en Rusia en los primeros años. Mehring ha dejado pasar, sin verla, la discusión fundamental que se desarrollaba en el ambiente de los desterrados. No reparó en que ese incidente aparentemente personal escondía profundas divergencias sobre táctica surgidas entre el partido proletario y los partidos burgueses y que, como lo revelaba el ejemplo de Lassalle, fluctuaciones perjudiciales se habían manifestado en el mismo partido proletario.

Tampoco notó Mehring que la obra dirigida contra Vogt critica igualmente todos los argumentos de Lassalle y sus amigos.

Es pequeño el libro: contiene quince pliegos, pero desde el punto de vista literario es el mejor trabajo polémico de Marx. No hay en la literatura mundial, si se exceptúa el célebre planfleto de Pascal contra los jesuitas, otro que lo iguale. En el siglo XVIII aparecen los panfletos de Lessing contra sus adversarios en literatura, pero como la mayor

parte de los que conocemos, no persigue otra finalidad que la literaria.

En *El señor Vogt*, Marx no se propuso sólo demoler política y moralmente a un intelectual y hombre público respetado por toda la burguesía, si bien ese propósito lo satisfizo brillantemente. No tenía contra Vogt más que documentos impresos. Los principales deponentes se habían sustraído al asunto o habían retirado sus palabras. Marx toma entonces todas las obras políticas de Vogt, demuestra que se trata de un bonapartista, literal divulgador de cuantos argumentos desarrollaron en sus obras políticas los agentes de Napoleón y concluye sosteniendo que Vogt es o un vulgar papagayo que repite estúpidamente todas las opiniones bonapartistas o un agente pagado como los otros publicistas al servicio de Napoleón.

Pero Marx no se limita a destruir políticamente a Vogt. Su panfleto no es una simple invectiva. Marx emplea contra Vogt otra arma, manejada de mano maestra: el sarcasmo, la ironía. A medida que avanza en la lectura de la obra, el lector ve dibujarse el personaje cómico de Vogt que, de gran intelectual y hombre político, se transforma en un Falstaff, jactancioso, charlatán, vividor a expensas de los demás. No hay una obra de la literatura clásica que Marx no agotara para descubrir un pasaje destinado —parece— a agregar un nuevo rasgo a la característica de ese Falstaff moderno.

Vogt tenía consigo la parte más influyente de la democracia burguesa alemana. Por eso Marx revela la mezquindad política de esa democracia y de paso da algunos golpes a los socialistas, que no pueden despojarse de cierto respeto a las "clases esclarecidas".

La tentativa de Vogt de calumniar a la parte más radical y a la vez más necesitada de la emigración revolucionaria, da a Marx la ocasión de pintar el cuadro de los partidos burgueses en el poder o en la oposición y, en particular, de caracterizar la

venalidad de la prensa burguesa, transformada en empresa capitalista especuladora en la venta de palabras, como otras empresas explotan la venta de residuos.

Todavía en vida de Marx, las personas que habían conocido bien el período de 1849 a 1859 afirmaban que no hay obra que ofrezca tantos materiales para caracterizar los partidos de esa época como el libro de Marx contra Vogt.

Ciertamente el lector contemporáneo tiene necesidad de un comentario para comprender todos los detalles, pero apreciará con facilidad la importancia política del panfleto.

El propio Lassalle, cuando apareció el libro, debió reconocer que Marx había escrito una obra magnífica, que sus aprensiones eran vanas, que Vogt quedaba para siempre comprometido como un hombre político. Imaginemos, por ejemplo, la resonancia que habría tenido en la víspera de la revolución rusa de 1905 una obra literaria que hubiese transformado a Miliukov, también intelectual eminente y líder de los cadetes, en un personaje ridículo, en un veleta político.

Hacia 1860, cuando comenzaba un nuevo movimiento entre la pequeña burguesía y la clase obrera, en momento en que cada partido se esforzaba por atraer los elementos pobres de las ciudades, importaba muchísimo demostrar que los representantes de la democracia proletaria no sólo eran intelectualmente inferiores a los más populares y cuincentes de la democracia burguesa, sino que los superaban.

El golpe dado a Vogt fue funesto para el prestigio de uno de los principales líderes de la democracia burguesa. Lassalle no pudo sino estarle reconocido a Marx por haberle facilitado la lucha contra los progresistas por la influencia sobre los obreros alemanes.

He ahí en qué consiste la importancia histórica de ese libro de Marx, escapada por completo a

Mehring. Tal vez menos resueltamente que antes de 1914, éste, en su biografía de Marx, vuelve, sin embargo, a apreciar el episodio desde el punto de vista literario únicamente; ahora Mehring suaviza un poco su veredicto y declara que ese libro "ha sido más bien una traba que una ayuda en el gran trabajo de su vida". Seguramente, si Marx no hubiera sido más que un literato y un erudito, habría hecho mejor en emplear su tiempo sólo en obras como *El 18 Brumario* y *El Capital*. De esta suerte, también podríamos decir que en lugar de polemizar en 300 páginas con una nulidad como el después renegado Tikhonmirov, Plejanov habría hecho bien en dar un resumen popular de *El Capital* o un manual de marxismo.

Veamos ahora qué posición adoptaron Marx y Engels ante la agitación que Lassalle comenzó en 1862, cuando la democracia burguesa se dividió al considerar la táctica a emplearse en la lucha contra el gobierno.

En 1858 el viejo rey de Prusia, que se había distinguido por sus "proezas" durante la revolución de 1848, enloqueció definitivamente. En seguida fue nombrado un regente, a quien sucedió en el trono el príncipe Guillermo, que había hecho fusilar demócratas en 1849-50. En los primeros tiempos debió condescender con el liberalismo, pero pronto se suscitó un conflicto entre él y la Cámara de Diputados en torno a la organización del ejército. El gobierno quería reforzar los efectivos militares y proyectaba el establecimiento de nuevos impuestos, pero la burguesía liberal reclamaba garantías y fiscalización. Este conflicto condujo a discusiones sobre táctica. Lassalle, que continuaba estrechamente ligado a los medios democráticos y progresistas burgueses, reclamaba una táctica más osada. Dado que toda Constitución es la expresión de la correlación efectiva de las fuerzas en la sociedad, era necesario organizar una nueva fuerza social contra el gobierno, al frente

del cual estaba entonces Bismarck, reaccionario inteligente y decidido.

En una conferencia especial que dio a los obreros, Lassalle mostró qué era esta nueva fuerza social. Dicha conferencia, consagrada a exponer la "relación de la época contemporánea con el pensamiento de la clase obrera", es más conocida con el título de *Programa Obrero*. Era, en síntesis, un resumen de las ideas fundamentales del *Manifiesto Comunista*, considerablemente edulcoradas y adaptadas a las condiciones de la legalidad. Pero al mismo tiempo era, después del fracaso de la revolución de 1848, la primera proclamación abierta de la necesidad de agrupar a la clase obrera en una organización política independiente, netamente separada de todos los partidos burgueses, aun de los más democráticos.

Esta intervención de Lassalle coincidía con el movimiento obrero independiente que se desarrollaba de manera particularmente intensa en Sajonia, donde en el medio proletario la lucha estaba entablada entre los demócratas y los pocos representantes de la "vieja guardia" del movimiento obrero de 1848. Estudiábase ya el proyecto de convocatoria de un congreso de todos los obreros alemanes y con ese efecto se organizó un comité especial en Leipzig. Invitado a pronunciarse sobre los objetivos y tareas del movimiento obrero, Lassalle presentó su programa en una *Carta abierta* dirigida al mencionado comité.

Criticando violentamente el programa del partido de los progresistas burgueses y las medidas que éste proponía para remediar la miseria de los obreros, Lassalle muestra cómo es imprescindible la organización del partido de la clase obrera. La reivindicación política capital para cuya obtención hay que concentrar todas las fuerzas, es el sufragio universal. En cuanto al programa económico, Lassalle, apoyándose en la "ley de bronce", demuestra que es imposible elevar el salario por sobre un

mínimum determinado. De ahí que recomiende organizar sociedades de producción con la ayuda de créditos abiertos por el Estado.

Evidentemente, Marx no podía aprobar semejante plan. En vano Lassalle se esforzó por ganarlo a su causa. Hubo aparte entre ambos otros motivos de desacuerdo, que no se manifestaron claramente hasta algunos meses más tarde, cuando Lassalle, deseoso de alcanzar de inmediato un éxito práctico importante, se entusiasmó con la "política real" y en su lucha contra el partido progresista fue demasiado lejos, hasta llegar a coquetear con el gobierno.

De cualquier modo, es indudable —el propio Marx lo reconoce— que fue Lassalle quien, después del largo período de reacción que va de 1849 a 1862, levantó nuevamente la enseña obrera en Alemania, erigiéndose en el primer organizador del partido obrero alemán. Ese es su mérito innegable.

Mas en el trabajo intensivo, aunque de corta duración (menos de dos años), realizado por Lassalle en materia de organización y de política, tuvo defectos esenciales de tal naturaleza que más aún que su programa insuficiente lo alejaron de Marx y Engels.

Desde luego, era evidente que Lassalle, lejos de destacar la ligazón de la Unión Obrera General Alemana, por él fundada, con el antiguo movimiento comunista, la negaba en forma enérgica. No obstante que tomaba prestadas sus ideas fundamentales del *Manifiesto Comunista* y otros trabajos de Marx, evitaba cuidadosamente referirse a ellos. Sólo en una de sus últimas obras cita a Marx, y no como revolucionario o comunista, sino como economista.

Lassalle justificaba su conducta por consideraciones tácticas. No quería asustar a las masas todavía poco conscientes, a las que era necesario emancipar de la tutela espiritual de los progresistas, que

nes continuamente mostraban el terrible espectro del comunismo. Era Lassalle en extremo vanidoso y gustaba de la pompa, la sensación y el reclamo, que con tanta fuerza impresionan a las masas poco adelantadas y tanto repugnan a los obreros conscientes. Gustaba que se le presentara como el creador del movimiento obrero alemán. Pero todo eso precisamente distanciaba de él no sólo a Marx y Engels, sino también a los veteranos del antiguo movimiento revolucionario. De estos últimos, sólo los viejos partidarios de Weitling y los adversarios de Marx se le unieron. Habían de transcurrir algunos años para que los obreros alemanes comprendieran que su movimiento no había comenzado únicamente con Lassalle. Y lo que no entiende Mehring es que Marx y sus amigos protestaban contra ese deseo de renegar toda filiación con el primer movimiento revolucionario y clandestino. Este deseo de no comprometerse por un vínculo con el viejo partido ilegal se explicaba por la exagerada propensión de Lassalle hacia la "política de los realistas".

Veamos ahora el segundo punto de desacuerdo: la cuestión del sufragio universal, reivindicación planteada ya por los cartistas y que Marx y Engels también habían enarbolado. Pero éstos no podían concederle la importancia excesiva que le atribuía Lassalle ni aprobar la tesis que él sostenía. Para Lassalle, el sufragio universal era en cierto modo un medio milagroso que, sin otra modificación en el régimen político y económico, bastaba para dar en el acto el poder a la clase obrera. En sus escritos afirmaba de manera ingenua que inmediatamente después de la conquista del sufragio universal los obreros obtendrían en el Parlamento cerca del 90% de las bancas. De igual suerte, los *narodovoltsy* rusos creerían que en la Asamblea Constituyente que sería convocada después de una serie de atentados eficaces, los campesinos lograrían una mayoría aplastante, puesto que constituían la inmensa mayoría de la po-

blación. Lassalle no comprendía que faltaba aún una serie de condiciones muy importantes para hacer del sufragio universal, engaño de las masas populares, el instrumento de su educación de clase.

No menos profundo era el desacuerdo en lo concerniente a las asociaciones de producción. Para Marx y Engels, éstas no pasaban de ser todavía un medio secundario, de muy escasa importancia, útiles sobre todo para mostrar que el empresario o el capitalista no es un factor absolutamente necesario en la producción. Pero ver en las asociaciones de producción la manera de apoderarse en forma progresiva de los medios sociales de producción era olvidar que para esto se requería ante todo adueñarse del poder político, a fin de realizar en seguida, como se había dicho en el *Manifiesto*, una serie de medidas apropiadas.

Marx y Engels tenían asimismo una concepción distinta por completo a la de Lassalle en lo tocante a la función de los sindicatos. Exagerando al extremo la importancia de las asociaciones de producción, Lassalle consideraba perfectamente inútil la organización de aquéllos, volviendo así a las opiniones de los utopistas, que Marx había sometido a una crítica definitiva en su *Miseria de la filosofía*.

No menos profundas y prácticamente más importantes aún eran las divergencias en el dominio de la táctica. No tenemos razón alguna para acusar a Marx, como lo hace Mehring, de haber sobrevalorizado la importancia de los progresistas, y fundado demasiadas esperanzas en la burguesía.

Ya he leído en mi última conferencia la característica que Marx dio a la burguesía prusiana en base de la experiencia de la revolución de 1848. Acabamos de ver qué violenta crítica hizo de la democracia burguesa en su polémica con Vogt. No podría decirse, pues, que Marx, desvinculado de su patria, creía en el carácter progresista de la burguesía prusiana, mientras Lassalle, conociéndola me-

por, estaba ya desengañado. El desacuerdo radicaba en la táctica a adoptar frente a esa burguesía. Como durante la guerra entre las potencias capitalistas, en esta lucha entre la burguesía progresista y Bismarck era necesario encontrar, crear una táctica que no convirtiera el socialismo en servidor de una de las partes beligerantes. Requería en la circunstancia una firmeza singular y una extrema prudencia.

Ahora bien, en su lucha contra los progresistas prusianos, Lassalle olvidaba que existía un feudalismo prusiano, una casta de *junkers*, que no era menos hostil a los obreros que la propia burguesía. Atacaba y fustigaba con razón a los progresistas, pero no sabía mantenerse en los límites necesarios y comprometía su causa brindando cumplimientos a las autoridades.

Lassalle no se detenía ni ante inadmisibles compromisos. Así, por ejemplo, a obreros que habían sido arrestados en una ciudad, les recomendó dirigir un pedido de gracia a Bismarck, que —decía—, por contrariar a los liberales, les daría la libertad seguramente. Los obreros se negaron a seguir el consejo de Lassalle. Si se toman los discursos de éste, en particular los del primer semestre de 1864, se encontrarán en ellos muchos yerros de este género. No hablaré de las entrevistas que Lassalle tuvo con Bismarck, a espaldas de la organización obrera, con riesgo de ocasionar de ese modo un daño irreparable a su reputación política y a la causa que servía. Para tomar un ejemplo de la vida rusa, podría criticarse implacablemente a Miliukov, pero aquélla fue una falta, si se quiere un crimen más imperdonable que el de codearse con los Stolypin y los Goremykin.

Tales eran las divergencias que impedían a Marx y a Engels apoyar con la autoridad de sus nombres la agitación de Lassalle. Pero hay que hacer notar que no obstante negarse a sostenerlo, se resistían a la vez a intervenir públicamente contra

él y aconsejaban en ese sentido a sus camaradas de Alemania, como, por ejemplo, Liebknecht. Mientras tanto Lassalle, que estimaba en mucho la neutralidad de Marx y Engels, se deslizaba cada día más por la pendiente. Liebknecht y los otros camaradas de Berlín y las provincias renanas incitaban a Marx a intervenir contra la errónea táctica de Lassalle. Muy probablemente se habría llegado a una ruptura abierta, si Lassalle no hubiese muerto en un duelo el 30 de agosto de 1864. Cuatro semanas después de este suceso, el 28 de septiembre, fue fundada la I Internacional, que dio a Marx la posibilidad de volver al trabajo revolucionario directo, esta vez en una escala internacional. Dada la considerable importancia de la historia de la I Internacional y el papel eminente que en ella desempeñó Marx, habré de consagrarle dos conferencias.

SEPTIMA CONFERENCIA

LA CRISIS DE 1857-58. — INCREMENTO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN INGLATERRA, FRANCIA Y ALEMANIA. — LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1862 EN LONDRES. — LA GUERRA CIVIL EN ALEMANIA. — LA CRISIS DE LA INDUSTRIA ALGODONERA. — LA INSURRECCION POLACA. — FUNDACION DE LA I INTERNACIONAL. — LA ACCION DE MARX. — EL MANIFIESTO INAUGURAL.

Ya hemos dicho que el movimiento obrero necesitó casi diez años para rehacerse del quebranto de 1848-49. Este rehacerse se relaciona con la crisis de 1857-58, que reviste carácter mundial y afecta considerablemente a Rusia. Ya hemos mostrado cómo Europa, que hasta entonces había conservado la tranquilidad exterior, fue obligada, por medio de las clases dirigentes, a buscar a su manera el resolver las cuestiones puestas a la orden del día por la revolución de 1848 y aún pendientes. En primer lugar era necesario ocuparse de la cuestión nacional, de la cuestión de la unificación de Italia y de Alemania. El movimiento revolucionario de 1848-49 se limitó a la Europa Occidental, no englobó enteramente a Inglaterra, y, en todo caso, no tuvo una repercusión profunda en ese país, como no tocó al país más vasto de Europa, Rusia, ni a los Estados Unidos. Diez años después Rusia y los Estados Unidos son arrastrados por el torbellino. En Rusia se pone a la orden del día la cuestión de la abolición de la servidumbre. Es la época de las "grandes reformas", época en la que se inicia un movimiento revolucionario que después de 1860 conduce a la formación de sociedades clandestinas, de las cuales la más célebre fue la primera *Zemlia y Voila* (Tierra y Libertad). En los Estados Unidos aparece la cuestión de la supresión de la esclavitud. Y esta cuestión muestra mucho más que la rusa el proceso de internacionalización del mundo, que otrora se limitaba a una parte de Europa. El asunto de la esclavitud, que parecía afectar solamente a los Estados Unidos, demostró ser muy importante para Europa misma, a tal punto que Marx, en el prefacio del tomo primero de *El Capital*, declara que la guerra por la supresión de la esclavitud en América es el indicio de un nuevo movimiento obrero en Europa Occidental. Hemos señalado últimamente los principales acontecimientos que surgieron de la violenta subversión económica; aho-

ra nos detendremos en el movimiento obrero mismo.

Comenzaremos por Inglaterra, primer país de movimiento obrero. En 1863 no quedaba nada del antiguo movimiento revolucionario cartista. Algún historiador afirma que el cartismo había muerto desde la célebre experiencia de manifestación, abortada, de 1848. En realidad, tuvo aún un período de expansión en el momento de la guerra de Crimea. Dirigido por Ernesto Johns, excelente orador y brillante publicista, que con la ayuda de Marx y de sus amigos había dado vida a la mejor publicación socialista de su tiempo, el cartismo pudo explotar durante la guerra de Crimea el descontento de las masas obreras, descontento que se reforzó en particular al verse que, contrariamente a la esperanza general, esta guerra se prolongaba. Hubo meses durante los cuales la *Gaceta Popular*, órgano central de los cartistas, fue el periódico de más influencia. Los magníficos artículos de Marx contra Gladstone, y en especial contra Palmerston, llamaron particularmente la atención. Mas este vuelo fue temporario. En seguida de terminar la guerra los cartistas se vieron privados de su periódico. Ello se debió no sólo a los disentimientos entre Johns y sus adversarios, sino también a razones más poderosas.

La primera reside en el auge prodigioso de la industria inglesa desde fines del año 1849. Verdad que hubo crisis pasajeras en ciertas ramas; sin embargo, la industria en su conjunto se hallaba en plena prosperidad. No existía el problema de la desocupación. Desde hacía cien años, jamás la industria inglesa había tenido tanta necesidad de mano de obra. La segunda razón está en la fuerte corriente emigratoria que de 1851 a 1855 llevó a los obreros ingleses a los Estados Unidos y a Australia, donde se habían descubierto ricas minas de oro. En el transcurso de pocos años dos millones de obreros dejaron para siempre a Inglaterra, y

estos obreros, como ocurre siempre en semejantes condiciones, eran el elemento más fuerte, más vigoroso, más enérgico. De modo que el movimiento obrero, y con él el movimiento cartista, perdieron la mayor parte de sus fuerzas. A estas razones fundamentales puede agregarse toda una serie de razones secundarias.

A medida que se debilitaba la organización cartista, se debilitaba también la relación que existía entre los diferentes movimientos. De 1840 a 1850 el movimiento cartista estaba ya en lucha contra el movimiento profesional. Pero las otras formas del movimiento obrero tendían igualmente a especializarse, a separarse del tronco primitivo. Es ésta una particularidad del movimiento inglés de la época. Su historia nos muestra con frecuencia a distintas organizaciones especiales, que comienzan de súbito a desarrollarse y que a veces llegan con rapidez a agrupar a millares de miembros. Una de estas organizaciones, por ejemplo, se propuso como finalidad la lucha contra la embriaguez. La organización cartista seguía la línea que ofrecía menor resistencia. Antes había ensayado combatir el alcoholismo entre sus miembros. Ahora se había asignado como fin especial la fundación en toda Inglaterra de sociedades de templanza, de modo que desvió a numerosos elementos del movimiento obrero general. Luego existía otro movimiento, el movimiento cooperativo, dirigido por los socialistas cristianos, pues ya en el movimiento cartista hemos visto a sacerdotes. En una de nuestras conferencias hemos recordado el nombre de un revolucionario, el pastor Stephens, que fue, hacia 1845, uno de los oradores más populares. Más tarde evolucionó considerablemente hacia la derecha y a su alrededor se agruparon varios filántropos y almas buenas que fueron a los medios obreros a predicar el cristianismo práctico y la quiebra política del movimiento cartista, colocando en primer plano la organización de sociedades

cooperativas. Como este movimiento no causaba daño alguno a las clases dominantes, fue secundado hasta por los miembros del partido gobernante. Atrajo a algunos intelectuales compadecidos de los sufrimientos de la clase obrera. Así, pues, del movimiento obrero surgió una nueva rama que se propuso un fin especial.

No enumeraremos todas las formas particulares del movimiento obrero; sólo nos detendremos en el movimiento profesional. Este movimiento no encuentra, es verdad, en los años que siguieron a 1850, condiciones de desarrollo tan favorables como el movimiento cooperativo o la lucha contra el alcoholismo; pero choca con una resistencia menos poderosa que el viejo movimiento cartista. En 1851 se funda en Inglaterra la primera y sólida unión nacional de obreros de la construcción mecánica. Está dirigida por dos obreros enérgicos que logran sobrepasar el espíritu puramente corporativo del movimiento profesional inglés, la tendencia a no organizar uniones sino para uno o dos condados solamente. No hay que olvidar que las condiciones de la industria inglesa dificultaban de manera apreciable la extensión de las uniones. Casi toda la industria textil estaba concentrada en dos condados, de igual modo que en Rusia se concentra en las gobernaciones de Moscú y de Ivanovo-Voznessensk, cada uno de los cuales, evidentemente, es mucho más grande que un condado inglés. Pero el defecto principal de los sindicatos ingleses no residía en su poca expansión territorial, sino en su estrechez corporativa. Cada profesión, en una sola y misma industria, se organizaba en unión especial. Por esto el movimiento profesional, que tuvo un fuerte desarrollo después de 1850, no se hallaba en condiciones de crear formas de organización que permitieran organizar en vasta escala la lucha contra los industriales. En tanto que la industria prospera, la mayor parte de los obreros obtienen fácilmente aumento de salario. Además,

los industriales, en franca competencia, por el aumento de los salarios y mejoramiento de las condiciones de trabajo trataban de atraerse a los obreros, demasiado escasos para satisfacer las necesidades de las nuevas ramas que surgían en la industria. Durante esos años el capitalismo se esforzó en atraer a Inglaterra a obreros del continente, alemanes, franceses, belgas.

En tales condiciones, el movimiento profesional, aunque se desarrollara poco a poco, quedó, sin embargo, a un nivel muy bajo. Las distintas uniones que se formaron en las ramas de la misma industria permanecían divididas en el país y aun en los límites de una ciudad. Los consejos locales no existían.

La crisis de 1857-58 trajo considerables cambios en la situación. Como hemos dicho, el sindicato mejor organizado era el de los obreros de la construcción mecánica, compuesto por los trabajadores más calificados. Esta industria, lo mismo que la textil, no trabajaba únicamente para el mercado interior. A partir de 1850 ambas llegan a ser industrias privilegiadas que gozan del monopolio en el mercado mundial; los obreros calificados empleados en ellas obtienen con facilidad concesiones de los industriales, que realizan ganancias enormes. De tal suerte, la "unión sagrada" entre patronos y obreros comienza a establecerse. Las consecuencias de la crisis, a pesar de su agudeza, se borran rápido. La distancia entre obreros calificados y los que no lo son aumenta de día en día, lo que contribuye a debilitar, en esas ramas de la industria, el movimiento huelguista.

Pero no todos los obreros están tranquilos. La crisis tuvo una repercusión particularmente fuerte sobre los obreros de la edificación, que desde entonces están a la cabeza en la lucha de la clase obrera inglesa, como lo habían estado los textiles alrededor de 1840 y los obreros de la construcción mecánica hacia 1850.

El desarrollo del capitalismo provocó un aumento extraordinario de la población urbana y, por consecuencia, una necesidad cada día mayor de alojamiento. De ahí la prosperidad de la industria de la edificación. Hacia 1840 Inglaterra construyó afiebradamente ferrocarriles y hacia 1850 atravesó por una especie de fiebre de edificar. Las nuevas casas se elevaron por millares y llegaron a ser una mercancía a igual título que el algodón o la lana. Por su organización técnica, la industria de la edificación se hallaba aún en el estadio manufacturero, pero ya estaba en manos de los grandes capitalistas. El empresario de construcciones afirmaba el terreno y construía centenares de casas, que en seguida alquilaba o vendía. Las casas inglesas no se parecen a las rusas; son, por lo general, pequeñas casas de ladrillo construidas según un modelo único; a veces tienen sólo dos o tres pisos, cuya superficie total no sobrepasa a la de un departamento de cuatro o cinco piezas en Moscú, pero en vez de estar yuxtapuestas se hallan la una sobre la otra. Esto ha hecho que algunos economistas de allí contasen fábulas sobre los obreros ingleses que, decían, ocupan toda una casa. En realidad, las casas de los obreros ingleses están atiborradas de inquilinos como un asilo nocturno.

El desarrollo de la industria de la edificación atrajo a la ciudad a un gran número de obreros de la campiña. Esta industria es bastante compleja y exige obreros de distintas clases. Emplea a carpinteros, yeseros, albañiles, tapiceros, en una palabra, no sólo a los obreros que intervienen en la construcción, sino también en el arreglo y en la decoración de una casa. El desarrollo de la edificación está estrechamente unido al de la industria del mueble, de la tapicería y del arte. El aumento considerable de la población urbana provoca asimismo el desarrollo de la gran industria del calzado y del vestido.

En consecuencia, la crisis de 1857-58 tuvo una

repercusión especialmente fuerte sobre estas nuevas ramas de la producción capitalista. Innumerables obreros quedaron sin trabajo y constituyeron el ejército de competencia de los demás trabajadores. Los industriales resolvieron aprovecharse de esta circunstancia para oprimir a los obreros, rebajar los salarios y aumentar la jornada de trabajo. Con gran sorpresa de los industriales, los obreros respondieron, en 1859, con una huelga en masa, lo que fue una de las más grandes huelgas habidas en Londres. Además, la huelga de los obreros de la edificación fue sostenida por los trabajadores de las nuevas ramas industriales que acababan de crearse. Esta atrajo tanto la atención de Europa como los acontecimientos políticos que se producían entonces. Hasta en los diarios y revistas moscovitas hemos encontrado, sobre esta huelga, correspondencias más extensas que las que a veces se publican en los diarios soviéticos sobre ciertas huelgas de Europa Occidental. Tal huelga dio origen a una serie de asambleas y mítines. Entre los oradores se halla con frecuencia el nombre de Cremer, quien en el mitin de Hyde Park declaró que la huelga de los obreros de la edificación era la primera escaramuza entre la economía del trabajo y la economía del capital. Otros obreros, como Odger, hicieron igualmente una agitación intensa. Se editaron varias proclamas. Señalemos, de paso, que la famosa conversación entre el obrero y el capitalista, una de las páginas más brillantes de *El Capital*, está en parte calcada casi textualmente de la proclama lanzada por los obreros durante la huelga de 1859-60.

Esa huelga, que, al cabo de algún tiempo, terminó por un compromiso, hizo que en Londres se organizara el primer consejo de *las uniones gremiales*. Los tres principales dirigentes de este consejo fueron Odger, Cremer y Howell, obreros los tres y miembros más tarde del primer consejo general de la I Internacional. Ya en 1861 este con-

sejo es una de las organizaciones más influyentes. Como ocurrió con nuestros primeros soviets, se transforma también en una organización política que se esfuerza por actuar en todos los acontecimientos que interesan a los obreros. A la manera de este consejo, se crearon otros en muchos lugares de Inglaterra y de Escocia, de suerte que en 1862 hay nuevamente en Inglaterra organizaciones obreras de clase. Los centros políticos y económicos de esas organizaciones son los consejos de las uniones gremiales (trade-unions).

Vamos ahora Francia, país en donde los estragos de la crisis no fueron menos fuertes que en Inglaterra. Ella repercutió hondamente sobre la industria textil, así como sobre toda la industria de objetos de lujo. Como ya hemos referido, la guerra emprendida por Napoleón en 1859 fue un medio de desviar el descontento de los obreros. A principios de 1860 la crisis afectó en particular a la industria artística parisiense. Pero París era también una ciudad populosa, con un gran desarrollo desde 1850, donde florecía igualmente la industria de la edificación. Una de las grandes reformas de Napoleón III fue la reconstrucción de toda una serie de barrios y la supresión de las viejas calles estrechas, que fueron transformadas en anchas y en avenidas, donde era imposible levantar barricadas. Durante algunos años, el prefecto de París, Haussmann, se ocupó de la reconstrucción metódica de la ciudad. Así, pues, de igual modo que en Londres, gran número de obreros de la edificación se hallaban en París. Fueron los que, desde los peones hasta los obreros más altamente calificados, constituyeron los principales cuadros del nuevo movimiento obrero que se desarrolló a partir de 1860. Cuando se conozca en forma detallada la historia de la I Internacional en Francia se comprobará que la mayoría de sus miembros, y entre ellos los más eminentes, fueron obreros calificados de la edificación y de la industria artística.

El resurgimiento del movimiento obrero después de 1860 hizo renacer los viejos grupos socialistas, de entre los cuales hay que mencionar en primer lugar a los proudhonianos. En esa época aún vivía Proudhon, que después de algún tiempo de encarcelamiento emigró a Bélgica y, directamente o por intermedio de sus adeptos, ejerció cierta influencia en el movimiento. Pero la doctrina que predicaba después de 1860 era un poco distinta de la que desenvolvía en el momento de su polémica con Marx. Era una teoría completamente pacífica adaptada al movimiento obrero legal. Los proudhonianos querían el mejoramiento de la situación de los obreros, y los medios que para tal efecto proponían se adaptaban en especial a las condiciones de vida de los artesanos. El principal de tales medios era el crédito con interés muy bajo y si fuera posible sin ninguno. Para tal efecto recomendaban la organización de sociedades de crédito, cuyos miembros se ayudarían y se prestarían mutuamente servicios. De aquí el nombre de mutualismo. Sociedad de ayuda mutua, renuncia a las huelgas, legalización de las sociedades obreras, crédito sin interés, ninguna intervención en la lucha política directa, mejoramiento de la situación por la sola lucha económica que, desde luego, no debe atentar contra las bases del régimen capitalista: tal es, en sustancia, el programa de los mutualistas, que, bajo algunos aspectos, es más moderado que el de su maestro.

Paralelo a ese grupo había otro todavía más a la derecha, dirigido por el periodista Armando Levy, otrora fuertemente relacionado con la emigración polaca y preceptor de los hijos del poeta Mickiewicz. Estaba en estrechas relaciones con el príncipe Plon-plon, a quien ya conocemos como protector del señor Vogt.

El tercer grupo, el menos numeroso, pero compuesto exclusivamente de revolucionarios, era el

de los blanquistas, que desarrollaban su propaganda entre los obreros, los intelectuales, los estudiantes y los literatos. A este grupo pertenecían, entre otros, Pablo Lafargue y Carlos Longuet, más tarde yernos, ambos, de Carlos Marx.

Clemenceau también frecuentaba esos círculos. Todos esos jóvenes y los obreros estaban bajo la influencia de Blanqui, que, aunque encarcelado entonces, mantenía frecuentes relaciones con el exterior y entrevistas con sus amigos. Eran los blanquistas los enemigos más encarnizados del imperio napoleónico y se dedicaban a la propaganda clandestina.

Tal era el estado del movimiento obrero en Inglaterra y en Francia hacia 1862, en cuya época se producen varios acontecimientos que motivan un más estrecho contacto entre los obreros franceses e ingleses. Da posibilidad a este acercamiento la exposición universal de Londres. Esta exposición es el remate de un nuevo estadio de la producción capitalista, de la gran industria que hace desaparecer los países aislados para transformarlos en una parte de la economía mundial. La primera exposición fue organizada en Londres en 1851, después de la revolución de febrero; la segunda, en París, en 1855, y la tercera, nuevamente en Londres.

Esta exposición permite realizar en París una agitación entre los obreros. El grupo de Armando Levy se dirige al presidente de la comisión organizadora de la sección francesa. El presidente, que era el príncipe Plon-plon, hizo entregar subsidios para el envío de una delegación obrera.

Esa generosidad provocó discusiones acaloradas en todos los talleres parisienses. Los blanquistas, es evidente, se opusieron categóricamente contra la aceptación de esa limosna del gobierno. Pero otro grupo, donde predominaban los mutualistas, no era de la misma opinión. Este opinaba que era necesario aprovechar la posibilidad legal. El dinero—decían— ha sido entregado para enviar delegados

obreros. Es necesario exigir que la delegación no sea nombrada por las autoridades, sino elegida por los talleres. Esta elección permitirá desarrollar una excelente propaganda y los obreros tratarán de hacer triunfar sus candidatos.

Este grupo, dirigido por dos obreros, Tolain y Perrachon, llegó a imponer su punto de vista. Las elecciones en los talleres fueron autorizadas y elegidos casi todos los candidatos del segundo grupo. Los blanquistas hicieron el vacío a las elecciones; en cuanto al grupo Levy, no obtuvo mandato alguno. De este modo fue organizada la delegación de los obreros parisienses. También de Alemania fue una delegación a Londres, delegación estrechamente vinculada al grupo de trabajadores que había asumido la organización del congreso y se había relacionado con Lassalle.

De tal suerte, la exposición universal de Londres permitió el encuentro de obreros franceses, ingleses y alemanes. Esos obreros se reunieron, efectivamente, y es a esa reunión a la que algún historiador hace remontar la fecha de fundación de la Internacional. Hemos recomendado el libro de Steklov sobre la historia de la Internacional; veamos lo que dice a propósito de la reunión en Londres:

La exposición universal de 1862 fue la ocasión que permitió a los obreros ingleses y a sus camaradas del continente vincularse y entenderse. En Londres [...] el 5 de agosto de 1862 se efectuó la recepción solemne de setenta delegados obreros franceses por sus camaradas ingleses. En los discursos pronunciados en esa ocasión, se habla de la necesidad de establecer una vinculación internacional entre los proletarios, que, como hombres, ciudadanos y trabajadores, tienen los mismos intereses y las mismas aspiraciones.

Esto es, por desgracia, una leyenda. En realidad,

esa reunión, como hemos demostrado hace tiempo, tuvo un carácter completamente distinto. Se efectuó con la participación y la aprobación de los representantes de la burguesía y de las clases dirigentes, y los discursos que allí se pronunciaron no ofendieron a los patrones ni alarmaron a la policía, pues los capitalistas ingleses, que durante la huelga de los obreros de la edificación fueron los dirigentes de los empresarios, también participaron de la reunión. Los trade-unionistas ingleses se negaron ostensiblemente a participar en ese mitin. He aquí por qué no se puede considerar esa reunión como el comienzo de la Internacional.

Lo único cierto es que, si habían llegado obreros de Alemania y Francia a Londres, debían encontrarse con los obreros franceses y alemanes emigrados después de 1848. El lugar donde se encontraron los obreros de diferentes nacionalidades, después de 1850, fue la Sociedad de Educación Obrera, fundada en 1840 por Schapper y sus camaradas. El refectorio y el café de esta sociedad estaban situados precisamente en el barrio donde se alojaron los extranjeros. Hasta la guerra imperialista, una de cuyas primeras víctimas fue la Sociedad Obrera alemana, que contaba ya setenta y cuatro años de existencia, este barrio continuó siendo el centro de reunión de los extranjeros. Es esto lo que hemos podido comprobar personalmente durante nuestra residencia en Londres, donde estuvimos en 1909 y 1910 para trabajar en el Museo Británico. No existía entonces otro paraje donde se pudieran encontrar tantos obreros extranjeros. Después de la declaración de guerra, el gobierno inglés se apresuró a clausurar el club alemán.

Verdad es que en Londres algunos miembros de la delegación francesa entraron en relación con viejos emigrados franceses, de igual modo que los obreros alemanes de Leipzig y de Berlín renovaron su amistad con los viejos camaradas. Pero esto no fue otra cosa que relaciones fortuitas, de naturale-

za tan poco propicia para conducir a la fundación de la Internacional como la reunión del 5 de agosto, a la cual Steklov, siguiendo a otros historiadores, atribuye esa impropiedad.

Pero dos hechos muy importantes se produjeron entonces. El primero fue la guerra civil en los Estados Unidos. La cuestión de la abolición de la esclavitud, como ya he dicho, estaba desde algún tiempo a la orden del día. Llegó a revestir particular agudeza y condujo a un conflicto tan violento entre los Estados del sur y los del norte que, para mantener la esclavitud, los primeros resolvieron separarse de la Unión y constituirse en república independiente. Una guerra, que tuvo consecuencias inesperadas y muy desagradables para todo el mundo capitalista, estalló entonces. En esa época los Estados del sur poseían casi todo el monopolio de la producción de algodón, y abastecían la industria algodonera del mundo entero. Egipto producía entonces muy poco algodón; la India Oriental y el Turquestán no suministraban ninguno al mercado europeo. De tal suerte, Europa se encontraba de golpe privada de algodón. Cuando la industria, en su conjunto, se había rehecho completamente de la crisis de 1857-58, una crisis sin precedentes alcanzó a la industria del algodón y afectó no sólo a Inglaterra, sino también a Francia, a Alemania y aun a Rusia, en donde la fábrica de Projorov sufrió considerables pérdidas. La falta de algodón provocó un encarecimiento considerable de todas las otras materias primas de la industria textil. Es verdad que los grandes capitalistas sufrieron menos que los otros, pues los pequeños y los medianos tuvieron que cerrar sus fábricas. Cientos de millares de obreros europeos se hallaron en la indigencia.

Los gobiernos se limitaron a dar limosnas misceláneas. Los obreros ingleses, que poco antes, durante la huelga de los obreros de la edificación, habían dado un ejemplo de solidaridad, se pusieron a or-

ganizar la obra de socorro. La iniciativa fue tomada por el consejo de Londres de las trade-unions. Se constituyó un comité especial, y lo mismo se hizo en Francia, donde este comité fue dirigido por los representantes del grupo que había organizado la elección de la delegación obrera a la exposición de Londres. Establecieron relaciones entre ambos comités. Así, los obreros ingleses y franceses tuvieron una nueva prueba de la estrecha ligazón de intereses que existía entre los obreros de diferentes países.

La guerra civil de los Estados Unidos provocó de tal suerte un violento trastorno en la vida económica de Europa y afectó por igual a los obreros ingleses, alemanes, franceses y hasta a los mismos obreros rusos de las provincias de Moscú y Vladimir. Por eso en el prefacio del primer tomo de *El Capital* Marx escribe que la guerra de secesión del siglo XIX ha sido el toque de alarma para la clase obrera, exactamente como la guerra de la independencia de los Estados Unidos contra Inglaterra fue el toque a rebato para la burguesía francesa de antes de la revolución.

Se produce entonces otro acontecimiento que interesa por igual a los obreros de diferentes países. La servidumbre acababa de ser abolida en Rusia y era preciso realizar una serie de reformas en las otras ramas de la administración y de la vida económica. Al mismo tiempo se reforzaba el movimiento revolucionario y exigía reivindicaciones más radicales. Las regiones fronterizas, comprendida Polonia, se agitaban. El gobierno zarista escogió la ocasión para terminar de un golpe con la sedición exterior e interior; provocó la insurrección de Polonia, y al propio tiempo, con la ayuda de Katkov y de otros escritores venales, avivó el patriotismo panruso. A Muraviev y a sus acólitos se asignó la tarea de reprimir la insurrección polaca.

En Occidente, donde el zarismo era unánimemente odiado, la insurrección polaca despertó vi-

vas simpatías. Distintos Estados, Francia e Inglaterra entre otros, dejaron en completa libertad de acción a los defensores de los sublevados polacos, buscando de esa manera dar una salida al descontento reinante entre los obreros. En Francia se organizaron varias asambleas, e igualmente un comité, en cuya dirección central estaban Tolain y Perrachon. En Inglaterra, Cremer y Odger por parte de los obreros, y el profesor Beesley por los intelectuales radicales, se ponen al frente del movimiento en favor de los polacos. En abril de 1863 convocan en Londres un gran mitin presidido por el profesor Beesley y en el cual Cremer pronuncia un discurso para defender a los polacos. La asamblea adopta una resolución por la cual se decide que los obreros franceses e ingleses ejerzan presión sobre sus gobiernos respectivos para hacerlos intervenir en favor de Polonia. Se decidió también organizar un mitin internacional. Este mitin se realizó en Londres, presidido por el mismo Beesley, el 22 de julio de 1863. Odger y Cremer hablaron en nombre de los obreros ingleses y Tolain en el de los franceses. Todos ellos demostraron la necesidad de restaurar la independencia de Polonia. Este fue el objeto único de sus discursos. Pero al otro día se efectuó una reunión, que ordinariamente no mencionan los historiadores de la Internacional. Ella fue organizada por iniciativa del consejo londinense de las trade-unions, pero esta vez sin la participación de los elementos burgueses. Odger demostró allí la necesidad de una unión más estrecha entre los obreros ingleses y los del continente. El problema se planteó concretamente. Ya hemos dicho que los obreros ingleses soportaban la fuerte competencia de los obreros franceses y belgas y en especial de los obreros alemanes. En esta época la elaboración del pan, que estaba ya en manos de grandes empresas, la hacían sobre todo obreros alemanes; numerosos obreros franceses trabajaban en las construcciones, en el

moblaje y en la industria del arte. Por esto los trade-unionistas buscaban todas las oportunidades para influir sobre los obreros extranjeros llegados a Inglaterra. Además, una organización que agrupara a los obreros de diferentes nacionalidades era el medio más fácil de lograr sus propósitos.

Se decidió que los obreros ingleses dirigieran un llamamiento a los obreros franceses; transcurrieron cerca de tres meses antes de que este llamamiento fuera sometido a la aprobación de las trade-unions de Londres. Fue escrito principalmente por Odger, quien es probable que se inspirara hasta cierto punto en el mensaje de simpatía enviado por Tomás Haron a los revolucionarios franceses a fines del siglo XVIII.

En esta época la insurrección polaca acababa de ser reprimida, con una ferocidad inaudita, por el gobierno zarista. El mensaje no habla casi de ella. Para tener una idea de su carácter, leeremos el pasaje siguiente:

La fraternidad de los pueblos es extremadamente necesaria dentro del interés de los obreros. Cada vez que tentamos mejorar nuestra situación por medio de la reducción de la jornada de trabajo o del aumento de los salarios, los capitalistas nos amenazan con contratar obreros franceses, belgas y alemanes, que realizarían nuestro trabajo por un salario menos elevado. Por desgracia, esta amenaza se cumple muchas veces. La culpa, es verdad, no es de los camaradas del continente, sino exclusivamente de la ausencia de toda inteligencia regular entre los asalariados de los distintos países. Hay que esperar, sin embargo, que esta situación terminará pronto, pues nuestros esfuerzos para lograr que los obreros mal pagados se pongan al nivel de los que reciben salarios elevados impedirán bien pronto que los empresarios puedan ser-

virse de algunos de nosotros contra nosotros mismos para hacer descender nuestro nivel de vida conforme con su espíritu mercantil

El mensaje fue traducido al francés por el profesor Beesley y enviado a París en noviembre de 1863. En París sirvió de base para la agitación en los talleres. Pero la respuesta de los obreros franceses se hizo esperar largo tiempo. Se preparaban entonces para las elecciones complementarias del cuerpo legislativo que debían efectuarse en marzo de 1864. Y en esa ocasión, un grupo de obreros, entre los que figuraban Tolain y Perrachon, plantearon una cuestión muy importante: ¿Los obreros deben tener sus propios candidatos o deben limitarse a sostener a los candidatos radicales? En otros términos, ¿es necesario separarse netamente de la oposición burguesa e intervenir con una plataforma especial o se debe marchar a remolque de los partidos burgueses? Esta cuestión fue discutida con ardor a fines de 1863 y a comienzos de 1864. Se resolvió intervenir por separado y sostener la candidatura de Tolain. Se decidió asimismo expresar los fundamentos de esta ruptura con la democracia burguesa en una plataforma especial que, de acuerdo con el número de firmantes, recibió el nombre de *Manifiesto de los sesenta*. En su parte teórica, en su parte crítica del régimen burgués, este manifiesto responde por entero al espíritu proudhoniano. Pero, al mismo tiempo, se aparta claramente del programa político del maestro, preconiza la formación de una organización política especial de los obreros y reclama que se sostengan candidaturas obreras al Parlamento, a fin de poder defender allí los intereses del proletariado.

Proudhon aprobó ardientemente el *Manifiesto de los sesenta* y escribió a este respecto un libro, que es una de sus mejores obras. Lo compuso en los últimos meses de su vida, pero murió antes de

su aparición. Se titula esta obra *De la capacidad política de la clase obrera*; en ella Proudhon reconoce a los obreros el derecho de poseer una organización de clase independiente. Aprueba el nuevo programa de los obreros de París, en el cual ve la mejor demostración de la gran capacidad política que tiene la clase obrera. Aunque mantenga su viejo punto de vista sobre las huelgas y las asociaciones de ayuda mutua, su libro, por su espíritu de protesta contra la sociedad burguesa y su tendencia proletaria, recuerda su primera obra sobre la propiedad. Esta apología de la clase obrera llega a ser uno de los libros preferidos de los obreros franceses. Y cuando se habla de la influencia de las doctrinas de Proudhon en la época de la I Internacional, no hay que olvidar que se trata de la doctrina de Proudhon tal como resulta después de la publicación del *Manifiesto de los sesenta*. Bajo esta forma el proudhonismo ha tenido una gran influencia en la orientación de los intelectuales revolucionarios rusos. La obra póstuma de Proudhon está traducida al ruso por uno de nuestros publicistas, N. Mikhailovsky.

Transcurrió casi un año antes que la clase obrera parisiense redactara una respuesta. Para llevarla a Londres fue designada una comisión especial. Para la recepción de esta delegación, se organizó una asamblea el 28 de septiembre de 1864, en el salón Saint-Martin, del centro de la ciudad. Beesley presidía. El salón estaba repleto. Primero leyó Odger el manifiesto de los obreros ingleses. El manifiesto de los franceses fue leído por Tolain. He aquí un extracto:

Progreso universal, división del trabajo, libertad de comercio, he aquí los tres factores que deben atraer nuestra atención, pues son susceptibles de transformar radicalmente la vida económica de la sociedad. Constreñidos por la fuerza de las cosas

y por las necesidades del tiempo, los capitalistas han constituido poderosas uniones financieras e industriales. Si nosotros no tomamos medidas de defensa, seremos despiadadamente aplastados. Nosotros, obreros de todos los países, debemos unirnos y oponer una barrera infranqueable al orden de cosas existente, que amenaza dividir a la humanidad en una masa de hombres hambrientos y furiosos de una parte, y de la otra en una oligarquía de reyes de la banca y de burgueses cebados. Ayudémonos los unos a los otros para conseguir nuestro propósito.

Los obreros franceses también presentaron un proyecto de organización. Se debía constituir en Londres una comisión central compuesta de los representantes de todos los países, y en todas las principales ciudades de Europa subcomisiones en contacto con esta comisión central, que sometería a su examen algunas cuestiones. El organismo central debía elaborar la orden del día. Para la determinación definitiva de la forma de organización se convocaría un congreso internacional en Bélgica. Pero, se dirá, ¿cuál fue la participación de Marx? Ninguna. Ya hemos relatado en todos sus detalles la preparación de la jornada del 28 de septiembre de 1864, a la que hacemos remontar la historia de la Internacional, para saber que todo lo que se hizo en esta asamblea, desde el principio hasta el fin, fue obra de los obreros mismos. Hasta el presente no he tenido que mencionar una sola vez el nombre de Marx, no obstante que él asistió a esta memorable asamblea en calidad de invitado. ¿Cómo se halló participando en la misma? La respuesta a esta cuestión nos la da una notita que por azar he encontrado entre los papeles de Marx:

Al señor Marx. Señor, el comité de organización del mitin os ruega respetuosamente queráis asistir

a él. A la presentación de esta nota podréis entrar en la sala, donde a las siete y media horas se reunirá el Comité. Vuestro afectísimo,

CREMER.

Al hallar esta carta nos preguntamos qué pudo inducir a Cremer a invitar a Marx. ¿Por qué esta invitación no fue dirigida a muchos otros emigrados radicados entonces en Londres y en más estrechas relaciones que Marx con los ingleses y franceses? ¿Por qué Marx fue elegido por el comité de la futura sociedad internacional?

A este respecto pueden hacerse diversas conjeturas; la que tiene más apariencia de ser verdad es la siguiente. Hemos ya señalado el papel representado por la Sociedad Obrera alemana, cuyos locales eran en Londres punto de reunión de los obreros de los diversos países. Esta Sociedad adquirió mayor importancia aún cuando los obreros ingleses comprendieron la necesidad de ligarse con los alemanes para evitar los perjuicios de la competencia de los obreros que por intermedio de agentes los empresarios atraían a Londres. De ahí las estrechas relaciones personales con los miembros de la vieja Liga de los Comunistas: Eccarius, Lessner y Pfender. Los dos primeros eran sastres y el tercero, yestero pintor, trabajaba en construcciones. Todos participaban activamente en el movimiento gremial londinense y conocían muy bien a los organizadores y dirigentes del consejo londinense de las trade-unions. Al parecer, se debe a esta circunstancia que Cremer y Odger conocieran a Marx, quien precisamente con motivo del asunto Vogt había reiniciado sus relaciones con la Sociedad Obrera alemana.

Así, pues, el verdadero papel de Marx, que no fue el de fundador de la I Internacional, pero de la que llegó a ser muy pronto el principal orientador, sólo comienza luego de la fundación de esta In-

ternacional. Hemos visto que el comité elegido en la asamblea del 28 de septiembre no recibió ninguna directiva; no tenía ni programa, ni estatutos, ni siquiera nombre. Existía ya en Londres una sociedad internacional, la Liga General, que ofreció hospitalidad al comité. En las actas de la primera asamblea realizada por este comité figuran los nombres de los representantes de esta Liga, que no eran sino perfectos burgueses. Ellos tampoco propusieron al nuevo comité la fundación de una nueva sociedad. Algunos de ellos hablaban de la organización de una nueva asociación internacional en la que podrían ingresar no solamente los obreros sino todos los que aspirasen a una unión internacional y al mejoramiento de la situación política y económica de las masas trabajadoras. Y es a instancias de los trabajadores Eccarius y Vitlock, este último viejo cartista, que se decidió dar a la nueva sociedad el nombre de Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta proposición fue sostenida por los ingleses, entre los que se hallaban varios cartistas, miembros de la antigua Sociedad Obrera, cuna del partido cartista.

El nombre dado a la nueva asociación internacional fijó de inmediato su carácter, pues en seguida fueron alejados los burgueses de la Liga General; el comité fue invitado a buscarse otro local. Pudo, felizmente, encontrar un pequeño local no lejos de la Sociedad Obrera alemana y en el mismo barrio donde vivían los emigrados y obreros extranjeros.

Desde que la Sociedad fue denominada, pusieron a componer el programa y a redactar los estatutos. Para comprender lo que pasó en seguida hay que imaginarse una sesión del comité ejecutivo de Petrogrado o de Moscú, donde se desarrolla una lucha entre varias fracciones o partidos. El mejor medio de hacer triunfar su resolución es ponerse de acuerdo para obtener una mayoría. Es lo que saben muy bien todos los miembros de un comi-

té de barrio cualquiera; es lo que sabían también los miembros del comité de la Internacional. Y, yendo a la sesión, no olvidaron llevar con ellos el mayor número posible de amigos, sólo que así, desgraciadamente, el comité se encontraba formado por los elementos más diferentes.

Había, en primer lugar, ingleses, que, ellos mismos, se dividían en varios grupos: trade-unionistas, viejos cartistas, viejos owenistas. Había franceses, muy poco versados en las cuestiones económicas, pero considerados como especialistas del arte revolucionario. Había también italianos, muy influyentes entonces porque estaban dirigidos por un hombre muy popular entre los ingleses, el viejo revolucionario Mazzini, republicano ardiente y al mismo tiempo religioso. Se hallaban allí emigrados polacos, para los cuales la cuestión polaca estaba en primer plano; estaban, por último, algunos alemanes, todos ex miembros de la Liga de los Comunistas: Eccarius, Lessner, Lochner, Pfender y, por último, Carlos Marx.

Fueron presentados diferentes proyectos. Los italianos presentaron un proyecto redactado poco más o menos de acuerdo con el modelo del proyecto francés. En la subcomisión en la cual Marx participó, defendió sus tesis y, por último, se le encargó que presentase su proyecto a la secretaría del comité. En la cuarta sesión —era el 1º de noviembre de 1864— el proyecto de Marx, con algunas insignificantes modificaciones de forma, fue adoptado por aplastante mayoría.

¿Cómo se logró eso? A riesgo de comprometer a Marx a vuestros ojos, debemos decir que eso no se logró sin compromisos, sin conciliación. Como él mismo lo dice en una carta dirigida a Engels, "debió introducir en los estatutos y en el programa algunos términos como "derecho", "moralidad" y "justicia", pero los introdujo de modo tal que no podían resultar perjudiciales".

Pero no es ése el secreto del éxito de Marx, no

es así como logró en una asamblea tan reñida la aprobación casi unánime de sus tesis. El secreto de su éxito reside en el talento extraordinario (lo que reconoce hasta su enemigo Bakunin) que puso en la composición del *Manifiesto Inaugural* de la Internacional. Como lo reconoce Marx en la misma carta a Engels, era extremadamente difícil exponer los puntos de vista comunistas bajo una forma que los hiciera aceptables para el movimiento obrero de entonces. Era imposible emplear el lenguaje audaz y revolucionario del *Manifiesto Comunista*. Había que esforzarse en ser violento en el fondo y moderado en la forma; y Marx se desempeñó brillantemente en esta tarea.

Este *Manifiesto* fue escrito diecisiete años después del *Manifiesto Comunista*. Aquél y éste son, pues, del mismo autor, pero las épocas en que fueron escritos y las organizaciones para las cuales y a nombre de las cuales fueron compuestos, difieren profundamente. El *Manifiesto Comunista* fue compuesto en nombre de un pequeño grupo de revolucionarios y de comunistas para un movimiento obrero muy joven todavía. Pero ya entonces advertían que no exponían principios especiales con el propósito de imponerlos al movimiento obrero; que sólo se esforzaban en hacer resaltar en este movimiento los intereses generales del proletariado de todos los países, independientemente de las nacionalidades.

En 1864 el movimiento obrero se había engrandecido considerablemente, adquirido carácter de masas, pero desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia de clase estaba considerablemente en retardo con respecto a la pequeña vanguardia revolucionaria de 1848. El nuevo estado mayor de este movimiento, en nombre del cual Marx escribía entonces, no estaba menos atrasado con respecto a la mencionada vanguardia. Era preciso escribir el nuevo *Manifiesto* sin olvidar el nivel

de desarrollo del movimiento obrero y de sus dirigentes, sin renunciar, sin embargo, a ninguna de las tesis fundamentales del *Manifiesto Comunista*.

Conocemos la táctica del frente único adoptada por la Internacional Comunista. Y Marx, en su nuevo *Manifiesto*, da un ejemplo clásico de la aplicación de esta táctica. Formula allí las reivindicaciones y señala todos los puntos alrededor de los cuales se puede y se debe unir a las masas obreras y sobre cuya base se puede proseguir el desarrollo de la conciencia de clase de los obreros. Las reivindicaciones inmediatas del proletariado formuladas por Marx comportan lógicamente las otras reivindicaciones del *Manifiesto Comunista*.

Bajo todos esos aspectos Marx tenía, por cierto, una superioridad inmensa sobre Mazzini, sobre los revolucionarios franceses y sobre los socialistas ingleses que estaban en la dirección de la Internacional. Sin modificar en nada sus principios fundamentales, logró, durante esos diecisiete años, efectuar un trabajo inmenso. En esa época había terminado el esbozo de su obra gigantesca y se ocupaba en rehacer el primer tomo de *El Capital*. Marx era entonces el único hombre en el mundo que había estudiado muy bien la situación de la clase obrera y comprendido de igual modo el mecanismo de la sociedad capitalista. En toda Inglaterra no existía un solo hombre que se hubiera impuesto, como él, el trabajo de estudiar todos los informes de los inspectores de fábricas y los trabajos de las comisiones parlamentarias referentes a la situación de las diferentes ramas de la industria y de las diferentes categorías del proletariado urbano y rural. Marx estaba mucho más versado en esta cuestión que los obreros que eran miembros del comité. Este comprendía a panaderos, que conocían perfectamente la situación en su oficio; zapateros, al corriente de lo que se refiere a la industria del calzado; carpinteros y yeseros, informados de la situación de los obreros de la cons-

trucción; pero sólo estaba Marx con un conocimiento a fondo de la situación de las categorías más diferentes de la clase obrera y sabiendo vincularlas con las leyes generales de la producción capitalista.

El talento de agitador de Marx se evidencia en la composición misma de este *Manifiesto*. De igual modo que en el *Manifiesto Comunista*, parte del hecho fundamental del desenvolvimiento histórico, del movimiento político, de la lucha de clases; así, no comienza el nuevo *Manifiesto* con frases generales, con objetivos elevados, sino con los hechos que caracterizan la situación de la clase obrera.

Es positivo que la miseria de la clase obrera no disminuyó en el período 1848-1864, y, sin embargo, ese período excepcional no tiene ejemplo en los anales de la historia por el progreso realizado por la industria y el comercio.

Refiriéndose al discurso de Gladstone en la Cámara de los Comunes, Marx muestra que, aun cuando el comercio en Gran Bretaña se triplicó desde 1843, las nueve décimas partes de los hombres están forzados a realizar una lucha encarnizada sólo para asegurar su subsistencia. Los criminales en las cárceles comen mejor que muchas categorías de obreros.

Refiriéndose a los documentos de las comisiones parlamentarias, Marx señala que la gran mayoría de la clase obrera se alimenta en forma insuficiente, degenera, es presa de las enfermedades, en tanto que las clases poseedoras acrecen monstruosamente sus riquezas.

Marx deduce de ello que, a despecho de las aserciones de los economistas burgueses, ni el perfeccionamiento de las máquinas, ni la aplicación de la ciencia a la industria, ni el descubrimiento

de nuevas colonias, ni la emigración, ni la creación de nuevos mercados, ni la libertad de comercio pueden suprimir los males de la clase obrera. De ahí deduce, como en el *Manifiesto*, que en tanto que el régimen social permanezca sobre sus viejas bases, todo nuevo desenvolvimiento de la fuerza de producción del trabajo no hará más que ampliar y ahondar el abismo que divide ahora a las diferentes clases y revelar aún más el antagonismo que existe entre ellas.

Después de indicar las razones que contribuyeron a la derrota obrera de 1848 y provocaron en ella la apatía que caracteriza el período de 1849 a 1859, Marx expone algunas de las conquistas hechas por los obreros durante ese período.

Ante todo, la ley sobre la jornada de diez horas. A despecho de todas las aserciones de los satélites del capital, Marx señala que la reducción de la jornada, lejos de perjudicar el rendimiento del trabajo, lo ha, por el contrario, aumentado. Esta ley, por lo demás, ha evidenciado el triunfo del principio de la intervención del Estado en el dominio económico sobre el viejo principio de la libre competencia. Marx deduce, como en el *Manifiesto Comunista*, la necesidad para la clase obrera de someter la producción al control y dirección de la sociedad toda, pues sólo una producción social así concebida realiza el principio fundamental de la economía política de la clase obrera. Así, la ley de la jornada de diez horas no ha sido solamente un éxito práctico; señala la victoria de la economía política de la clase obrera sobre la economía política de la burguesía.

Otra conquista está representada por las cooperativas fabriles fundadas a iniciativa de los obreros. Pero, difiriendo en ello de Lassalle, que consideraba las asociaciones de producción como el punto de partida para la transformación de toda la sociedad, Marx no sobreestima su importancia práctica.

Al contrario, las preconiza únicamente para mostrar a las masas obreras que la producción en grande dirigida según los métodos científicos puede efectuarse y desenvolverse sin la clase capitalista que explota el trabajo obrero; que los medios de producción no deben ser el monopolio de individuos y transformarse en instrumentos de violencia y de esclavitud; que el salariado, como la servidumbre, no es algo eterno, sino un estado transitorio, una forma inferior de la producción, que debe ceder el lugar a la producción social. Una vez deducidas estas conclusiones comunistas, Marx indica que, en tanto que estas asociaciones de producción se limitan a un círculo estrecho de obreros, no se hallan aún en estado de aliviar aunque sea un poco la situación de la clase obrera.

La producción cooperativa debe ser extendida a todo el país. Situando así la tarea de la transformación de la producción capitalista en producción socialista, Marx hace resaltar inmediatamente que esta transformación será contrarrestada por todos los medios por las clases dominantes; que los propietarios del suelo y los capitalistas utilizarán su poder político para defender sus privilegios económicos. Por esto el primer deber de la clase obrera consiste en conquistar el poder político; según esto, para ello es necesario organizar en todas partes partidos obreros. Los obreros tienen en sí mismos un factor de éxito: su masa, su número. Pero esta masa sólo adquiere su fuerza cuando es compacta, unida, cuando está dirigida por la ciencia. Sin cohesión profunda, sin solidaridad, sin ayuda recíproca en la lucha por su emancipación, sin una organización nacional e internacional, los obreros están condenados al fracaso. Guiándose por estas consideraciones, agrega Marx, los obreros de diferentes países han resuelto fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Como se ve, con un arte sorprendente, bajo una forma moderada, Marx extrae de la situación efecti-

va de la clase obrera todas las deducciones fundamentales del *Manifiesto Comunista*: organización de clase del proletariado, derribo de la dominación de la burguesía, conquista del poder político por el proletariado, supresión del trabajo asalariado, nacionalización de todos los medios de producción.

Pero Marx —y con ello termina el *Manifiesto Inaugural*— pone aún por delante otra tarea política extremadamente importante. La clase obrera no debe encerrarse en la esfera estrecha de la política nacional. Debe seguir con atención todos los problemas de la política exterior. Si el éxito de la obra de liberación de la clase obrera depende de la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países, no puede cumplir su misión si las clases que dirigen la política exterior aprovechan sus prejuicios nacionales para poner a los obreros de diferentes países los unos contra los otros, derramar en las guerras de rapiña la sangre del pueblo y despilfarrar su haber. Por esto, es llegado el tiempo de que los obreros aprendan a conocer todos los secretos de la política internacional; deben vigilar la diplomacia de sus gobiernos respectivos, resistirla, en caso de necesidad, por todos los medios y unirse en una protesta unánime contra los manejos criminales de los Estados. Ha llegado el tiempo de terminar con este estado de cosas, donde el engaño, la expoliación, el robo, están autorizados en las relaciones entre los pueblos, es decir, un estado de cosas donde todas las reglas, consideradas como obligatorias en las relaciones entre las personas privadas, son violadas.

Hemos expuesto las ideas fundamentales de este notable *Manifiesto*. En seguida examinaremos los estatutos y las tesis primordiales, porque a su alrededor se trabó una lucha furiosa entre Bakunin y Marx.

OCTAVA CONFERENCIA

EL ESTATUTO DE LA I INTERNACIONAL.
— LA CONFERENCIA DE LONDRES. — EL
CONGRESO DE GINEBRA. — NOTA-INFOR-
ME DE MARX. — LOS CONGRESOS INTER-
NACIONALES DE LAUSANA Y BRUSELAS.
— BAKUNIN Y MARX. — EL CONGRESO
DE BASILEA. — LA GUERRA FRANCO-PRU-
SIANA. — LA COMUNA. — LA LUCHA EN-
TRE MARX Y BAKUNIN. — EL CONGRESO
DE LA HAYA.

La última vez traté con bastante extensión de la historia de la fundación de la Internacional y del *Manifiesto Inaugural*; hablaré ahora del estatuto, que fue igualmente escrito por Marx y se compone de dos partes: principios y organización.

Hemos visto con qué arte introdujo Marx en el *Manifiesto Inaugural* los principios fundamentales del comunismo, pero era mucho más importante y difícil introducirlos en el estatuto de la Internacional. El *Manifiesto Inaugural* sólo perseguía un propósito: explicar el motivo que había inducido a los obreros reunidos en la asamblea del 28 de septiembre de 1864 a fundar la Internacional. No era aún un programa, era sólo una introducción, una proclama solemne que anuncia al mundo entero, como lo indica su título, que se ha fundado una nueva Internacional, la Asociación de los Trabajadores.

Marx logró desempeñarse con igual éxito en este segundo trabajo: formular las tareas generales del movimiento obrero en los diferentes países. He aquí el texto:

Considerando: Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes; que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre política, moral y material; que, por lo mismo, la emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político, como medio;¹ que todos los esfuerzos hechos

¹Estas palabras, "como medio", no figuran en las ediciones españolas que conocemos del estatuto. Más adelante se hallarán interesantes referencias a este respecto. (N. de los T.)

hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país y de la unión fraternal entre los obreros de las diversas naciones; que la emancipación de los trabajadores no es un problema simplemente local o nacional, sino que, al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, estando necesariamente subordinada su solución al concurso teórico de las mismas; que el movimiento que se está efectuando entre los obreros de los países más industriales del mundo entero, al engendrar nuevas esperanzas da un solemne aviso para no incurrir en antiguos errores y aconseja combinar todos los esfuerzos hasta ahora aislados;...

Leyendo atentamente estos puntos se advierte su exacta semejanza con algunas de las tesis del programa de nuestro partido, que son la repetición textual de las formuladas por Marx. La lectura de los primeros programas de los partidos inglés, francés y alemán lleva a la misma comprobación. En ellos se encuentran, particularmente en el programa francés y en el de Erfurt, algunos puntos que son la repetición textual de las tesis inaugurales del estatuto de la I Internacional.

Claro que los miembros del comité provisorio de la Internacional no interpretaban todos de la misma manera muchas de estas tesis. Los ingleses, los alemanes y los franceses reconocían que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los trabajadores mismos, pero cada uno lo entendía a su manera. Los trade-unionistas y los viejos partidos ingleses veían en esta tesis una protesta contra la tutela permanente de las clases medias, la afirmación de la necesidad de una organización obrera independiente. Los franceses, fuertemente indispuestos entonces contra los intelectuales, consideraban que esta tesis los ponía en guardia contra los traidores de esa clase, y que los obreros

podían pasarse sin su ayuda. Sólo, probablemente, los alemanes, miembros de la antigua Liga de los Comunistas, comprendían las consecuencias que comportaba esta tesis. Si la clase obrera sola está en condiciones de liberarse, toda coalición con la burguesía, todo acuerdo con la clase capitalista es una contradicción manifiesta. Adviértese que no se trata de la emancipación de este o del otro grupo de obreros, sino de la clase obrera; que, en consecuencia, se requiere la organización de clase del proletariado.

De la tesis que manifiesta que el monopolio de los medios de producción por el capitalismo es la causa esencial de la servidumbre económica se infiere que es necesario suprimir este monopolio. Esta deducción está ratificada en la exposición que sostiene la necesidad de suprimir todo dominio de clase, cosa imposible sin suprimir la división de la sociedad en clases.

El estatuto no dice directamente, como el *Manifiesto Inaugural*, que para conseguir todos los objetivos que se propone el proletariado debe conquistar el poder político; emplea otra fórmula. Dice sólo que la emancipación económica de la clase obrera "es el supremo objetivo al que debe subordinarse todo movimiento político, como medio".

Como esta tesis provocó posteriormente las más violentas divergencias en la I Internacional, conviene que la analicemos.

¿Cuál es su significado? El propósito supremo del movimiento obrero es la emancipación económica de la clase obrera, y esto no puede conseguirse sino por la expropiación de los medios de producción y la supresión de todo dominio de clase. ¿Pero de qué modo se logrará? ¿Hay que evitar la lucha política, como lo proponían los socialistas y los anarquistas puros?

No, responde la tesis elaborada por Marx. La lucha política de la clase obrera es tan necesaria como la lucha económica. Es indispensable una or-

ganización política; el movimiento político de la clase obrera ha de desarrollarse fatalmente, pero esta lucha no es un fin en sí, como en la democracia burguesa, en los intelectuales radicales que colocan en primer plano la modificación de las formas políticas, la instauración de la República, pero no quieren oír hablar de la tarea fundamental. Por esto señala Marx que para la clase obrera el movimiento político es sólo un *medio* para conseguir su propósito, un movimiento *subordinado*. Verdad que esta fórmula no era tan clara como la del *Manifiesto Comunista* o la del *Manifiesto Inaugural*, donde se dice que la conquista del poder político ha llegado a ser la obligación principal de la clase obrera.

Para los miembros ingleses de la Internacional la fórmula de Marx era ciertamente clara. El estatuto estaba escrito en inglés y Marx había empleado la terminología familiar a los viejos cartistas y owenistas, que se hallaban en el comité. Contra éstos, que se limitaban a aceptar el "supremo objetivo" y rechazaban lo atingente a la acción política, luchaban los cartistas. Cuando los cartistas compusieron su programa con sus célebres puntos, los owenistas les reprocharon haber olvidado por completo el socialismo. Por su parte, los cartistas destacaban entonces que, por lo menos para ellos, la lucha política no era el objetivo principal. Empleaban exactamente la misma fórmula que Marx empleó veinte años más tarde. Para nosotros, replicaban los cartistas a los owenistas, es sólo un medio y no un fin en sí. De modo, pues, que la fórmula de Marx no suscitó duda alguna en el comité mismo. Sólo algunos años más tarde, cuando comenzaron las discusiones enconadas entre los bakuninistas y sus adversarios sobre la cuestión de la lucha política, este punto llega a ser la verdadera manzana de la discordia. Los bakuninistas sostenían que primitivamente las palabras "como medio" no figuraban en el estatuto; que Marx las había

introducido más tarde, a fin de lograr hacer pasar de contrabando en el estatuto su teoría. Y, en efecto, si se suprimen las palabras "como medio", el punto adquiere un sentido distinto. Según esto, en el texto francés estas palabras fueron omitidas.

Se produjo un ligero malentendido, que hubiera sido fácil esclarecer, pero que en el ardor de la lucha condujo a los adversarios de Marx a acusarlo de falsificación del estatuto de la Internacional. Cuando se tradujo el estatuto al francés para divulgarlo en Francia, se suprimieron en la edición legal las palabras "como medio". El texto francés decía: "La emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político". Se juzgó necesaria la supresión a fin de no llamar la atención de la policía, que vigilaba cuidadosamente todo movimiento político entre los obreros. Esta última, en efecto, consideraba al comienzo a los internacionalistas franceses, para emplear nuestra vieja terminología, no como "políticos", sino como "economistas". De igual modo lo entendían los blanquistas, que, como "políticos", cubrían de injurias a los internacionalistas que para ellos eran sólo miserables "economistas".

Agravó aún la cuestión el hecho de que la traducción francesa del estatuto así desnaturalizado fuese impresa en la Suiza francesa y de allí distribuido en todos los países donde el francés estaba más en uso, es decir, Italia, España y Bélgica. Como veremos más tarde, en el primer congreso internacional que ratificó el estatuto provisorio de la Internacional, cada nación aceptó los puntos del estatuto según el texto que tenía ante sus ojos. La I Internacional era demasiado pobre para imprimir su texto en tres idiomas. Del texto inglés mismo, aunque formase con el *Manifiesto Inaugural* apenas un pliego impreso, sólo se hicieron mil ejemplares, bien pronto agotados. Guillaume, uno de los más encarnizados adversarios de Marx, uno de

los que lo acusaron furiosamente de falsificación, asegura, en su historia de la Internacional, que sólo vio por primera vez el texto inglés con las palabras "como medio" en 1905. Ciertamente que de haberlo deseado habría podido convencerse antes de que Marx no era un falsificador, aunque esto de seguro no hubiera modificado en nada su actitud, pues sabemos perfectamente que uno puede hacerse trizas sobre cuestiones de táctica aun aceptando un solo y mismo programa.

Hay aún en el estatuto un punto contra el cual los anarquistas no protestaban, pero que desde el punto de vista marxista suscitaba dudas. Ya vimos que para obtener la unanimidad de los elementos heterogéneos que formaban el comité, Marx se vio obligado a hacer algunas concesiones. Pero estas concesiones no fueron hechas en el *Manifiesto Inaugural*, sino en el estatuto. Voy a explicar en qué consisten.

Luego de exponer los principios que los miembros del comité elegidos por la asamblea del 28 de septiembre de 1864 tomaban como base para fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores, Marx continúa:

El congreso [...] declara que esta Asociación Internacional, como también todas las sociedades e individuos que a ella se adhieran, reconocerán como base de su conducta para con todos los hombres la "verdad", la "justicia" y la "moral", sin distinción de color, creencia ni nacionalidad.

El congreso considera como un deber reclamar los derechos del hombre y del ciudadano no sólo para los miembros de la Asociación, sino también para todos los que cumplan sus deberes. No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes.

¿En qué consisten las concesiones hechas por Marx? A este respecto él mismo escribía a Engels:

"Todas mis proposiciones han sido aceptadas por la subcomisión. Sólo se me ha obligado a insertar en la introducción del estatuto dos o tres frases, como "obligación", "derecho", "verdad, moral y justicia", pero todo esto está dispuesto de modo que no perjudique nada el sentido general".

En efecto, no hay allí nada particularmente perjudicial. Se puede hablar de verdad, de justicia, de moral, a condición de no olvidar que ni la verdad ni la justicia ni la moral son algo eterno e inmutable, una cosa absoluta, independiente de las condiciones sociales. Marx no niega la verdad, la justicia y la moral; demuestra sólo que el desenvolvimiento de estos conceptos está condicionado por el desarrollo histórico y que cada clase les atribuye un sentido diferente.

Lo peligroso habría sido que Marx se viera obligado a repetir la declaración de los socialistas ingleses y franceses, a probar que es necesario realizar el socialismo porque la verdad, la justicia y la moral lo exigen, y no porque, como lo expone en el *Manifiesto Inaugural*, es inevitable y surge lógicamente de las condiciones mismas creadas por el capitalismo, de la situación que ocupa la clase obrera. Tal como fueron dispuestas por Marx, esas palabras no son más que la comprobación del hecho de que los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores contraen la obligación de atenerse en sus relaciones mutuas a la verdad, la justicia y la moral, es decir, a no traicionarse, a no traicionar a su clase, a no engañarse mutuamente, a trabajar como camaradas. Estas ideas, que eran para los utopistas los principios, los fundamentos del socialismo, son en Marx las reglas esenciales de conducta de la organización proletaria.

Pero en el punto que examinamos se dice que estos principios deben estar en la base de la conducta de los miembros de la Internacional entre ellos y con todos los hombres, independientemente de la raza, religión y nacionalidad. Y esto no es

racional. Hay que recordar que en esa época la guerra civil torturaba a Estados Unidos; que, antes, la insurrección polaca había sido aplastada de modo definitivo, que en ese mismo momento las tropas zaristas terminaban de someter al Cáucaso; que, en varios Estados, las persecuciones religiosas eran furiosas; que hasta en Inglaterra los judíos sólo habían obtenido sus derechos políticos hacia 1858 y que en los restantes Estados europeos aún no gozaban enteramente de los derechos cívicos. La burguesía misma no había realizado los "eternos" principios de moral y de justicia para los miembros de su propia clase y en su propio país, y los violaba sin ceremonias si se trataba de otro país o de otra nacionalidad.

El segundo punto sobre los derechos y los deberes suscitó muchas más objeciones. Impone, no se sabe por qué, a cada miembro de la Internacional la obligación de obtener los derechos del hombre y del ciudadano; no sólo para él mismo, sino para los otros. Pero este adjunto no hace más claro el sentido. A pesar de toda su diplomacia, Marx fue obligado, en esta circunstancia, a hacer una gran concesión a los representantes de los revolucionarios franceses desterrados, miembros del comité.

Dejadme recordar ahora algunos hechos de la historia de la gran Revolución Francesa. Uno de los primeros actos de esta revolución fue la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. En su lucha contra la nobleza y el absolutismo, que se arrogaban todos los privilegios y dejaban para los otros todas las obligaciones, la burguesía revolucionaria reclamó la igualdad, la fraternidad y la libertad, lo mismo que el reconocimiento para todo hombre y ciudadano de algunos derechos intangibles, entre ellos el derecho de propiedad, frecuentemente violado por la aristocracia y el poder real en detrimento del tercer estado.

A esta *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* los jacobinos sólo le hicieron algu-

nas enmiendas, que dejan intacto el punto concerniente a la propiedad individual, pero que hacen esta declaración más radical, desde el punto de vista político, al admitir el derecho del pueblo a la insurrección y proclamar la fraternidad de todos los pueblos. En esta forma se la conoce con el nombre de *Declaración de los derechos de 1793* o de *Robespierre*, y llega a ser el programa de los revolucionarios franceses a partir del año 1830.

Los adeptos de Mazzini, como lo hemos visto, insistían para que fuera adoptado su programa. En su célebre libro *Los deberes del hombre*, que traducido al inglés era muy popular entre los obreros de este idioma, Mazzini, conforme con su divisa "Dios y pueblo", contrariamente a los materialistas franceses con su *Declaración de los derechos del hombre* fundados en la razón y la naturaleza, ponía en la base de su ética idealista la concepción del *deber* y de las obligaciones del hombre establecidas por Dios.

Comprenderán ahora de dónde provenía la fórmula de Marx: "No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos". Obligado a introducir en su documento la reivindicación de la *Declaración de los derechos del hombre*, aprovechó las divergencias entre los franceses y los italianos para destacar en su fórmula la diferencia de esta reivindicación con la vieja reivindicación de la burguesía. El proletariado reclama igualmente los derechos para él mismo, pero, desde el comienzo, declara que no reconoce derechos al individuo sin deberes ante la sociedad.

Cuando, algunos años más tarde, el estatuto fue revisado, Marx propuso que se suprimieran únicamente las palabras que hablan de la *Declaración de los derechos del hombre*. En cuanto a la tesis "No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos", subsistió y fue inserta más tarde en el programa de Erfurt modificada así: "Iguales derechos e iguales deberes".

Examinemos ahora el estatuto mismo:

Se ha fundado una asociación para obtener un punto central de comunicación y de cooperación entre los obreros de diferentes países movidos por el mismo propósito, a saber: la ayuda mutua, el progreso y la liberación completa de la clase obrera.

El nombre de esta asociación es Asociación Internacional de los Trabajadores.

En 1865 se convocará en Bélgica un congreso internacional obrero compuesto de representantes de todas las sociedades obreras adheridas a la Internacional. El congreso deberá proclamar ante Europa las reivindicaciones generales de la clase obrera, aceptar en su forma definitiva el estatuto de la Asociación, estudiar los medios necesarios para la eficacia de su acción y designar el Consejo Central.

El congreso se reunirá cada año.

El Consejo Central residirá en Londres y se compondrá de obreros de diferentes países representantes de la Asociación Internacional; él elige de su seno a todos los funcionarios necesarios para la gestión de los asuntos: un presidente, un tesorero, un secretario general, secretarios particulares para las relaciones con los diferentes países.

Cada año el Consejo Central presentará un informe al congreso sobre su acción durante el mismo período. Elegido por el congreso, tiene el derecho de cooptación. En los casos extraordinarios podrá convocar el congreso antes que haya fenecido el término de un año.

El Consejo Central establecerá relaciones con las diferentes asociaciones obreras, de modo que los obreros de cada país estén constantemente al corriente del movimiento de su clase en los otros países; hará simultáneamente y dentro del mismo espíritu una encuesta sobre la situación social; los problemas propuestos por una sociedad cuya

discusión sea de interés general serán examinados por todos, y cuando una manifestación práctica o una dificultad internacional reclamen su acción, éste podrá actuar de un modo uniforme. Cuando se juzgue necesario, el Consejo Central podrá formular proposiciones y someterlas a las asociaciones locales o nacionales.

Puesto que el éxito del movimiento obrero de cada país sólo puede asegurarse por la fuerza resultante de la acción y de la asociación; que, por otra parte, la utilidad del Consejo Central depende de su vinculación con las sociedades obreras ya locales, ya nacionales, los miembros de la Asociación Internacional deberán esforzarse, cada uno en su país, por reunir en una asociación nacional las diversas sociedades obreras existentes.

Los principios fundamentales de este estatuto fueron enseguida ratificados por el congreso. Una de las principales modificaciones que se hicieron fue la supresión, por iniciativa de Marx, del puesto de presidente del Consejo Central, que más tarde se llamó Consejo General.

La experiencia de la Unión Obrera General alemana fundada por Lassalle demostró cuáles inconvenientes tenía esta institución completamente inútil. El Consejo General elegía presidente de la sesión y para la ordenación de los asuntos corrientes los secretarios de diferentes países se reunían con el secretario general.

El estatuto de la Internacional fue más tarde utilizado desmedidamente en el movimiento obrero internacional. No detallaré las modificaciones que le fueron introducidas durante ocho años, pero que lo dejaron intacto en sus rasgos fundamentales; sólo los poderes del Consejo General fueron ampliados al final de la I Internacional.

La tarea esencial del Consejo provisorio era convocar el congreso internacional. Sobre este punto

se suscitaron discusiones ardientes. Marx insistía en que se hicieran desde el primer instante todos los trabajos preparatorios a fin de conceder tiempo a los diferentes países para conocer los propósitos de la Internacional y poder organizarse medianamente.

Por el contrario, los ingleses, que ponían en primer plano los intereses de su movimiento profesional, insistían en que el congreso fuera convocado lo más rápido posible, y en esto tenían como aliados a los desterrados franceses del Consejo Central.

La cuestión terminó con un compromiso. En 1865 se convocó, no un congreso, sino una conferencia, que se efectuó en Londres; en ella se escucharon toda suerte de informes y se elaboró la orden del día del futuro congreso. Estaban representadas Suiza, Inglaterra, Bélgica y Francia; la situación no era halagüeña. Se decidió convocar el congreso para mayo de 1866.

Era en Alemania donde, a pesar de existir la Unión Obrera General, los asuntos iban peor. Habiendo sido muerto Lassalle el 30 de agosto de 1864 en un duelo, fue remplazado, conforme con los estatutos de la Unión, por Bernardo Becker, hombre incapaz y poco influyente. Mucho mayor era la influencia de Schweitzer, redactor del órgano central de la Unión, el *Socialdemócrata*. Pero muy pronto entre este último y Guillermo Liebknecht, que formaba parte de la redacción, surgieron fuertes divergencias sobre problemas de política interior. Marx y Engels, que habían accedido a colaborar en el periódico, renunciaron al poco tiempo públicamente. El difunto Mehring se ha esforzado en defender a Schweitzer y demostrar que en tal circunstancia Marx y Engels no tenían completa razón. Pero se engaña torpemente; todos los hechos se vuelven contra él.

Ya hemos visto que la táctica de Lassalle adolecía de defectos considerables; Lassalle se permitía pro-

cedimientos inadmisibles con la pandilla gubernamental. Schweitzer iba aún más lejos. Insertó en su periódico una serie de artículos de los cuales Mehring mismo dice que, por sus bobadas contra Bismarck, le produjeron una impresión extremadamente desfavorable. Pero Mehring trata de justificar a Schweitzer mostrando que las condiciones de la lucha legal exigían esta pretendida táctica. Liebknecht, viejo revolucionario, no podía, dice él mismo, adaptarse a esas condiciones y excitaba contra Schweitzer a sus antiguos amigos y maestros. De este modo Schweitzer fue obligado a separarse de Liebknecht, a cuyo lado se colocaron no sólo Marx y Engels, sino muchos de sus viejos adversarios, como Hesse, que tampoco aceptaban la táctica de Schweitzer. A semejanza de lo que ocurrió en Rusia en las discusiones entre los bolcheviques y liquidadores, en las que estos últimos fueron bautizados por Lenin con el nombre de partido obrero "stolypiniano", el de Schweitzer fue llamado por los viejos militantes clandestinos del partido "bismarckiano".

En cualquier caso, en el momento que se reunía la conferencia de Londres los alemanes amigos de Marx no poseían ningún órgano de publicidad y sólo se ocupaban de crear su propia organización. En cuanto a los lassallianos, no querían, en esa época, oír hablar de la Internacional. El resultado de esta escisión fue que, durante los primeros años, los alemanes sólo participaron en la Internacional por intermedio de los viejos desterrados residentes en Inglaterra y en Suiza.

Los informes presentados a la conferencia de Londres muestran que la situación económica de la Internacional era muy mala. Durante todo el año sólo se había reunido una suma aproximada a 750 francos. Todas las operaciones de tesorería, todas las entradas de ese año, representan unas 33 libras esterlinas. Con una suma tal es muy difícil hacer grandes cosas; apenas se dispone para pa-

gar el alquiler y subvenir a las necesidades urgentes.

Las discusiones sobre la orden del día renovaron las divergencias anteriormente suscitadas entre los franceses radicados en Londres y sus compatriotas que representaban la organización parisiense. Estos últimos no querían entonces que se planteara la cuestión de la independencia de Polonia como un asunto puramente político. Los desterrados franceses, apoyados por algunos ingleses, luchaban para que se insertara en la orden del día un punto sobre la religión y reclamaban una lucha implacable contra la superstición religiosa. Marx se pronunció contra su proposición. Sostenía con justeza que, considerado el nivel poco elevado del movimiento obrero y la escasa relación entre los trabajadores de distintos países, el hecho de poner el punto en la orden del día del primer congreso, sólo suscitaría conflictos inútiles. Sin embargo, quedó en minoría.

Transcurrió aún un año antes de que fuera convocado el primer congreso, cuya realización se fijó para septiembre de 1866. Durante este tiempo se produjeron algunos acontecimientos sobre los cuales hay que decir algo. Para Inglaterra fue un año de lucha política intensa. Las trade-unions, dirigidas por los obreros que formaban el Consejo Central, desarrollaron una lucha encarnizada para conquistar nuevos derechos electorales. Esta lucha, lo repito, se efectuó bajo la dirección de la Internacional. Marx realizaba grandes esfuerzos a fin de que los obreros ingleses no repitiesen sus viejos errores y desarrollasen la lucha independientemente, sin coaligarse con los radicales. Pero a principios de 1866 reapareció la táctica con tanta frecuencia nociva en la época del cartismo y que todavía le hizo tanto daño. Con el propósito de conquistar el sufragio universal, los jefes de los obreros, en parte por razones financieras, realizaron un acuerdo con el partido más radical de la burguesía

democrática, que también reivindicaba el sufragio universal, y se organizó un comité común para dirigir la lucha. Había elementos respetables, como el profesor Beesley, y demócratas sinceros, pero también representantes de las profesiones liberales, abogados y jueces, representantes de la pequeña y de la burguesía media y en particular de la burguesía comercial que desde el comienzo fue partidaria de un compromiso. La lucha se realizó a la manera inglesa: organizáronse mítines y manifestaciones. En junio de 1866 Londres contempló una demostración grandiosa, como nunca se había visto, aun en la época del cartismo. Bajo la presión de la multitud agrupada en Hyde Park, donde se reunía la manifestación y se habían realizado varios mítines, cedieron los enrejados. El gobierno comprendió entonces que era llegado el tiempo de hacer concesiones.

Después de la revolución de julio hubo igualmente en Inglaterra un fuerte movimiento a favor de la reforma electoral, que terminó con un compromiso. Los obreros fueron indignamente engañados y sólo la burguesía industrial obtuvo el derecho de voto. Aun entonces, viendo que la efervescencia era grande entre los obreros urbanos y que estaba obligado a ceder, el gobierno propuso una nueva ampliación de los derechos electorales, que serían concedidos a todos los obreros de las ciudades.

Es evidente que el derecho de voto sólo era reclamado para la población masculina; ni siquiera se soñaba que pudiera conferirse a las mujeres. Se propuso a los obreros el compromiso siguiente, que fue inmediatamente aceptado por los miembros burgueses del comité de reforma electoral: el derecho de voto se acuerda a todos los obreros que posean domicilio (aunque sea de una pieza) por el que paguen un *minimum* determinado de alquiler. De este modo el derecho de voto se confirió a casi todos los obreros urbanos, excepto los que se aloja-

ban en común en una sola pieza (que ya eran entonces numerosos), y los obreros rurales, por el contrario, no fueron comprendidos. El autor de esta hábil maniobra fue el jefe conservador inglés, Disraeli, la que consintieron los reformistas burgueses, instando a los obreros a aceptar esta concesión e indicándoles que después de la nueva elección parlamentaria podrían reclamar una nueva extensión de los derechos electorales. Pero los obreros rurales debieron esperar aún veinte años, hasta 1885, y sólo bajo la influencia de la revolución rusa de 1905 los que *no pagan alquiler o poseen una pieza* obtienen al fin el derecho de voto.

En 1865-66 se produjeron en Alemania acontecimientos no menos importantes: una encarnizada lucha por la hegemonía se desarrolló entre Prusia y Austria. Bismarck se propuso dejar definitivamente a Austria fuera de la Confederación Germánica, hacer de Prusia la columna vertebral de Alemania y hasta reducir las provincias alemanas que poseía Austria. A esta cuestión me referí al exponer las divergencias entre Marx y Engels, de una parte, y Lassalle, de otra.

El litigio entre Austria y Prusia terminó en una guerra. En dos o tres semanas Prusia, que no desdeñaba aliarse con Italia contra un Estado alemán, venció con facilidad a Austria y se anexó varios pequeños Estados que se habían puesto al lado de esta última: el reinado de Hanover, la ciudad libre de Francfort, el gran ducado de Hesse, etc. Austria fue excluida definitivamente de la confederación germánica, se organizó la unión de la Alemania del Norte teniendo a Prusia a su cabeza, y para conquistar las simpatías de obreros y la clase baja, Bismarck introdujo el sufragio universal.

En Francia, Napoleón fue obligado a hacer algunas concesiones, como la abrogación de ciertos artículos del Código Penal establecidos contra las coaliciones obreras. Las persecuciones ejercidas con-

tra las organizaciones económicas, particularmente contra las cooperativas y las sociedades de socorros mutuos, disminuyeron, y ganó terreno entre los obreros la corriente que se esforzaba en utilizar las posibilidades legales. Además, las organizaciones blanquistas se desarrollaban y sostenían una violenta polémica con los internacionalistas, a quienes reprochaban renunciar a toda lucha revolucionaria y coquetear con el gobierno bonapartista.

En toda la Suiza francesa, alemana e italiana los obreros se ocupaban de sus asuntos locales y sólo los desterrados y los extranjeros se interesaban por la Internacional. La sección alemana que, dirigida por Becker, editaba la revista *El Precursor*, hizo entonces el papel de órgano central para las relaciones con el extranjero y para aquellos obreros alemanes que se desvincularon del lassallismo y se adhirieron a la Internacional.

El congreso se reunió en Ginebra en septiembre de 1866, cuando Prusia había vencido a Austria y los obreros ingleses, al parecer, obtenían una gran victoria política sobre la burguesía. El congreso se inició con un escándalo. Habían llegado de Francia, además de proudhonianos, blanquistas que pretendían participar en sus trabajos; casi todos eran estudiantes muy revolucionarios y el futuro comisario de justicia de la Comuna de París, Protot. Aunque no poseían ningún mandato, eran los que más alboroto hacían. Por último, se les expulsó bruscamente. Se ha dicho que se les quiso ahogar, en el lago de Ginebra, pero esto es sólo una leyenda. Hubo, sin duda, puñetazos, se propinaron algunos golpes, como sucede entre los franceses, que, en sus luchas de fracciones, no siempre se limitan, como los pacíficos eslavos, a resoluciones de exclusión.

Luego de lograr ponerse al trabajo, la batalla principal se desarrolló entre los proudhonianos y la delegación del Consejo General compuesta por Eccarius y obreros ingleses. Marx no pudo asistir; se

hallaba a la sazón ocupado en la redacción definitiva del primer tomo de *El Capital*; además, enfermo y estrechamente vigilado por los espías franceses y alemanes, sólo salvando muchas dificultades hubiera podido hacer el viaje. Pero escribió para la delegación un informe minucioso sobre todos los puntos de la orden del día.

Los delegados franceses presentaron un informe detallado, que era la exposición de las ideas económicas de Proudhon, se declararon enérgicamente contra el trabajo de la mujer, sosteniendo que la naturaleza ha hecho del hogar su lugar, que la mujer debe ocuparse de la familia y no de trabajar en la fábrica. Rechazaban de un modo explícito las huelgas y los sindicatos y defendían la cooperación y la organización del cambio sobre base de mutualidad. Las condiciones primordiales para actualizar su programa eran, según ellos, la realización de un acuerdo entre las diferentes cooperativas y el establecimiento del crédito sin interés. Hasta insistieron para que el congreso ratificase la organización del crédito internacional, pero sólo lograron obtener una resolución que recomendaba a todas las secciones de la Internacional se ocuparan del estudio de la cuestión y de la unificación de todas las sociedades obreras de crédito. Se opusieron también a la limitación legal de la jornada de trabajo. Fueron combatidos por los londinenses y los delegados alemanes, los que propusieron, como resolución sobre cada punto de la orden del día, un pasaje apropiado del informe de Marx, que colocó en primer plano todos los asuntos que provienen de las reivindicaciones de la clase obrera.

El informe pedía que la Internacional dedicara toda su actividad a la unión y al agrupamiento de todos los esfuerzos dispersos de la clase obrera que lucha por sus intereses. Era necesario crear una vinculación que no sólo permitiera a los obreros de los diferentes países comprender su fraternidad en la lucha, sino hasta llegar a obrar como

combatientes de un ejército emancipador único; organizar la ayuda mutua internacional para las huelgas e impedir el reemplazo de los obreros de un país por extranjeros, que es uno de los procedimientos favoritos de los patrones.

Una de las tareas principales que preconizaba Marx era el estudio metódico, científico, de la situación de la clase obrera de todos los países, estudio que debía ser emprendido por iniciativa de los obreros mismos, y todos los materiales reunidos se enviarían al Consejo General para que los ordenara. Marx indicaba a grandes rasgos los principales asuntos de que debía ocuparse la encuesta obrera.

El problema de los sindicatos provocó vivos debates. Los franceses se declararon contra las huelgas y contra cualquiera organización de resistencia a los patrones; sólo en la cooperación veían la salvación de los obreros. Los delegados londinenses les proponían, en forma de resolución, toda la parte del informe de Marx sobre los sindicatos. Esta fue adoptada por el congreso, pero originó el mismo malentendido que las otras decisiones de la I Internacional. Durante mucho tiempo el texto exacto no se conoció; los alemanes sólo lo conocían por una traducción de Becker, a todas luces insuficiente, aparecida en *El Precursor*; la traducción francesa era peor aún. Traducida del original inglés, la he publicado por primera vez en 1914 en *Sovremennyy Mir*.

La resolución repite, en una forma aún más clara, todo lo que había sido dicho por Marx en *Miseria de la filosofía* y en el *Manifiesto Comunista* sobre los sindicatos, núcleo fundamental de la organización de clase del proletariado. Indica, además, las tareas contemporáneas de los sindicatos y cuál es defecto es fatal que padezcan cuando se transforman en organizaciones estrechamente cooperativas. Por lo tanto, conviene que nos detengamos en ella.

¿Cómo han surgido los sindicatos? ¿Cómo se han desarrollado? Son el resultado de la lucha entre el capital y el trabajo asalariado. En esta lucha los obreros están en condiciones muy desventajosas; el capital es una fuerza social concentrada en las manos de un capitalista, mientras que el obrero sólo dispone de su fuerza de trabajo individual. Por esto el asunto no es propio de la naturaleza de un contrato entre el capitalista y el obrero. Cuando los proudhonianos hablaban de un contrato libre y justo demostraban simplemente su incomprensión del mecanismo de la producción capitalista. El contrato entre el capital y el trabajo no puede celebrarse en condiciones justas, aun en una sociedad que ponga de un lado los medios materiales de vida y de trabajo y de otro la energía productiva viviente. Detrás de cada capitalista está la fuerza de la sociedad, a cuya fuerza los obreros sólo pueden oponer su número, la fuerza social de que disponen. Pero la fuerza del número, de la masa, se reduce a un minimum por la división de los obreros, división creada y mantenida por su competencia inevitable. En primer lugar es indispensable suprimir esta competencia entre los obreros; y de las tentativas de los obreros para suprimirla o al menos para atenuarla, a fin de obtener por un contrato determinado condiciones de trabajo que los saquen de la esclavitud, han nacido los sindicatos. Al comienzo, su tarea inmediata se limitó a las necesidades del jornal; buscaron los medios de detener la continua usurpación capitalista; en una palabra, se ocuparon de los asuntos del salario y de la jornada obrera. A despecho de las afirmaciones de los proudhonianos, esta acción no sólo es legítima, sino necesaria, inevitable mientras subsista el sistema actual de producción y debe generalizarse mediante la formación de nuevos sindicatos y por su unión en todos los países.

Pero aún desempeñan los sindicatos un papel no menos importante, que los proudhonianos, en

1866, comprenden tan poco como su maestro en 1847. Inconscientemente los sindicatos han sido y son todavía centros de organización para la clase obrera, como lo fueron en la Edad Media las comunas para la burguesía; y si son necesarios para la guerra entre los partidarios del capital y del trabajo, su importancia es mayor aún como factor de organización para la supresión del régimen de asalariado. Por desgracia, los sindicatos no han comprendido todavía del todo esta tarea. Demasiado absorbidos por su lucha local e inmediata contra el capital, aún no han comprendido cabalmente la fuerza de su acción dirigida contra el sistema mismo de la esclavitud a salario. De aquí que se hayan mantenido y aún se mantengan demasiado apartados de los movimientos generales y políticos.

Marx destaca los síntomas que indican que los sindicatos comienzan a comprender su misión histórica, de entre los cuales cita la participación de los sindicatos ingleses (trade-unions) en la lucha por el sufragio universal y la resolución que adoptaron en la conferencia de Sheffield, recomendando a todos los sindicatos la adhesión a la Internacional.

En conclusión, Marx, que hasta entonces había polemizado contra los proudhonianos, se pone contra los trade-unionistas puros, que querían limitar la acción de los sindicatos a asuntos del salario y de la jornada obrera.

Los sindicatos deben, además, aprender a obrar conscientemente como centros de organización de la clase obrera para su emancipación completa y han de secundar todo movimiento social y político que tienda a ese fin. Considerándose combatientes y representantes de la clase obrera y accionando en concordancia, han de atraer a sus filas a todos los obreros; vigilar atentamente sus intereses en las ramas de las industrias peor retribuidas; preocuparse, por ejemplo, de los obreros agrícolas que, en virtud de su situación especial, son reducidos

a la impotencia; proclamar ante el mundo entero que sus aspiraciones no son estrechas y egoístas, sino que propenden a la liberación de los millares de oprimidos del globo.

Los debates del congreso de Ginebra sobre la cuestión sindical tienen un gran interés. Los delegados londinenses defendieron con mucha inteligencia su posición, pues consideraban que la resolución misma no era más que la deducción del extenso informe de Marx, que, por desgracia, sólo ellos conocían. En efecto, cuando el Consejo General hubo examinado las cuestiones que debían figurar en la orden del día del futuro congreso, se suscitaron profundas divergencias entre sus miembros. Por esto Marx leyó en el Consejo General un informe detallado en el que explica la importancia de los sindicatos en el régimen capitalista. Aprovechó esa ocasión para exponer a su auditorio en forma popular su nueva teoría del valor y de la plusvalía, la dependencia que existe entre el salario, la ganancia y el precio de las mercancías. Estas discusiones del Consejo General impresionan por su seriedad y gravedad dignas de una sociedad de sabios burgueses. Toda la autoridad, todas las adquisiciones de esta nueva ciencia económica marxista fueron puestas al servicio de la clase obrera.

Los delegados londinenses defendían con igual habilidad la resolución de Marx sobre la jornada de ocho horas; contrariamente a los franceses, demostraban, con Marx, que "la condición previa y sin la cual toda tentativa de mejoramiento y liberación de la clase obrera resulta infructuosa, es la limitación legal de la jornada de trabajo". Es necesario restaurar la salud y la energía de cada nación, asegurarle la posibilidad de desenvolvimiento intelectual, de comunión social y de su actividad política.

Tomando como base la proposición del Consejo General, el congreso fijó en ocho horas el límite

legal de la jornada de trabajo. Y como esta limitación era una reivindicación de los obreros de Estados Unidos, la transformó en programa general de la clase obrera de todo el mundo. El trabajo nocturno sólo sería permitido en casos excepcionales, en algunas ramas de la producción y en ciertas profesiones que se determinarían claramente por la ley, pero con la aspiración a suprimirlo.

En su nota-informe Marx no estudiaba en detalle, por desgracia, la cuestión del trabajo de la mujer; creyó que bastaba decir que el párrafo sobre la reducción de la jornada de trabajo se refería íntegramente a todos los obreros adultos, hombres y mujeres. Por consiguiente, especificaba que estas últimas no debían emplearse en el trabajo nocturno y no podrían ser obligadas a realizar ninguna tarea perjudicial para su organismo ni ejercer un oficio que requiriera la manipulación de sustancias venenosas o nocivas para la salud. Luego, como la mayoría de los franceses y de los suizos se manifestaron categóricamente contra el trabajo de la mujer, el congreso adoptó las tesis de Marx y la resolución de los franceses, con lo que se declaró, en suma, que era preferible impedir el trabajo de la mujer, pero que, allí donde no fuera posible, había que contentarse con los límites fijados por Marx.

Por el contrario, las tesis de Marx sobre el trabajo de los niños y de los adolescentes se adoptaron íntegramente, sin ninguna enmienda proudhoniana. Se decía en ellas que la tendencia de la industria contemporánea a hacer colaborar a los niños y a los adolescentes de ambos sexos en la obra de producción social, era una tendencia progresista, sana y legítima, aunque, bajo la dominación del capital, se transforma en horrible flagelo. En una sociedad racionalmente organizada, según Marx, todos los niños, a partir de la edad de nueve años, deben ser productores. De igual modo, ningún adulto sano puede sustraerse al cumplimiento de

esta ley de la naturaleza: trabajar para tener la posibilidad de comer, y no sólo trabajar intelectualmente, sino también físicamente. A este respecto Marx propuso todo un programa de combinación del trabajo manual con el intelectual, programa que comporta el desarrollo intelectual general, el politécnico que hace conocer a los niños las bases científicas de todos los procesos de producción.

En su nota-informe Marx se refiere a la cooperación, oportunidad que aprovecha no sólo para criticar las ilusiones de los cooperativistas puros, sino también para destacar la condición especial para el éxito del movimiento cooperativo. Como en el *Manifiesto Inaugural*, no concede su preferencia a las cooperativas de consumo, sino a las de producción; "pero no es con las cooperativas, cualesquiera sean —agrega—, que se puede lograr la supresión del régimen capitalista. Para esto es necesario un cambio más vasto, más radical, que se extienda a la sociedad entera. Cambios tales sólo pueden producirse por intermedio de una fuerza social organizada, el poder estatal, que ha de pasar de manos de los capitalistas y latifundistas a las de la clase obrera". Así, pues, también aquí proclama Marx la necesidad de la conquista del poder político por la clase obrera.

El proyecto de estatuto que ustedes ya conocen fue adoptado sin ninguna modificación. La tentativa de los franceses (que ya habían suscitado esta cuestión en la conferencia de Londres) de no entender por "obrero" más que a las personas ocupadas en un trabajo manual y excluir a los representantes del trabajo intelectual, fue fuertemente combatida. Los delegados ingleses declararon que de aceptarse la proposición de los franceses era necesario excluir al mismo Marx, que tanto había hecho por la Internacional.

El congreso de Ginebra desempeñó un papel importante como instrumento de propaganda; todas sus resoluciones para establecer las reivindica-

ciones primordiales de la clase obrera, escritas casi exclusivamente por Marx, entran en el programa mínimo práctico de todos los partidos obreros. El congreso tuvo inmensa repercusión en todos los países, comprendida Rusia, donde, ya en 1865, el *Sovremenny* reprodujo gran parte del *Manifiesto Inaugural*, presentándolo como escrito por Marx. Después del congreso de Ginebra, que dio fuerte impulso al movimiento obrero internacional, la Internacional adquirió súbitamente gran popularidad y llamó la atención de algunas organizaciones democráticas-burguesas que intentaron utilizarla para sus propósitos personales.

En el congreso siguiente, realizado en Lausana, la lucha se entabló alrededor de la participación en el congreso de una nueva sociedad internacional, la Liga para la Paz y la Libertad, que debía reunirse en Ginebra. Triunfaron los partidarios de la participación. Sólo en el congreso siguiente, realizado en Bruselas, triunfa el punto de vista del Consejo General y se decidió proponer a la Liga que se adhiciese a la Internacional y se afiliasen sus miembros a las respectivas secciones de cada país.

Marx no participó en esos dos congresos. Aún no había terminado el congreso de Lausana cuando apareció el primer tomo de *El Capital*. En el congreso siguiente, realizado en Bruselas en 1868, se adoptó, a proposición de la delegación alemana, una resolución que recomienda a los obreros de todos los países el estudio de *El Capital*. Esta resolución destacaba el mérito inmenso de Marx: es "el primer economista que haya sometido el capital a un análisis minucioso y reducido a sus elementos fundamentales".

Entre otras cosas, examinó el congreso de Bruselas la cuestión de la influencia de las máquinas en la situación de la clase obrera, las huelgas y la propiedad territorial. Las resoluciones adoptadas son, poco más o menos, compromisos; por el con-

trario y por primera vez, el punto de vista del socialismo, o como se decía entonces, del colectivismo, triunfa contra el criterio de los franceses; se reconoció la necesidad de socializar los medios de transporte, de comunicación y el suelo, pero esta resolución sólo fue adoptada en forma definitiva en el congreso siguiente, realizado en Basilea en 1869.

La cuestión política capital que preocupó a la Internacional después del congreso de Lausana fue la de la guerra y los medios a emplear para combatirla. La guerra de 1866 entre Prusia y Austria, en que triunfó la primera, hizo nacer la opinión de que esta guerra originaría, en un porvenir próximo, otra entre Francia y Prusia. En 1867 las relaciones entre ambos países se hicieron delicadas. Las aventuras coloniales emprendidas por Napoleón para rehacer su prestigio perjudicaron, por el contrario, considerablemente su situación. La expedición a México, efectuada bajo la presión de los grandes financistas, lo indispuso sobremanera con los Estados Unidos, categóricamente hostiles a toda tentativa de las potencias europeas para inmiscuirse en los asuntos de América. El plan de Napoleón se frustró de modo lastimoso. Urgíale reparar sus malandanzas en Europa, pero también allí lo perseguía la desgracia; obligado a hacer concesiones en política interior, esperaba, mediante una anexión afortunada en Europa, redondear las posesiones francesas y consolidar su situación. Prodúcese el asunto de Luxemburgo en 1867: después de toda suerte de tentativas infructuosas para obtener algún territorio sobre la margen izquierda del Rin, Napoleón intentó comprar a Holanda el gran ducado de Luxemburgo, que hasta 1866 perteneció a la Confederación Germánica, pero cuyo jefe supremo era el rey de Holanda. En otro tiempo había en el ducado una guarnición prusiana, que debió retirarse. La noticia de una transacción entre Napoleón y los Países Bajos produjo viva eferves-

cencia entre los patriotas alemanes; se respiraba una atmósfera de guerra, pero Napoleón, no considerándose bastante alistado, se batió en retirada, con lo que su prestigio sufrió considerablemente y tuvo que hacer nuevas concesiones a la oposición, que aumentaba sin cesar.

Cuando se realizaba el congreso de Bruselas la situación era tan aguda que cada día se esperaba la guerra, con la persuasión de que estallaría tan pronto como Francia y Prusia hubieran terminado sus preparativos y encontraran un pretexto favorable. Planteábase el movimiento obrero, que se desarrollaba día a día, la cuestión alarmante de las medidas a emplear para impedir esa guerra, que asestaría un golpe terrible a los obreros franceses y alemanes. De aquí que la Internacional, que desde 1868 representaba una fuerza considerable y estaba a la cabeza del movimiento obrero internacional, no podía sino interesarse por este asunto. En el congreso de Bruselas unos pedían la organización de una huelga general en caso de guerra; otros demostraban que únicamente el socialismo le pondría fin, y después de animados debates se adoptó una resolución contemporizadora bastante confusa.

Como en el verano de 1869 el espectro de la guerra parecía haberse esfumado, en el congreso de Basilea ocuparon el primer lugar los problemas económicos y sociales; por primera vez se planteó de manera categórica el problema, ya tratado someramente en Bruselas, de la socialización de los medios de producción, y esta vez los adversarios de la propiedad individual del suelo triunfaron en forma definitiva. La derrota de los proudhonianos fue completa, pero surgieron otras divergencias, pues allí aparece el representante de una nueva tendencia, Bakunin. ¿De dónde provenía? Después de 1840 lo vemos en Berlín; sabemos que pasó por la misma escuela filosófica que Marx y Engels; que al comienzo de la revolución de 1848 se puso al

lado de los desterrados alemanes que en París organizaron una legión revolucionaria para invadir a Alemania. Durante la revolución se esforzó en Moravia por unir a los revolucionarios eslavos; arrestado luego, fue condenado a muerte, pero puesto en manos de Nicolás I, éste lo encarceló en Schlussembourg. Algunos años más tarde, bajo Alejandro II, fue enviado a Siberia, de donde se fugó hacia el Japón y América hasta Europa. Esto ocurría en 1862. Se metió en los asuntos rusos, alióse con Herzen, escribió sobre las cuestiones eslavas y rusas algunos folletos, en los que demuestra la necesidad de la unión revolucionaria de los eslavos e hizo una tentativa desgraciada para participar en la insurrección polaca. En 1864 se encontró en Londres con Marx y por él conoció la fundación de la Internacional. Le prometió participar en ella y se trasladó a Italia, donde se ocupó de otras cosas. Como en 1848, Bakunin creía que Marx sobreestimaba la importancia de la clase obrera; opinaba que los intelectuales, estudiantes, representantes de la democracia burguesa y particularmente los desclasados constituyen un elemento mucho más revolucionario.

Mientras la Internacional luchaba contra las primeras dificultades y llegaba gradualmente a ser la organización internacional más influyente, Bakunin trabajaba en Italia para organizar su sociedad revolucionaria; luego pasó a Suiza, se afilió a la Liga Burguesa para la Paz y la Libertad, de cuyo comité central llegó a ser miembro. De ella salió en 1868, pero en vez de entrar en la Internacional fundó con sus camaradas una nueva sociedad: la Alianza Internacional de la Democracia Social.

Esa sociedad era, por lo menos exteriormente, muy revolucionaria; declaraba guerra implacable a Dios y al Estado y exigía que todos sus miembros fueran ateos; su programa económico no se distinguía precisamente por la claridad y en vez de tender a la supresión de las clases postulaba su igual-

dad económica y social. A pesar de sus alardes revolucionarios, ni siquiera se mantenía consecuente con un programa socialista y se limitaba a reclamar la supresión del derecho de herencia. Sin duda para no atemorizar a los tráfugas de las otras clases, se rehusaba a destacar con nitidez su carácter de clase.

La Alianza se dirigió al Consejo General para pedir su ingreso en la Internacional, pero en carácter de asociación especial, con estatuto y programa propios. Con esto abordamos uno de los puntos más espinosos. Como Marx gozaba de gran influencia en el Consejo General, se le responsabiliza corrientemente de todas las decisiones que éste tomaba, y esto es exagerado. Pero en la decisión concerniente a Bakunin es en efecto a Marx a quien corresponde la mayor responsabilidad. Si se cree no sólo a los partidarios de Bakunin, sino también a algunos marxistas que tomaron la defensa de este chismoso pero sincero revolucionario, Marx fue demasiado brutal al oponer al pedido de la Alianza una negativa rotunda.

Para comprender el fondo de la discusión imaginad, por ejemplo, que una organización que acaba de desvincularse de una sociedad democrática cualquiera se dirige a la Internacional Comunista pidiendo ser aceptada en su seno, pero reclamando derecho de existir como sociedad que posee un programa, y aun el de convocar su congreso especial. Se le respondería, con razón: Ciertamente, vale más tarde que nunca, y si han comprendido el error de aliarse con la burguesía, vengan a nosotros, que serán bien venidos, pero empiecen por disolver su organización e ingresen en nuestras diferentes secciones. No se podría hallar en esta respuesta una prueba de hostilidad o de aversión hacia la organización de marras.

Además, conviene no olvidar la siguiente circunstancia: A la vez que el programa de su Alianza, Bakunin envió una carta personal a Marx casi cua-

tro años después de haberle escrito de Italia para prometerle que trabajaría allí por la Internacional. Y no sólo dejó de lado esta promesa, sino que dedicó todas sus fuerzas al movimiento burgués. Ahora escribía a Marx, es verdad, manifestándole que comprendía mejor que nunca cuánta razón tenía escogiendo el largo camino de la revolución económica y ridiculizando a los que yerran en las empresas nacionales o puramente políticas. Y agregaba de modo patético: "Desde el adiós público y solemne que en el congreso de Berna he dado a los burgueses, no conozco otra sociedad ni otro medio que el mundo de los obreros. Mi patria será en adelante la Internacional, de la que tú eres uno de los principales fundadores. Ya lo ves, amigo mío, soy tu discípulo y estoy ufano de serlo".

Esta carta tiene la virtud de llenar de lágrimas y de ternura a los amigos de Bakunin y de provocar su indignación contra Marx, el hombre sin corazón que tan brutalmente rechazó la mano que se le tendía. Mehring mismo dice que no es posible dudar de la sinceridad de las declaraciones de Bakunin.

Tampoco tengo yo la intención de sospechar de la sinceridad de Bakunin, pero ruego a los lectores que se pongan en el lugar de Marx. Este era, evidentemente, áspero por naturaleza, pero el mismo Mehring ha reconocido que hasta fines de 1868 Marx dio pruebas de gran tolerancia hacia Bakunin. Todo tiene sus límites; y basta leer con atención la carta de Bakunin para comprender que su tono sentimental debió ser poco convincente para Marx. No es una carta escrita por un muchacho, sino por un hombre de más de cincuenta años que ya otra vez se había adherido al "mundo de los obreros" para olvidarlo de inmediato y refugiarse en el "mundo de la burguesía". Después de cuatro años de permanecer en este mundo profundamente embaucado y deseoso de entrar de nuevo en la amplia vía, Bakunin solicitó su admisión en la

Internacional, pero exigiendo condiciones en verdad excesivas. Marx, pues, que en 1864 fue hasta benévolo hacia Bakunin, se puso otra vez, y con razón, en guardia.

Luego que el Consejo General rechazó categóricamente el pedido de Bakunin, éste anunció que la Alianza se disolvía y que su organización se transformaría en secciones de la Internacional, pero conservando su programa teórico. El Consejo no consintió en admitir las secciones de la Alianza sino en condiciones comunes.

Todo parecía terminado. Mas pronto sospechó Marx que Bakunin había simplemente engañado al Consejo General y que, disolviendo en forma oficial su asociación, conservaba en efecto la organización central para llegar a apoderarse de la Internacional. Y justamente éste fue el fondo del litigio. Estamos dispuestos a admitir que Marx era un hombre malo y Bakunin un ángel bondadoso, pero no es ésta la cuestión, porque Bakunin tuvo también no pocos defectos. ¿Y quién no los tiene? A lo que deben responder con claridad sus defensores es a esto: ¿Existía o no una organización secreta? ¿Se permitió o no Bakunin matraquear al Consejo General asegurándole que había disuelto su asociación?

A pesar del ciego amor a Marx de que Mehring me acusa, estaría dispuesto a reconocer con él que Bakunin fue indignamente calumniado si el finado Guillaume, viejo amigo de éste e historiador de la Internacional, hubiese demostrado que la Alianza fue de veras disuelta. Pero lo cierto es, por desgracia, que ella existía y realizaba una lucha encarnizada contra la Internacional. En esta lucha nuestro honrado Bakunin puso en acción todos los medios que juzgó necesarios para conseguir su objeto, cosa que no le reprocho. Pero es ridículo ver a sus partidarios esforzándose en presentarlo como a un hombre que jamás recurre a medios peligrosos y, como lo asegura uno de sus defenso-

res menos inteligentes, que nunca tuvo un oculto propósito.

¿Cuál fue el objeto en cuyo beneficio Bakunin no vaciló en utilizar todos los medios? Destrucción de la sociedad burguesa, revolución social, he aquí lo que quería Bakunin; pero Marx tenía el mismo propósito, de modo que las divergencias hay que buscarlas en otro punto, y, en efecto, Marx y Bakunin estaban en completo desacuerdo sobre la manera de conseguir su objetivo. Ante todo hay que destruir, para que en seguida todo se reforme a sí mismo, y cuanto más pronto mejor. Basta sublevar a los intelectuales revolucionarios y a los obreros exasperados por la miseria. Para ello sólo se requiere un grupo compuesto por hombres decididos, caldeados por el fuego sacro. He aquí, en sustancia, toda la doctrina de Bakunin, que, al pronto, recuerda la de Weitling, pero la semejanza es sólo superficial, e igualmente tiene una superficial analogía con la de Blanqui. Bakunin rehusaba admitir la conquista del poder político por el proletariado, negaba toda lucha política realizada en la sociedad burguesa existente y en cuanto tendiera a lograr condiciones más favorables para la organización de clase del proletariado. De ahí que Marx y todos los que con él juzgaban necesario realizar la lucha política, organizar al proletariado para la conquista del poder político fueran, a los ojos de Bakunin y de sus adeptos, oportunistas inveterados que retardan la marcha de la revolución social.

Los bakuninistas aprovecharon, pues, la ocasión, a fin de asimilar a Marx a un hombre que para la realización de sus ideas no vacila en falsificar los estatutos de la Internacional; públicamente y en particular en sus cartas y circularés lo llenaron de injurias, no retrocedieron ante procedimientos antisemitas y hasta llegaron a acusarlo de ser agente de Bismarck.

En Italia y Suiza mantenía Bakunin numerosas

relaciones y en este último país, principalmente en la parte romana, tenía numerosos partidarios. No estudiaré el porqué, pues ello me llevaría demasiado lejos; me limitaré a decir que su propaganda fue sobre todo fructuosa entre los obreros inestables y los relojeros fuertemente hostigados por la competencia de la gran industria de relojería.

Cuando Bakunin se presenta al congreso de Basilea su grupo era ya considerable, y, como sucede en casos semejantes, la primera batalla se libró alrededor de un asunto por completo distinto del que constituía el fondo del desacuerdo. Bakunin, que protestaba violentamente contra cualquier oportunismo, reclamaba con particular insistencia que la supresión del derecho de herencia fuera adoptada como una de las reivindicaciones del momento. Ateniéndose a la nota-informe de Marx, los delegados del Consejo General demostraban que esa medida, como ya lo indica el *Manifiesto Comunista*, era una de las tantas de transición que el proletariado tomaría luego de adueñarse del poder político; entretanto, sólo se podía reclamar el aumento del impuesto a las sucesiones y la restricción del derecho de testar. Pero Bakunin hacía caso omiso de la lógica y de las condiciones reales; lo que buscaba en esta reivindicación era el medio de agitar que ella comportaba. Finalmente, ninguna resolución obtuvo la mayoría.

Otro conflicto se produjo entre Bakunin y el viejo Liebknecht. El congreso de Basilea era el primero en el que participaba un grupo considerable de delegados alemanes, pues en ese tiempo G. Liebknecht y A. Bebel habían logrado, luego de una encarnizada lucha de fracción contra Schweitzer, organizar un partido que en su congreso constituyente de Eisenach adoptó el programa de la Internacional. El órgano central de este partido criticó de manera virulenta la acción de Bakunin en la Liga para la Paz y la Libertad y reveló detalladamente sus viejos puntos de vista panesla-

vistas. Mehring dice que mucho tiempo después Marx se declaró contra esa crítica, pero, como lo hemos visto en el caso de Vogt, se le consideraba responsable de todos los actos de los marxistas, entre los cuales estaban Liebknecht y Bebel. Bakunin aprovechó el congreso para ajustar cuentas con Liebknecht, lo que finalizó con una reconciliación que sólo fue temporaria.

El congreso siguiente debía reunirse en Maguncia —Alemania—, pero no pudo efectuarse. Inmediatamente del congreso de Basilea las relaciones entre Francia y Alemania se hicieron tan tirantes que se podía esperar de un momento a otro la declaración de guerra. Bismarck, uno de los más grandes bribones que hayan nunca existido, engañó con habilidad a su viejo maestro Napoleón y, luego de hallarse preparado de pies a cabeza para la guerra, arregló las cosas de modo que a los ojos del mundo Francia apareciera como agresora. La guerra estalló, en efecto, y ni los obreros franceses ni los alemanes estuvieron en condiciones de impedirla. Algunos días después de la declaración de guerra el Consejo General publicó una proclama redactada por Marx. Esta comienza con una cita del *Manifiesto Inaugural* de la internacional, en la que se condena “la política exterior desenvuelta en concordancia con los prejuicios nacionales, persiguiendo propósitos criminales y el despilfarro de la sangre y los bienes de los pueblos en guerras de rapiña”. Sigue una requisitoria contra Napoleón, en la que Marx describe sucintamente la lucha de éste contra la Internacional, lucha que se reforzó cuando los internacionalistas franceses emprendieron una encarnizada agitación contra Napoleón. De cualquier modo que la guerra termine, agrega Marx, el Segundo Imperio está perdido; terminará como empezó, por una parodia.

¿Fue Napoleón el único culpable? No completamente. Todos los Estados europeos lo fueron, pues no hay que olvidar que éstos y las clases do-

minantes de Europa ayudaron a Bonaparte durante dieciocho años a desempeñar la comedia de la restauración del imperio.

Contra Alemania dirige Marx los ataques más violentos. La guerra actual es para los alemanes, dice, una guerra defensiva, pero ¿quién ha colocado a Alemania en la necesidad de defenderse? ¿Quién ha sugerido a Napoleón el ataque a Alemania? Prusia. Esta realizó un acuerdo con Napoleón contra Austria. Si Prusia hubiera sido derrotada, Francia habría invadido Alemania. ¿Y qué ha hecho Prusia después de su victoria sobre Austria? En vez de oponer a la Francia esclavizada una Alemania libre, no solamente ha mantenido intacto el viejo régimen prusiano, sino que le ha agregado todos los rasgos característicos del régimen bonapartista.

La primera fase, la fase decisiva de la guerra, fue de una rapidez aterradora. El ejército francés no estaba preparado; a pesar de la declaración presuntuosa del Ministro de Guerra, que afirmaba que todo, hasta el último botón, estaba listo, se averiguó que, si en efecto los botones lo estaban, no había dónde coserlos. En unas seis semanas el ejército regular francés fue batido por completo y Napoleón capituló el 2 de septiembre en Sedán. El 4 de septiembre se proclamó en París la República y contrariamente a la declaración de Prusia, afirmando que sólo combatía al imperio, las hostilidades continuaron. Esta fue la segunda fase de la guerra, la más larga y encarnizada.

En seguida de la proclamación de la República en Francia, publicó el Consejo General un segundo manifiesto sobre la guerra. Este manifiesto, escrito asimismo por Marx, es, por lo profundo del análisis de la situación y agudeza de su visión histórica, una de sus obras más geniales. Y es interesante que Marx lo firmara como secretario del Consejo General no sólo para Alemania sino también para Rusia, pues poco antes se había constituido

en Suiza una sección rusa de la Internacional, que le solicitó la representara en el Consejo.

Como hemos visto, Marx predijo en el primer *Manifiesto* que la guerra finalizaría con la caída del Segundo Imperio. El segundo comienza recordando esta predicción, pero no se justifica menos la crítica que Marx hizo antes de la política prusiana, pues la guerra defensiva de Prusia se transformó en un ataque al pueblo francés. Desde el momento que la disgregación del ejército francés se hizo evidente, mucho antes de la capitulación de Sedán, la pandilla militar prusiana se decidió por la política de conquista. La crítica de Marx a la hipócrita burguesía liberal alemana fue igualmente despiadada. Aprovechando las indicaciones de Engels, que como especialista seguía con atención el desarrollo de la guerra y que en la primera quincena de agosto predijo la catástrofe de Sedán, Marx analiza los argumentos militares con que los generales prusianos y Bismarck se esfuerzan en justificar la anexión de Alsacia y Lorena a Alemania.

Se decide de modo categórico contra toda anexión o contribución y demuestra que una paz de violencia conduce a resultados diametralmente opuestos a los esperados; una nueva guerra es la consecuencia de semejante paz. Francia querría recobrar lo perdido y para lograrlo trataría de aliarse con Rusia. De esta manera la Rusia zarista, que había perdido su hegemonía después de la guerra de Crimea, volvería a ser el árbitro de los destinos de Europa. Ese pronóstico genial, esa previsión del desarrollo de la historia europea, que es una de las pruebas prácticas más brillantes de la justeza de la concepción materialista de la Historia, termina con estas palabras:

¿Creer de veras los patriotas alemanes garantizar efectivamente la paz y la libertad de Alemania, arrojando a Francia en los brazos de Rusia? Si el

éxito del ejército, la embriaguez de la victoria y las intrigas dinásticas conducen a expoliar territorios franceses, dos caminos quedan abiertos para Alemania. O se transforma en instrumento consciente de los planes prusianos, política concorde con la tradición de los Hohenzollern, o al cabo de cierto tiempo muy breve deberá prepararse para una nueva guerra "defensiva"; pero ésta no será una guerra "localizada", será una guerra de razas, una guerra con los eslavos y los latinos aliados. He aquí la paz que "garantizan" a Alemania los obtusos patriotas burgueses.

Esta predicción se cumplió al pie de la letra, como han podido verlo los actuales patriotas alemanes, no menos obtusos que sus antepasados. El *Manifiesto* termina con la exposición de las tareas que se imponían entonces a la clase obrera; exhorta a los trabajadores alemanes a exigir una paz honorable y el reconocimiento de la República francesa. A los obreros franceses, que estaban en una situación mucho más embarazosa, Marx les aconseja no perder de vista a los republicanos burgueses y utilizar el régimen de la República para desarrollar rápidamente su organización de clase y obtener su emancipación.

Los acontecimientos no tardaron en justificar la desconfianza de Marx hacia los republicanos franceses. Su conducta infame, su disposición a entenderse con Bismarck antes que hacer la más ligera concesión a la clase obrera determinaron la proclamación de la Comuna. Después de tres meses de lucha heroica este primer ensayo de dictadura del proletariado, realizado en las más desfavorables condiciones, fue vencido. El Consejo General no estaba en condiciones de prestar a los franceses la ayuda necesaria. París estaba separado del mundo entero y del resto de Francia por las tropas fran-

cesas y alemanas. Ciertamente es que la Comuna despertó simpatías generales y podemos decir con todo orgullo que su suerte emocionó profundamente a la misma Rusia, donde, en abril de 1871, un grupo de revolucionarios, dirigidos por Goncharov, publicó manifiestos para exhortar al pueblo a seguir el ejemplo de los comunardos franceses.

Marx, que durante la Comuna, como lo prueba una de sus cartas (encontradas por mí) al eminente internacionalista y mártir de la Comuna, Varin, se esforzó en mantener relaciones con París, recibió del Consejo General el encargo de escribir sobre ella un manifiesto. En él defiende a los comunardos calumniados por toda la prensa burguesa y manifiesta que la Comuna es una nueva y grande etapa del movimiento proletario, el prototipo del Estado proletario que asumirá la realización del comunismo. Ya con la experiencia de 1848, Marx había llegado a la conclusión de que la clase obrera no puede limitarse a la conquista del poder político burgués, sino que debe destruir ese organismo burocrático y policial, y la experiencia de la Comuna lo convenció definitivamente de esa verdad. Ella enseña que el proletariado, una vez dueño del poder, está obligado a crear su propio órgano estatal adaptado a sus necesidades. Pero ella enseña también que el Estado proletario no puede encerrarse en los marcos de una ciudad, aunque sea la capital. El poder del proletariado ha de extenderse a todo el país para lograr consolidarse, y a varios países capitalistas para obtener la victoria definitiva.

Por el contrario, Bakunin y sus adeptos extrajeron otras conclusiones de la experiencia de la Comuna. Continuaron combatiendo, todavía con mayor violencia, toda política y todo Estado, recomendando la organización, en la primera ocasión favorable, de "comunidades" en las ciudades aisladas cuyo ejemplo sería imitado por las otras.

La derrota de la Comuna perjudicó mucho a la

Internacional y el movimiento obrero francés se interrumpió casi completamente durante varios años. En la Internacional sólo estuvo representado por los comunardos radicados en Inglaterra o en Francia que habían logrado escapar a las persecuciones y entre los cuales se desarrollaba la más encarnizada lucha de fracción, lucha que fue llevada al seno mismo del Consejo General.

El movimiento obrero alemán fue igualmente afectado. Bebel y Liebknecht, que protestaron contra la anexión de Alsacia y Lorena y se solidarizaron con la Comuna de París, fueron arrestados y condenados a prisión. El partido había perdido la confianza de Schweitzer y se le obligó a abandonarlo. Los adeptos de Liebknecht y de Bebel, los "eisenachianos", como se les llamaba, continuaron trabajando al margen de los lassallianos y sólo iniciaron un acercamiento con éstos cuando el Estado persiguió vigorosamente a los dos partidos en lucha. De este modo la Internacional perdió de un golpe su apoyo en los dos principales países de la Europa continental.

Hasta en el movimiento obrero inglés se produjo una revirada. La guerra entre los dos países más desarrollados del continente, desde el punto de vista industrial, no fue menos provechosa para la burguesía inglesa de lo que ha sido la Guerra Mundial para la burguesía americana. Entonces se halló la burguesía inglesa en la posibilidad de sacar de sus beneficios fabulosos cierta cantidad y distribuirla entre los numerosos obreros empleados en las principales ramas de la industria. Los sindicatos disfrutaron de mucha libertad de acción; algunas viejas leyes dirigidas contra ellos fueron suprimidas y esas reformas influyeron en algunos miembros del Consejo General que desempeñaban un papel importante en el movimiento trade-unionista. A medida que la Internacional se hacía más radical, muchos de ellos se hacían más y más moderados. Formalmente eran miembros del Consejo Gene-

ral, pero utilizaban tal título para sus intereses personales. La Comuna y los furiosos ataques que ella provocó contra la Internacional los amedrentaron; se apresuraron a declarar que no se solidarizaban con el manifiesto sobre la Comuna de París, aunque Marx lo había escrito por orden del Consejo General. Todo ello determinó una escisión en la sección inglesa de la Internacional.

En esas condiciones fue convocada, por último, en Londres, a fines de septiembre de 1871, la conferencia de la Internacional, que debía ocuparse principalmente de dos cuestiones. Constituía la primera la litigiosa cuestión de la lucha política, y uno de los motivos que indujeron a la conferencia a ocuparse de ella fue la conducta de los bakuninistas, que proseguían acusando a Marx de haber intencionalmente falsificado el estatuto de la Internacional para imponer a ésta su opinión. La resolución da esta vez una respuesta que no permite duda alguna y que significa la derrota completa de los bakuninistas. Como es probable que pocos de ustedes la conozcan y es muy importante, leeré la última parte.

Considerando:

Que la reacción desenfrenada reprime violentamente el movimiento emancipador de los obreros e intenta por la fuerza brutal perpetuar la división de clases y la subsistencia del dominio de una clase que de ello resulta;

Que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y el de su fin supremo, la abolición de las clases;

Que la unión de las fuerzas obreras obtenida ya por la lucha económica debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores;

La conferencia recuerda a todos los miembros

de la Internacional que en el plan de combate de la clase obrera su movimiento económico y su movimiento político están indisolublemente ligados.

Pero la conferencia hubo aún de ocuparse de los bakuninistas por otra razón. El Consejo General estaba cada vez más persuadido de que a pesar de todas las protestas de Bakunin, su sociedad secreta existía, por lo que la conferencia adoptó una resolución para prohibir en la Internacional la organización de sociedad alguna con un programa especial. A este respecto se consignó de nuevo la declaración de los bakuninistas sobre la disolución de la Alianza y el incidente se declaró terminado.

Pero había aún otra decisión que debía inquietar particularmente a Bakunin y a sus adeptos rusos. La conferencia declaró en forma categórica que la Internacional nada tenía que ver con el asunto de Nechayev, que se arrogó y explotó para sus fines particulares el título de miembro de la Internacional.

Tal decisión estaba dirigida exclusivamente contra Bakunin, que estuvo, como se sabe, ligado largo tiempo a Nechayev, revolucionario ruso escapado al extranjero en marzo de 1869. En el otoño de ese mismo año regresó a Rusia con plenos poderes otorgados por Bakunin y organizó en Moscú un grupo especial. Sospechando que el estudiante Ivanov quería traicionar la organización, lo asesinó, con la ayuda de algunos camaradas, a poca distancia de la academia Petrovsko-Razumovskoie y huyó nuevamente al extranjero. Este asunto originó el arresto de los miembros de la nueva organización y el de muchos estudiantes de San Petersburgo relacionados con ella. Todos ellos fueron delatados a los tribunales durante el verano de 1871. Este asunto es conocido con el nombre de Nechayev. Se publicaron numerosos documentos en el curso del proceso, y en éste se confundía la so-

ciudad de Bakunin y su sección rusa con la Internacional, pero bastó comparar esos documentos con los escritos de Bakunin para reconocer al verdadero autor. Sólo se distinguían de otros llamamientos análogos por su mucha franqueza y, en las partes rectificadas y completadas por Nechayev, por una cierta torpeza y pesadez de exposición.

Se acostumbraba decir que Bakunin estuvo sometido a la influencia de Nechayev, que lo engañaba y lo utilizaba con fines personales. Nechayev, hombre de talento pero de poca instrucción, que rechazaba como inútil todo trabajo teórico, estaba dotado de una energía excepcional, de una voluntad de hierro; revolucionario entregado en cuerpo y alma a la causa, demostró más tarde ante sus jueces y en la prisión su firme coraje y su odio irreductible a los opresores y explotadores del pueblo. Dispuesto a todo, no desdenaba medio alguno para lograr el propósito al que había consagrado su vida, pero no descendía jamás a medios bajos cuando se trataba de su persona. En este respecto era incomparablemente superior a Bakunin, que, en sus propósitos personales, estaba siempre dispuesto a los compromisos, y la superioridad de Nechayev en tal aspecto no ofrece duda alguna y todo indica que el mismo Bakunin lo reconocía y lo apreciaba altamente, aunque desde el punto de vista intelectual aquél le fuera muy inferior.

Sería ingenuo creer, sin embargo, que Nechayev imponía a Bakunin sus propios puntos de vista revolucionarios, pues él mismo era su discípulo. Pero mientras nuestro apóstol de la destrucción se mostraba con frecuencia ilógico y revolucionario sin consecuencia, Nechayev se distinguía por una lógica intransigente y extraía de las teorías de su maestro todas las deducciones prácticas que comporta. Manifestándole Bakunin que no podía abandonar el trabajo que había asumido (la traducción de *El Capital*), porque se le habían hecho algunos adelantos, Nechayev le ofreció librarlo de

tal obligación, lo que era muy simple: en nombre del comité revolucionario de la *Narodnaia Rasprava* escribió a la persona que hacía de intermediaria entre el editor y Bakunin para que dejara en paz a éste si no quería ser asesinado. Como Bakunin ponía en primer plano al *lumpenproletariat*, al que consideraba el verdadero promotor de la revolución social y lo oponía al proletariado de la gran industria, de igual modo que creía que los criminales y los bandidos eran el elemento mejor del ejército revolucionario. Nechayev llegó lógicamente a la conclusión de que era menester organizar en Suiza a hombres resueltos con el objeto de proceder con ellos a la expropiación. Por fin, Bakunin se separó de su discípulo, no por cuestiones de principios, sino únicamente porque la lógica implacable y simplista de Nechayev lo espantaba; sin embargo, nunca osó romper públicamente con él, pues éste tenía en sus manos muchos documentos que lo comprometían.

En seguida de la conferencia de Londres la lucha redobló su intensidad; los bakuninistas declararon abiertamente la guerra al Consejo General, acusándolo de haber él mismo adobado la conferencia e impuesto a toda la Internacional el dogma de la necesidad de organizar al proletariado en partido especial para la conquista del poder político y pidieron la realización de un congreso que resolviera el asunto de manera definitiva.

El congreso se realizó en septiembre de 1872 y ambas partes se prepararon arduamente, con la participación, por vez primera, de Marx. Bakunin no asistió. Respecto a la cuestión principal, el congreso confirmó en su totalidad la resolución de la conferencia, a la que agregó la frase siguiente, tomaba casi literalmente del *Manifiesto Inaugural* de la Internacional: "Como los poseedores del suelo y del capital aprovechan siempre sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y esclavizar el trabajo, la

conquista del poder político es el supremo deber del proletariado”.

Luego de examinar todos los documentos relativos al asunto de la Alianza y llegados a la conclusión de que ésta existía en la Internacional como sociedad secreta, la comisión especial propuso, y fue aceptada, la exclusión de Bakunin y Guillaume.

En la resolución se dice que Bakunin es excluido, además, por “un asunto personal”, que se refiere a la ya mentada cuestión de Nechayev. Personalmente, creo que las razones políticas bastaban para motivar la exclusión de Bakunin, pero es ridículo querer transformar esta triste historia, en la que Bakunin fue víctima de su falta de carácter, en un pretexto para acusar a Marx. Es aún más ridículo decir que Bakunin fue excluido porque, a la manera de muchos literatos, solicitó un adelanto al editor y luego no hizo el trabajo. ¿Es eso una estafa? No, ciertamente. Pero cuando los defensores de Bakunin, a los que se suma Mehring, más tarde, dicen que Marx no debía enrostrarle aquello como un crimen, no comprenden u olvidan que no se trataba de la restitución de los adelantos recibidos, sino de algo mucho más importante. Mehring, como le sucede con frecuencia, se ha puesto al lado del literato. Muchos escritores, dice, no devuelven a los editores lo que han recibido como adelanto. Cierto, agrega, que ése no es un procedimiento muy loable, pero no se juzga al hombre por semejantes bagatelas. Por ello Mehring demuestra que no ha comprendido más que los anarquistas la discusión fundamental que se produjo en el congreso de La Haya. Allí donde Bakunin y sus amigos vieron sólo una viveza perdonable, con perjuicio para el editor, los miembros de la comisión, con todos los documentos en la mano, vieron el abuso criminal del nombre de una organización obrera revolucionaria muy ligada a la Internacional, abuso cometido con fines personales: librarse del pago

de una deuda. Si el documento que estaba en manos de la comisión se hubiera publicado en ese momento, habría producido el regocijo del mundo burgués. Había sido escrito por Nechayev, pero en el fondo concordaba perfectamente con los principios de Bakunin. Hay que agregar que Bakunin no se separó de Nechayev por ese asunto, sino porque le parecía que éste lo consideraba a él mismo como un instrumento para sus objetivos revolucionarios. Basta leer las cartas de Bakunin a sus amigos para advertir cuán poco reparaba en lanzar contra sus adversarios, comprendido Marx, no ya acusaciones políticas, lo que tenía derecho a hacer, sino acusaciones personales. Ahora tenemos que Bakunin es el autor del célebre manual para uso de los revolucionarios, atribuido a Nechayev, y cuya publicación en el curso del asunto provocó la indignación general de los revolucionarios. Los amigos de Bakunin negaron obstinadamente que él fuera el autor y responsabilizaron a Nechayev.

Al final de sus tareas el congreso de La Haya aceptó la proposición de Engels para trasladar a Nueva York la residencia del Consejo General. Ya hemos visto que en esa época la Internacional había perdido no sólo su apoyo en Francia, donde desde 1872 el solo hecho de pertenecer a ella era un crimen, sino en Alemania y también en Inglaterra. El traslado a América del organismo central se consideraba provisorio. Pero sucedió que el congreso de La Haya fue el último celebrado por la Internacional. En 1876 el Consejo General anunció desde Nueva York que la I Internacional había dejado de existir.

NOVENA CONFERENCIA

ENGELS SE INSTALA EN LONDRES. — SU PAPEL EN EL CONSEJO GENERAL. — ENFERMEDAD DE MARX. — ENGELS SUSTITUYE A MARX. — EL ANTI-DÜHRING. — LOS ÚLTIMOS AÑOS DE MARX; INTERÉS DE MARX POR RUSIA. — ENGELS EDITOR DE LAS OBRAS POSTUMAS DE MARX. — ACCIÓN DE ENGELS EN LA ÉPOCA DE LA II INTERNACIONAL. — MUERTE DE ENGELS.

Hemos terminado en la última conferencia la historia de la Internacional. Casi nada hemos dicho del papel de Engels, y sabemos que interesa considerablemente, a juzgar por las notas que he recibido de mis oyentes.

Se pregunta a menudo si Engels era en verdad un fabricante. Como en estos últimos tiempos, bajo el régimen de la NEP, a la palabra "fabricante" se le ha dado un sentido peyorativo y se la emplea aún contra los administradores comunistas, nos detendremos un poco en este punto. Engels, ya lo dijimos al comienzo, provenía de una rica familia de fabricantes y también él lo era. La fundación de la Internacional se llevó a cabo sin su intervención, y hasta principios de 1870 no tomó en ella sino una participación insignificante e indirecta. Durante esos años escribió algunos artículos para las revistas obreras inglesas. No hablamos de la ayuda que sin cesar prestó a Marx, quien en los primeros años de la Internacional se encontraba en una extrema pobreza. Sin el socorro de Engels y la pequeña herencia que le había dejado su viejo amigo Guillermo Wolf, a quien dedicó *El Capital*, Marx no habría podido vencer la miseria y hallarse en estado de escribir su obra fundamental. Entre su correspondencia hay una carta conmovedora dirigida a Engels para informarle que había recibido al fin la prueba de la última galera.

Por fin —escribe— este tomo está terminado. A ti solo debo el haber podido concluirlo. Sin tu ayuda ilimitada jamás habría podido dar término al trabajo prodigioso de tres tomos. Te agradezco con todo corazón y te abrazo.

Engels fue fabricante, pero hay que hacer notar que no por mucho tiempo. Luego de la muerte de su padre, acaccida en 1860, quedó aún varios años como simple empleado. Sólo en 1864 fue asociado a los negocios, pasando a ser uno de los directores

de la fábrica. Durante todo ese tiempo se esforzó por librarse de su "oficio de perro". Soñaba en su porvenir y sobre todo en el de Marx. Tenemos, a este respecto, varias cartas muy curiosas que escribió a Marx en 1868, en las que le comunicaba que estaba en gestiones para abandonar la fábrica, pero que quería hacerlo en condiciones que aseguraran su existencia y la de su amigo.

Llegó finalmente a entenderse con su socio y en 1869 dejó la fábrica, no sin asegurar, como decimos, el porvenir de Marx, quien, desde entonces quedó libre de la miseria. Pero hasta septiembre de 1870, Engels no pudo radicarse en Londres.

Para Marx la llegada de Engels fue no sólo una alegría personal sino también un alivio considerable en el trabajo que realizaba para el Consejo General. En efecto, debía tratar con innumerables representantes de distintas naciones, con quienes se comunicaba verbalmente o por escrito. Engels, que ya en su juventud estaba muy bien dotado para los idiomas, hablaba o, como decían bromeando sus amigos, chapurraba una docena de lenguas. Era, pues, un auxiliar precioso para la correspondencia internacional, aparte de que en su larga práctica comercial había aprendido a ordenar los asuntos, lo que no constituía precisamente el fuerte de Marx.

Desde su incorporación al Consejo General, Engels se dedicó a este trabajo. Pero asumió aún otra parte de labor para aliviar a Marx, cuya salud estaba demasiado quebrantada por las privaciones y el trabajo excesivo. Enérgico, después de haber aspirado largo tiempo a este género de actividades, Engels, como lo prueban los debates del Consejo General, resultó ser uno de sus miembros más diligentes.

Pero la participación de Engels en el Consejo General tuvo igualmente su fase negativa. Cuando se estableció en Londres, los comunistas luchaban contra los bakuninistas y esa lucha repercutía en

el Consejo. Por otra parte, en esa época, según lo hemos visto, existían entre los ingleses profundas divergencias en la apreciación de los problemas de principios y de táctica.

Como lo sabemos por el ejemplo de la organización moscovita y por el de los diversos distritos de la capital, las divergencias políticas se complican y agravan frecuentemente a consecuencia del carácter personal de los adversarios. Ocurre también que miembros de una organización se adhieren a tal o cual grupo o plataforma mucho menos por razones de principio que por motivos de vinculación personal con los jefes o militantes influyentes de uno u otro grupo. A menudo, camaradas en quienes la voz del sentimiento ahoga la de la razón, anteponen sus simpatías o antipatías por una persona a la doctrina y principios sostenidos por ella. Sea como fuere, los desacuerdos personales complican la lucha de principios.

Cuando tales divergencias se suscitan en un distrito, por lo general se las puede remediar desplazando temporariamente a los militantes. Pero ese procedimiento, bueno en un barrio, en una región y hasta en un país, es inaplicable en la Internacional. En general, la solución de las dificultades por medio del traslado de militantes, sólo tiene un valor restringido. Es mucho mejor anular rápidamente las oposiciones sea por un acuerdo, sea por la división.

Hablamos de las razones objetivas que habían provocado las divergencias en el partido inglés. Lo que no comprenden o no quieren comprender ciertos historiadores de la Internacional, y en particular los historiadores del movimiento obrero inglés, es que el Consejo General que dirigió de 1864 a 1873 el movimiento obrero internacional, era al mismo tiempo el órgano director del movimiento obrero inglés. De manera que si los asuntos internacionales influían sobre los asuntos ingleses, toda modificación en el movimiento obrero inglés re-

percutía fatalmente en las funciones internacionales del Consejo General.

Indicamos la última vez que las concesiones obtenidas por los obreros ingleses de 1867 a 1871 (derecho electoral para los obreros urbanos y legalización de las trade-unions), provocaron entre los trade-unionistas que integraban el Consejo General un robustecimiento de la corriente conciliadora. El propio Eccarius se inclinaba hacia ella; en esta época precisamente hallábase en holgada situación y, como acontece con frecuencia, se tornaba mucho más tolerante respecto de la burguesía. Con él tenía a varios otros miembros del Consejo General, que, con el tiempo, se separaron de Marx.

Debemos destacar que las relaciones personales que agravaron las principales divergencias se explican por la participación de Engels en el Consejo General, en el que reemplazaba muy frecuentemente a Marx.

Cerca de veinte años habían transcurrido desde que Engels partiera para Manchester y se alejara así del movimiento obrero. Durante todo ese tiempo, Marx quedó en Londres. Allí mantenía relaciones con los cartistas, colaboraba en sus órganos, frecuentaba los clubes obreros alemanes y compartía la vida de los emigrados. Daba conferencias, veía con regularidad a los camaradas y discutía a menudo con ellos, pero las relaciones con "papá" Marx eran siempre cordiales y fraternales, selladas por una gran ternura, como puede comprobárselo hasta por los recuerdos de aquellos que más tarde se separaron políticamente de él. Particulares vínculos amistosos se establecieron entre los obreros y Marx en la época de la Internacional. Los miembros del Consejo General que lo conocían, que veían su penuria, su miserable vivienda, que eran testigos de su actividad en el Consejo y lo sabían pronto a abandonar todas sus ocupaciones, su obra científica, para dar todo su tiempo y todas sus fuerzas a la clase obrera, lo respetaban profundamente.

Sin retribución alguna, rehusando cualquier privilegio y todo honor, Marx trabajaba con infatigable perseverancia.

Otra cosa ocurría con Engels, a quien la mayor parte de los miembros del Consejo General no conocía ni por asomo. Sólo los alemanes lo recordaban, pero Engels tenía aún por conquistar su confianza. Para los demás, era un hombre rico, un fabricante de Manchester que veinticinco años antes había escrito un buen libro en alemán sobre los obreros ingleses. Frecuentando durante una veintena casi en forma exclusiva la sociedad burguesa, los grandes banqueros e industriales, Engels, naturalmente distinguido, adquirió mantras aún más refinadas. Siempre bien puesto, indiferente, reservado, fino, con el paso un poco militar, nunca llevado a intemperancias en el lenguaje, daba la impresión de un hombre seco y frío.

Así lo describen los que lo conocieron personalmente poco después de 1840. En la redacción de la *Nueva Gaceta Renana*, durante las ausencias de Marx, Engels tenía muy a menudo fuertes discusiones con sus camaradas, a los que a veces hacía sentir demasiado su superioridad intelectual. Menos violento que Marx, era mucho más intolerante en las relaciones personales y se enajenaba así la amistad de numerosos obreros, al contrario de Wolf y Marx, que eran maestros y camaradas ejemplares.

Progresivamente, Engels se adaptó a su nueva situación y se desembarazó de sus viejas costumbres. Pero en esos años demasiado difíciles, cuando tuvo que reemplazar con frecuencia a Marx, su carácter, su personalidad, contribuyeron bastante a ahondar los desacuerdos transitorios, sobre todo en el Consejo General. Así, no sólo Eccarius, sino también viejos colaboradores de Marx, como Jung, que había sido mucho tiempo secretario general de la Internacional y estaba estrechamente ligado a Marx, quien con gusto y mucha delicadeza lo ayudaba

en el cumplimiento de su penosa tarea, se retiraron poco a poco del Consejo General.

Por cierto, los chismes y habladurías habituales empezaron a circular. Muchos que no conocían a Engels no comprendían por qué Marx lo quería tanto y hacía de él semejantes elogios. Hay que leer los recuerdos de Hyndman, fundador de la socialdemocracia inglesa, para apreciar la ruindad de sus explicaciones. Según ellos, si Marx estaba tan íntimamente ligado a Engels, era por la riqueza de éste y su socorro. Particularmente vil fue la conducta de algunos ingleses, y, entre ellos, un tal Smith, que más tarde participó como traductor en los congresos de la II Internacional, distinguiéndose durante la guerra, como Hyndman, por su patriotismo desenfrenado. A él ni a los demás, nunca perdonó Engels esa campaña calumniosa contra Marx y, como lo refiere Vandervelde, poco antes de morir echó de su casa a Smith, que había ido a verlo.

Pero entonces, por el año 1872, esos chismes eran celosamente difundidos entre los obreros alemanes de tendencia lassalliana llegados a Londres, y sobre todo entre los jóvenes revolucionarios que habían escapado después del aplastamiento de la Comuna y nada conocían de la historia del movimiento. El Consejo General proveía ayuda material a los desterrados, pero por más que Marx y Engels hicieron grandes esfuerzos para organizar el socorro a los comunardos, éstos nunca estaban satisfechos y continuamente acriminaban.

Mas no fue sólo en Londres donde la participación de Engels en el Consejo General acentuó la división. Bakunin y sus adeptos trabajaban en especial en Rusia y los países latinos: en Italia, en España, en el sur de Francia, en Portugal y en la Suiza romana e italiana. Bakunin apreciaba particularmente Italia, porque el elemento dominante allí era el *lumpenproletariat*, en el que veía la principal fuerza revolucionaria, porque existían

numerosos jóvenes "desclasados", incapaces en absoluto de hacerse una carrera en la sociedad burguesa, y porque el pillaje era allí la forma en que se manifestaba la protesta de los campesinos pobres. En una palabra, Italia tenía una elevada cantidad de paisanos hambrientos, mendigos, bandidos, elementos todos a los cuales Bakunin concedía tan grande importancia en Rusia.

Era Engels quien mantenía correspondencia con esos países y, como puede verse por algunos borradores que nos han quedado, combatía implacablemente a los bakuninistas.

El célebre folleto sobre la Alianza de Bakunin, folleto que era el informe de la comisión del congreso de La Haya, en el que se denunciaba y combatía la política de los bakuninistas, fue escrito por Engels y Lafargue. Este último, después de la caída de la Comuna, se había refugiado en España, donde entabló una encarnizada polémica con los españoles partidarios de Bakunin.

Marx no colaboró sino en el último capítulo, pero políticamente se solidarizaba con el conjunto de esa requisitoria dirigida contra el bakuninismo.

Después de 1873, Marx abandonó la actividad pública. En ese año terminó la segunda edición del primer tomo de *El Capital* y corrigió la traducción francesa, cuyo último fascículo apareció en 1875. Fue eso, con el nuevo comentario al viejo opúsculo sobre la Liga de los Comunistas, y un corto artículo para los camaradas italianos, todo lo que Marx publicó de entonces hasta 1880. Mientras se lo permitía su salud quebrantada, continuaba trabajando en su obra capital, de la que había terminado el primer esbozo por el año 1864. Pero asimismo no tuvo tiempo de preparar definitivamente para la impresión el segundo volumen, en el que trabajaba en esa época. Ahora sabemos que el último manuscrito publicado en ese tomo fue escrito en 1878. Rendido en extremo, apenas emprendía una labor intelectual intensa, Marx estaba

amenazado por un ataque de apoplejía. Durante esos años su familia y Engels tenían constantemente un fin repentino. El poderoso organismo de Marx, que antes había podido resistir un trabajo sobrehumano, estaba entonces muy debilitado y soportaba menos los trastornos físicos y morales que en los años de miseria material. La conmovedora solicitud de Engels, que hacía cuanto podía por reconfortar físicamente a su viejo amigo, era poco eficaz. Marx tenía en borrador su inmensa obra, a la que se dedicaba cuando las fuerzas se lo permitían, desaparecido el peligro inmediato de muerte y autorizado por los médicos a trabajar algunas horas por día. El sentimiento de que no estaba ya en condiciones de cumplir su tarea como habría querido, lo torturaba. "Estar incapacitado para el trabajo —decía— es una sentencia de muerte para el hombre que no quiere ser un bruto." Después de 1878 se le obligó a cesar por completo el trabajo de *El Capital*, pero conservaba la esperanza de volver a su obra cuando estuviese restablecido. Esta esperanza nunca se realizó.

Sin embargo, aún podía escribir. Continuó tomando notas; seguía con suma atención el movimiento obrero internacional e intelectualmente tomó en él parte activa, respondiendo a innumerables consultas y problemas que se le sometían de diferentes países. La lista de direcciones que anota en un libro especial es enorme después de 1880. Con Engels, que entonces asume definitivamente el grueso del trabajo, está al corriente del movimiento obrero, que se desarrolla rápido y en el cual comienzan a triunfar las ideas del *Manifiesto Comunista*. Y esto gracias sobre todo a Engels, que de 1870 a 1880 despliega una intensa energía.

Hablar de lucha de marxistas y bakuninistas en la I Internacional es mucho exagerar. Los segundos eran en realidad bastante numerosos, pero sus filas

estaban compuestas de los elementos más heterogéneos, sólo unidos por la campaña contra el Consejo General.

La situación era mucho peor entre los marxistas. Marx y Engels no tenían con ellos sino a un puñado de hombres, que conocían bien el *Manifiesto Comunista* y comprendían perfectamente la doctrina marxista. La publicación de *El Capital* no hizo aumentar el número, en los primeros tiempos. Para la inmensa mayoría de los comunistas, esa obra era como un bloque de granito, al cual se daban con ardor..., pero sin resultado. Es suficiente leer los escritos de los socialdemócratas entre 1872 y 1875, y aun los de Guillermo Liebknecht, discípulo directo de Marx, para ver cuán poco se desarrollaba el estudio teórico del marxismo. Frecuentemente, el órgano central del partido alemán presentaba una extraña mixtura de los más diferentes sistemas socialistas. El método de Marx y Engels, la concepción materialista de la Historia, la doctrina de la lucha de clases, todo eso estaba en hebreo para la mayor parte de los comunistas, y el propio Liebknecht se orientaba tan mal en la filosofía del marxismo, que confundía el materialismo dialéctico de Marx y Engels con el materialismo biológico de Moleschott y Büchner.

Engels se encarga entonces de defender y difundir las ideas del marxismo, mientras Marx, como lo hemos visto, se esfuerza vanamente en terminar *El Capital*. Engels se sirve de un artículo cualquiera que le ha impresionado o de un hecho de actualidad, para mostrar la profunda diferencia entre el socialismo científico y los otros sistemas socialistas, o para aclarar un problema práctico desde el punto de vista del socialismo científico y enseñar la manera de aplicar el método.

Así, cuando el proudhoniano alemán Muhlberger publicó en el órgano central de la socialdemocracia artículos sobre el problema de la vivienda, Engels aprovechó la ocasión para mostrar el abis-

mo que separaba al marxismo del proudhonismo, dando de ese modo un complemento al libro de Marx *Miseria de la filosofía*, y poniendo en claro uno de los factores más importantes que determinan la situación de la clase obrera.

Reeditó con un nuevo prefacio su viejo libro sobre *La Guerra de los Campesinos en Alemania*, para dar a los jóvenes camaradas un ejemplo de la aplicación de la concepción materialista de la Historia a uno de los principales episodios de la historia de Alemania y de sus campesinos.

Cuando surgió en el Reichstag la cuestión de las primas, merced a las cuales los grandes terratenientes prusianos querían asegurarse el medio de continuar dando salida a su aguardiente para el pueblo, Engels, en un folleto intitulado *El aguardiente prusiano en el Reichstag alemán*, develó los apetitos de los *junkers* y aprovechó la oportunidad para mostrar el papel histórico de la gran propiedad rural y de los *junkers* prusianos. Todos esos trabajos, como también otros artículos sobre la historia alemana, dieron en seguida a Kautsky y a Mehring la posibilidad de popularizar y desarrollar las ideas fundamentales de Engels en sus trabajos sobre la historia alemana.

Pero el timbre de gloria para Engels son sus trabajos de 1876-77. En 1875, lassallianos y eisenachianos se unieron en torno del programa de Gotha, que fue un mal compromiso entre el marxismo y esa deformación del marxismo que se llamó lassallismo.

Marx y Engels protestaron enérgicamente contra dicho programa, no porque estuviesen contra la unión o quisiesen a toda costa la modificación del programa según sus indicaciones, sino porque consideraban con razón que si la unión era necesaria, de ninguna manera hacía falta darle como base teórica un programa malo. Opinaban que más convenía esperar y limitarse en tanto a una plataforma general para el trabajo práctico diario.

Bebel y Bracke compartían ese punto de vista, pero no Liebknecht.

Algunos meses más tarde, Marx y Engels pudieron convencerse de que en cuanto a preparación teórica, las dos fracciones del bloque estaban en el mismo nivel.

La doctrina del filósofo y economista alemán E. Dühring comenzó a adquirir gran popularidad en el partido, entre los miembros jóvenes, los intelectuales y aun entre los obreros. Dühring, siendo profesor adjunto en la Universidad de Berlín, había conquistado allí la simpatía general, tanto por su personalidad como por la audacia de sus opiniones. Ciego, daba conferencias sobre historia de la mecánica, economía política y filosofía. La diversidad de sus conocimientos era motivo de sorpresa, porque sabíase que estaba obligado a hacerse leer los libros necesarios y que dictaba sus obras. Era, de cualquier modo, un hombre eminente. Cuando inició una violenta crítica de las viejas doctrinas socialistas y, en particular, de Marx, sus conferencias causaron gran impresión. Los estudiantes y los obreros alemanes, así como los admiradores rusos de Dühring, creían oír por primera vez "la voz de la vida en el dominio del pensamiento". Dühring destacaba la importancia de la actividad, de la lucha, de la protesta, oponía al factor económico el político, insistía en la importancia de la fuerza y la violencia en la Historia. No se contenía en su polémica; lo mismo atacaba rudamente a Marx que a Lassalle y en su argumentación no vacilaba en recordar que Marx era judío.

Engels estuvo largo tiempo indeciso antes de responder a Dühring. Por fin cedió a instancias de sus amigos de Alemania y, en 1877, publicó en el órgano central del partido, el *Vorwärts*, varios artículos que demolieron las teorías de aquél. Mas esos artículos provocaron la indignación de muchos de sus camaradas del partido. Los partidarios de Dühring estaban dirigidos entonces por Bernstein, futuro

teórico del revisionismo, y Most, posteriormente líder de los anarquistas alemanes. En el congreso de la socialdemocracia, varios delegados, entre ellos el viejo lassalliano Waltheich, atacaron con violencia a Engels. Poco faltó para que el congreso resolviese impedir la publicación del texto de los artículos de Engels en el órgano central del partido, que consideraba a Marx y a Lassalle como sus maestros.

El asunto habría alcanzado escandalosos contornos, si, finalmente, no se hubiese encontrado un conciliador para proponer que se continuasen publicando los artículos de Engels, no en el propio órgano central, sino en un suplemento especial. La proposición fue adoptada. Esos artículos, reunidos luego en volumen, aparecieron especialmente editados en 1878. La obra, *La revolución de la ciencia por Eugenio Dühring o el Anti-Dühring*, como la llamamos ordinariamente, hizo época en la historia del marxismo. La joven generación que comenzó a militar hacia 1876-80 supo por esa obra qué es el socialismo científico, cuáles son sus principios filosóficos y su método. El *Anti-Dühring* es la mejor introducción al estudio de *El Capital*. Leyendo los artículos escritos entonces por los pretendidos marxistas se advierte qué extrañas conclusiones aducían de *El Capital*, interpretado por ellos a tuerzas y a derechas.

Hay que reconocer que, para la difusión del marxismo, como método y sistema especial, ningún libro después de *El Capital* ha hecho tanto como el *Anti-Dühring*. Todos los jóvenes marxistas, Bernstein, Kautsky, Plejanov, que hicieron sus primeras armas entre 1880 y 1885, aprendieron en el libro de Engels.

Y no sólo sobre los dirigentes del partido influyó el *Anti-Dühring*. En 1880, Engels, a pedido de los marxistas franceses, desglosó algunos capítulos que fueron traducidos al francés y cuya difusión no resultó inferior a la del *Manifiesto Comu-*

nista. Dichos capítulos aparecieron intitolados *Socialismo utópico* y *Socialismo científico*. Esta obra fue inmediatamente vertida al polaco y, un año y medio después de publicarse una edición en alemán, apareció también en ruso. Todos estos trabajos fueron realizados por Engels en vida de Marx, quien a veces participaba en ellos, no sólo con consejos sino directamente, como, por ejemplo, en el *Anti-Dühring*, para el que escribió todo un capítulo.

Poco después de 1880 se produjo una variación en el movimiento obrero europeo. Gracias, sobre todo, a Engels, a su infatigable trabajo, a sus brillantes facultades de vulgarizador, las ideas marxistas progresaban cada vez más en aquel medio.

En Alemania, donde el Partido Socialdemócrata cae en 1876 bajo el golpe de la ley contra los socialistas, la corriente marxista, tras una corta interrupción, gana terreno. Como lo dice Bebel en sus recuerdos, los viejos militantes de Londres tuvieron un gran papel en aquel cambio: amenazaron con protestar públicamente si no se ponía fin a lo que ellos llamaban el "escándalo", si no se emprendía una lucha implacable contra toda tentativa de entrar en acuerdo con la burguesía.

En 1879 nace en Francia, del congreso de Marsella, un nuevo partido obrero, con un programa socialista. Comprende a un joven grupo marxista, a la cabeza del cual se pone un ex bakuninista, Julio Guesde. En 1880 se resolvió elaborar un nuevo programa. Con este objeto, Guesde y sus camaradas vieron en Londres a Marx, quien participó de manera activa en la preparación del mismo. Sin aprobar, en la parte práctica, ciertos puntos sobre los cuales hacían hincapié los franceses, en razón de su importancia para la agitación local, Marx se encargó de formular enteramente los principios. De nuevo mostró cómo, a despecho de las aseveraciones de Mehring, comprendía las particularidades de Francia, y supo encontrar una forma de

la cual fluían lógicamente los principios fundamentales del comunismo y no obstante resultaba accesible a cualquier francés. Ese programa sirvió de modelo a todos los programas que siguieron: el ruso, el austriaco y el de Erfurt. Guesde y Lafargue redactaron inmediatamente un comentario del programa, que fue traducido por Bernstein al alemán, y después por Plejanov al ruso con el título de *Qué quieren los socialdemócratas*. Con esta obra se instruyeron los primeros marxistas rusos. Con el folleto de Engels, fue para ellos una introducción al estudio del programa y un excelente manual para la enseñanza en los círculos obreros.

Para los franceses, Marx compuso un cuestionario detallado, que debía servir en un interrogatorio sobre la situación de la clase obrera. Apareció sin la firma de Marx. Mientras el interrogatorio por él esbozado en su nota-informe al congreso de Ginebra en 1866 no contenía sino unas quince preguntas, el nuevo cuestionario planteaba más de cien. Los menores detalles de la vida obrera estaban allí previstos. Era ése y para aquella época un interrogatorio excelente, que no habría podido ser redactado sino por un conocedor del problema obrero, como Marx. Nuevamente probó, así, que sabía comprender las condiciones concretas y que, a pesar de todas las acusaciones que le valía su pretendido amor a lo abstracto, se distinguía por un profundo sentido de la realidad. Saber analizar ésta, saber extraer de ella conclusiones generales, no significa necesariamente desentenderse de la realidad y remontarse a las alturas de la abstracción. Por desgracia, ese cuestionario, publicado en francés, sólo fue traducido de inmediato al polaco. En ruso fue publicado en 1922, a instancias mías, en uno de los órganos sindicales.

Engels y, sobre todo, Marx seguían atentamente el movimiento revolucionario ruso. Ambos estudiaron la lengua rusa. Marx no lo hizo sino muy tarde, pero con tal entusiasmo que pronto pudo

leer no sólo a Dobroliubov y a Chernichevsky, sino también a escritores como Saltikov-Chechedrin, particularmente difíciles para los extranjeros. Llegó a leer la traducción rusa de *El Capital*. En contra de las afirmaciones de Mehring, la popularidad de Marx después del congreso de La Haya no dejó de aumentar en Rusia. Como crítico de la economía burguesa, Marx gozaba en Rusia de una autoridad más grande que en cualquier otro país, sin exceptuar la propia Alemania, y ejerció profunda influencia sobre varios intelectuales rusos, la orientación de cuyos trabajos determinó. Directa o indirecta, la influencia de Marx se encuentra en las obras de economistas rusos como Sieber, Yanjul, Kablukov, Kaufmann, e historiadores como Kovalevski y Luchitski. Fuera de *El Capital*, otras obras de Marx eran poco conocidas. En cuanto a la filosofía de Marx, a la concepción materialista de la historia, la mayor parte de los rusos la ignoraban completamente o no tenían más que una vaga idea de ella.

Desde mucho tiempo, es cierto, conociáse la importancia preponderante que Marx atribuía a las relaciones económicas. Según lo demostramos en 1901, Kachev, crítico conocido, que figura como acusado en el proceso Nechayev, había traducido al ruso, en 1865, el célebre prefacio de la *Crítica de la economía política*, en que Marx expone sucintamente la concepción materialista de la Historia. Pero, aún reconociendo la importancia decisiva de las condiciones económicas, Kachev, como después Sieber y Nicolaion —seudónimo éste de Nicolás Danielson, economista ruso, 1844-1918—, no tuvo idea alguna de la vinculación existente entre la concepción económica de la Historia y la doctrina de la lucha de clases.

Después de 1870, Marx y Engels tuvieron influencia directa sobre Lavrov, que editaba en Londres la revista *¡Adelante!* Igual que los socialdemócratas alemanes de esa época, los adeptos de Lavrov

en Rusia respetaban profundamente a Marx, pero ligaban el marxismo a toda suerte de doctrinas idealistas. De no menos autoridad gozaba Marx entre los bakuninistas rusos que habían renunciado a los métodos de Nechayev y adaptado la doctrina de Bakunin a las condiciones rusas, transformándola en una especie de populismo revolucionario.

Por el año 1878, Marx y Engels apreciaban sobre todo el movimiento de la *Narodnaia Volia*. Considerando a Rusia como el fuerte principal de la contrarrevolución internacional, aclamaban en la lucha heroica de los *narodovolstsy* un poderoso movimiento revolucionario dirigido contra el zarismo. La *Narodnaia Volia* tenía a Marx como a uno de los más grandes maestros del socialismo y lo reconoció públicamente como tal en un mensaje que le hizo llegar, que tiene inmenso interés.

Tenemos de Marx una cantidad de manuscritos y cartas reveladoras de la atención con que estudiaba la literatura y las relaciones económicas y sociales rusas. Hasta sus familiares y allegados protestaban por el exceso de celo que ponían sus conocidos rusos, como Nicolaion, en remitirle diferentes materiales estadísticos. Viendo el estado deplorable de su salud, temían que la lectura intensiva a que entregaba para preparar *El Capital* arruinara definitivamente su organismo, bastante quebrantado.

Del ardor y la atención con que Marx estudiaba la situación de Rusia, hablan no sólo los apuntes que hizo en sus cuadernos, sino también sus cartas a Nicolaion, en las que se encuentran reflexiones en extremo interesantes acerca de este país. Un estudio serio de los elementos concernientes al estado de la agricultura le permitió establecer no sólo las causas principales de las malas cosechas, sino también la ley de su periodicidad, ley verificada en Rusia desde entonces hasta nuestros días.

Marx quería hacer en cierto modo el balance de

sus trabajos en el tercer tomo de *El Capital*, en el que examina las formas de la propiedad territorial, pero, desgraciadamente, no tuvo tiempo. Cuando en 1881 Vera Zasulich le dirigió una carta pidiendo para ella y sus camaradas su parecer sobre el porvenir de la comunidad rural rusa, Marx se dispuso al trabajo en el acto. Ignoramos si Zasulich y Plejanov recibieron la respuesta. Suponemos que no. Hemos encontrado el borrador. Revela que su capacidad de trabajo se hallaba muy debilitada. Está cubierto de tachas y enmiendas, y probablemente lo abandonó sin terminarlo.

En colaboración con Engels, Marx pudo aún escribir un prefacio para la nueva traducción del *Manifiesto Comunista*, de la cual creían autora a Zasulich, cuando en realidad era obra de Plejanov.

La historia jugó en cierto modo una pasada a Marx y a Bakunin. Del grupo de revolucionarios que formaban la sección rusa de la Internacional y habían elegido a Marx como su representante en el Consejo General, ninguno resultó ser un marxista consecuente. A excepción de Lopantin, todos abandonaron con el tiempo la carrera de revolucionario profesional o se convirtieron en enemigos. Al contrario de los bakuninistas rusos, Plejanov, Zasulich, Axelrod, Deutch, salieron los primeros marxistas rusos, para quienes el marxismo, tanto como una doctrina económica, fue el álgebra de la revolución.

El último año y medio de la vida de Marx fue una lenta agonía. Aún tenía en borrador un enorme trabajo, al que se dedicaba apenas su salud se lo permitía. En pleno dominio de sus energías, había trazado el modelo, los contornos, fijado las leyes fundamentales de la producción y el cambio capitalistas. Pero no tenía más fuerza para hacer de ese bosquejo una obra viva, acabada, como el primer tomo de *El Capital*, que descubre tan brillantemente todo el mecanismo de la producción

capitalista y la lucha que sobre su base desarrollan el capitalista y el obrero.

Minado por la enfermedad, su organismo estaba extenuado por completo; no pudo soportar por eso dos desgracias en extremo dolorosas—la muerte de su esposa y la de sus hijas—, que lo conmovieron sucesivamente. De un natural bastante huraño, Marx, aunque parezca sorprendente, amaba mucho a su familia y era muy cariñoso en su vida privada. En esto se parecía mucho a Chernichevsky. Leyendo sus cartas a la hija mayor, cuya pérdida le impresionó de manera tan dolorosa que los familiares temían su muerte de un día para otro, quedábase asombrado ante la sensibilidad y la ternura extraordinarias de aquel hombre exteriormente tan rudo.

Me permitiré ahora una ligera digresión. Con motivo de un acto organizado en honor de Lenin durante el Noveno Congreso del Partido Comunista, los congresales me obligaron a hablar. Lo hicieron descontando probablemente que sólo elogios le tributaría. Señalé entonces algunos de los rasgos que volvían a Lenin tan extraño a nuestros camaradas de Occidente. Referí, entre otras cosas, la sorpresa de Víctor Adler cuando al hablar de los medios para librar pronto a Lenin y a Zinoviev de la embarazosa situación en que se encontraban en Austria al comienzo de la guerra, le dije que Lenin adoraba a su familia y conservaba la mayor solicitud por sus suegros. Poco antes, Martov había publicado, con el propósito de desacreditar definitivamente a Lenin y los bolcheviques, un odioso opúsculo, en el que presentó a Lenin como un jefe de bandidos y expropiadores, para quienes nada había sagrado.

Y como Víctor Adler cuando me oía hablar de Lenin, los filisteos y los propios neófitos revolucionarios leen hoy asombrados la historia de los últimos años de Marx. En verdad —dicen— es lamentable que un revolucionario consagre una par-

te de sus preocupaciones a otra cosa que a la revolución. Un verdadero revolucionario debe estar toda su vida, las veinticuatro horas de cada día, en su puesto. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana escribe o ejecuta resoluciones. Hombre tallado en una sola pieza de acero revolucionario, es inaccesible a todo sentimiento humano; vive sin comer ni beber, o cuando más, como Juan el Precursor, se contenta con langostas y miel silvestre (nutrición que, por otra parte, no es inferior a la de muchos de nuestros militantes en 1918-19). En cuanto a Jesucristo, era un epicúreo. El Evangelio dice que comía y bebía y que llegó a maldecir la higuera porque era estéril. Sin embargo, Jesús tenía más firmeza en su revuelta que el rígido apóstol Pedro, quien por razones políticas lo renegó tres veces.

Hay que juzgar todas las cosas desde el punto de vista humano. Cuando leemos la biografía de hombres que honramos y respetamos, sin duda nos alegra el saber que han sido o son como los otros, aunque más inteligentes, instruidos y útiles a la causa revolucionaria. Únicamente en los viejos dramas y en las tragedias seudoclásicas se representa a los hombres como héroes: caminan y las montañas se hunden; golpean con el pie y la tierra se abre: comen y beben como dioses. Así se los presenta algunas veces a Marx; por ejemplo, nuestra querida Clara Zetkin, un poco llevada por el énfasis. En estos casos se olvida su respuesta a quienes le preguntaron cuál era su divisa preferida: *Homo sum: humani nihil a me alienum puto* (Soy hombre y nada humano me es extraño). Como cualquiera, él cometía faltas; a menudo, verbigracia, deploraba su excesiva confianza en las gentes y algunas veces su injusticia para con ciertas personas. Podemos todavía perdonarle su inclinación al vino, lógica en un natural de la Mosella, pero, no obstante nuestro afecto hacia él, no podemos hacer lo mismo respecto de su pasión por

el tabaco. Bromeando, él mismo decía que de *El Capital* no había sacado ni con que pagar el tabaco fumado mientras lo escribió. Como era pobre, consumía un tabaco infecto, que contribuyó a abreviar su vida y contraerle la bronquitis crónica que tanto le hizo padecer durante sus últimos años.

El 14 de marzo de 1883 murió Marx. Y Engels tenía razón al escribir ese día a su viejo camarada Sorge:

Todos los fenómenos, aun los más horribles, que se cumplen según las leyes de la naturaleza, comportan un consuelo. Lo hay en el caso presente. Tal vez los recursos de la medicina habrían podido darle todavía dos o tres años de vida vegetativa, de vida impotente para el ser que lentamente muere; pero Marx no habría podido soportar semejante vida. Vivir teniendo ante sí una serie de trabajos inconclusos y padecer el suplicio de Tántalo de pensar en la imposibilidad de terminarlos, habría sido para él mil veces más penoso que una muerte tranquila.

“La muerte no es terrible para el que muere, sino para el que queda”, solía decir con Epicuro. Ver a este hombre genial y potente hecho un despojo, arrastrando su existencia para gloria de la medicina y contento de los filisteos que, fustigados tan implacablemente cuando la plenitud de sus energías, tendrían una ocasión para escarnecerlo, habría sido un espectáculo demasiado grotesco, y más vale que así sea, que haya desaparecido y que pasado mañana lo depositemos en la tumba en que descansa su mujer.

En mi opinión, después de todo lo que atravesó, no había otro término; lo sé mejor que todos los médicos. La humanidad tiene toda una cabeza menos. Ha perdido a uno de sus representantes más geniales. El movimiento del proletariado seguirá

su camino, pero no tendrá más el jefe a quien recurrieran en las horas críticas los franceses, los rusos, los americanos y los alemanes y de quien recibían siempre consejos claros y seguros, consejos que sólo podía dar un genio y un hombre completamente al corriente de las cosas.

Tareas importantísimas incumbieron entonces a Engels. Escritor brillante, considerado como uno de los mejores estilistas alemanes, hombre de vasta erudición y especialista en muchas materias, en vida de Marx pasaba, naturalmente y por propia voluntad, a segundo plano.

No puedo negar haber contribuido a establecer y, principalmente, a elaborar la teoría, durante los cuarenta años de mis relaciones con Marx. Pero la mayor parte de las ideas directoras, sobre todo en historia y economía, así como su fórmula definitiva, pertenecen exclusivamente a Marx. Lo que yo he dado, él mismo pudo haberlo suplido con facilidad, salvo tal vez dos o tres partes especiales. Mas lo que hizo Marx, nunca habría podido hacerlo yo. Marx estaba por encima, veía más lejos; su visión era más amplia y más rápida que la nuestra. Era un genio; nosotros, en la mejor de las hipótesis, sólo somos talentos. Sin él, nuestra teoría estaría muy lejos de ser lo que es. Por eso lleva con toda justicia su nombre.

Engels, como escribía al viejo Becker, debía asumir entonces el primer papel, después de haber desempeñado con gusto, toda su vida, el segundo. Marx y él habían estado siempre en perfecto acuerdo. Y el primer trabajo importante que tocaba ahora a Engels consistía en ordenar el legado literario de Marx. A despecho de las suposiciones de

un profesor italiano que antaño en sus cartas a Marx se prodigaba en lisonjas a su respecto y que, después de su muerte, osó publicar que al referirse en el primer tomo de *El Capital* al segundo y al tercero, Marx había engañado al público, se encontró entre sus papeles los manuscritos de un segundo, un tercero y un cuarto tomo. Desgraciadamente, todos estos materiales fueron dejados en tal forma que Engels —sin poder consagrarles todo su tiempo— necesitó once años para ponerlos en orden y clasificarlos. La escritura de Marx era muy poco legible; a menudo empleaba abreviaciones sólo inteligibles para él. Poco antes de morir, cuando comprendió que no estaba en condiciones de acabar su trabajo, dijo a su hija menor que Engels quizás aprovecharía alguna cosa de esos papeles.

Felizmente, Engels pudo cumplir la parte principal de aquel trabajo. Editó el segundo y el tercer tomo de *El Capital*. El plan de estas conferencias no nos permite detenernos en esa obra, pues la exposición acerca del primer volumen de *El Capital* ha sido transferida a otro curso. Pero para mostrar la importancia del trabajo de Engels, diremos que sin él es probable que nadie habría sido capaz de llevarlo a cabo. La obra presenta algunos defectos, pero no son imputables únicamente a Marx. Poca esperanza tenemos de ver alguna vez en nuestras manos todos los manuscritos tal como los tuvo Engels, y no podemos, como tampoco las generaciones futuras, estudiar los dos últimos tomos de *El Capital* sino en su actual estado, en la forma que les dio Engels.

Otro deber le quedaba, que antes había cumplido como colaborador y auxiliar de Marx, y que ahora recaía sobre él, con todo su peso.

Después de la disolución de la I Internacional, Marx y Engels continuaron llenando las funciones del antiguo Consejo General. Ahora, Engels sólo había de ser el intermediario entre los diferentes partidos socialistas, debía aconsejarlos y, en conse-

cuencia, estar minuciosamente informado de sus situaciones. Y justo después de la muerte de Marx, el movimiento obrero internacional se desarrolla con fuerza, de suerte que en 1886 se plantea el problema de la organización de una nueva Internacional. Pero todavía después de 1889, año en que se reunió en París el primer congreso que fundó la II Internacional (la cual quedó sin Comité Central permanente hasta el año 1900), Engels, en calidad de escritor y de consejero, tomó la más activa participación en el movimiento obrero de casi todos los países de Europa. El viejo Consejo General, compuesto por muchos miembros y con secretarios para cada país, estaba ahora personificado por Engels. Apenas un nuevo grupo marxista aparecía en cualquier país, pedía consejos a Engels, quien, gracias a su excelente conocimiento de los idiomas, llegó a responder casi sin errores, en las respectivas lenguas de sus correspondientes. Engels seguía con atención el movimiento obrero de cada país, en su literatura propia. Esto le absorbía mucho tiempo, pero consolidaba así la influencia del marxismo, ciñendo hábilmente sus principios a las distintas particularidades nacionales. No hay país en cuyo movimiento obrero no participe colaborando en su órgano central. Escribe artículos en los diarios alemanes, austriacos, franceses; todavía encuentra tiempo para redactar un prefacio a la traducción polaca del *Manifiesto Comunista* y para ayudar con sus consejos e indicaciones a marxistas españoles y portugueses, suecos y daneses, búlgaros y serbios.

Conviene destacar el apoyo particular que brindó al joven marxismo ruso. Su conocimiento de la lengua le permitía leer en su original la literatura marxista rusa y sólo gracias a su influencia, no obstante el inmenso prestigio de la *Narodnaia Volia*, el grupo Emancipación del Trabajo pudo ligarse tan rápidamente con el marxismo alemán y triunfar de la desconfianza que tenía la Europa

Ocidental, en particular Alemania y Francia, respecto del movimiento obrero y el marxismo de un país asiático como Rusia. En 1889, Plejanov fue especialmente a Londres para conocer a Engels e informarlo de la nueva tendencia que se manifestaba en el movimiento revolucionario ruso. Para la primera revista marxista rusa que comenzó a editar el grupo Emancipación del Trabajo, Engels escribió un artículo especial sobre la política exterior del zarismo.

Pronto vio Engels los frutos de su acción enérgica. Desde que se fundó la II Internacional no participó directamente en los trabajos de sus congresos. Evitaba las intervenciones públicas y se limitaba a ser el consejero de aquellos de sus discípulos que en todos los países dirigían el movimiento, le informaban de los sucesos importantes y se esforzaban en utilizar su autoridad. Merced al prestigio de Engels, algunos partidos lograron y conservaron un ascendiente considerable en la Internacional. En las postrimerías de su vida, ese procedimiento de comunicarse exclusivamente con los jefes del principal partido de cada país trajo consigo algunos inconvenientes. Mientras que se levantó de inmediato contra los extravíos de los marxistas franceses en la cuestión agraria y señaló el carácter proletario del programa, Engels cedió a la presión de los alemanes, temeroso de que se repusiera en vigor la ley contra los socialistas, y suavizó su introducción a los artículos de Marx sobre la *Lucha de clases en Francia*, que son una brillante aplicación del principio de la implacable lucha de clases y de la dictadura del proletariado.

En el prefacio de la cuarta edición alemana del *Manifiesto Comunista*, que escribió el día de la celebración internacional del 1º de mayo (1890), Engels, señalando el crecimiento del movimiento obrero, deplora que Marx no esté ya para ver con sus ojos ese espectáculo reconfortante. Mientras que Marx no fue conocido sino en los medios más

avanzados del movimiento obrero y en vida no gozó de gran popularidad, Engels, que valoraba bien la importancia del reclamo, aunque lo detestara como su amigo en lo que le concernía personalmente, llegó a ser al final de sus días uno de los hombres más populares del movimiento obrero internacional. De ello pudo convencerse cuando en 1893, accediendo por primera vez a las sugerencias de sus amigos, visitó el continente. Los desfiles, las ovaciones de masas, las ceremonias organizadas en su honor revistieron grandiosas características como consecuencia del formidable desarrollo del movimiento obrero a partir del año 1863. Así, en el congreso internacional de Zurich, en el que sólo quiso ser un invitado y pronunció un pequeño discurso al final de la sesión, Engels fue objeto de una ovación sin precedentes.

Tenemos que mencionar aquí un episodio de ese congreso, al que asistió Engels. El Partido Socialista polaco gozaba entonces de influencia desproporcionada en la Internacional, donde hacía ostentación de su marxismo y lanzaba la palabra de orden de la independencia de Polonia, desviándose cada vez más hacia un vulgar socialpatriotismo. Paralelamente había surgido otro grupo marxista, que ya entonces hacía notar el alejamiento del Partido Socialista polaco de la senda proletaria. Ese pequeño grupo, dirigido por Rosa Luxemburgo, pedía ser admitido en el congreso de Zurich. Se lo rechazó. Plejanov tampoco lo sostuvo, porque, como me manifestó en presencia de Engels, consideraba que sus esfuerzos a nada conducirían. Había, también, en verdad, otras razones, la principal de las cuales era que el núcleo de Luxemburgo destacaba sus vínculos con la organización polaca Proletariado, otrora aliada de la *Narodnaia Volia*, y, por consiguiente, había combatido al grupo Emancipación del Trabajo.

Sea como fuere, el grupo de Luxemburgo quedó completamente aislado. A ella misma se le rogó

que abandonase el congreso. Sufrió una afrenta ante toda la Internacional, en presencia del propio Engels. Puede ser que llorara, pero no abandonó ni a Marx ni a Engels ni al socialismo científico; se abroqueló más en su convicción y se dijo: Convenceremos a la Internacional, le probaremos la justicia de nuestra posición. Esta característica distinguía precisamente a Rosa Luxemburgo de la mayor parte de los mezquinos intelectuales que, afiliados por casualidad en un partido proletario, al ser víctimas de una injusticia aparente o real, se apresuran a salir de él para vilipendiarlo y pasar en seguida a las filas de la burguesía. Un partido no es un pensionado de "niñas bien". Está compuesto por hombres apasionados que, en la disputa, se dan a veces golpes sensibles. Esto es desagradable, pero inevitable, tanto en el orden nacional como en el internacional. Y después de ese congreso en Zurich, en que fueron desechadas también otras personas, que de inmediato se pusieron del lado de los anarquistas o simplemente del de la burguesía, Rosa Luxemburgo probó ser verdadera discípula de Marx y Engels, representantes de los intelectuales revolucionarios cuya principal misión es la de ayudar a la clase obrera a tener conciencia de sí misma y hacer de los obreros revolucionarios no intelectuales sino obreros ilustrados.

Contrariamente a Marx, Engels conservó su facultad de trabajo casi hasta los setenta y cinco años de edad. En marzo de 1895 escribió a Víctor Adler una carta interesante, en la que le indica en qué orden conviene leer los tomos segundo y tercero de *El Capital*. Por esta época también escribió un interesante complemento del tercer tomo. Se disponía a escribir la historia de la I Internacional. Y en medio de esta actividad intelectual lo sorprendió la enfermedad que lo arrebató el 5 de agosto de 1895.

Los restos de Marx reposan en el cementerio de Highgate, en Londres, en la misma sepultura de

su mujer y su nieto. Una simple piedra constituye su tumba. Cuando Bebel escribió a Engels manifestándole su intención de proponer la erección de un monumento sobre la sepultura de Marx, Engels le respondió que las hijas de éste se oponían a ello categóricamente. En la época en que murió Engels, la práctica de la incineración comenzaba a extenderse. Pidió por eso que su cuerpo fuese quemado y sus cenizas arrojadas al mar. A su muerte, se vaciló en ejecutar sus últimas voluntades, porque algunos camaradas alemanes eran del parecer de los que ahora quieren transformar la Plaza Roja de Moscú en un cementerio, con monumentos funerarios además. Felizmente, otros camaradas hicieron que el deseo de Engels fuese respetado. Su cadáver fue quemado y la urna con sus cenizas arrojada al Mar del Norte.

Ambos amigos nos han dejado un monumento más perdurable que el granito, más elocuente que cualquier epitafio: el movimiento comunista internacional del proletariado, que, con el estandarte del marxismo, del comunismo revolucionario, marcha hacia la revolución social triunfante. Nos han dejado el método de la investigación científica, las reglas de la estrategia y de la táctica revolucionarias. Nos han dejado un tesoro inestimable, al que acudimos todavía para el estudio y la comprensión de la realidad.

Les faltó una sola felicidad: experimentaron la alegría de sentir la tempestad de la revolución, de tomar en ella una parte activa, pero sólo era la revolución burguesa. No pudieron vivir hasta la revolución social del proletariado. Mas sus espíritus están presentes en nuestra revolución, y en medio del fragor cada vez más próximo de la revolución universal, resuena el llamamiento poderoso que hicieron hace sesenta y cinco años: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

APENDICE
Por D. RIAZANOV

I

CINCUENTA AÑOS DE
ANTI-DÜHRING

Reproducimos este interesante estudio que sirve de prólogo a la última edición rusa del *Anti-Dühring* publicada por el Instituto Marx-Engels de Moscú. En él se contienen datos de gran interés acerca de la génesis de la obra de Engels y de la influencia de las ideas dühringianas en Rusia. Este prólogo lleva la fecha de junio de 1928.

I

Cincuenta años van transcurridos desde que vio la luz, editado en forma de libro, el *Anti-Dühring*. El prólogo a la primera edición aparece fechado por Engels el 11 de junio de 1878. Pero esta fecha no es del todo exacta. Los artículos contra Dühring aparecieron primeramente en el *Vorwaerts*, órgano central de la socialdemocracia alemana unificada. El primer artículo se publicó el 1º de enero de 1877; la primera sección —“Filosofía”— se insertó en diecinueve números del periódico, acabando de publicarse el 13 de mayo de 1877. Luego sobrevino una interrupción. La sección segunda —“Economía política”— comenzó el 27 de junio, abarcó nueve números, y acabó de publicarse el 30 de diciembre de 1877. Por fin, después de una larga interrupción, que duró más de cuatro meses, apareció la sección tercera —“Socialismo”—, que ocupó cinco números, comenzando el 5 de mayo y concluyendo el 7 de julio de 1878. Como se ve, el último capítulo apareció en el *Vorwaerts* cerca de un mes después de la fecha que lleva el prólogo.

Por una carta de Guillermo Liebknecht a Engels, fechada el 8 de junio de 1878 que tenemos a la vista, podemos orientarnos acerca de este punto. En esa carta Liebknecht ruega a Engels que se apresure a escribir el prólogo, si quiere que el libro salga antes de la catástrofe que se avecina. Se refiere a la ley contra los socialistas, que se esperaba de un momento a otro. No era difícil suponer que el libro de Engels sería una de las primeras víctimas de la persecución. Engels se apresuró probablemente a redactar el prólogo, pero Liebknecht no acabó de insertar a tiempo los artículos en el periódico. El hecho es que la edición del *Anti-Dühring* no apareció en forma de libro hasta comienzos de agosto de 1878.

Para apreciar debidamente la importancia del *Anti-Dühring*, hay que tener en cuenta el estado de la socialdemocracia alemana en aquella época. Es sabido sobre todo para quienes conocen las discusiones mantenidas acerca del Programa de Gotha, cuánto dejaba que desear la formación marxista de la socialdemocracia alemana en el año 1875. Las disputas

mantenidas en torno a este programa de transacción son de todos conocidas. Pero tampoco ellas dan una idea completa del nivel indeciblemente bajo del marxismo en que se desenvolvía la socialdemocracia alemana de aquella época. Y Mehring tiene razón, en un sentido, cuando dice que Marx y Engels, al reprocharle a Liebknecht la transacción pactada con los lassallianos en cuestiones programáticas y de táctica, exageraban el grado de madurez marxista de los de Eisenach, es decir, del Partido Socialista alemán considerado como marxista. En el órgano central de la socialdemocracia sigue campeando aun después de la fusión sin que nadie le salga al paso un socialismo increíblemente confuso y casi vulgar. Es una mezcolanza asombrosa de unas cuantas tesis marxistas y de algunas frases de Lassalle perdidas entre todo un cúmulo de doctrinas tomadas de la literatura burguesa de la época. Desde 1873 empieza a crecer entre los socialistas alemanes el prestigio de Dühring.

Leyendo el *Anti-Dühring* podría creerse que Dühring era un perfecto cretino. Pero no. Dühring no era precisamente un mentecato. Era un hombre de gran valía y tenía una serie de cualidades de esas que encienden el entusiasmo y la admiración de la juventud. Era un hombre de cultura enciclopédica que se movía y orientaba libremente en los problemas de las ciencias naturales y la filosofía de la economía política y el socialismo. Sus doctrinas brindaban un sistema ideológico completo y ofrecían respuestas a las preguntas más torturantes. Era además un hombre que se había conquistado fama entre la juventud por el odio que los profesores abrigaban contra él. Añádase que su vida distaba mucho de ser feliz como no puede serlo la del hombre que a los veintiocho años se queda ciego y obligado a adquirir todos sus conocimientos con ayuda de otras personas no pocas veces extrañas. Era un hombre que había sufrido mucho y todo contribuía a conquistarle las simpatías de la gente.

El gran apóstol de Dühring en la socialdemocracia alemana era Bernstein. Bernstein ha trazado nada menos que cinco relatos distintos de esta interesante etapa de su biografía. En todos ellos confiesa que era un discípulo celoso y entusiasta de Dühring. El fue quien contagió a Fritzsche, a Most, a Bebel y a Bracke el morbo dühringiano. Bernstein escribe que en el año 1873 no perdía ocasión de asistir a las lecciones de Dühring y que consiguió comunicar su entusiasmo a toda una serie de camaradas, incluso a extranjeros, contando entre éstos principalmente a los rusos. De esto de los rusos hablaremos más adelante. Bernstein fue quien envió a Bebel a la prisión el libro de Dühring después de cuya lectura escribió Bebel en marzo de 1874, desde la celda, su artículo titulado *Un nuevo comunista*.

Este artículo es muy interesante. Bebel comienza preguntándose: ¿Por qué saludamos precisamente a este nuevo comunista, cuando tantos otros se afilian al partido? Y traza una apología de la personalidad de Dühring como la de un hombre de ciencia, como la de un hombre profundamente convencido de que no abraza el comunismo por ningún género de motivos personales, ni buscando ninguna ventaja de orden personal. En este artículo de Bebel, que no hay para qué reproducir in extenso, se hace una exposición del sistema socialista de Dühring y se pone de relieve que éste aboga por la nacionalización de la propiedad del suelo, la implantación de comunas económicas y la organización de la producción industrial por medio de la asociación. Es interesante poner de manifiesto que Bebel hace suya casi por completo la opinión profesada por Dühring en punto a los partidos socialistas:

El socialismo soñador o pequeñoburgués, tal como lo profesaban Saint Simon, Fourier, Proudhon y otros, sólo aparece tratado aquí de pasada, como algo que no puede tomarse seriamente en consideración; en cambio, se hace resaltar el sistema de Luis Blanc, de Lassalle y el socialismo internacional, representado en Alemania por el partido obrero y socialdemócrata. En el socialismo internacional, ve el señor Dühring su manifestación más amplia y consecuente.

Sólo en un punto disienta Bebel de Dühring. Este entendía que el socialismo internacional insistía demasiado en la necesidad de una transformación internacional simultánea, de una revolución social realizada simultáneamente en todos los países. Según Dühring, el país más avanzado, económica y políticamente, podría implantar dentro de sus fronteras el socialismo, naturalmente bajo la forma en que él lo concebía. Luego, ya no habría más problema que proteger y defender el nuevo orden social contra las influencias extranjeras. Bebel no estaba de acuerdo con esto. El opinaba que ese país en que se instaurase aisladamente el socialismo atraería sobre sí el odio de todas las naciones circundantes.

Pero un Estado socialista que pueda aislarse y defenderse eficazmente contra los demás Estados es algo perfectamente inconcebible, y no precisamente porque los Estados vecinos vayan a ejercer una influencia corruptora sobre su régimen interno, como teme el señor Dühring, sino porque, lejos de ello, todos los demás Estados verán en éste un mal ejemplo y una fuente de trastornos para su propia política, le consi-

*derarán como un enemigo mortal y se conjurarán todos contra él en una lucha a vida o muerte...*¹

Bebel ponía fin a su artículo con estas palabras:

Sin embargo, estas objeciones que formulamos contra la obra del señor Dühring no afectan a sus ideas fundamentales, que son excelentes y que tienen todo nuestro aplauso, hasta tal punto que no tenemos reparo en declarar que después de El Capital, de Marx, esta reciente obra del señor Dühring figura entre lo mejor que se ha publicado últimamente en materia económica, y no sabríamos recomendar bastante calurosamente el estudio de ese libro.

Así opinaba Bebel, uno de los que habían de mostrarse disconformes con el pacto y la transacción sellados en el Congreso de Gotha. No es difícil imaginarse el efecto que produciría este artículo en Londres, ciudad no muy distante, y al fin y al cabo, de Berlín. Posemos documentos que atestiguan que Engels escribió inmediatamente a Berlín preguntando quién era el autor de aquel artículo. Los redactores del *Volksstaat*, periódico central del partido en que se había publicado, se apresuraron a contestarle, sacudiéndose la sospecha; el primero que contestó fue Hepner:

El artículo de Volksstaat en que tan espantosamente se ensalzaba a Dühring no es mío; si lo es, en cambio, el que aparecerá en uno de los próximos números acerca de Schopenhauer.

Blos escribió a Engels en estos términos:

El artículo sobre Dühring lo había escrito Bebel. Yo, por mi parte, no he hecho más que hojear el Dühring muy por encima.

Liebknecht se apresuró a tranquilizar a Engels en carta de 13 de junio de 1874:

¹ En punto a este problema de las perspectivas que se abrían ante un Estado socialista aislado, G. Vollmar se pronunciaba en un trabajo especial (*El Estado socialista aislado*) a favor de Dühring y en contra de Bebel. A juicio de Vollmar, las probabilidades históricas indicaban que el socialismo empezaría triunfando en un país y que nada podría oponerse a su consolidación y florecimiento.

Las necesidades no pueden evitarse, pero procuramos rectificarlas, siempre, dentro de lo posible, una vez descubiertas. Y esto me recuerda el asunto Dühring. ¿Es que tenéis razones para creer que se trata de un granuja o de un enemigo encubierto? A mí, todo lo que he podido averiguar acerca de él, me confirma en la creencia de que se trata de un hombre indudablemente algo confuso pero perfectamente honrado y que está resueltamente con nosotros. Reconozco que el artículo criticado por vosotros no era del todo correcto y que estaba escrito con demasiado entusiasmo, pero es indudable que abrigaba una buena intención, y no ha surtido tampoco mal efecto.

Algún tiempo después, ya desde la prisión, Blos escribía a Engels:

"En lo de Dühring tiene usted razón. En su Historia crítica del socialismo y de la economía política —es decir, la última antes del primero, naturalmente—, ese sujeto escribe las más grandes necesidades. No había leído el libro hasta ahora".

Así hablaban Bebel, Liebknecht, Blos y Hepner: todos del partido de Eisenach, es decir, de la fracción en la que Marx y Engels cifraban tan grandes esperanzas.

Cuando ya Liebknecht y sobre todo Blos conocían más de cerca a Dühring, el primero se dirigió a Engels, el 1.º de febrero de 1875, rogándole que escribiese un artículo contra Dühring. Desgraciadamente, no poseemos las cartas escritas por Marx y Engels con este motivo, pero bien podemos asegurar que los "viejos", como por entonces los llamaban, amaron a propósito de esto un ruido considerable.

... (Y ¿no querías escribir) un artículo liquidando con Dühring, que en la segunda edición de su Historia de la economía política repite todas sus majaderías rezumando envidia contra Marx? Antes de Navidades, asistí a una lección de este hombre: delirio de grandezas y una envidia contra Marx que lo devora, voilà tout. Se ha parapetado fuertemente en nuestra gente (sobre todo en Berlín), y hay que acabar con esto de raíz. ¿Tienes la última edición? Si no, te la mandaremos de aquí.

En otra carta que no aparece dirigida personalmente a Engels ni a Marx, sino a la mujer del primero, Liebknecht añade:

Otra cosa: diga usted a Engels que hay que acabar con Dühring de raíz, pero que tenga en cuenta una cosa: que DÜHRING ESTÁ MURIÉNDOSE MATERIALMENTE DE HAMBRE.

Pero a Engels, y de ello tiene la culpa él y tienen la culpa en general los "viejos", no le agradaba nada aquel encargo. Puso reparos. Por su correspondencia con Marx, sabemos que no le atraía especialmente aquel trabajo, entregado como estaba con gran entusiasmo al estudio de las ciencias naturales. Todavía no hacía mucho que había expuesto a Marx y a Schorlemmer los principios fundamentales de su dialéctica de la naturaleza. Proponíase recoger en una obra especial los frutos de estos estudios. No tenía ninguna gana de interrumpir sus trabajos y afrontar una polémica contra Dühring a quien conocía bastante mejor que Liebknecht. Marx y Engels venían observando a Dühring desde hacía mucho tiempo. Había comenzado ya a interesarles en la década del sesenta, cuando publicó una de las primeras recensiones que aparecieron sobre *El Capital*. Ya entonces averiguaron que se trataba de un docente libre de economía política y colaborador del *Staatsanzeiger*, periódico oficioso para el que Marx se había negado resueltamente a escribir; y se enteraron asimismo de que estaba pleiteando contra Wagener, conocido consejero del gobierno prusiano, acerca de la paternidad de una memoria escrita para Bismarck sobre el modo de resolver las cuestiones sociales. Wagener, creyendo habérselas con un profesorcillo vulgar, estampó sobre la memoria su nombre como autor. Dühring le llevó ante los tribunales y ganó el proceso. Marx y Engels sabía también, cosa que ignoraban sus camaradas jóvenes —es decir los que se llamaban jóvenes—, que Dühring era en economía política un gran entusiasta de Carey y de List.

Engels, ocupado, como veíamos, en estudios que le interesaban muchísimo, tenía muy pocas ganas de pararse a criticar la obra de Dühring. Por su correspondencia, sabemos que Liebknecht hubo de desplegar todas las artes de la persuasión hasta que por fin logró convencer a Engels de la necesidad de afrontar este trabajo.

Los nuevos documentos de que disponemos nos permiten asegurar que fue Liebknecht y no Bebel, como antes pensábamos, quien insistió reiteradamente cerca de Engels en la necesidad de acometer esta labor. Desde luego, Bebel fue, en este asunto, el *enfant terrible*, la causa principal de todo el escándalo. Sin su artículo, Engels y Marx no habrían parado mientes tal vez en el entusiasmo que estaba despertando Dühring. Su indignación llegaba, indudablemente, un poco tarde. Pero, sabiendo cuánto afecto profesaban por él

Marx y Engels, es fácil imaginarse su estado de ánimo al averiguar que el autor de aquel artículo que tanto les había indignado no era otro que Augusto Bebel.

En los años 1875 y 1876, el culto dühringiano recrudece. Bernstein escribe:

Al antiguo grito de batalla "¡Por Marx o por Lassalle!" parece haber venido a sustituir una divisa nueva: "¡Por Dühring o por Marx y Lassalle!" y a ello contribuyó en grado bastante considerable mi pequeñez.

Se hacían todo género de esfuerzos por ganar al Vorwärts¹ para la propaganda de las ideas de Dühring. Liebknecht, después de haber admitido en sus columnas el deslizo de Bebel, luchaba lo indecible por impedir que el periódico del partido se convirtiese en un órgano en que se ensalzase a Dühring como pensador que no desmerecía en nada o en casi nada de Marx. En estas intrigas tomaba parte un tal Ess que vivía por entonces en Suiza y que consiguió ganar para aquella causa, en cierto modo, hasta al viejo Becker. Pero lo hizo tan torpemente, que Liebknecht se negó en redondo a publicar su artículo, el cual no era, en realidad, más que un reclamo puramente comercial de las obras de Dühring. La cosa se complicó cuando Most escribió y envió a Liebknecht para el periódico un gran artículo filosófico sobre este autor. En 1876, Most ganaba ya a Bernstein en fanatismo dühringiano; y como era un hombre enérgico y un brillante agitador —la Berliner Freie Presse, órgano de la agrupación de Berlín, estaba muy influida por él—, no tardó en conquistarle a Dühring una gran popularidad entre los obreros berlineses.

Al recibir el artículo de Most, Liebknecht se lo envió a Engels con intención deliberada, confiando en que la lectura de aquel artículo le convencería, por mucho que ello le desagradase, de la necesidad de acometer la crítica de Dühring. Y, en efecto, Engels se declaró, por fin, dispuesto a escribir una serie de artículos sobre Dühring y puso manos a la obra.

No he de detenerme a aducir detalles sobre este punto, pues en la correspondencia mantenida entre Marx y Engels hay toda una serie de pasajes que acreditan la repugnancia con que Engels hubo de afrontar este tema, en un principio. Desde luego, no pudo enviar el primer artículo antes del otoño de 1876 cuando ya se había producido en el Congre-

¹ Órgano central del partido unificado desde el 1º de octubre de 1876.

so del partido celebrado en Gotha el conocido incidente. En agosto de 1876, Fritsche, entusiasta partidario de Dühring, como Most, formuló en el Congreso del partido la pregunta de por qué se condenaban al silencio de aquel modo las ideas dühringianas y por qué en las columnas del *Vorwaerts* no se daba paso a un solo artículo sobre Dühring, pues le constaba que Most había enviado un extenso estudio sobre este autor, sin que hubiese visto la luz. Liebknecht le contestó —aunque en las actas de las sesiones del Congreso no aparece registrada esta contestación, tenemos noticia de ella por una carta suya a Engels— que el artículo de Most no se había publicado por haberle sido ya encargado a Engels un trabajo acerca del mismo tema. Hasta el otoño de 1876 no envió Engels a la redacción la primera parte de su trabajo, la que abarca la sección titulada "Filosofía".

Pero en este punto ocurrió una pequeña desgracia. Liebknecht no esperaba que Engels se retrasase tanto con el envío de sus artículos. Esperaba recibirlos antes de que comenzase la campaña electoral (para las elecciones de enero de 1877). Se comprende perfectamente que Liebknecht, absorbido, con muchos compañeros más, por los preparativos electorales, no pudiese velar como era debido por la inserción de los artículos de Engels. Atendiendo a la cronología, establecida por mí, o sea a la sucesión de las fechas de inserción de los distintos artículos que forman el *Anti-Dühring*, es evidente que Engels tenía sobrada razón para estar descontento. No cabía proceder con los artículos de Engels peor de lo que hizo el *Vorwaerts* en enero de 1877. Los capítulos de la sección filosófica fueron reproducidos con las más arbitrarias mutilaciones, desgarrados y truncados sin razón ni sentido. Al recibir sus artículos desfigurados de aquel modo, Engels montó en cólera y formuló las más graves acusaciones contra la redacción del periódico; se inclinaba incluso a ver en aquello la mano de los secuaces de Dühring y sus manejos en el seno de la redacción. Y el caso es que a cualquiera que viese cómo se habían insertado en el periódico estos artículos del *Anti-Dühring*, se le tenía que venir a las mientes, sin poderlo remediar, esa sospecha.

Por fin Engels escribió a Liebknecht una de sus cartas más encolerizadas. Hay que advertir que las cartas de Engels a Liebknecht se distinguan siempre por su gran dureza. Pero ésta era una carta verdaderamente furiosa. Engels acusaba a Liebknecht de los pecados más espantosos. Liebknecht, que en sus relaciones con los "viejos" mostró siempre una gran paciencia, le hizo ver a Engels que todo aquello había ocurrido durante la campaña electoral; que él se había pasado varias semanas sin aparecer por la redacción del periódico y que los demás no iban nunca por allí dos días se-

guidos, con lo que el periódico, como ocurría con tanta frecuencia con la prensa socialdemócrata alemana, salía como podía, compuesto a medias por el ajustador y por el corrector. . . Por último, Engels y Liebknecht llegaron a una conciliación, pero entretanto habían ocurrido nuevas cosas, muy poco edificantes, en el conocido Congreso de Gotha de 1877. El 13 de mayo de 1877 se publicó en el *Vorwaerts* el último fragmento del capítulo de la sección "Filosofía" y del 27 al 29 de mayo se reunía ya en Gotha el Congreso del partido. Veamos cómo relatan dos autores la historia de lo ocurrido en este congreso. Oigamos primero a Mehring.¹

La acogida un tanto brusca que hubo en dispensarle el partido es quizás lo que más elocuentemente demuestra cuán necesaria era la obra (el Anti-Dühring). Most y otros de buena gana le hubieran cerrado las columnas del Vorwaerts, haciendo con Engels un auto de fe parecido al que la pandilla oficial universitaria había hecho con Dühring. Afortunadamente, el Congreso de 1877 no se prestó a ello. Y acordó únicamente, por razones prácticas de agitación, que en lo sucesivo esta polémica puramente científica no se publicase en la hoja principal del periódico, sino en un suplemento científico. Claro está que las palabras malignas no escasearon. Neisser quiso disculpar al periódico diciendo que la redacción no disponía de elementos suficientes para examinar como era debido el trabajo de Engels, y Vahteich opinaba, con aquellos modos jactanciosos que ya fastidiaban tanto a Lassalle, que el tono de Engels en aquellos artículos tenía que repugnar necesariamente al buen gusto y hacer indigestible el alimento espiritual del periódico.

Tal es la exposición de Mehring.
Reproduzcamos ahora el relato de Bebel:

No menos lamentable que el debate sobre Hasselmann, fue el que provocó Most respecto a la serie de artículos de Federico Engels que venían publicándose en el Vorwaerts acerca del profesor Dühring. Dühring había conseguido ganarse para sus teorías a casi todos los dirigentes del movimiento de Berlín. Yo era también de opinión de que todo autor que como Dühring atacase enérgicamente al orden social vigente y se declarase comunista debía ser utilizado y

¹ Historia de la socialdemocracia alemana, 2ª edición, t. IV., págs. 123 ss.

aprovechado para nuestros fines, por razones de agitación. Desde ese punto de vista, había escrito ya en 1874, estando en la prisión, dos artículos que se publicaron en el Volksstaat con el título de Un nuevo comunista, y en los cuales analizaba los trabajos de Dühring. Los libros de este autor me habían sido enviados por Eduardo Bernstein, que se contaba entonces con Most, Fritzsche y otros, entre los más entusiastas partidarios de Dühring. Y cuando poco después éste, con motivo de sus enseñanzas, se hizo incompatible con las autoridades de la Universidad y del Estado, incompatibilidad que determinó su separación de la cátedra en junio de 1877, creció considerablemente el prestigio de que gozaba entre sus secuaces. Todo esto movió a Most a presentar al Congreso una proposición redactada en estos términos: "El Congreso declara que en lo sucesivo deberán mantenerse alejados del órgano central artículos que, como ocurre por ejemplo con las críticas de Engels contra Dühring publicadas en estos últimos meses, carecen en absoluto de interés para la inmensa mayoría de los lectores del Vorwaerts o, a lo sumo, no sirven más que para dar escándalo".

Pero ni Bebel ni Mehring cuentan lo que pasó realmente en aquel Congreso. Fueron cosas muy desagradables las que allí ocurrieron. Mehring se refirió a la intervención de Neisser. Contra él tomó la palabra Liebknecht. Y a continuación, Most y sus amigos presentaron la proposición siguiente:

El Congreso declara que artículos como las críticas que en estos últimos meses se han publicado por Engels contra Dühring, y que carecen de interés para la mayoría de los lectores del Vorwaerts, deben mantenerse alejados en lo futuro del órgano central.

Así reza la proposición de Most y sus amigos. Cuando Liebknecht se disponía a intervenir en contra de ella, Klemich y algunos otros presentaron inmediatamente la siguiente proposición incidental:

El debate abierto acerca de la proposición de Most u otras semejantes (relacionadas con los artículos publicados por Engels en el Vorwaerts) se limitará a las cuestiones MATERIALES y al aspecto de la conveniencia, sin hacerse extensivo para nada a los problemas científicos y de principio.

Esta proposición de Klemich fue aceptada por 37 votos contra 36. Liebknecht expuso que todos aquellos debates no tendrían sentido alguno si el problema sólo podía discutirse desde el punto de vista de las conveniencias materiales. Be-

bel y sus amigos presentaron entonces una proposición concedida en estos términos:

...Teniendo en cuenta la EXTENSIÓN¹ que han tomado los artículos de Engels contra Dühring y la que probablemente seguirán adquiriendo en lo sucesivo; teniendo en cuenta asimismo que la polémica mantenida por Engels contra Dühring en las columnas del Vorwaerts da a sus partidarios el derecho de contestarle con idéntica extensión, con lo cual no sólo recarga más de lo debido el espacio del periódico, sino que con ello no gana nada tampoco la causa sobre la cual versa la polémica y que tiene un carácter puramente científico, el Congreso decide:

Suspender la publicación de los artículos de Engels contra Dühring en la hoja principal del Vorwaerts e insertarlos en la Revista² o, en su caso, en su predecesor, el suplemento científico del Vorwaerts, o en un folleto. Asimismo deberá eliminarse de la hoja principal del periódico todo otro comentario a esta polémica.

Esta propuesta, con una enmienda presentada por Frohne, fue aprobada por el Congreso, después que Mont retiró su proposición para adherirse a la de Bebel. Como se ve, éste desempeñó en este Congreso un papel bastante distinto al que se asigna en sus memorias.

En una de sus cartas a Engels, Liebknecht le dice que, desgraciadamente, no había podido ponerse de acuerdo con Bebel, por lo cual éste había cometido aquella torpeza.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que este episodio ocurrido con el *Anti-Dühring* y con los artículos de Engels publicados en el órgano central del partido, cuyo redactor jefe era Liebknecht y sobre el que Bebel ejercía una gran influencia, retrata bastante bien el nivel intelectual de la socialdemocracia alemana en esta época.

La policía y las autoridades universitarias se las arreglaron para infundir a Dühring nuevo prestigio. El Congreso del partido se clausuró en mayo de 1877. Llegaba la hora de reanudar la publicación de los artículos de Engels en el momento en que la popularidad de Dühring tocaba a su apogeo. El Ministerio de Instrucción Pública exigió que Dühring fuese separado de su cátedra en la Universidad de Berlín. Fue uno de los episodios más sensacionales de Europa

¹ Bebel, *Aus meinem Leben*, II, pág. 385.

² Una revista científica del partido, cuya publicación se proyectaba.

en esta época. El *Vorwaerts* y *Liebknecht* no tuvieron más remedio que tomar partido por *Dühring*, pues no podía dejarse a este hombre entregado a las garras de los poderes universitarios. En el *Vorwaerts* se publicaron una serie de artículos en defensa de *Dühring*, pero ya no como autor de un determinado sistema, sino como mantenedor de la libertad de la ciencia, que no había más remedio que defender contra las prácticas de policía del Estado prusiano. Llegaron a publicarse incluso poemas y odas en honor de *Dühring*, que ocuparon las columnas del periódico socialista en el intermedio que transcurrió entre la inserción de los capítulos filosóficos y los que forman la sección segunda del *Anti-Dühring*, titulada "Economía política". Muchos estudiantes jóvenes —*Schippel*, *Manuel Wurm*, *Viereck* *Manfredo Wittich*— constituyeron, con *Fritzsche* y *Most*, un comité para la defensa de *Dühring*. Por su parte, *Most* hacía labor de agitación entre los trabajadores y organizaba mítines obreros, mientras los estudiantes reunían asambleas estudiantiles, en las que salían a la defensa de *Dühring* como representante de la ciencia oprimida. *Mehring* dice, en su *Historia de la socialdemocracia alemana*, refiriéndose a esta campaña de agitación, que fue el último movimiento idealista que prendió en las filas de los estudiantes alemanes.

Pero *Dühring*, que se había conquistado muchas simpatías como intelectual perseguido por el Estado, no tardó en repeler a casi todos los que le seguían, con su carácter insoporrible.¹ Precisamente cuando había conseguido estar en mejores relaciones con los obreros de Berlín y con sus jefes, cometió una serie de torpezas que hicieron imposible toda colaboración. Así, por ejemplo, quiso erigir frente a la Universidad oficial una Academia libre, una Universidad libre. Pero los estatutos de esta Universidad libre, redactados por él, lo enfrentaron irremediabilmente con los socialdemócratas de Berlín. En efecto, para él, su Academia libre y la Universidad obrera se hallaban separados por un abismo, y se negó a profesar en ésta, alegando que no permitiría que nadie lo explotase al servicio de sus ideas. *Bernstein* apunta —en dos variantes de sus recuerdos— la sospecha de que *Dühring*, en unión de *Most*, hubiese organizado la

¹ Pero el prestigio de *Dühring* naufragó en seguida completamente a los ojos de sus adeptos socialistas. La conducta de este hombre tomó un carácter tan autocrático y tan rayano en el delirio de grandezas, que todos, unos detrás de otros, fueron separándose de él. (*Bebel*, *Aus meinem Leben*, II, pág. 388.)

campaña librada contra Engels en el Congreso de Gotha. Y esta sospecha de Bernstein se apoya en ciertas conjeturas. Todavía en octubre de 1878, la *Berliner Freie Presse*, en la que laboraban Most y sus amigos, abrazaba en toda la línea la defensa de Dühring. Pero en los primeros días de noviembre sobrevino ya la más completa ruptura. Dühring había llegado a persuadirse definitivamente de que Most y sus amigos se habían dejado engañar por Liebknecht y los suyos dejando incumplidas sus promesas al no conseguir que se suspendiese la publicación de los artículos de Engels en el *Vorwaerts*. Así lo describe Bernstein: Dühring afirmaba que los socialdemócratas habían querido utilizarlo para sus fines partidistas, destruyendo de este modo su carrera científica.

En otra variante de sus recuerdos, Bernstein escribe que no fue Engels quien mató a Dühring, sino que fue este mismo quien hundió todo su prestigio.

Con la misma idea nos encontramos en una carta de Liebknecht a Engels, en que le dice que el fanatismo dühringiano se ha cavado a sí mismo su fosa. Esto era, seguramente, un poco exagerado. Dühring había perdido toda confianza personal, pero el culto por su persona no había sido todavía barrido. Era menester seguir luchando contra él, como se demostró en el mismo año de 1878, al fundarse con el título de *Die Zukunft* (El Porvenir) la nueva revista que venía a sustituir al suplemento científico del *Vorwaerts*. El programa de esta revista, llamada a ser el órgano central del partido en el terreno científico, representaba una mezcla ecléctica tal, que Engels, comentándolo, podía escribir a Marx, con harta razón, que en Alemania se estaba desarrollando un nuevo socialismo vulgar que no tenía nada que echar en cara al "verdadero socialismo" del año 1845. Por eso Engels escribió ya en otro tono los artículos contra Dühring que forman las secciones de "Economía política" y "Socialismo". Se golpea el saco por no pegar al asno, dice el refrán. Engels arremetía contra Dühring, pero a quienes en realidad vapuleaba era a Most, Fritzsche, Liebknecht y Bebel. Y en algunos pasajes de la obra, polemiza directamente contra ellos, aunque sin llamarlos por su nombre.

La serie de artículos de Engels acabó de publicarse, como hemos dicho más arriba, en el mes de julio de 1878. En mayo y en junio se habían sucedido velozmente dos atentados contra la vida del emperador de Alemania: el de Hobe y el de Nobiling. Bismarck los utilizó para sacar adelante la ley de persecución contra los socialistas. Apenas salida de las prensas la obra de Engels en forma de libro, cayó sobre ella el golpe de hacha de la nueva ley.

Apuntaremos aquí unos cuantos datos acerca de la influencia de Dühring en Rusia, para que se comprenda la importancia gigantesca que los artículos de Engels contra este autor tuvieron también para los destinos del marxismo ruso. Plejanov dice en sus ensayos titulados *El socialismo y la lucha política* y *Nuestras discrepancias* que la *Narodnaia Volia* (el partido de la Libertad del Pueblo) apoyaba su programa teórico en las doctrinas de Dühring, e invoca, en apoyo de esta afirmación, el nombre de Lavrov. Pero se olvida de añadir que los comienzos de la popularidad de Dühring en Rusia coinciden todavía con la época de la *Semlia i Volia* (Tierra y Libertad), con la época del bakunismo, de los narodniki, y que Pablo Axelrod, muerto hace poco, era uno de los más destacados propagandistas de Dühring en Rusia. Si cogemos el libro de Axelrod, titulado *Experiencias y pensamientos*, y lo abrimos en la página 133, leemos:

A mí me parecía que todas estas formalidades eran superfluas, pero a la crítica del centralismo del partido me entregué con todo entusiasmo. Esta crítica se hallaba enlazada en las ideas federalistas y antiautoritarias que yo, como bakunista, apreciaba en mucho. Yo profesaba con todo ardor, en mis conversaciones con Metzner,¹ los principios de política y organización del bakunismo y no sin cierto éxito, al parecer, éxito que yo atribuía en gran parte a la influencia ejercida en él por Dühring. En efecto, el entusiasmo que sentía por el Manifiesto Comunista no le impedía ser un gran admirador de Dühring, el cual se contaba entre sus asiduos clientes.² Y tanto me habló de él, que acabé por ir a visitarlo, presentándome como emigrado socialista ruso y amigo del compañero Metzner. Asistí también a una lección suya, pero no me produjo gran impresión.

Pulemos un poco estos datos. En la biografía de Dühring escrita por Emilio Doll, que era, con Schippel y otros estudiantes socialdemócratas, uno de los miembros más activos del comité de protesta contra la destitución de Dühring, se refiere, a base de los datos facilitados por el propio Dühring, que en 1876 le visitó un joven, que se presentó a él como

¹ Metzner era un socialdemócrata berlinés (D. R.)

² Metzner era zapatero de profesión. (D. R.)

estudiante y emigrado ruso, declarándole que no podía dar su nombre exacto —viajaba con el nombre supuesto de Steinberg—, pero sin ocultar que era judío. Como se sabe, Dühring era un furioso antisemita. A esto, sigue una larga historia de este judío, con todas las bellezas estilísticas a que nos tienen acostumbrados en tales casos lo mismo Dühring que sus discípulos. Pero Doll añade un detalle interesante. La conversación recayó sobre el aspecto serio de la cuestión social, y Dühring se pronunció a favor del ruso Bakunin, diciendo que no cabía duda de que en algunos puntos tenía razón y que, además, en sus ideas y en su carácter, era un hombre más honrado que Marx.

Como el joven quería tener algo importante de Dühring y no poseía medios para comprarse libros, Dühring le buscó un ejemplar de pruebas de imprenta de su Historia de la economía. Más tarde escribió desde Suiza, creo que desde Ginebra, diciendo que sus amigos le estaban enseñando el oficio de cajista de imprenta, para que pudiera ganarse la vida. Que había estudiado el libro de Dühring y que hacía propaganda a favor de él. Pero Dühring no contestó a esta carta...

No la contestó por la sencilla razón de que ya el solo encabezamiento con que Axelrod se permitía dirigirse a él, dándole el tratamiento de "estimado señor colega", denotaba la presunción y la falta de tacto de aquel judío...

Axelrod se olvida de que no fue precisamente Metzner sino Bernstein quien le infundió sus simpatías por Dühring. El fue, en efecto, uno de los rusos a quienes Bernstein dice haber convertido a las doctrinas dühringianas. En sus conocidos artículos sobre *Los éxitos del partido socialdemócrata en Alemania*, publicados en 1878, artículos muy interesantes por la enumeración que en ellos se hace de los síntomas favorables que denotaban la posibilidad de un renacimiento de la socialdemocracia alemana, Axelrod dice, entre otras cosas, lo siguiente:

Hace ya algunos años que viene actuando en Alemania un hombre que predica la idea de una comunidad organizada de abajo arriba, es decir, a base de un contrato libre entre distintos grupos y comunas sociales. Dühring, antiguo docente libre de la Universidad de Berlín, separado de su cátedra por su radicalismo y sus ataques contra la ciencia oficial, se alzó como defensor de esta nueva idea. Su propagan-

da sólo consiguió prender en un pequeño número de secueces, en parte por ser inaccesible a la masa obrera y EN PARTE POR LA RESISTENCIA HOSTIL QUE LOS MARXISTAS LE OPUSIERON.

En los recuerdos de Axelrod (*Experiencias y pensamientos*, pág. 260) la "resistencia hostil que los marxistas le opusieron", es decir, la que le opuso principalmente Engels, se convierte en una "resistencia de los órganos dirigentes del partido".

Pero Dühring tenía en Rusia otro partidario, y era G. V. Plejanov. En su artículo sobre *La ley del desarrollo económico de la sociedad y los deberes del socialismo en Rusia*, Plejanov escribe:

Rodbertus, Engels, Carlos Marx y Dühring forman una brillante pléyade de representantes del período positivista en el desarrollo del socialismo.

Y en el mismo artículo, un poco más adelante:

Dühring, que reconoce plenamente la influencia de las personalidades en el curso del desarrollo social, añade que la actuación de la personalidad tiene que tener un amplio apoyo en el estado de ánimo de la masa.

Vemos, pues, que en 1878, es decir, cuando ya se habían publicado los artículos de Engels, Plejanov seguía sin ver la diferencia específica existente entre Dühring y Marx, ni más ni menos que Bebel en 1874. Y adviértase la diferencia con Axelrod, pues Plejanov no opone a Marx y Engels a Dühring, sino que completa su obra con la de éste.

Una gran probabilidad histórica abona, pues, la siguiente observación de Axelrod, en sus mentados recuerdos:

*Las ideas de Plejanov en lo referente a la aplicación de los principios del marxismo a la solución de los problemas del movimiento revolucionario ruso parecían desarrollarse paulatinamente y no con la rapidez que A PRIORI podría creerse, conociendo el extraordinario vigor de su capacidad teórica. Recordaré que en el verano de 1878, cuando me trasladé a Ginebra, para deliberar acerca de las reformas programáticas y de organización que habían de introducirse en la fracción del Tchorny Perediel (reparto de la Tierra), vi por vez primera, abierto sobre su mesa, el libro de Engels titulado *La revolución de la ciencia* por don Eugenio Dühring (libro que yo no leí hasta algunos años después). Es*

evidente que la lectura de este libro no podía dejar de influir en un hombre como Plejanov.

Es característico que los narodniki Axelrod y Plejanov, al conocer las ideas de Dühring, tomaran de su doctrina aquello precisamente que necesitaban: la organización de la sociedad de abajo arriba, es decir, "a base de un contrato libre entre los distintos grupos y comunas sociales". En una polémica contra los marxistas, Axelrod insistía en la importancia de los sindicatos como órgano de libre iniciativa de las masas. Dühring reprochaba a Lassalle —con toda razón— y a Marx —sin razón alguna— que no tenían ni atisbo de la importancia de los sindicatos.

En 1878, el mismo año en que se publicaron los artículos de Axelrod y Plejanov, vio la luz en los *Oteischestvennye Sapiski* (Anales Patrióticos) un interesante artículo de N. Mijailovsky sobre *Las utopías de Renan y las teorías de Dühring sobre la autonomía de la personalidad*. Como es sabido, Mijailovsky pecó ya en 1878 en lo referente a la libertad política. También él sentía cierta debilidad por Dühring. Con motivo de las persecuciones de que éste era objeto, había escrito un artículo sobre el escándalo de la Universidad de Berlín. Además, había publicado una interesante nota crítica sobre el libro de Koslov.¹ En el citado artículo, Mijailovsky adopta una actitud crítica frente a Dühring, pero es característico que haga resaltar también otros momentos de la doctrina dühringiana. Ya veremos en seguida cuáles.

Especial consideración requiere el SENTIMIENTO DE LA VENGANZA, dada la gran importancia histórica que le asigna nuestro pensador. Desde su punto de vista, la venganza es la base de toda la filosofía jurídica... El mal existe y ES MENESTER COMBATIRLO A VECES CON MEDIOS CRUELES E INCLUSO TERRORISTAS... Cometido el desafuero, ejecutado el acto de violencia, no hay más remedio que ver en el enemigo al enemigo, siendo lícitas las armas de la astucia

¹ A. Koslov, autor de un artículo sobre la *Historia crítica de la filosofía*, que vio la luz en la revista *Snanie* (Saber), publicó en Kiev en un artículo con este título: *La filosofía de la realidad*, una exposición del sistema filosófico de Dühring, seguida de un resumen crítico. Este libro, aunque publicado en 1868, fue escrito antes de que Dühring fuese separado de su cátedra.

y de la fuerza. . . Es evidente que son las personas, y no los grupos sociales, quienes deben cargar con la responsabilidad moral. El hombre, único ser de conciencia y, por consiguiente, único sujeto responsable, no debe atrincherarse detrás de un grupo, ni disculparse invocando voluntad alguna ajena. . . La venganza de que está poseído Dühring y el terror con que amenaza a quienes atenten contra la dignidad de la personalidad parecen talmente una réplica directa a Renan.

Fue precisamente por esta senda, acogiéndose al entusiasmo por Dühring, que suministraba los argumentos teóricos necesarios para justificar la actuación práctica de los revolucionarios rusos —basta recordar las proclamas que siguieron a los primeros actos de terrorismo—, cómo se operó el tránsito de la práctica terrorista de la *Semlia i Volia* al terrorismo político de la *Narodnaia Volia*. Dühring se convirtió en el ideólogo predilecto de este grupo político. Sus doctrinas brindaban la justificación filosófica de que necesitaba la táctica terrorista. Es característico que los mismos *Anales Patrióticos*, unos años después de insertar los artículos más escépticos de Mijailovsky, publicasen una apología de Dühring, escrita precisamente desde este punto de vista. Nos referimos al conocido artículo de Krasnossolsky titulado *La voz de la vida en el mundo del pensamiento* (1883, números de septiembre y octubre), artículo muy leído y comentado entre la juventud de la *Narodnaia Volia* (como yo mismo puedo atestiguar por experiencia propia).¹ Por eso Lavrov, en su artículo *Una ojeada sobre el pasado y el presente del socialismo ruso*, publicado en el *Calendario de la Narodnaia Volia para 1883*, podía decir con toda razón que los partidarios de la *Narodnaia Volia* se inclinaban incluso “a defender la doctrina sociológica de Dühring, según la cual el elemento político-jurídico del orden social ejerce una influencia mayor que el elemento económico”.

III

Aun hemos de decir algo acerca de la significación e importancia del *Anti-Dühring*. Ya hemos apuntado las princi-

¹ Mencionaremos además el artículo de Isk-ov, titulado *Resumen de las teorías de Hartmann, Dühring y Lange*, publicado en la revista *Dielo* (diciembre de 1883).

pales causas a que se debió la popularidad de Dühring. No hay que olvidar que este autor equipaba a la juventud revolucionaria de su tiempo con una ideología. Le brindaba un sistema de ideas y concepciones, un sistema de contestaciones definidas para todos los problemas que torturaban el espíritu. ¿Con qué contaba entonces un marxista? Contaba con el *Manifiesto Comunista*. Pero, sin todo lo que le había precedido, sin el conocimiento de los hechos que en él se sintetizaban, sin la información histórica correspondiente, el *Manifiesto Comunista* era menos accesible al espíritu que el Programa obrero de Lassalle. Añádase que el *Manifiesto Comunista* empezaba precisamente por entonces a difundirse, pues había sido recitado en 1872, tras una larga interrupción. Algo más se leía *El Capital*. Pero *El Capital* era, incluso para Liebknecht, en el fondo, un libro que sólo servía como fuente de datos para las intervenciones parlamentarias en el Reichstag sobre la legislación obrera y como cantera de materiales para los discursos pronunciados en las grandes solemnidades, cuando se trataba de poner de manifiesto el grado a que había llegado la explotación de los obreros por los capitalistas. En 1874, Liebknecht estaba perfectamente convencido de que Buckle era el más grande de los historiadores y el creador de una nueva concepción histórica; en Marx sólo veía el inventor de un nuevo sistema económico. Lo mismo en Alemania que en Rusia, la parte filosófica de *El Capital*, las páginas del materialismo histórico, eran para los lectores de Marx, según la frase de Plejanov, "el capítulo que se pasaba por alto en un libro predilecto". Engels empezó a colaborar en el *Volksstaat*, dirigido por Liebknecht, ya a comienzos de 1873. En sus artículos, había de contestar a toda una serie de cuestiones de orden práctico. Así, por ejemplo, un tal Mühlberger publicó un estudio sobre el problema de la vivienda, que demostraba que el periódico socialista había olvidado las diferencias que separaban al marxismo del proudhonismo. Esto dio motivo para que Engels escribiese un magnífico artículo trazando un parangón entre el proudhonismo y el marxismo a base de un ejemplo concreto. Era el modo alemán, científico y profundo de escribir, partiendo de temas aislados. No existía todavía una exposición completa del sistema, del ideario marxista. Ni existió hasta que Engels la trazó en su *Anti-Dühring*. El mismo nos dice en los prólogos a su obra en qué estriba la importancia de su libro.

Este trabajo (la crítica de Dühring) me brindaba la ocasión para desarrollar de un modo positivo, en los más diversos campos que había de recorrer, mis ideas acerca de

problemas que encierran un interés general, científico o práctico... (Prólogo a la 1.^a edición.)

Era forzoso que yo siguiese sus huellas (las de Dühring) en todos los campos que pisa y opusiese a las suyas mis ideas. De este modo, la crítica negativa tomaba un aspecto positivo y la polémica trocábase en una exposición más o menos sistemática y coherente del método dialéctico y del ideario comunista mantenidos por Marx y por mí, ante una serie bastante considerable de problemas. (Prólogo a la 2.^a edición.)

Engels reconoce, pues, que la polémica contra Dühring le brindó la ocasión para oponer al sistema un sistema, al ideario un ideario. Y en esto precisamente radica la importancia fundamental del *Anti-Dühring*. Marx y Engels sabían, naturalmente —cosa que nosotros no hemos sabido hasta ahora—, que en los cajones de su mesa se guardaba el original de su inédita *Ideología alemana*. Sabían que en la década del cuarenta habían podido oponer a la ideología burguesa imperante, al “verdadero socialismo”, su sistema y su ideario comunista. Pero esto no lo sabían más que ellos. No lo sabía ni siquiera Liebknecht, que vivió doce años en contacto íntimo e inmediato con Marx y Engels. No lo sabían sus numerosos lectores, ni podía saberlo, naturalmente, quien posase la vista en el Programa de Gotha. Hasta el año 1878, en que se publicó el *Anti-Dühring*, no existió un sistema completo de ideología comunista que pudiera enfrentarse con la ideología pequeñoburguesa, en todos sus matices y variantes; huelga decir que para trazar ese sistema, Marx y Engels se apoyaron en sus trabajos anteriores.

Hoy (y éste es un problema interesantísimo) podemos, leyendo los capítulos que en la *Ideología alemana* se consagran a Feuerbach y que se han publicado en el “Archivo Marx-Engels”, determinar y con toda precisión hasta qué punto Marx y Engels habían modificado sus posiciones primitivas cuando fue escrito el *Anti-Dühring*. Y no desde *La Sagrada Familia*, pues la posición que Marx y Engels mantenían en esa obra había sido ya revisada por ellos en la *Ideología alemana*. *La Sagrada Familia* representa una etapa anterior, ya superada. Marca ya un avance considerable hacia el marxismo, pero no es todavía la idea marxista la que habla en ella.

En su artículo contra Heinzen, observa Marx:

Es característico del gran torpor del “sentido común”... que allí donde consigue ver las diferencias no alcance a ver la unidad y que donde ve la unidad no sepa penetrar en las diferencias. En cuanto establece una determinación dis-

tintiva, se le petrifica entre las manos, y si alguien se dedica a golpear en esos leños conceptuales hasta hacerlos arder, ve en ello la más detestable sofística.*

Desde la posición mantenida en la *Ideología alemana* hasta la que se desarrolla en el primer volumen de *El Capital* no hay ya "salto" alguno. La idea central desenvuelta por Engels en la sección filosófica del *Anti-Dühring* aparece ya enteramente formulada, incluso en la parte que se refiere a las ciencias naturales, en una serie de notas puestas al pie de *El Capital*, en aquellas notas que tanto indignan a Dühring. En el *Anti-Dühring*, Engels desarrolla el método dialéctico, creado por él y por Marx y del que venían sirviéndose desde 1846, desde la *Ideología alemana*.

Al editar los papeles póstumos de Engels sobre la *Dialéctica en la naturaleza*, descubierto por mí, puse de manifiesto en mi introducción que si se comparaba ese trabajo con las páginas del *Anti-Dühring*, no aparecía formulada en él ni una sola idea nueva. Así lo decía, literalmente: "ni una sola idea nueva". La tentativa, totalmente insostenible, de quienes quieren encontrar no sé qué diferencia entre el Engels del *Anti-Dühring* y el Engels de la década del ochenta, pretendiendo que éste había llegado, unos años más tarde, a "concepciones radicalmente opuestas" a las de aquel libro, descansa en la comprensión un tanto confusa de una serie de pasajes del *Anti-Dühring* y en la lectura poco atenta del prólogo de Engels a la segunda edición de esta obra.

¿Qué es lo que dice Engels en este prólogo? Dice que hubo de empeñarse en la crítica de Dühring coincidiendo precisamente con una época en la que estaba atravesando por un "proceso de muda" en el campo de las ciencias naturales. Al decir esto, se sirve de una terminología que no es del todo exacta; lo que quiere decir es que no disponía aún de todos los datos que necesitaba y que confiaba en que acaso más tarde le fuese dado exponer su modo de ver las cosas en una forma más profunda. Esto lo escribía en el año 1885. Quien lea atentamente el prólogo a la segunda edición sabe que Engels se abstuvo de introducir en ella ninguna modificación, movido por un sentimiento consciente de decoro literario. Basta leer las cartas de Engels a Marx para saber cuán duro se le hizo a Engels, por motivos puramente humanos, polemizar contra Dühring. Se le hacía cruel, dice en una de estas cartas, tener que mantener una polémica con un ciego. Y hubo de luchar largo tiempo consigo mismo hasta vencer estos escrúpulos puramente sentimentales. No otra cosa es la que le mueve a decir en ese prólogo que no tenía derecho a modificar nada de cuanto había

escrito en 1878, absteniéndose, por esta razón, de introducir ningún género de alteraciones.

En la introducción a la *Dialéctica en la naturaleza* he apuntado ya el hecho de que, al escribir el *Anti-Dühring*, Engels aún no conocía la ley periódica de Mendeleiev. No debe olvidarse que los artículos recogidos en la sección de "Filosofía" vieron todos la luz antes del mes de mayo de 1877 y que estaban ya en poder de la redacción en otoño de 1866. Engels no estaba en condiciones de seguir de cerca la literatura química especializada, cuyos trabajos aparecían dispersos en las más diversas revistas científicas profesionales. Puede servirle de excusa el hecho de que esa ley no aparece tampoco expuesta hasta 1877 en un libro como el gran tratado de química de Roscoe y Schorlemmer. Engels hubiera podido tenerla en cuenta en la segunda edición. En 1885 disponía ya de una masa de datos que no hacían más que confirmar sus ideas fundamentales. Pero se abstuvo deliberadamente de hacerlo. En el prólogo a la segunda edición traza un esbozo de su futuro trabajo. Sin embargo, no modifica en nada sus concepciones. Este esbozo se halla inspirado por la misma idea central formulada ya en el *Anti-Dühring* y desarrollada más por extenso en las notas y proyectos de artículos escritos después de 1878. La tentativa de encontrar contradicción en este respecto entre el Engels de 1878 y el de 1882 nace simplemente del deseo de pegar una nueva etiqueta sobre las ideas antiguas y está condenada, por tanto, al más completo fracaso.

Después de publicado el *Anti-Dühring*, Engels tuvo ocasión de desarrollar sus ideas más extensamente de lo que había podido hacerlo en la sección filosófica de su polémica contra Dühring, donde se limita a formularlas de un modo conciso. En su trabajo sobre Feuerbach traza una detenida exposición de la actitud adoptada por Marx y por él ante la filosofía de Hegel y Feuerbach. En relación con esto, Engels da también solución en términos positivos a una serie de problemas de filosofía, ética e historiografía. En este sentido, el libro de Engels sobre Feuerbach no sólo completa eficazmente el *Anti-Dühring*, sino que es, además, un excelente comentario a los capítulos correspondientes de esta obra. No menos importante son también en este respecto, hoy, los capítulos de la *Ideología alemana*, editados por mí, y la *Dialéctica en la naturaleza* de Engels. Conviene hacer resaltar aquí la brillante exposición que Engels traza en la sección primera del *Anti-Dühring* sobre los orígenes y el desarrollo de la idea de la igualdad. Ya Marx había puesto de relieve en *El Capital* que la determinación del valor por el trabajo y el libre intercambio a base de ese criterio valorativo, de los productos del trabajo entre los propietarios de mercancías iguales en derechos, era la base real en la que

descansaba todo el edificio de la ideología política, jurídica y filosófica de la moderna burguesía.

El esbozo de Engels sirvió de impulso animador a toda una serie de trabajos marxistas —principalmente a los de Lafargue, Kautsky y Plejanov— en los que se investigan los orígenes de diversas ideas “eternas”.

La sección del *Anti-Dühring* consagrada a los problemas fundamentales de la teoría económica marxista representa, hasta hoy, la mejor introducción al estudio de *El Capital*. Engels nos da una definición del objeto de la economía política, de sus métodos y de sus problemas. En este punto, yo tengo que disentir de aquellos que pretenden convertir la economía política en una ciencia cuya única misión consiste en investigar el régimen económico de mercancías y las instituciones capitalistas de este régimen y que sólo conciben el derecho como el derecho del productor de mercancías. Todos estos intentos vienen a resumirse en el afán de poner a todo un “principio” y un “fin”, en la pretensión de dar definiciones precisas de todo, de poner punto final allí donde la evolución no ha terminado todavía, allí donde unas formaciones económicas se están convirtiendo en otras y donde las siguientes relevan y explican las anteriores, a la par que son explicadas por ellas cumplidamente como por los supuestos que las condicionan. En la sección segunda se contienen magníficos artículos consagrados a la teoría de la violencia, en los que se estudian y exponen de mano maestra las relaciones mutuas entre el factor económico y el factor político en la historia de la sociedad humana. Como de pasada, Engels traza aquí una historia compendiada del arte de la guerra, que demuestra cuánta importancia encierra ese capítulo, desde el punto de vista del materialismo histórico. Para juzgar en todo su alcance de la importancia de estos artículos, hay que esperar a que vean la luz todos los trabajos de Engels sobre problemas militares. Sin embargo, bien puede asegurarse que el esbozo contenido en el *Anti-Dühring* es, con el prólogo a la obra de Borckheim (1887) y los artículos titulados *¿Puede Europa ir al desarme?* (1893), la mejor exposición de las ideas arraigadas en Engels a lo largo de sus años de paciente estudio de la historia y la teoría del arte de la guerra.¹

En estas páginas se describen con palabras casi proféticas la futura guerra imperialista y sus probables consecuencias. No perdamos de vista, sin embargo, que el esbozo de la historia del arte de la guerra contenido en el *Anti-Dühring* termina con el año 1877. La última gran guerra, cuyas ex-

¹ El Instituto Marx-Engels de Moscú prepara la edición de los trabajos militares de Engels.

perencias investiga Engels, había sido la guerra de 1870 entre Alemania y Francia. En este respecto, el esbozo de Engels necesita ser cuidadosamente completado.

También podría afirmarse que algunas de las aseveraciones mantenidas por Engels son demasiado categóricas. Tal acontece, principalmente, con el pasaje en que se sostiene que las armas han adquirido "tal grado de perfección, que no cabe ya ningún nuevo progreso que pueda revolucionar esta esfera". Hasta en el campo de las armas de fuego se han introducido, desde 1878, una serie de innovaciones importantes. Y al lado de ellas han surgido nuevas ramas de la técnica guerrera, basadas en el desarrollo de la aviación y de la industria química. Los submarinos han traído grandes cambios a la guerra por mar. Mas, por otra parte, las experiencias de la guerra de 1914-1918 no han hecho más que confirmar plenamente las deducciones a que Engels llega, analizando el problema del duelo entablado entre las corazas y los cañones. Hasta en la forma del dreadnought, el buque acorazado ha acabado por asumir una perfección tal, que se ha hecho "inasequible e inútil para la guerra".

Pero lo que Engels expone de un modo impecable es la dialéctica interna del militarismo. También el militarismo, en su forma imperialista moderna, encierra todos los gérmenes de su propia destrucción.

Y lo que no pudo conseguir la democracia burguesa de 1848, precisamente porque era burguesa y no proletaria, a saber: infundir a las masas trabajadoras una VOLUNTAD adecuada a su situación de clase, lo conseguirá infaliblemente el socialismo. Y al conseguirlo, matará en su raíz el militarismo y los ejércitos permanentes.

La sección tercera del *Anti-Dühring* trata del socialismo. Ya hemos visto cómo enjuiciaba Bebel a los precursores de Marx y Engels, a los socialistas utópicos. En sus obras, Dühring no sólo tergiversaba la historia de la economía política, sino que tergiversaba también el socialismo. El libro de Engels imprimió al estudio del socialismo un nuevo y fuerte impulso. Todos los trabajos de Kautsky, Bernstein, Plejanov y Mehring dentro de este campo arrancan, lo mismo en sus temas que en su concepción general, de las tesis fundamentales formuladas por Engels en su digresión por el campo de la historia del socialismo.

Pero en la sección tercera del *Anti-Dühring* Engels no se limita a ofrecernos esto. Por vez primera desde el *Manifiesto Comunista* y basándose en las experiencias de la revolución de 1848, de la Primera Internacional y de la Comuna de París, Engels desarrolla aquí, en toda su extensión, los

problemas centrales del programa, de la estrategia y de la táctica del proletariado. Por vez primera demuestra la manera inagotable que es *El Capital* de Marx para cuantos buscan una solución a esos problemas. Engels expone por vez primera, detalladamente, cómo el capitalismo engendra y repara todos los elementos materiales y espirituales para la sociedad del futuro. En la misma sección del *Anti-Dühring* se desarrollan, también por primera vez, no sólo frente a Dühring, sino también frente a los anarquistas y a los lassallianos, y hasta frente a los de Eisenach, que no acababan de desprenderse de las influencias del culto lassalliano del Estado, las ideas del marxismo acerca de la misión y los orígenes del Estado, ideas que Marx y Engels habían esbozado ya en su *Ideología alemana*.

No tiene nada de particular que fuese precisamente después del *Anti-Dühring* cuando los marxistas comenzaron a ahondar en los problemas programáticos. El programa que votó en Erfurt la socialdemocracia alemana y que es ya, en parte, obra de Engels, no hubiera sido concebible sin el gigantesco trabajo preparatorio realizado por él en el *Anti-Dühring*. Y lo mismo cabe afirmar del programa del grupo ruso de la Emancipación del Trabajo y del primer programa de nuestro partido.

En una parte muy considerable, la obra titulada *Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia*, que sigue siendo, con el *Manifiesto Comunista*, el mejor compendio para la asimilación de las bases del marxismo, está formada con capítulos tomados de la sección tercera del *Anti-Dühring*.

En el libro de Antonio Labriola *Socialismo y filosofía* encontramos expuesta la siguiente interesante idea:

Todos los países tienen desgraciadamente sus Dühring. ¡Quién sabe qué otros Antis hubiera escrito un Engels en cada uno de esos países! La verdadera importancia de este libro está, a mi juicio, en permitir a los socialistas de otros pueblos y de otras lenguas pertrecharse con los métodos críticos indispensables para escribir todos los Antis que haga necesarios la lucha contra cuantos atacan al socialismo en nombre de todas esas sociologías que pululan en todas partes.

Labriola tiene razón. En los países en que el marxismo quiera desarrollarse no puede limitarse a ser un producto del "pensamiento extranjero". Si quiere triunfar en un país, ha de esforzarse por conseguir explicar dentro de ese país la realidad histórica concreta sobre los principios del marxismo, ha de esforzarse por demostrar que el método dialéctico, el materialismo dialéctico, es un método universal en el sentido de que la realidad concreta de que se trata, cual-

quiera que sus características específicas sean, tiene su explicación en sí misma, en la pugna de sus contradicciones internas y que todas esas "características específicas" brotan de una raíz, de la lucha de clases, del desarrollo de la pugna de los antagonismos en la realidad concreta —histórica, económica, geográfica— del país que se estudia.

En su folleto titulado *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, Lenin desarrolla esta idea, ya mantenida por él muchas otras veces, la idea de que el marxismo sólo puede incorporarse a un país como parte de él y acaudillar al proletariado contra la burguesía de ese país, convirtiéndose en la nueva ideología comunista de ese proletariado y de la intelectualidad revolucionaria y enfrentándose con todas las variantes y modalidades de la ideología burguesa. El mérito inmortal de Engels —y los que dicen que su *Anti-Dühring* es, después de *El Capital* y con él, la obra más importante del marxismo tienen razón—, su mérito inmortal consiste en levantar con esta obra, por vez primera, frente a la ideología burguesa, una ideología comunista. Queda reservada a los marxistas que vinieron después de él la misión de desarrollar esta ideología comunista a base de las nuevas experiencias nacional e internacionales, cada vez más ricas y más completas, hasta modelarla con los rasgos de una ideología amplia y completa. Pero sin olvidar jamás que ese resultado sólo puede alcanzarse con ayuda de un arma tan incomparable como la del método dialéctico, como la del método del materialismo dialéctico.

II

PRIMITIVO PROLOGO
PARA EL "ANTI-DÜHRING"
SOBRE LA DIALECTICA

Entre los extensos materiales inéditos de Engels sobre la aplicación del método dialéctico racional a las ciencias naturales, recogidos y publicados por D. Riazanov con el título de *Dialéctica y naturaleza* en *Marx-Engels Archiv*, revista del Instituto Marx-Engels de Moscú, t. II (1927), págs. 117-394, figura (págs. 218-224) este prólogo, descubierto entre los papeles póstumos del autor y escrito para la primera edición del *Anti-Dühring*...

Acerca de él dice Riazanov en sus notas preliminares:

"Para encabezar la edición en forma de libro (de sus artículos contra Dühring), escribió Engels un extenso prólogo. En los últimos momentos lo sustituyó, sin embargo, por otro más breve, acaso porque quería desarrollar más por extenso las ideas expuestas en él. Como el prólogo publicado lleva la fecha de 12 de junio de 1878, cabe suponer que el prólogo primitivo no es posterior a la segunda mitad del mes de marzo de 1878.

El trabajo que el lector tiene delante no es, ni mucho menos, fruto de ningún "impulso interior". Lejos de eso, mi amigo Liebknecht puede atestiguar cuánto esfuerzo le costó convencerme de la necesidad de analizar críticamente la novísima teoría socialista del señor Dühring. Una vez resuelto a ello, no tenía más remedio que investigar esta teoría, que se expone como el último fruto práctico de un nuevo sistema filosófico, en relación con este sistema, investigando por consiguiente este sistema mismo. Me vi, pues, obligado a seguir al señor Dühring por todos aquellos anchos campos que él recorrió tratando de lo divino y lo humano y de algunas cuantas cosas más. Y así surgió toda una serie de artículos, que vieron la luz en el *Vorwärts* de Leipzig desde comienzos del año 1877 y que se recogen sistemáticamente ordenados en este volumen.

Dos circunstancias hay que pueden excusar el que la crítica de un sistema tan insignificante, pese a toda su jactancia, adopte unas proporciones tan grandes, impuestas por el tema. Una es que esta crítica me brindaba la ocasión para desarrollar de un modo positivo, en los más diversos campos, mis ideas acerca de problemas que encierran hoy un interés general, científico o práctico. Y aunque esta obra no persigue ni mucho menos el designio de oponer un nuevo sistema al sistema del señor Dühring, confío en que el lector no echará de menos la trabazón interna entre las ideas expuestas por mí, a pesar de la diversidad de materias tratadas.

La otra circunstancia a que aludía es la siguiente: El señor

Dühring como "creador de sistema" no es un fenómeno aislado y solitario en la Alemania actual. Desde hace algún tiempo, en Alemania brotan por todas partes, como las setas, de la noche a la mañana, por docenas, los sistemas filosóficos y principalmente los sistemas de filosofía de la naturaleza, para no hablar de los innumerables sistemas nuevos de política, economía, etc. Y tal parece como si en la ciencia quisiera también aplicarse ese postulado del Estado moderno que supone a todo ciudadano capaz para juzgar de todos los problemas acerca de los cuales se le pide el voto, o el postulado de la economía, según el cual todo consumidor conoce al dedillo las mercancías todas que necesita para el sustento de su vida. Todo el mundo puede escribir de todo, y en eso consiste precisamente la "libertad de la ciencia", en escribir con especial descombarazo de cosas de que no se sabe nada y en acatar esto como el único método científico riguroso. El señor Dühring no es más que uno de los tipos más representativos de esa ruidosa seudociencia que por todas partes se coloca hoy en Alemania, a fuerza de codazos, en primera fila y que atruena el espacio con su estrepitoso... ruido de latón. Ruido de latón en poesía, en filosofía, en economía, en historiografía; ruido de latón en la cátedra y en la tribuna, por todas partes ruido de latón, pero un ruido de latón trascendental, que se arroga una gran superioridad y profundidad de pensamiento, y que no debe confundirse con ese modesto y vulgar ruido de latón de otros países; es el producto más característico y más abundante de la industria intelectual alemana, barato pero malo, ni más ni menos que los demás artículos alemanes, con los que el país, desgraciadamente, no estuvo representado en Filadelfia. Hasta el socialismo alemán, sobre todo, desde que el señor Dühring empezó dando el buen ejemplo, ha hecho últimamente grandes progresos en este arte del ruido del latón trascendental; el hecho de que en la práctica el movimiento socialdemócrata no se salga apenas de quicio por todo ese estrépito trascendental, es una prueba más de la salud maravillosa de nuestra clase obrera, en un país en el que todo parece estar actualmente enfermo, con la única excepción de las ciencias naturales.

Cuando, en su discurso pronunciado en el congreso de naturalistas de Munich, Naegeli afirmaba que el conocimiento humano no revestiría jamás el carácter de la omnisciencia, ignoraba evidentemente las obras del señor Dühring. Estas obras me han obligado a mí a seguir a su autor por una serie de campos en los que, a lo sumo, sólo puedo moverme con las pretensiones de un aficionado. Me refiero principalmente a las distintas ramas de las ciencias naturales, donde hasta hoy solía considerarse como pecado de arrogancia el que un "profano" osase entrometerse a hablar de lo que no

sabía. Sin embargo, me anima un poco el que en un discurso pronunciado también en Munich, el señor Virchow dejase escapar la frase, a la que nos referimos más detenidamente en otro lugar, de que, fuera del campo de su especialidad, todo naturalista no está informado tampoco más que a "medias", es decir que es, hablando en terminos corrientes, un profano. Y así como el especialista se permite y no tiene más remedio que permitirse, de vez en cuando, pisar en un terreno colindante con el suyo, teniendo derecho a que el especialista en cuestión le perdone sus torpezas de expresión y sus pequeñas inexactitudes, yo me he tomado también la libertad de aducir una serie de fenómenos y de leyes naturales como ejemplos demostrativos de mis ideas teóricas generales, y confío en que podré contar con la misma indulgencia.

Los resultados de las modernas ciencias naturales se imponen a todo el que se ocupe en cuestiones teóricas con la misma fuerza irresistible con que los naturalistas de hoy se ven arrastrados, quieran o no, a deducciones teóricas generales. Y aquí se establece una cierta compensación. Pues si los teóricos son profanos a medias en el campo de las ciencias naturales, no lo son menos, por su parte, los naturalistas de hoy día en el terreno teórico, en el terreno de lo que hasta aquí ha venido calificándose de filosofía.

La investigación empírica de la naturaleza ha acumulado una masa tan gigantesca de conocimientos positivos, que la necesidad de ordenarlos sistemáticamente y por su trabazón interna en cada campo de investigación es algo sencillamente irrefutable. Y no menos irrefutable es la necesidad de establecer la debida trabazón entre los distintos campos de conocimiento. Pero con esto, las ciencias naturales se desplazan al campo teórico, donde fracasan los métodos empíricos y donde sólo el pensamiento puede prestar un servicio. Mas el pensar teórico no es una dote natural sino en lo que a la capacidad se refiere. Esta capacidad ha de ser cultivada y desarrollada, y hasta hoy no existe más medio para su cultivo y desarrollo que el estudio de la historia de la filosofía.

El pensamiento teórico de toda época, incluyendo, por ende, a la nuestra, es un producto histórico que reviste formas muy distintas y asume, por tanto, contenido muy distinto también según las diferentes épocas. La ciencia del pensamiento es, por consiguiente, como todas las ciencias, una ciencia histórica, la ciencia del desarrollo histórico del pensamiento humano. Y esto tiene también su importancia en lo que afecta a la aplicación práctica del pensamiento a los campos empíricos. Por varias razones. La primera es que la teoría de las leyes del pensamiento no representa, ni mucho menos, esa "verdad eterna" y definitiva que el espíritu del fi-

Este se representa en cuanto oye la palabra "lógica". Hasta la lógica formal ha sido objeto de enconados debates desde Aristóteles hasta nuestros días. Y por lo que a la dialéctica se refiere, hasta hoy sólo ha sido investigada detenidamente por dos pensadores: por Aristóteles y por Hegel. Y la dialéctica es la forma más exacta de pensamiento para las modernas ciencias naturales, ya que es la única que nos brinda la analogía, y, por tanto, el método para explicar los procesos evolutivos que se desarrollan en la naturaleza, para explicar, en sus rasgos generales, sus articulaciones y el tránsito de una zona a otra de investigación.

En segundo lugar, el conocimiento de la evolución histórica del pensamiento humano, de las ideas que las diferentes épocas de la historia se han forjado acerca de las concatenaciones generales del mundo exterior, es también una necesidad para las ciencias naturales teóricas, porque nos sirve de criterio para contrastar las teorías por ellas formuladas. En este respecto, se nos revela con harta frecuencia y con colores bien vivos el desconocimiento de la historia de la filosofía. No pocas veces vemos sostenidas por los naturalistas teorizantes como verdades acabadas de descubrir, y hasta se imponen por moda durante algún tiempo, doctrinas que la filosofía viene profesando ya desde hace varios siglos y que, en bastantes ocasiones, han sido ya filosóficamente desechadas. Es, sin duda, un gran triunfo de la teoría mecánica del calor haber apoyado con nuevos testimonios y hecho pasar otra vez a primer plano el principio de la conservación de la energía; pero ¿acaso ese principio habría podido proclamarse como una verdad tan absolutamente nueva si los señores físicos se hubieran acordado de que ya había sido formulado, en su tiempo, por Descartes? Desde que la física y la química vuelven a operar casi de manera exclusiva con moléculas y con átomos, no hay más remedio que volver de nuevo los ojos a la filosofía atomística de los antiguos griegos. Pero ¡cuán superficialmente aparece tratada, aun por los mejores! Así, por ejemplo, Kekulé (*Fines y adquisiciones de la química*) afirma que esa filosofía procede de Demócrito y no de Leucipo, y sostiene que Dalton fue el primero que admitió la existencia de átomos elementales cualitativamente distintos, asignándoles distintos pesos, característicos de los distintos elementos, cuando en Diógenes Laercio (X, I, § 43-44 y 61) puede leerse que ya Epicuro atribuía a los átomos diferencias, no sólo de magnitud y de forma, sino también de peso, es decir, que ya conocía, a su modo, el peso y el volumen atómicos.

El año 1848, que en Alemania no puso remate a nada, impuso en cambio un viraje radical en el campo de la filosofía. La nación se lanzó al aspecto práctico, creando los orígenes de la gran industria y del engaño; mientras tanto,

el gigantesco auge que las ciencias naturales habían adquirido desde entonces en Alemania, iniciado por predicadores peregrinantes y caricaturas como Vogt, Büchner, etc., repudió abiertamente a la filosofía alemana clásica, que había ido a sumirse en la arena de los viejos hegelianos de Berlín. Estos se lo tenían bien merecido. Pero una nación que quiera mantenerse a la altura de la ciencia, no puede desenvolverse sin un pensamiento teórico. Y con el hegelianismo se echó por la borda la dialéctica —precisamente en el momento en que el carácter dialéctico de los fenómenos naturales se estaba imponiendo con una fuerza irresistible, en que por tanto sólo la dialéctica de las ciencias naturales podía ayudar al hombre de ciencias a remontar la montaña teórica—, para entregarse de nuevo desanparadamente en brazos de la vieja metafísica. En el público volvieron a hacer estragos las vacuas reflexiones de Schopenhauer, cortadas a la medida del filisteo, y más tarde hasta las de un Hartmann y el materialismo vulgar de predicadores peregrinantes de un Vogt y de un Büchner. En las universidades se hacían la competencia los más diversos linajes del eclecticismo, que sólo coincidían en ser todos una mezcla de restos de viejas filosofías y en ser todos igualmente metafísicos. De los escombros de la filosofía clásica sólo se salvó un cierto neokantismo, cuya última palabra era la cosa en sí eternamente irrecognoscible; es decir, precisamente aquella parte de Kant que menos merecía ser conservada. El resultado final de todo esto fue la confusión y la algarabía que hoy reinan en el campo del pensamiento teórico.

Apenas se puede coger en la mano un libro teórico de ciencias naturales sin tener la impresión de que los propios naturalistas se dan cuenta de cómo están dominados por esa algarabía y confusión y de cómo la llamada filosofía hoy en curso no puede ofrecerles absolutamente ninguna salida. Y, en efecto, no hay más solución ni más posibilidad de llegar a ver claro en estos campos que retornar bajo una u otra forma del pensar metafísico al pensar dialéctico.

Este retorno puede operarse por distintos caminos. Puede imponerse de un modo elemental, por la fuerza coactiva de los propios descubrimientos de las ciencias naturales, que no quieran seguir dejándose torturar en el viejo lecho metafísico de Procusto. Pero éste sería un proceso lento y penoso, en el que habría que vencer toda una muchedumbre de razonamientos inútiles. En gran parte, ese proceso está ya en marcha, sobre todo en la biología. Pero podría acortarse notablemente si los naturalistas teóricos se decidieran a prestar mayor atención a la filosofía dialéctica, en las manifestaciones que la historia nos brinda. Entre estas manifestaciones hay singularmente dos que podrían ser muy fructíferas para las modernas ciencias naturales.

La primera es la filosofía griega. Aquí, la idea dialéctica se nos aparece todavía con una sencillez elemental, sin que la estorben aún los obstáculos afectivos que se oponía a sí misma la metafísica de los siglos XVII y XVIII —Bacon y Locke en Inglaterra, Leibnitz en Alemania— y con los que se obstruía el camino que había de llevarla de la inteligencia de los detalles a la inteligencia del conjunto, a la visión de las concatenaciones generales. En los griegos —justamente por no haber avanzado todavía hasta el análisis y la desintegración de la naturaleza—, ésta se enfoca todavía como un todo, en sus rasgos generales. La trabazón general de los fenómenos naturales no se investiga en detalle, sino que es, para los griegos, el resultado de la intuición inmediata. Aquí es donde estriba precisamente la insuficiencia de la filosofía griega, la que hizo que más tarde hubiese de ceder el paso a otros métodos. Pero es aquí, a la vez, donde radica su superioridad respecto a todas las escuelas metafísicas que, andando el tiempo, se le habían de oponer. Es decir, que la metafísica tenía razón contra los griegos en el detalle, pero en cambio éstos tenían razón contra la metafísica en su visión de conjunto. He aquí una de las razones de que, en filosofía como en todo lo demás, nos veamos obligados a volver siempre los ojos hacia las ideas de aquel pueblo diminuto cuyo talento universal y cuyos frutos universales le aseguran un lugar en la historia progresiva de la humanidad como no puede reivindicar para sí ningún otro pueblo. Pero hay aún otra razón, y es que en las diversas formas de la filosofía griega se contienen ya en germen, en génesis, todos los modos de concebir que han de desarrollarse con el tiempo. Por eso las ciencias naturales teóricas no tienen tampoco, si quieren seguir la evolución de los que hoy son sus principios generales hasta remontarse a sus orígenes, más remedio que retrotraerse a los griegos. Y este modo de ver va abriéndose paso cada vez más resueltamente. Cada día abundan menos los naturalistas que, operando como con verdades eternas con los despojos de la filosofía griega, por ejemplo con la atomística, miran a los griegos por encima del hombro, con un desprecio baconiano, por la sencilla razón de que los griegos no conocían una ciencia natural empírica. Lo único que hay que descartar es que este modo de ver progrese hasta convertirse en un conocimiento real de la filosofía griega.

La segunda manifestación de la dialéctica, la que más cerca está de los naturalistas alemanes, es la filosofía alemana clásica desde Kant hasta Hegel. Aquí ya se ha conseguido algo desde que vuelve a estar de moda el apelar a Kant, remontándose por encima del mentado neokantismo. Desde que se ha averiguado que Kant es el autor de dos hipótesis geniales, sin las que no podrían dar un paso las

modernas ciencias naturales teóricas —la teoría de los orígenes del sistema solar, que antes se atribuía a Laplace, y la teoría de los obstáculos puestos a la rotación de la Tierra por las mareas—, este filósofo vuelve a conquistar el puesto que le corresponde en el respeto de los naturalistas. Pero querer estudiar dialéctica en Kant, sería un trabajo estérilmente penoso y poco fructífero desde que las obras de Hegel nos ofrecen un amplio compendio de dialéctica, aunque desarrollado partiendo de un punto de arranque radicalmente falso.

Hoy, en que la reacción contra la "filosofía de la naturaleza", justificada en gran parte por ese falso punto de partida y por la impotente reacción de los hegelianos de Berlín, se ha expandido a sus anchas, acabando en una lluvia de invectivas, y en que, por otra parte, las ciencias naturales han sido tan brillantemente traicionadas en sus necesidades teóricas por la metafísica ecléctica al uso, creemos que ya podrá volver a pronunciarse ante naturalistas el nombre de Hegel sin desatar con ello ese baile de San Vito en que el señor Dühring es tan regocijante maestro.

Ante todo, conviene puntualizar que no tratamos, ni mucho menos, de defender el punto de vista de que arranca Hegel, según el cual *el espíritu, el pensamiento, la idea, es lo originario*, y el mundo real, *simple reflejo de la idea*. Este punto de vista fue abandonado ya por Feuerbach. Hoy todos estamos conformes en que toda ciencia, sea natural o histórica, tiene que partir de los hechos dados, y por tanto, tratándose de ciencias naturales, de las diversas formas objetivas y dinámicas de la materia; en que, por consiguiente, en las ciencias naturales teóricas las concatenaciones no deben construirse e imponerse a los hechos, sino descubrirse en éstos, y, una vez descubiertas, demostrarse empíricamente, hasta donde ello sea posible.

Tampoco puede hablarse de mantener en pie el contenido dogmático del sistema de Hegel, tal y como lo han venido predicando los hegelianos berlineses viejos y jóvenes. Con *el punto idealista de arranque se viene también a tierra el sistema construido sobre él y, por tanto, la filosofía hegeliana de la naturaleza*. Recuérdese que la crítica de las ciencias naturales contra Hegel, en aquello en que está certeramente orientada, sólo versa sobre estos dos puntos: el punto idealista de arranque y la construcción arbitraria de un sistema contrario a los hechos.

Pero, descontado todo esto, queda todavía en pie la dialéctica hegeliana. Reaccionando contra los "enfadosos, arrogantes y mediocres epígonos que hoy offician en los altares mayores de Alemania", *corresponde a Marx el mérito de haber puesto nuevamente de relieve, antes que nadie, el olvidado método dialéctico, su entronque con la dialéctica he-*

geliana y las diferencias que le separan de ésta, a la par que en su *Capital* aplicaba este método a los hechos de una ciencia empírica, la economía política. Para comprender su triunfo basta fijarse en que hasta en Alemania la nueva escuela económica sólo acierta a remontarse por encima del vulgar librecambismo copiando a Marx (no pocas veces falsamente) bajo pretexto de criticarlo. En la dialéctica hegeliana reina la misma inversión de todos los entronques reales que en las demás ramificaciones del sistema de Hegel. Pero, como dice Marx:¹ "La mixtificación que la dialéctica sufre en manos de Hegel no impide, ni mucho menos, que él haya sabido exponer por vez primera, de un modo amplio y consciente, sus formas dinámicas generales. La dialéctica está, en él, patas arriba. No hay más remedio que darle la vuelta, para descubrir bajo la envoltura mística el núcleo racional".

En las propias ciencias naturales nos encontramos no pocas veces con teorías en que la realidad aparece puesta patas arriba, en que las imágenes reflejas se toman por la forma original, siendo, por tanto, necesario darles la vuelta, para restituir las a su verdadera posición. Con frecuencia, esas teorías se entronizan durante largo tiempo. Así aconteció, por ejemplo, con el calor, en el que durante casi dos siglos enteros se veía una misteriosa materia especial y no una forma dinámica de la materia corriente: la teoría mecánica del calor vino a colocar las cosas en su sitio. Y, no obstante, la física, dominada por la teoría del calor material, descubrió una serie de leyes importantísimas del calor, abriendo, gracias sobre todo a Fourier y a Sadi Carnot, el cauce para una concepción exacta, concepción que hoy viene a invertir y a traducir a su lenguaje las leyes descubiertas por su predecesora. Y lo mismo ocurre en la química, donde la teoría flogística, después de cien años de trabajo experimental, empezó a suministrar los datos con ayuda de los cuales Lavoissier pudo descubrir en el oxígeno expuesto por Priestley el verdadero polo contrario del imaginario flogistón, echando con ello por tierra toda la teoría flogística. Mas con ello no se cancelaron, ni mucho menos, los resultados experimentales de la flogística. Nada de eso. Lo único que se hizo fue invertir sus fórmulas, traduciéndolas del lenguaje flogístico a la terminología ya sancionada de la química, sin que por ello perdieran nada de su exactitud.

Pues bien, la relación que guarda la teoría material con la teoría mecánica del calor o la teoría flogística con la de Lavoissier, es la misma relación que guarda la dialéctica hegeliana con la dialéctica racional.

¹ El *Capital*, prólogo a la 2ª edición.

INDICE

NOTA PRELIMINAR	5
PRIMERA CONFERENCIA	
INTRODUCCION. — LA REVOLUCION INDUSTRIAL EN INGLATERRA. — LA GRAN REVOLUCION FRANCESA Y SU INFLUENCIA EN ALEMANIA	7
SEGUNDA CONFERENCIA	
EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN ALEMANIA HACIA 1830. — RENANIA. — LA ADOLESCENCIA DE MARX Y DE ENGELS. — LOS TRABAJOS LITERARIOS DE ENGELS. — MARX, DIRECTOR DE LA GACETA RENANA	25
TERCERA CONFERENCIA	
LA VINCULACION DEL SOCIALISMO CIENTIFICO Y LA FILOSOFIA. — EL MATERIALISMO. — KANT. — FICHTE. — HEGEL. — FEUERBACH. — EL MATERIALISMO DIALECTICO DE MARX. — LA MISION HISTORICA DEL PROLETARIADO	43
CUARTA CONFERENCIA	
CRITICA DE LOS PUNTOS DE VISTA HABITUALES SOBRE LA HISTORIA DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. — MARX ORGANIZADOR. — LA LUCHA CONTRA WEITLING. — FUNDACION DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. — EL MANIFIESTO COMUNISTA. — LA POLEMICA CON PROUDHON	67

QUINTA CONFERENCIA

LA REVOLUCION ALEMANA DE 1848. — MARX Y ENGELS EN RENANIA. — FUNDACION DE LA NUEVA GACETA RENANA. — GOTTSCHALK Y WILlich. — LA UNION OBRERA DE COLONIA. — POLITICA Y TACTICA DE LA NUEVA GACETA RENANA. — ESTEBAN BORN. — CAMBIO EN LA TACTICA DE MARX. — DERROTA DE LA REVOLUCION Y PUNTOS DE VISTA DIVERGENTES DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS. — LA ESCISION	93
--	----

SEXTA CONFERENCIA

LA REACCION DE 1852 A 1862. — LA TRIBUNA DE NUEVA YORK. — LA GUERRA DE CRIMEA. — LAS OPINIONES DE MARX Y ENGELS. — LA CUESTION ITALIANA. — DISCUSION DE MARX Y ENGELS CON LASSALLE. — POLEMICA CON VOGT. — LA ACTITUD DE MARX PARA CON LASSALLE	115
---	-----

SEPTIMA CONFERENCIA

LA CRISIS DE 1857-58. — INCREMENTO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN INGLATERRA, FRANCIA Y ALEMANIA. — LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1862 EN LONDRES. — LA GUERRA CIVIL EN ALEMANIA. — LA CRISIS INDUSTRIAL ALGODONERA. — LA INSURRECCION POLACA. — FUNDACION DE LA I INTERNATIONAL. — LA ACCION DE MARX. — EL MANIFIESTO INAUGURAL	143
---	-----

OCTAVA CONFERENCIA

EL ESTATUTO DE LA I INTERNACIONAL. — LA CONFERENCIA DE LONDRES. — EL CONGRESO DE GINEBRA. — NOTA- INFORME DE MARX. — LOS CONGRESOS INTERNACIONALES DE LAUSANA Y BRU- SELAS. — BAKUNIN Y MARX. — EL CON- GRESO DE BASILEA. — LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA. — LA LUCHA ENTRE MARX Y BAKUNIN. — EL CONGRESO DE LA HAYA	173
---	-----

NOVENA CONFERENCIA

ENGELS SE INSTALA EN LONDRES. — SU PAPEL EN EL CONSEJO GENERAL. — EN- FERMEDAD DE MARX. — ENGELS SUS- TITUYE A MARX. — EL ANTI-DÜHRING. — LOS ÚLTIMOS AÑOS DE MARX; INTE- RES DE MARX POR RUSIA. — ENGELS EDITOR DE LAS OBRAS POSTUMAS DE MARX. — ACCION DE ENGELS EN LA EPOCA DE LA II INTERNACIONAL. — MUERTE DE ENGELS	221
--	-----

APENDICE

Por D. Riazanov.

I. CINCUENTA AÑOS DE "ANTI-DÜ- HRING"	250
II. PRIMITIVO PROLOGO PARA EL "AN- TI-DÜHRING" SOBRE LA DIALECTICA.....	277

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Bellavista 0153, el mes de diciembre de 1971.
Edición: 5.000 ejemplares.



Riazanov participó en 1919 en la fundación de la Academia Comunista. En 1922 fundó el Instituto Marx-Engels, del cual fue Director hasta 1931.

Desarrolló gran actividad científica sobre las obras completas de Marx y Engels. En 1908-1909 aparecen en Neve Zent sus primeros estudios bibliográficos sobre los creadores del socialismo científico. En castellano elaboró trabajos de extraordinario relieve, entre ellos las Notas Aclaratorias sobre el Manifiesto Comunista (págs. 11 a 296) de la edición "Biografía del Manifiesto Comunista", publicado en México en 1961. También su trabajo "Cincuenta Años de Anti-Dühring", edición Ercilla, 1940.

En el Prólogo a Palmerston, de la Editorial Molitov, aparece un artículo sobre "Marxología" de Riazanov, que es el anticipo de su cronología de la vida de Marx, un gran estudio biográfico publicado en 1934.

El presente libro corresponde a las Conferencias del Curso de Marxismo dadas en la Academia de Moscú sobre Marx y Engels, al que hemos agregado "Cincuenta Años del Anti-Dühring", otro de los trabajos fundamentales de Riazanov.